El LABERINTO de la ARAÑA



Cada paso puede ser el último

Saray Ramírez

El laberinto de la araña

Diseño de portada: Oscarfr
(https://www.fiverr.com/oscarfr)

No tengo miedo a la soledad.
La gente es infinitamente más peligrosa.
H.P. LOVECRAFT

Timé (Honor)

Había mejores rutas para llegar a su destino, pero prefería madrugar y seguir recorriendo aquel tramo lleno de baches y cubos de basura infestados de moscas. Tras «el incidente» —así lo llamaba, evitando usar palabras más acertadas como «ataque» o «agresión»—, había fingido hacer caso a su psiquiatra y mantenerse alejada de Héctor. Tenía motivos de sobra para odiarla y no querer verla ni en pintura. Y Hebe sentía que debía justificarse, aunque en el fondo supiera que pocas palabras podrían ubicarla de nuevo en el bando de los cuerdos.

La orden de alejamiento era tajante: *La imputada en esta causa, doña Hebe Miralles Plana, tiene la prohibición de acercarse a menos de cien metros de Héctor Cruz Díaz. Todo ello para garantizar la integridad del demandante…* El texto, con la firmeza que se espera de un documento jurídico, la había despojado de la única libertad que le importaba. La vida sin Héctor era difícil y un completo sinsentido. Hebe no consideraba ilegal escabullirse a las seis de la mañana para espiar a su exnovio. Tampoco evitar las cámaras de videovigilancia, esas cotillas que podrían cortarle las alas en cualquier momento. Tales licencias eran pequeñas trampas que la ayudaban a mantener el control. «El amor lo justifica todo», se decía constantemente, acaso intentando no verse a sí misma como una tarada peligrosa.

«Algunos amores son una maldición», dijo a su psiquiatra en la última visita. Había sido tan soporífera e interminable como las anteriores veces, pero con la diferencia de que ese día Hebe no se esforzó en parecer normal. Por mucho que ahondara en las cuestiones que podrían haberla convertido en una lunática —término que el psiquiatra detestaba y que le rogaba evitar en la consulta—, no hallaba una respuesta satisfactoria. ¿Por qué se comportaba como una desquiciada entonces?

Todos los locos tienen motivos para ser hirientes, quería pensar. Sin embargo, cuanto más analizaba cuáles podían ser los suyos, mayor era su desorientación. Se había criado en un hogar normal, con una familia equilibrada y sin grandes dificultades económicas. Quizá el hecho de haber tenido tantos privilegios a su alcance la había llevado a sentir atracción por las causas perdidas. Y llegaron las rupturas sentimentales, la inestabilidad, la complacencia sin respuesta. Pocos saben combinar la cordura y una vida solitaria; subestiman el poder balsámico con que esta fusión puede compensar las ausencias. Hebe detestaba estar sola. Es difícil convivir con uno mismo si el espejo sólo despierta odios y reproches.

Se escondió tras el ramaje de siempre, en las arizónicas

descuidadas de una vivienda que nadie había visitado desde hacía mucho tiempo. La recompensa: un Héctor ajeno a su escrutinio, relajado, sin terror en la mirada.

El vínculo había sido real. «Es imposible fingir esa clase de cosas», pensaba. Por un momento, se concedió la serenidad suficiente para mirar entre las ramas. Duraría pocos segundos, pero así se alimentan las criaturas salvajes: rápido y temiendo que les roben la comida. «Eso eres, Hebe, un bicho hambriento y furioso», murmuró.

Hay transformaciones inexplicables, como la suya. Aun así, la mayor parte del tiempo se mostraba extremadamente tímida, tan reservada que casi nadie era capaz de imaginar qué barbaridades poblaban su mente. Había jugado muchos años a eso, a pasar inadvertida, a comportarse como alguien que no se define, que no manifiesta su opinión, que nada a favor de la corriente. Increíble fue ver que una parte de sí misma, recóndita y oscura, emergía en forma de violenta explosión.

Y lo peor es que no sentía el menor arrepentimiento.

La conducta de Héctor era distinta aquel día: atuendo sobrio, cabello aún húmedo y el elemento más esperanzador, una maleta. Tenía aspecto cansado, como quien pasa una mala noche y calcula cada paso por temor a caerse de un momento a otro.

La mente de Hebe era un hervidero de posibilidades, abarrotada de reconfortantes hipótesis que situaban a su ex en medio de una crisis matrimonial. Casi sentía lástima por «la otra», que debía de estar lloriqueando en el baño rosa, ese tan ridículo donde sólo había cremas y demás potingues típicos de Barbies perfectas. ¿Cómo conocía Hebe el aspecto de esa o cualquier otra estancia de la vivienda? Había estado allí muchas veces, claro que los legítimos dueños nunca estuvieron al tanto. Allí cotilleaba todo: los armarios, los cajones de la mesa de noche, el botiquín, los muebles de la cocina… Al darse cuenta de que sólo había alimentación ecológica, bio, natural, sin conservantes, sin gluten, etc., le quedó claro que, en esa relación abocada al fracaso, Héctor apenas tomaba decisiones domésticas, algo que había que corregir con urgencia. Nadie conocía tan bien al chico como ella. Y esa absurda mujer con la que pretendía olvidar la preciosa relación que mantuvieron en el pasado tenía todos los defectos del mundo. Por eso fue tan satisfactorio romperle el pómulo y dos dientes el día después de su boda. Estaba condenadamente horrible, con el lado derecho de la cara hundido, la boca llena de sangre y dos huecos negros maravillosos en lugar de las paletas inmaculadas de siempre. Se lo merecía.

Héctor cruzó la calle y tomó un camino distinto al de cada mañana. No se dirigía al trabajo, sino a la casa de sus padres, algo que

Hebe dedujo enseguida. Incapaz de reprimir una sonrisa, decidió sentarse en un banco próximo a la vivienda de sus suegros, *sus suegros*, los que nunca debieron aceptar a una putilla de tres al cuarto como nuera; pero eso ya lo resolvería en cuanto Héctor recuperara la razón y retirara la orden de alejamiento.

Permaneció horas en el sitio, hasta ignoró el hecho de que tenía que presentarse en la consulta del psiquiatra para cumplir con las condiciones legales de su trato. Hebe tenía un nuevo objetivo, así que no se movió de allí. Ni siquiera fue consciente de que la luz natural iba desvaneciéndose detrás de los edificios. «En algún momento saldrá, y yo estaré ahí para consolarlo», pensaba.

En la pantalla de su teléfono, el nombre de Héctor intensificó aún más el hechizo:

—Hola —respondió con el corazón a toda marcha.

—Hebe, ¿qué es lo que haces? —su tono denotaba más cansancio que incomodidad.

—Qué alegría escu-cuchar de nuevo tu voz.

La emoción alteraba aquella odiosa disfemia, cada vez más difícil de controlar en situaciones complejas. Sin embargo, no iba a permitir que esa nimiedad estropeara el momento.

—¿Por qué estás ahí plantada desde esta mañana?

—¿Puedes verme?

—Estás infringiendo la ley.

—¿Con quién estás enf-f-f-adado de verdad?

—Por favor, Hebe. No me obligues a llamar a la policía.

Pensó que hablaba con un Héctor herido, un Héctor que todavía no le había perdonado «el incidente». Pero ¿acaso no podía ver que había sido necesario? ¿Ni siquiera ahora, después de haber huido de su propia casa con lo puesto?

—Y-y-y-y-yo…

—Tienes que presentarte a todas las citas con el psiquiatra —la interrumpió—. Si no cumples con tu parte, tendré que solicitar tu ingreso directo a un centro. Y sabes que el juez me dará la razón. Lo sabes, ¿verdad?

Hebe intentaba responder, pero estaba tan nerviosa que la presión en la mandíbula le impedía articular palabra alguna.

—No quiero hacerte ningún daño —añadió él—, pero no tientes a la suerte.

Héctor colgó y Hebe fue incapaz de moverse. Se quedó mirando al vacío, consciente de que jamás podría prometerle distancia. Para cuando se dio cuenta de que su presencia allí le traería serios problemas, ya era noche cerrada.

La voz de Francisco Moreno, un viejo amigo de la policía que,

por alguna extraña razón, no la trataba como si fuera una asesina en serie, la impulsó a levantarse de golpe.

—Venga, Hebe, vámonos de aquí.

—¿Ha llamado él?

—Ha sido la madre —aclaró—. Una mujer peculiar. Tiene la voz como la de Constantino Romero. Hasta me la imaginé con el mismo bigote.

—P-p-p-or favor, no diga nada malo de m-m-mi suegra.

Francisco entornó los ojos y la tomó del brazo con suavidad.

Estaba deprimida. Advirtió un punto de dolor en la voz de Héctor, y eso no era lo normal. Acostumbraba a pedirle, rogarle y hasta exigirle distancia, a veces en tono amistoso, con la esperanza de que de una vez por todas comprendiera los límites; otras, gritaba presa de la impotencia, desesperado por hacerle entender la gravedad de la situación. Y todo eso era más o menos digerible porque, en el fondo, y en un idioma que sólo Hebe podía apreciar, Héctor le pedía ayuda. Ayuda para soportar su nueva vida de casado con una mujer a la que creía amar; ayuda para aguantar el peso de nuevas y pesadas responsabilidades; ayuda para darse cuenta de que sólo la necesitaba a ella. Ahora, en cambio, las cosas habían tomado un rumbo distinto y complejo, una abstracción que la ubicaba muy lejos del destino ya asentado en su cabeza. Ningún elemento de la realidad podría sacarla en ese instante del vago escenario en que se hallaba.

Por su parte, Francisco Moreno se quejaba de todo en voz baja: la estridencia de los teléfonos, las voces en los pasillos, el zumbido de los ordenadores y, por supuesto, del café de aquella máquina, que parecía haberse propuesto elaborar la peor bebida del mundo.

—Acompáñame al bar de enfrente —pidió, arrojando una vez más el vaso de plástico con la insípida bebida. Francisco era un hombre de rudas maneras, pero en el fondo sentía lástima por la tartamuda que casi siempre temblaba como respuesta a sus preguntas. Sabía que podía ser impredecible, como una ardilla asustada que no duda en hincarte las afiladas garritas si se siente bajo más presión de la que puede soportar.

El local era cálido y acogedor, aun apestando a fritanga. Allí, Francisco encontraba calma cuando las cosas se ponían tensas en el trabajo y, además, servían café de verdad.

Hebe pidió un cortado con voz distraída. Más allá de sus enrojecidos y tristes ojos, se erigía una muralla que a duras penas podía contener las desbocadas emociones que ahora la atosigaban. Y Francisco era capaz de percibirlo, aunque no supiera elegir las palabras idóneas para consolarla. El hecho de no tener hijas suponía para él un desconocimiento brutal sobre cómo atender a cualquier jovencita; sin embargo, había que estar ciego para no darse cuenta de

que la chiquilla confundida que tenía delante desconocía la diferencia entre el amor sano y el fanatismo más atroz. Ahora, tímidas lágrimas le rodaban por las mejillas, cayendo sobre una servilleta de papel.

—Oye, Hebe... ¿De veras te compensa esto? Tienes toda la vida por delante y, créeme, como la fastidies puedes pasar muchos años en una cárcel o peor, en un manicomio. Sal y diviértete, conoce a otras personas..., Héctor tampoco parece el hombre más imponente del mundo. Seguro que hay mil tipos disponibles por ahí, tipos que sabrán valorarte. —Al ver que ella continuaba mirando la mesa, sin pronunciarse, añadió—: Cumple con lo establecido, Hebe, porque no podré seguir protegiéndote mucho más tiempo. ¿Lo comprendes?

La chica asintió. Qué fácil era la teoría. Ella podía prometer distancia durante unos días, unas pocas semanas incluso, pero esa desintoxicación breve se iría al garete si, por casualidades absurdas de la vida, se topaba con el álbum de fotos de sus últimas vacaciones en pareja, o si emitían por televisión cualquiera de los programas que veían juntos. El problema era sentir que Héctor continuaba en el mundo, existiendo al margen de ella y de los planes que una vez hicieron. La sola idea de saber que estaba condenada a llevar una vida sin el hombre que había escogido y que además él había pasado página, la llenaba de ira y frustración.

Consciente de que la tarea que le había encomendado sería harto difícil, Francisco optó por alcanzarle un pañuelo de papel y esperar a que se tranquilizara.

—Sé que es duro, pero aunque llores, patalees e incluso mates, ese muchacho no va a quererte jamás. Guarda demasiado rencor. Así que te lo repito, Hebe: aléjate de Héctor y hazte un par de amigos. Mira —indicó tras sacar un par de *tickets* de su chaqueta—, estas entradas son para una obra de teatro que se estrena en tres semanas. Me las regaló mi hijo. Según él, tengo que hacer más cosas con mi mujer y, conociéndolo, será una sensiblería empalagosa. Ya aguanto suficientes chorradas a diario, así que te las regalo. Seguro que tú les darás mejor uso.

—A mí no me g-gusta el teatro —expuso, aburrida.

—Te aguantas y vas. No me hagas perder la paciencia, niña.

Hebe guardó las entradas con la intención de desecharlas en cuanto cruzara la esquina, pero estaba tan desganada y compungida que continuó su trayecto hasta casa con ellas en el bolsillo.

Ya en la cama, y después de una buena sesión lacrimógena, reparó en las palabras de Francisco: «Seguro que hay mil tipos disponibles por ahí, tipos que sabrán valorarte». Sin llegar a estar convencida de esto, Hebe consideró la posibilidad de renovar ciertas cuestiones vitales, no tanto el hecho de conseguir que otros sujetos la valoraran, sino iniciar un recorrido complejo y totalmente

desconocido para ella: quererse a sí misma. Luego el Valium hizo su parte y se sumió en un profundo sueño.

Durante varias jornadas, cumplió con las exigencias del juez, asistiendo puntualmente a sus sesiones con el psiquiatra e iniciando una rutina de actividades distintas a las que solía realizar. Se apuntó al gimnasio y entabló amistad con algunas compañeras, especialmente con una de ellas, Silvia. La joven, simpática y cariñosa, inspiró tal confianza en Hebe, que no tardaron en compartir sus vivencias y descubrir que ambas habían sufrido reveses sentimentales. Por supuesto, no contempló la posibilidad de confesarle que tenía una orden de alejamiento sobre su espalda, pero sentir que no era la única que había padecido los latigazos que a menudo ofrece la vida en pareja resultó conciliador de cara a aceptar el mundo tal y como era.

Al llegar a casa, después de un entrenamiento que le había machacado las piernas, comprobó que las entradas para el teatro que el bueno de Francisco le había regalado expiraban esa misma tarde. No dudó entonces en llamar a Silvia para ofrecerle una sesión de lo que prometía ser un tedio. Aun así, la muchacha aceptó de buen grado, al menos para poder incluir una crítica en la web de la productora teatral y jactarse de haber soportado estoicamente una de sus obras.

Tal y como las jóvenes esperaban, apenas había cola para acceder a la sala. Tan sólo una veintena de individuos se hallaba aguardando al comienzo de la obra, por lo que Hebe se sentó resoplando y deseó que el tiempo transcurriera con la mayor celeridad posible.

El teatro lucía añejo y olvidado de la mano de Dios. Nadie hubiera creído que semejante ruina seguía acogiendo obras y mucho menos público. Los asientos olían a humedad y las paredes requerían pintura, aunque, teniendo en cuenta el estado general del lugar, lo mejor habría sido derribar y construir algo más práctico, como un nuevo centro escolar, que buena falta hacía en esa parte de la ciudad. Eso pensaba cuando quería tener hijos con Héctor. El ritmo de una mañana familiar la llenaba de entusiasmo: despertar a los niños, vestirlos, prepararles el desayuno, cargar con sus mochilas hasta la entrada del colegio... Darse cuenta de que eso jamás se produciría se convirtió en un cruel recordatorio. Moriría sola, sin hijos ni un compañero, porque la opción de tener descendencia sin Héctor le parecía un disparate. Era el individuo perfecto para establecer una familia, pero eso ya formaba parte del pasado. Y cuando creía que comenzaría a llorar, se inició la función.

Sobre la precaria tarima, un foco arrojaba luz al único personaje que ocupaba el espacio. Blanquecino, el haz conseguía restar cualquier señal de expresión que el actor quisiera explotar, de

manera que éste se aferraba a la contundencia de su voz, tan clara y masculina que pronto acaparó la atención de los presentes. Exploraba los matices con una maestría que sólo un insensible podría pasar por alto y, entre subidas, bajadas y cambios de intención, fue capaz de adueñarse del silencio. Intrigada, Hebe continuó inmersa en el monólogo, que consiguió liberarla momentáneamente de su drama particular. Varios actores interpretaron sus papeles en la obra, pero sólo el primero en salir a escena consiguió conmover al público, quien dio muestra de ello a la hora de aplaudir su trabajo. En pie, los asistentes dedicaban vítores al artista, que, agradecido, señalaba a sus compañeros exponiendo una falsa modestia que claramente delataba lo cómodo que se sentía siendo el preferido de la gente. Era un hombre esbelto y elegante, al menos quince años mayor que Hebe, pero con un físico cuidado. Se aproximaba a la linde de los cincuenta y, a ojos de alguien impresionable como ella, resultaba de lo más excitante. Pronto solicitaría a Silvia que la acompañara hasta la entrada donde actores y parte del equipo técnico se encontraban saludando al público. Dos de las actrices posaban ante los objetivos y, entre aplausos, el protagonista sonreía a las señoras que le pedían autógrafos y besos.

Hebe atendió a los profundos ojos negros del actor, tan serenos y redondos, brillantes e intensos. Con el corazón acelerado, se aproximó al sujeto y tímidamente le pidió una instantánea, algo a lo que él no se negó. Mientras le rodeaba los hombros con un brazo, le preguntó cómo se llamaba:

—Hebe —respondió, cortada.

—Oh, Hebe, como la hija de Zeus y Hera. ¿Sabes el origen de tu nombre?

Ella negó con la cabeza.

—Hebe era la representación de la juventud, tenía la capacidad de liberar a los dioses de la vejez y la muerte. Un precioso don, ¿no crees?

Arrobada, atendió a sus ademanes con la imperiosa necesidad de memorizarlos. El gentío comenzó a impacientarse, así que, convencida de que en breve se vería obligada a ceder su sitio al siguiente, se atrevió a preguntar:

—¿C-Cómo se llama usted?

—Rubén Torres. Gracias por venir a vernos y, por Dios, tutéame.

Glic (Dulce)

Le había costado acostumbrarse, pero ya no imaginaba las mañanas sin su cuenco de frutas y copos de avena después de una sesión matadora de deporte. Bastaron dos años de entrenamiento y una nutrición equilibrada para darse cuenta de lo terco que puede ser el paso del tiempo, con esa hiriente capacidad suya para arrastrar a los mortales hasta un hoyo infinito de muerte y decrepitud. Aceptaba el propósito de los años —qué otra cosa se podía hacer si no—, aunque se había propuesto retrasar aquella imposición lo máximo posible y, en cierta medida, al menos en lo referente al aspecto, estaba logrando su cometido.

Son muchas las actividades a las que un hombre puede dedicarse pasados los treinta y cinco, pero la interpretación, disciplina que él amó en silencio la mayor parte de su vida, no era una de ellas. Sí, había papeles para todos los perfiles, frase que se empeñaban en repetir los actores que conocía, actores que, viendo el filo terrible de los límites de la edad que reclamaba el mercado, preferían pensar que, en efecto, todas las etapas de la vida de un sujeto tenían hueco en la industria. Pero eso era mentira. Los actores maduros obtenían menos papeles, una realidad incómoda e invariable; por eso necesitaba mantener la forma física, echar un pulso a las canas, la flacidez y la mala postura corporal; por eso fingía seguir en el montón de los ganadores.

Dos años de cambios. Antes de tomar la decisión de abandonarlo todo y concentrarse en lo que siempre había deseado, trabajaba en la imprenta de su padre. Ninguna relación laboral es tan complicada como la de un padre y un hijo. Demasiadas exigencias; demasiadas tensiones. De por sí la relación entre ambos no era lo que se dice una balsa de aceite, así que, después de comprobar que años de sacrificio no le habían servido para conseguir un ascenso a encargado general —su padre consideraba más preparado a un patán que apenas llevaba año y medio en la empresa—, decidió dimitir y cambiar de aires.

Se mudó a la capital, punto de encuentro entre actores a los que admiraba y a quienes quería emular. Las calles rezumaban cultura y sueños rotos, y quizá ese era su mayor encanto: la mezcla entre el bullicio luminoso y las pensiones baratas. Lo único que esas dos cosas podían tener en común, era el arte. La vida de muchos artistas está marcada por la disconformidad, por los bolsillos vacíos, por la necesidad de integración. Y no había nadie más preparado en esas lides que él.

Había pasado un fin de semana bastante ajetreado, sobre todo porque, entre funciones de teatro y la organización de armarios —en breve se produciría el cambio de estación y quería tener la ropa de abrigo y los edredones a punto—, tuvo que memorizar unas cuantas líneas para sus clases de interpretación.

Las cosas estaban un poco raras con la profesora. No le caía bien. En realidad, nunca se produjo ningún incidente desagradable entre ambos, pero ella era extremadamente crítica con él. Mientras la mujer elevaba el ego de compañeros que estaban muy por debajo de su nivel, fruncía el ceño o arrugaba la nariz si, por lo que fuera, cometía el más mínimo de los fallos. «Qué odiosa y altiva», murmuró mientras fregaba el cuenco del desayuno.

Echó un vistazo por la ventana de la cocina y atendió al ambiente enrarecido que presentaba la ciudad. Aparte del ya incrustado gris sucio que se adhería a las fachadas de los edificios colindantes, imposible de arrancar después de años de empecinada contaminación, las nubes se arremolinaban sobre los tejados, abrazo de prometedora humedad.

El parque infantil estaba vacío. Lo normal era que las voces de los críos se confundieran con el tráfico diurno los fines de semana y, aunque era lunes, encontró un tanto aburrido el ambiente sin la desmesurada energía de los niños corriendo y gritando de euforia. Uno podía engañarse a sí mismo pensando que la zona era segura, pero no. En pleno corazón urbano se cruzan toda clase de individuos; desde los padres de familia que acuden día tras día al trabajo, sabiéndose presos de las hipotecas y los lazos biológicos, hasta los depredadores en busca de niños tiernos.

El enfermo de siempre, el que se sentaba en el mismo banco cada día para contemplar la actividad infantil con expresión ansiosa, cruzaba ahora la calle con el periódico bajo el brazo, seguramente de mal humor al ver el parque vacío. Era ridículamente fácil, para esta clase de engendros sociales, mimetizarse entre la gente normal. Viven amparados en la invisibilidad, tan introvertidos, tan insignificantes; pero él podía verlos, los reconocía de inmediato, como si una especie de instinto preternatural le enviara señales de hediondas identidades en un mundo que prefiere ir ataviado con máscaras antigás. «Estoy deseando ver cómo metes la pata, cabrón de mierda», escupió.

Lamentó no llevar el paraguas de camino a la academia. Era fácil adivinar que iba a llover, cosa que se reprochó molesto: «Con los zapatos mojados se piensa peor». Eso significaba que la clase podía ser incómoda, aún más. El descascarillado portón no invitaba a entrar; de hecho, nadie imaginaría que en el interior de un edificio tan deteriorado se desarrollaban actividades artísticas. Pero pese al

deplorable estado del inmueble, decenas de alumnos acudían casi a diario a recibir sus clases, motivados con la idea de algún día convertirse en estrellas y recibir un reconocimiento tras años de esfuerzo. Rubén no se planteaba esas cosas, quizá porque su madurez le permitía ver las fisuras de tales propósitos. En cualquier caso, mantenía conversaciones muy intensas al respecto con sus compañeros, chicos que en su mayoría no llegaban a los veinticinco años y que se empeñaban en venderle la profesión como una salida perfecta a la anodina existencia que llevaba la mayoría. Él sólo quería explorar su cerebro, saber hasta qué punto podía engañar a otros haciéndose pasar por un personaje distinto. Fingir era una actividad que se le antojaba excitante y entretenida; pero, aun desde ese prisma, profesionalizar la actuación requería sacrificio y compromiso.

—Me han cogido para *Las brujas de Salem*, ya sabes, la obra de Miller.

La chica del rostro cubierto de pecas a la que en secreto había apodado «Miss saltitos» por aquella tendencia suya a celebrar cualquier asunto como si se activaran unos muelles invisibles bajo sus pies, le parecía idónea para un papel de jovencita tonta que acaba siendo desvirgada por un cuarentón avispado. Sin embargo, la felicitó e hizo lo que mejor se le daba: fingir que se alegraba por ella.

—¡Eso es estupendo! Te felicito. Caray, Miller… Es un gran paso.

—Me extrañó no verte allí. En el casting buscaban a tipos de tu perfil.

«Mi perfil. Qué eufemismo tan encantador para llamarme papaíto», pensó.

—Nadie me comentó que hubiera una prueba para *Las brujas de Salem* —dijo.

—¿No te llegó la nota de la profesora? Fue ella quien nos dio las señas del sitio.

Rubén simplemente se limitó a negar con la cabeza y a encogerse de hombros. La muy cabrona había avisado a todo el mundo menos a él. Sintió ganas de preguntarle a gritos qué problema tenía para excluirlo de algo tan importante. Sin embargo, de nuevo, optó por actuar como si no le afectara.

—¡Vamos, queridos! ¡Todos a estirar!

La ronda de estiramientos, que ya de por sí consideraba un ejercicio excéntrico propio de quienes pretenden demostrar más de lo que son en realidad, se le antojó una tortura. Y no sólo fue por el evidente castigo al que lo estaba sometiendo aquella insoportable mujer. Ahora todo se juntaba en su cajón de desastres personal: los zapatos mojados, el depredador del parque presumiendo de invisibilidad, su padre gritando su fracaso. Mal momento para tener

que iniciar otro de los absurdos ejercicios de la clase: la rueda de emociones. La tarea consistía en exponer teatralmente una experiencia traumática, una que pudiera revelar parte de la personalidad del actor sin necesidad de contar con exactitud el evento real. El objetivo de la actividad era que los aprendices soltaran, a base de emotivos discursos y lloriqueos insoportables, toda frustración acumulada en el pecho, pero él sabía que aquello no era más que un modo de dominar el entorno, fórmula antigua para gobernar a un puñado de inmaduros que acabarían viendo a la señorita Estévanez como la sanadora oficial de sus vidas. Rubén no era tan ingenuo como esos jóvenes, mucho menos tan imprudente. No daría armas a quien lo vapuleaba cada vez que tenía oportunidad. «Los secretos son bolas de demolición directas a la casa de uno», pensaba.

Decidió inventarse un recuerdo, un vínculo problemático y lleno de matices amargos; un cliché en toda regla, pero infinitamente mejor que la verdad: madre absorbente; hijo rebelde. Por supuesto, no se sentía identificado con semejante escenario; de hecho, su madre siempre se caracterizó por ser permisiva y dócil. En su casa, la figura autoritaria, el dictador insaciable, era su padre, el hombre del que había huido para recuperar el control de su vida. Pero eso jamás lo expondría en voz alta.

La intervención de sus compañeros se le antojó soporífera, carente de cualquier dignidad o interés para adultos con problemas reales. Resultaba casi insultante que asuntos como «mi novio me engañó» o «nadie me entiende» se estuvieran tomando en serio. Lógicamente, todos aplaudían las lacrimógenas escenas, y para Rubén estaba claro el motivo: «sólo un crío entiende a otro crío».

—Tu turno.

Que se refiriera a él con tanta familiaridad le causaba total rechazo. No es que acostumbrara a tratar de usted a todo el mundo, pero en el caso de la señorita Estévanez, hubiera agradecido una distancia limitante, una frontera con abismo incluido.

Hizo lo suyo, esmerándose en cada párrafo, dando lo mejor, como tenía por costumbre. Y lo había hecho bien, no necesitaba que nadie le dijera lo que ya sabía. Pero ahí estaba ella, la bruja insufrible, mirándolo y negando con la cabeza. Lo escrutaba desde la animosidad, como si hubiera cometido un error inadmisible.

—¿Y bien? —preguntó, incómodo.

—Justito, Rubén.

La sala entera estaba tensa, igual que las fibras de un músculo que llevara décadas sin moverse. La sangre, bullendo de ira, amenazaba con reventar cada partícula de carne e inundar la ciudad en forma de ríos de odio fundido y abrasador. Por fortuna, Rubén se contuvo. Una vez más.

—No te ofendas —añadió ella, consciente de que había tocado un punto sensible—, pero el objetivo de este ejercicio no es actuar bien, sino ser honesto con uno mismo. Si no depuras tus traumas, si no dejas que salgan y manchen todo a su paso, por incómodo o vergonzante que sea, nunca podrás liberar tu arte.

—No sé a qué se refiere con ser honesto.

—Por favor, Rubén. Olí tu mentira mucho antes de que abrieras la boca.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Habría sido más apropiado para la clase que mi vida estuviese plagada de abusos?

—Tu hermetismo ha deslucido la actividad. Parte del trabajo de un actor implica la apertura emocional, y tú estás muy lejos de conseguir tal propósito. Ha sido, por difícil que le resulte a tu ego aceptarlo, una actuación deficiente.

Rubén asintió, enfadado y envuelto en una capa de febril impotencia. Los ojos de los veinteañeros con quienes compartía clase lo miraban desde la lástima, y eso lo consumía de rabia. Despertar ese sentimiento en los demás le parecía patético y penoso. Por supuesto, la voz que ahora le hablaba desde la profundidad de su alma no era la del Rubén maduro y capacitado para aceptar la crítica, sino la de su padre, que, escondido en un segmento siniestro de las entrañas, volvía a gritarle en la imprenta, en presencia de los demás empleados, quienes primero lo señalaban como el privilegiado hijo del jefe y después, a base de vapuleos y correcciones públicas, empezaron a ver la pasmosa realidad: su padre le odiaba. Y el sentimiento era mutuo, para qué mentir.

El pasado puede ser un maltratador a conciencia; sin embargo, qué perdidos estaríamos si de vez en cuando no nos golpeara, a su forma, fría e intermitente. El ser humano necesita ese contacto con el error, es la única forma de recordar qué le sobra y qué le falta. Gracias a eso, al eterno viaje en el tiempo, Rubén había llegado a una conclusión tajante: todo ser merece dignidad como alimento, incluso si esa dignidad conduce a sendas llenas de fraudes y mazazos.

«Digno, Rubén. Eres digno».

Pero la dignidad no se come. Por suerte, esa tarde tendría que regresar al teatro para una función y, aunque un actor cobre poco, el mero hecho de obtener algo a cambio de la entrega elimina, al menos en parte, el resabio a zozobra y el peso de la duda. En días como aquel, en que la profesora le arrojaba sin contemplaciones las críticas a la cara, resultaba balsámico acudir al trabajo y apreciar, a tan corta distancia, los sentimientos que generaba en el público. Más allá de la falsa modestia, cuya función consiste en pisar de vez en cuando la vanidad saltarina que reside en el interior de cada artista —hay que mantener a raya a esa ramera cambiante, por lo menos hasta obtener

el reconocimiento externo necesario—, Rubén percibía claramente si alguien le daba o no valor a su trabajo. Y en aquel teatro, cuchitril que incomprensiblemente continuaba en pie, noche tras noche él suspiraba de emoción: «Tanta gente no puede estar equivocada», se decía.

Repasó sus líneas. Una vez, dos veces, seis, doce. El secreto estaba en la repetición mecánica, insoportable para unos, necesaria para los más perfeccionistas. A un lado del camerino, el vestuario arrugado, mal puesto, una mueca de mal gusto que insultaba a los seres como él.

—Disculpe, señor, ¿sería tan amable de conseguirme una plancha?

La respuesta del encargado del teatro llegó en forma de sonora carcajada, tales eran los recursos del lugar.

Harto y contrariado, Rubén cogió las prendas para plancharlas en su propia casa. Aceptar las arrugas, aquel mal hacer que se concentraba a su alrededor, patético, incapaz, exhibiendo la desidia y poca ambición del mundo, significaba dejarse caer en el mismo vórtice deprimente y aburrido: «De ninguna manera, esto lo arreglo ya mismo».

Tan concentrado iba, que no fue consciente de la presencia de Hebe a su espalda. Ella lo prefería así, que el actor no se diera cuenta de que lo estudiaba como un perro olfatea el interior de una bolsa. En menos de cuatro días había descubierto sus horarios, dónde vivía, en qué supermercado hacía la compra…; incluso había memorizado sus frases en la obra de teatro. Rubén tenía una disciplina muy marcada, hábitos rígidos que se habían instalado en su vida a fuego. Hebe, a su manera, también. Quizá no fuera tan exigente en aspectos de trabajo, culto al cuerpo o ser excelsa en ciertos ámbitos, pero a la hora de descubrir a alguien, de empaparse de su identidad y absorberla como propia, era la número uno.

Sin embargo, no contaba con que Rubén, el hombre más observador del mundo, saldría de su abstracción justo en ese preciso instante:

—¿No es usted la señorita que vino a vernos al teatro hace unos días?

Gratamente sorprendida, respondió:

—¿Cómo puede recordarme? D-debe conocer a diario a decenas de perso-personas.

—Me gustó mucho su nombre. Hebe... No es nada común. Además, reconozco enseguida a la gente con sensibilidad artística —la sonrisa a continuación era sincera, pero, tras echar un vistazo furtivo al reloj en su muñeca, declaró—: Me encantaría continuar charlando, pero llego tarde a una función.

—Oh, sí. Disculpe... Yo i-iré a verle un día.

—Venga hoy. El teatro está muy vacío entre semana. Le daré un pase. Bueno, si no le importa ver de nuevo la misma obra... Quizá sea un tedio para usted.

—Jamás me a-aburriría su interpretación. Es us-usted maravilloso.

—Parece que alguien le paga para que diga esas cosas... Por favor, Hebe, vamos a tutearnos, ¿de acuerdo?

Embobada, asentía a cada cosa que él decía. La ilusión de iniciar una nueva aventura amorosa ya abarcaba cada recoveco de su enfermo cerebro. Rubén era mayor que ella, pero eso no significaba que fueran incompatibles. Al actor le encantaba el café italiano, montar en bicicleta y los libros de Agatha Christie, gustos sencillos y al alcance de cualquiera. Hebe había descubierto esos detalles gracias a su persistencia de sabueso, la misma que facilitó las cosas a la hora de conquistar a Héctor. Y a cualquier otro, en realidad. En cuanto tuviera oportunidad de mantener una charla sosegada con este nuevo y apasionado episodio de su vida, actuaría con fingida sorpresa en el momento en que, al ser preguntado por sus aficiones, ella dijera: «¡qué casualidad!». Nada une más que la coincidencia, aunque esta sea totalmente impostada. Nunca fue algo a tener en cuenta para Hebe, la dama de los espejismos: todo se justificaba desde la necesidad de ser correspondida en una relación, y si tenía que fingir durante años que un café era delicioso o mostrarse entusiasmada ante la idea de ir en bicicleta a todos lados, lo haría. Porque en eso consistía el amor: en fingir que los intereses del otro son importantes para ti. Aquella fue siempre su estrategia; si un hombre le atraía, procuraba estar al tanto de sus actividades antes de lanzarse a conquistarlo. De esa forma, el sujeto reaccionaba complacido, encantado. Al fin y al cabo, ¿qué hay más agradable que tropezar por azares del destino con alguien que no juzga la clase de ser humano que eres y que aparenta formar parte del mismo micromundo al que has pertenecido toda tu vida creyendo que eras el único superviviente de una especie? Casi nadie se resiste a eso.

No había leído a Agatha Christie en la vida, pero comprobar que Rubén llevaba consigo a todas partes un ejemplar de *Muerte en el Nilo*, la condujo a iniciarse en la trayectoria de la escritora. La encontraba aburrida, poco excitante y con un léxico anticuado que volvía la lectura densa hasta la extenuación. No obstante, Hebe sabía que a la hora de conversar con un actor el registro cultural sería de gran ayuda, de modo que, aparcando la pereza, dedicó todas las noches a leer a la autora. En apenas cuatro días, había leído siete de sus libros. Así era Hebe, descomunalmente obsesiva, capaz de estudiar más de ochenta cetáceos distintos en una tarde con tal de agradar a un biólogo marino, o apuntarse a clases de violín para impresionar a un

director de orquesta. Su vida se había reducido al camuflaje, a la mentira más elaborada. Y si las cosas no salían tal como las soñaba, el mundo ya podía esconderse, porque Hebe, de aparente timidez, frágil como una lámina de vidrio, se transfiguraba en un ser completamente impredecible.

El teatro, tal y como imaginaban, estaba vacío. Por supuesto, eso no fue óbice para que Rubén destacara de nuevo. Era tan distinto al resto de actores de la obra, que hasta un patio de butacas tan triste sabría reconocerlo. Puede que otro artista en su situación encontrara deprimente toparse con tantos asientos disponibles y que limitara sus capacidades en pos de no desperdiciarlas. Pero Rubén no pensaba del mismo modo. En días como aquel lo fácil era echarse a dormir, plantearse cambiar de trabajo, coleccionar inseguridades o llorar sin consuelo. Sin embargo, y quizá por su carácter apasionado, él le daba la vuelta a la situación.

—Qué desastre —dijo una de las actrices—. Como la recaudación siga así, la compañía va a largarnos rápido.

—Hay que tomárselo como un ensayo con público —respondió Rubén—. Además, ¿qué hay más gratificante que beber cerveza después de una jornada decadente?

La propuesta apetecía, así que apuraron la recogida de bártulos, listos para olvidar la improductiva velada.

De camino al bar de enfrente, Rubén vio que Hebe salía del teatro:

—¿¡Te vas, linda!?

—Es tarde y además parece que va-vais a tomar algo en grupo —sonrió ella.

—No seas tonta, ven con nosotros. Yo invito.

Todo sucedía muy deprisa, pero qué delicioso era formar parte del entorno de su adorado artista. Los otros actores eran buenas personas, tan abiertas y sencillas que no costaba mucho encariñarse con ellos.

—Bueno, *Ellen* —intervino uno de los jóvenes—, estás muy callada, observándonos a través de esas gafitas, tomándote en silencio tu café…

—Só-sólo os es-estaba escuchando.

—Se llama Hebe, animal —sentenció Rubén—. Ellen debe de ser alguna de esas incautas a las que engañas sin contemplaciones.

—Perdona, Hebe. Me cuesta recordar los nombres.

—Y tus frases —señaló una de las actrices con sorna.

Los muchachos comenzaron a vociferar entre risas, algo que ayudaría a Hebe a continuar ocultando sus inseguridades sin necesidad de interactuar con extraños. Sin embargo, Rubén no

permitiría que tal cosa sucediera.

—Que conste que a mí me parecen adorables tus gafas.

—Gracias —expresó apenas con un hilo de voz.

—¿A qué te dedicas, Hebe? No me has contado nada de ti.

—P-pues trabajo en la bi-biblioteca de la Fa-facultad.

—¿De veras? Yo he vivido siempre rodeado de libros. Desde Oscar Wilde hasta la poesía de Antonio Machado, aunque me va más la novela de misterio.

—Estoy leyendo una de Agatha Chris-Christie ahora mismo.

«La ocasión la pintan calva», pensó.

—¿En serio? Yo también —comentó sacando el libro de la mochila.

Hebe sacó el suyo de su bolso, celebrando internamente haber conectado con Rubén. Sus planes estaban saliendo tal y como deseaba.

—No me lo puedo creer —expresó sorprendido—. ¡Es una coincidencia tremenda!

Asintiendo, la muchacha tomó un sorbo de su café poniendo cara de decepción.

—Lo sé, el café aquí no es muy bueno —dijo él—. Por eso sólo pido cerveza.

—Nada c-como un bu-buen *espresso macchiato*.

—Oye, ¿me espías o algo?

Sintiéndose en un atolladero, recolocó sus gafas y fingió confusión. Sólo cuando Rubén echó a reír aludiendo al hecho de tener ya varias cosas en común, se permitió respirar de nuevo.

Era tan encantador: los labios humedecidos por el contacto con la cerveza, brillantes bajo la tenue luz del local; la voz ligeramente afectada después de la actuación, con su aire viril aunque cansado; incluso las pequeñas marcas que besaban los bordes de sus ojos le parecían sendas apetecibles, pequeños caminos que dejaban señales de la experiencia, tesoros que esconden los hombres maduros.

Rubén tenía que ser suyo, al precio que fuera.

Heteria (Amigos)

«Pablito clavó un clavito», dijo una voz en la cinta. Hebe pulsó el botón de pausa y repitió la frase, despacio. El objetivo no era decirla rápido sino ser capaz de hacerlo sin ninguna interrupción. Su disfemia había empeorado mucho desde la ruptura con Héctor. Lo habitual era tener dificultades para pronunciar ciertas palabras, pero últimamente se atoraba con insoportable frecuencia. Eso era un problema de cara a reforzar su autoestima, no porque se sintiera impedida al hablar —se había acostumbrado a convivir con el cepo en su lengua más como un castigo que como una limitación—, sino porque detestaba ver lástima en los rostros de quienes fingían integrarla en su círculo. Cuando alguien tiene problemas para hablar, automáticamente los demás hacen un ejercicio teñido de empatía para facilitarle las cosas, aunque en el fondo estén pensando en el preciado tiempo que pierden cada vez que conversan con un tartamudo. «Qué condescendientes pueden ser los extraños cuando quieren colgarse la chapita de buen ciudadano», pensó repitiendo la dichosa frase.

«Pablito clavó un clavito». Parecía tan fácil. No eran más que letras que se unían caprichosamente en una suerte de vocales y consonantes que le tenían tomada la medida. Esas odiosas bes y eles, dispuestas a arrebatarle la dignidad cada vez que tenían ocasión. Pero Hebe estaba harta de vivir sometida a esas y todas las otras letras del alfabeto, tan altivas, rezumando la suficiencia que a ella tanto se le resistía.

La siguiente hora se tradujo en frustración y odiosos «Pablitos» que se resistían a colaborar. Pero eso no podía empañar el plan de aquel día.

Rubén le había contado que muy pronto estrenaría obra, en un nuevo teatro, además. Estaba contento con ello, lo percibía en su tono al hablar, avivado, casi infantil. El maravilloso plan, sin embargo, contaba con un inconveniente: ciento treinta kilómetros de distancia. Para alguien como Hebe, acostumbrada a la vida en la ciudad, tener vehículo propio implicaba una serie de gastos que con su actual sueldo no podía permitirse, así que años atrás había vendido su coche en pos de reacondicionar su economía. El transporte en la capital funcionaba a las mil maravillas, pero ahora se arrepentía profundamente de haber tomado tal decisión. Cuando pensaba que tendría que rechazar las entradas que amablemente Rubén le estaba ofreciendo, él se adelantó y dijo: «Vendrás conmigo, ¿verdad? Voy a alquilar un coche para llevar los cambios de vestuario. Los chicos propusieron quedarnos juntos en un motel, pero eso no es lo mío, sinceramente. Si puedo, prefiero dormir en mi propia casa. Entonces, ¿qué, Hebe? ¿Te

apuntas?».

Cómo decir que no. Le habría acompañado a pie por el desierto de Atacama si hubiera sido preciso. La sola idea de recorrer ciento treinta kilómetros en el asiento de al lado, los dos solos, era emocionante e interpretada como un paso más en su relación, una que sólo se estaba gestando en su enferma mente.

Por supuesto, Rubén sólo lo hacía con intención vanidosa. Le gustaba recibir halagos de Hebe, tan dulce en el trato, tan parecida a él en cuanto a gustos. Y aunque se había dado cuenta de los intereses románticos que la motivaban a ser así de complaciente, consideraba inofensivo dejarse querer, o más bien dejar que lo colmaran de alabanzas y detalles. Rubén sabía que en algún momento ella exigiría una compensación a cambio, pero para entonces quizá él ya se habría aburrido, con la consiguiente respuesta de: «no estoy hecho para la vida en pareja, Hebe. Eres una persona maravillosa que merece a alguien mejor que yo». Y eso serviría para mantenerla enganchada por un tiempo más, confiando en la ingenua afirmación de que el roce hace el cariño. Luego ella acabaría, entre sollozos y acumulando más peso en su saco de inseguridades, aceptando la realidad y tomando distancia.

Desde luego, no conocía a Hebe.

La vista al otro lado de la ventanilla de un coche en marcha es como presenciar una proyección de la naturaleza humana. Todo va tan rápido, la vida arrastra tal celeridad, que apenas podemos percibir cada detalle del paisaje. Bajamos el cristal esperando hallar claridad en ese fondo emborronado, aparentemente veloz hasta que comprendemos la ilusión de movimiento. E intentamos jugar con los elementos presentes, extendiendo la necesidad de controlar algo mientras nos empeñamos en atrapar el aire, criatura salvaje que se resiste con gracia al cautiverio. Hebe respiraba entonces despacio, temiendo romper el hechizo a su alrededor. Era evidente que Rubén estaba pensando en sus cosas, probablemente en las líneas que tendría que pronunciar horas después. No parecía ser consciente de la traslación del planeta, o del impresionante circuito que hacía el oxígeno desde la profundidad terrestre hasta llegar a sus pulmones. No parecía ser consciente de la colisión de varios meteoros allá a lo lejos, en el cosmos profundo. Ni tampoco del amor que Hebe le profesaba en el más oscuro silencio. Sus pensamientos rebosaban claridad, casi surgían como luces en medio de un océano furioso y siniestro. Pero verbalizarlos suponía un choque continuo, no sólo por la odiosa disfemia, sino por las inseguridades enquistadas en el alma después de tanta competencia absurda consigo misma.

—Estás muy callada, Hebe, ¿te encuentras bien?

Esa intervención la trajo de vuelta al mundo de nuevo, y tuvo un breve pensamiento acerca de lo que deben sentir los bebés cuando están a punto de salir de su particular círculo de seguridad. Una vez se rompe esa barrera y el mundo los atraviesa, se acaba la paz para siempre.

—Sí. Sólo admiraba el paisaje.

—Al margen de eso, te noto distinta. Llevo un rato tratando de adivinar qué es…

—N-no he hecho nada es-especial —dijo sonriendo, algo sorprendida por lo inesperado del comentario.

—El peinado no es —añadió él. Tardó unos segundos en afirmar—: ¡Ya lo tengo! No llevas las gafas. Eso es. A todas estas, ¿ves bien sin ellas?

—S-sí. Sólo las n-ne-necesito para ver de lejos.

—Me gustan tus gafas —sonrió.

Aquel comentario sin importancia significó un mundo para Hebe. En su perjudicada percepción del mundo, la mera aprobación de Rubén hacia sus gafas se traducía en un puente hacia él, un paso adelante en su anhelo de cercanía. El gesto, carente de cualquier matiz romántico, la satisfizo a profundos niveles y, perdida en sus ensoñaciones, construyó un universo paralelo al que le tocaba enfrentar cada día, un lugar donde se veía en los brazos de aquel hombre al volante, que conducía completamente ajeno a las complejas tramas que se creaban en su dañada psique.

El teatro bullía de vida. Con aires de importancia, Hebe siguió a Rubén hacia las entrañas del edificio, por el camino reservado a actores y equipo técnico de la obra. Se respiraba un clima de tensión en el ambiente, pero no se percibían malas vibraciones sino la emocionante actividad previa a un evento con una cuidada presentación.

Observó a Rubén moverse con la seguridad de quien pertenece a ese mundo vibrante: la postura erguida, la sonrisa amplia mientras saludaba a todos. Desprendía una energía incontenible, como un proceloso caudal avasallador y a la vez magnético. El hecho de que él la eligiera, a ella, una persona tan terrenal y básica, para compartir su espacio en ese universo de luz y color, cimentaba aún más el lazo que, en el corazón de Hebe, ya era tan tangible como el telón que pronto se alzaría.

El camerino situado al fondo de un pasillo decorado con fotografías de las estrellas que habían pisado sus tablas estaba reservado para los actores principales: *Rubén Torres y Sofía Estévanez*.

Ya había oído hablar de Sofía, la respetada profesora de interpretación que traía de cabeza a Rubén. Pese a que él no comentó

nada respecto a la ojeriza existente entre ambos, Hebe se había percatado de lo incómodo que se sentía con la idea de compartir escenario con ella. Sin embargo, poco más se podía hacer para salvar la obra, puesto que la actriz escogida para tal tarea había tenido que abandonar la ciudad por motivos familiares. Sofía se sabía el guion y, por supuesto, era la indicada para sustituirla. No podían perder la confianza que la productora había depositado en ella.

—Hola, Rubén —saludó Sofía—. Espero que no te incomode que me haya adueñado del tocador para maquillarme.

—No, no importa —expuso mientras se quitaba el abrigo—. Ella es mi amiga Hebe. Ha venido a vernos actuar.

—Mucho gusto, Hebe —dijo sin dejar de pintarse los ojos.

La fingida armonía le resultó molesta. Para Hebe, era complicado ignorar sus emociones y actuar con diplomacia como hacía la mayoría de la gente, de modo que saludarla, aun a distancia, se tornó una tarea insoportable. Descubrir después que los protagonistas se besaban en varias escenas del segundo acto no contribuyó a mejorar la imagen que tenía de la profesora.

Al margen de ese detalle, Hebe se dejó llevar por el encanto del espectáculo. Rubén era la personificación misma de la alegría en el escenario. Con una destreza que lo distanciaba ampliamente de sus compañeros, se consagró como la estrella indiscutible de la noche, un hecho que la audiencia reconoció con entusiasmo. Los aplausos retumbaron en el teatro y las ovaciones se sucedieron, una tras otra, en una ola de admiración. En respuesta, Rubén elevaba los brazos, bañándose en la ovación, dejando que la energía vibrante del aplauso lo invadiera por completo, evidenciando no sólo su talento, sino también su conexión innata con el público.

Como es común tras el cierre de telón, la muchedumbre se disipó de la platea y los artistas lentamente se despojaron de su aura celestial para volver a la realidad mundana. No era el caso de Rubén. Mientras sus compañeros recogían bártulos y se desprendían del maquillaje, él continuaba con el atuendo de la obra y deambulando entre bambalinas con una sonrisa radiante.

Se encontraba felicitando a una de las actrices de reparto cuando su mirada se posó en Hebe, quien luchaba por hacerse entender entre un grupo de actores. Estos mostraban una paciencia ejemplar con la joven, a pesar de haber compartido con ella no más que una noche de risas y cervezas. Intentaban ser corteses, sin darse cuenta de que su disfemia se intensificaba en presencia de desconocidos, lo que añadía un desafío extra a su valiente intento de comunicación.

—Fe-feli-felicidades a to-todos. Ha si-sido una obra f-fantástica.

—¿Dónde estabas sentada, *Eva*? Eché un ojo a los palcos, pero

no alcancé a verte —comentó uno de los muchachos.

—Pu-pues no estaba en el palco por-p-porque mis g-gafas...

—Bueno, ya está bien de tantas preguntas, ¿no? —intervino Rubén—. Sois unos cotillas. Y se llama Hebe, coño.

Era su salvador. Así lo veía, como el combatiente que venía a protegerla de un mundo lleno de aristas y malas intenciones. No veía al conjunto de actores como un obstáculo; sin embargo, el hecho de que Rubén interviniera para ahorrarle la incomodidad de navegar su disfluencia en el habla forjaba un vínculo profundo entre ellos, una compenetración que trascendía lo cotidiano y se adentraba en el terreno de lo extraordinario.

Uno de los empleados del teatro se acercó para felicitar al grupo. Puso especial énfasis en la actuación del protagonista. Rubén, agradecido, sólo pudo ofrecer una sonrisa mientras estrechaba la mano del hombre. Este, aprovechando la cordial atmósfera, pidió tomarse una foto con todos. Entregando el teléfono a Hebe, pidió que fuera ella quien tomara la instantánea.

—Claro no hay p-problema —dijo, algo nerviosa.

—No, de eso nada. Hebe también debe aparecer en la foto —insistió Rubén, mirando a su alrededor en busca de alguien que pudiera hacerles el favor.

El encargado del teatro apareció justo en ese mismo instante. Sorprendentemente, Hebe no se colocó en una esquina, sino bajo el brazo de Rubén, su héroe personal. Entonces ocurrió algo que ella nunca había imaginado, al menos no tan pronto. En un momento de euforia, Rubén le dio un beso en los labios. Era un beso inocente, de esos que los actores a menudo comparten. Un beso sin mayores intenciones. Sin embargo, para Hebe fue como el aliento de un ángel. Observó su sonrisa después del beso, tan radiante y apasionada que elevó su autoestima a niveles desconocidos.

—Hola, chicos —interrumpió Sofía con entusiasmo—. Excelente función. Felicidades a todos y en especial a ti, Rubén. Si te soy sincera, tenía mis dudas sobre tu capacidad para manejar un papel tan complicado, así que, en serio, enhorabuena.

—Gracias —respondió él, visiblemente sorprendido.

—Al César lo que es del César. Os invito a todos a tomar algo. Habrá que celebrar el éxito, ¿no?

Los jóvenes rápidamente recogieron sus cosas, aceptando la invitación. Hebe, por su parte, no tenía el menor interés en compartir tiempo con esa bruja disfrazada de hada madrina. Aunque no había pasado nada malo entre ambas, el mero hecho de ver la inquietud que Sofía provocaba en Rubén era suficiente para que Hebe sintiera un profundo rechazo hacia ella.

El local estaba abarrotado y la música retumbaba, creando un

ambiente ensordecedor. Según la profesora, allí se preparaban los mejores mojitos de la ciudad, y no se equivocaba. Tan pronto como el grupo probó el primero, las copas se vaciaban con sorprendente facilidad. Entre risas, el barullo y las luces que parpadeaban a ratos, todos parecían disfrutar enormemente, excepto Hebe, que se esforzaba por descifrar los pensamientos de Rubén. Él, sosteniendo una copa, escuchaba y reía levemente ante los comentarios susurrados por sus compañeros, que ella suponía eran chistes o trivialidades. Al notar la mirada de Hebe, Rubén alzó su bebida en un brindis a distancia. Hebe respondió al gesto y, al hacerlo, su vista se cruzó con la de Sofía. Era una mujer atractiva y segura de sí misma, ligeramente más alta que la media, cuya presencia solía causar conflictos o rechazo entre otras mujeres. Hebe sabía que no podía ignorar una presencia femenina tan destacada en el entorno de Rubén.

—Quería pedirte disculpas, Rubén —dijo la profesora.

—¿Por qué? —preguntó él, algo descolocado.

—Creo que me odias, y lo entiendo. Fui demasiado crítica contigo.

—No te odio, aunque te has dedicado a tocarme mucho las narices.

—Suelo actuar así con la gente que me intimida —confesó ella.

—¿Yo te intimido?

—Celebro el talento, siempre lo hago, pero comprende mi situación. Apareces con tu impecable voz y ese aire de galán de los cincuenta y, claro, he de mostrarme severa por mi propio bien.

La conversación entre ambos duró más de lo previsto. Gran parte de la noche se dedicaron sus mejores maneras en un coqueteo muy evidente. Sorprendido por gustar a una joven como aquella, Rubén se dejó llevar ignorando el hecho de que había llevado a la fiesta a otra mujer consigo. A medida que avanzaba la noche, el contacto entre profesora y alumno fue incrementándose, como el queso que se funde sobre una rebanada de pan si es sometido a altas temperaturas. Había estado alejándose del sexo durante demasiado tiempo, y la euforia tras una función como la de esa jornada ayudó a que quisiera continuar descubriendo hasta qué punto querría llegar Sofía.

—¿Quieres que vayamos a mi casa? —sugirió, cálido.

—¿Y qué pasa con la chica?

Echó un vistazo a Hebe y comprobó su incomodidad. Disculpándose con Sofía y quedando con ella en la salida, se acercó a su fiel seguidora y le preguntó si quería regresar ya a casa. Asintió aliviada, creyendo que al fin se había despegado de aquella latosa mujer, pero al verla acompañarlos hasta el coche, supo que su pesadilla no había acabado.

Esta vez ella ocupaba el asiento trasero, contemplando la extrema amabilidad entre actores. El trayecto se tornó irritante, sobre todo cuando advirtió la mano de Sofía apoyada en el muslo del conductor. «¿Qué libertades son esas? —pensaba—. Ni siquiera sabes si ese hombre tiene pareja y ya andas toqueteándole».

El trayecto que para Hebe había sido maravilloso a la ida, se volvió pesado y deprimente a la vuelta. Miraba con desdén a la mujer que estaba sentada donde le correspondía estar a ella.

Al llegar y tratando de mantener la compostura, se despidió desde la acera. Justo cuando se giraba para entrar a su casa, Rubén bajó la ventanilla del coche:

—¡Hebe! ¿Puedes venir un segundo?

—¿Q-qué pasa? —preguntó.

—¿Te gustaría venir conmigo a una audición que tengo pasado mañana?

—Claro, iré encan-cantada.

La oferta de Rubén fue un bálsamo para el corazón de Hebe, permitiéndole dormir tranquilamente esa noche, a pesar de haber notado su interés por otra mujer.

A lo largo del recorrido, Sofía acarició la pierna de Rubén con plena intención. No hizo falta decir una sola palabra: la promesa de sexo salvaje bullía entre ambos con una fuerza difícil de ignorar. Aunque Rubén había decidido evitar distracciones que lo desviaran de sus metas profesionales, la atracción hacia una mujer que le había declarado la guerra durante tanto tiempo y que ahora se mordía los labios mientras lo miraba, era demasiado poderosa.

Panoplia (Armas)

La luz del día inundó el dormitorio, iluminando cada rincón con una claridad imponente. Su rutina habitual incluía correr las cortinas antes de acostarse, pero con tantas distracciones durante la pasada noche era normal haber pasado por alto ese detalle. Estaba incómodo y cansado. Eran más de las doce y sólo le apetecía dormir. Miró la silla donde Sofía había dejado su ropa cuando se metieron juntos en la cama y vio que estaba vacía. El recuerdo de ella jadeando mientras la penetraba le erizó la piel de un modo agradable; sin embargo, al cabo de unos minutos, comprendió que debía olvidar lo ocurrido y seguir como si no hubiera pasado nada.

Durante años, Rubén había vivido tal y como dictaban los cánones sociales de su generación, y en ese escenario no podía faltar una pareja estable. Disconforme con la idea de emparentarse, pasó algunos años solo, dispuesto a conocerse primero a sí mismo antes de establecer vínculos con alguien más. Pero a ojos de la familia, especialmente los de su padre, la ausencia de novias sólo podía significar que su hijo era homosexual, y no toleraría «semejante vergüenza» en su casa.

Rubén tenía intereses vitales muy alejados del matrimonio, pero le gustaban las mujeres y a menudo las deseaba en sus fantasías. A pesar de ello, solía ser discreto. Antes de iniciar cualquier contacto, dejaba claras sus intenciones para evitar herir sensibilidades y, por supuesto, eludir llantos insufribles. Sin embargo, finalmente cedió a las exigencias de su padre. Un día, trajo a casa a Mina, la joven inexperta que quedó cautivada por él desde el principio.

El viejo quedó satisfecho y dejó de machacarlo con la misma matraca durante un tiempo. Al menos no tenía un hijo gay, que era lo que el pueblo entero clamaba y lo que tanto quería negar. No obstante, las cosas en la imprenta nunca tomaron buen camino. Rubén debía soportar el despotismo de su padre en el trabajo, quien le ofendía cada vez que tenía oportunidad, y no siempre en privado, cosa que aprovechaban los demás trabajadores.

En la empresa nadie le respetaba, una situación que habría mortificado a cualquiera en su lugar, pero Rubén era diferente. Su ambición lo convertía en blanco de la ira de los conformistas. Con frecuencia, se sentía desplazado, no sólo entre sus compañeros de trabajo, sino en cualquier entorno. Se había habituado a pasar desapercibido, a ser casi invisible. Quizá por eso siempre sintió la necesidad de emprender el vuelo, de alejarse de quienes en su momento lo juzgaron sin realmente conocerlo.

El pasado a veces lo visitaba para empañar el orgullo. Se sentía

bien consigo mismo, había logrado cosas que creía inalcanzables. ¿Por qué entonces se torturaba con los recuerdos de una etapa vacía y llena de reproches?

El sonido del timbre lo sacó de sus pensamientos. A medio vestir, se dirigió a la puerta, aún algo aletargado.

Para su sorpresa, una Hebe especialmente nerviosa trataba de expresarse; la lengua, atorada entre los dientes, hacía imposible que pudiera hacerlo.

—Hebe, si quieres que te entienda, tienes que relajarte un poco.

—Dios m-mío, Rubén... He hecho algo t-terrible.



—¿Es que nadie sabe preparar un café decente?

Francisco era noble, pero también podía ser muy terco, sobre todo cuando se trataba de tomar su primera dosis de cafeína del día. Si un café cumplía con sus expectativas, todo lo demás parecía encaminarse adecuadamente, como si una mano divina orquestara los elementos a su alrededor para facilitarle la vida. Por el contrario, si el café resultaba aguado o demasiado fuerte, sentía que el mundo se llenaba de baches y piedras, algo que, lamentablemente, ocurría con frecuencia.

Malhumorado, avanzó hacia el coche, consciente de que ese sería un mal día.

—¡Te olvidas el termo! —le gritó su esposa desde la ventana.

—¡Úsalo para regar las plantas! —replicó.

El trayecto hasta la comisaría normalmente estaba amenizado con música de Ennio Morricone, una preferencia que Francisco disfrutaba en soledad, ya que su mujer, incapaz de mantenerse en silencio durante los viajes en coche, tenía otras preferencias culturales.

A veces se preguntaba si alguna vez compartieron intereses o si, con el paso del tiempo, habían olvidado lo que tenían en común. La realidad era que nunca habían sido compatibles en nada, pero aun así la quería. No sólo era la madre de su único hijo, sino la mujer a la que había jurado lealtad hasta la muerte. A lo largo de los años había tenido más de una ocasión para faltar a su promesa, pero nunca sucumbió, ni siquiera ante la insinuación de una atractiva agente en prácticas que lo tentó sin éxito.

Francisco no siempre fue un viejo fofo. Al alcanzar los treinta estaba en su mejor momento físico, con apenas unas pocas canas adornando su cabello y una presencia más imponente que la de muchos inspectores. Era joven, aguerrido y no se amilanaba ante nadie. Su carácter fuerte, sin importar quién estuviera presente, le daba un aire que no pasaba desapercibido para las señoras. Empleaba su encanto para lograr ciertos objetivos, sobre todo al recabar

información de testigos, particularmente de mujeres mayores de cincuenta años, aburridas de sus matrimonios que encontraban atractivo al hombre uniformado de sonrisa pícara.

Con el pasar de las décadas, Francisco había cambiado su enfoque, prefiriendo ahora pasar inadvertido. Se contentaba con la simple esperanza de que, para variar, sus agentes llegaran al lugar de los hechos sin evidenciar su ineptitud.

La mañana se había vuelto oscura y amenazaba con lluvia. Al salir del coche, los zapatos de Francisco se hundieron en el barro. Malhumorado, recordó el café y se reafirmó en su teoría de que un mal desayuno presagiaba un día lleno de catástrofes encadenadas.

—Señor, menos mal que ha llegado. Está a punto de llover y temo que se pierdan evidencias —comentó un joven ajustándose sus gafas empañadas mientras levantaba el cordón policial.

—¿Y por qué no me habéis llamado antes? ¿Soy adivino acaso? —respondió con su habitual antipatía.

—Lo hicimos, pero parece que no recibió el mensaje.

—¿Cómo es eso? —dijo, revisando su móvil y confirmando que, de nuevo, se había quedado sin batería.

—Le hemos llamado varias veces.

—Ya, me lo imagino.

—También intentamos localizarle en su casa. Nos atendió Fernando… Supongo que se le olvidó pasarle el recado.

Francisco no dijo nada más. A menudo reflexionaba sobre la irresponsabilidad de su hijo, concluyendo usualmente que su mujer lo mimaba demasiado. Ahora, el chico buscaba encauzar su vida y consideraba seguir sus pasos en la carrera policial, una idea que a Francisco le parecía más un insulto que un genuino deseo de madurar. «La madre que lo parió, esa es la que tiene la culpa. Que el niño podría ser policía, dice... Tienes que apoyarlo, quiere seguir tu ejemplo... No me jodas, cariño».

Siguió los pasos del agente que le había dado el aviso. En el lugar, la policía y un equipo de analistas forenses resguardaban con discreción el cuerpo de una mujer. Yacía boca arriba en el suelo, desnuda y con claros signos de haber sido torturada. Un lazo azul atado a su cuello llamaba la atención en el ceniciento cadáver. La postura con las piernas abiertas dejaba claro que la habían colocado con ánimo humillante.

Pese a que la ciudad estaba experimentando un crecimiento demográfico considerable, normalmente era fácil lidiar con las denuncias. La mayoría eran cuestiones domésticas que acababan en divorcio o como mucho con una orden de alejamiento. Luego estaba el tema del tráfico de drogas, pero se reducía a localizaciones concretas. Quienes vivían en las alcantarillas del sistema procuraban pasar

desapercibidos. Así pues, cuando vio el maltratado cuerpo de aquella chica, llena de hematomas y cortes, supo que se hallaba ante algo distinto. Las marcas de ligaduras en muñecas y muslos situaron a Francisco en un escenario donde el asesino gozaba de un mínimo de intimidad. Un sótano o tal vez un cuarto insonorizado. Varios mechones de pelo habían sido arrancados de raíz, y si tal tortura fue cometida mientras la víctima aún estaba viva, sus gritos habrían alertado a algún vecino. O puede que el crimen hubiera sido perpetrado en otro sitio y después fuera trasladada hasta la zona.

Echó un vistazo alrededor. Buscaba marcas de neumáticos que pudieran haberse quedado grabadas en el suelo, pero obviamente ninguno de los suyos había tenido en cuenta aquella posibilidad. Decenas de pies desdibujaban cualquier pista que pudiera haber en el cenagoso espacio; de hecho, era difícil trabajar con tal humedad en el ambiente. En condiciones como esa, lo mejor era recoger el cuerpo lo antes posible para evitar que la condensación arrastrara consigo las únicas pruebas que pudieran encontrarse.

—Gutiérrez, ven aquí —indicó Francisco, molesto.

—Dígame, señor.

—Encárgate de que Manuel y Germán puedan llevarse a la chica y, por favor, que no suceda lo mismo que hace dos meses, ¿de acuerdo?

—Moreno, ¿hasta cuándo vas a recordarme eso?

—Hasta que te salga pelo de nuevo. Y no vuelvas a tutearme.

—Vamos, Francisco. Sé razonable. Sabes que soy bueno en lo que hago. Un error lo puede cometer cualquiera...

—Gutiérrez, sé un golfo en tu tiempo libre, no en horas de servicio.

Avergonzado, Flavio agachó la cabeza y continuó su cometido, sabiendo que los demás agentes habían escuchado la incómoda llamada de atención. Que fuera incapaz de controlar sus impulsos cuando una mujer se le ponía a tiro no pillaba de nuevas a nadie, pero que su superior lo hubiera encontrado con una que además era inspectora en otra ciudad, lo situaba como el necio que todos creían que era.

Francisco estaba molesto. No por la bronca que Gutiérrez merecía, sino por saber que, por enésima vez, Fernando había ignorado la palabra responsabilidad. «¿Cómo pretendes hacerte un hombre si no respetas en absoluto lo que implica?», pensaba. Ya ajustaría cuentas con su hijo en cuanto le fuera posible, ahora tenía que centrarse.

La niebla marcó el trayecto hacia la comisaría, envolviendo todo en un manto que apenas permitía ver más allá de un metro de distancia. Al llegar a su destino, frustrado por la escasa visibilidad, no

pudo evitar soltar una serie de improperios.

A pesar de todo, se sintió liberado. Conducir solía ser un acto casi automático para él, excepto cuando condiciones como una nevada o un día tan oscuro como aquel exigían su plena atención. Cuando tenía un caso pendiente, su mente se asemejaba a un cajón lleno de pequeñas piezas que necesitaban ensamblarse, una tarea que, sin instrucciones claras, se volvía exasperante y un infierno para su carácter obstinado. Era tremendamente terco, asunto que lo obligaba a persistir en su propósito, sin importar si esto interfería con su descanso. Por ello, los viajes en coche se convertían en una verdadera molestia cuando, en vez de sumergirse en sus pensamientos, tenía que concentrarse en evadir obstáculos en la carretera o permanecer alerta ante la distracción de otros conductores, atraídos por la simple visión de un arcoíris en la distancia. Esas tonterías lo irritaban profundamente. Para alguien que, como él, no se permitía ni un momento de descanso cuando algo dependía de su habilidad, enfrentarse a tales situaciones se convertía en un auténtico tormento.

Llamó alrededor de ocho veces a Fernando. Al parecer, tras pasarse la noche bailando y bebiendo, descolgó el teléfono de casa sin reparar en las necesidades del resto de la familia. Francisco gruñó. Primero había sido por culpa del café, luego por el egoísmo de su hijo. Cuando probó su segundo cortado del día le supo a rayos.

—Esto no puede ser nada bueno —musitó, supersticioso.

El despacho estaba impecable. Sobre el escritorio, una pluma, una pequeña libreta y una fotografía de su esposa evidenciaban su sentido práctico. Meses atrás, había recibido una planta como regalo para dar una nota de color al espacio; sin embargo, él insistía en dejarla fuera, argumentando que le distraía.

Nadie se esforzaba ya en ganarse su simpatía; se había convertido en una tarea infructuosa y sin propósito. No obstante, gracias a la actitud de Francisco, la gente comenzó a enfocarse en asuntos de mayor importancia. Según él, estas cuestiones fomentaban un crecimiento más significativo, más allá de las adulaciones y las actitudes serviles.

Identificar a la víctima del lazo azul resultaría difícil. Alguien le había desfigurado el rostro con saña. Francisco supuso que el responsable podía haberlo hecho por dos motivos: remordimiento o profundo sadismo. Desde un punto de vista estadístico, lo más probable era que víctima y agresor se conocieran, pero hasta que no identificaran a la joven, sería imposible investigar su círculo social. Mientras tanto, las horas transcurrían de manera lenta para un Francisco apático, ansioso por progresar en un caso que parecía estancarse en una monotonía interminable.

«Un día perdido, y todo por culpa del café», pensaba en su

versión más amarga. Buscaba a alguien responsable de su mala suerte, y encontrar un chivo expiatorio en un cortado insípido le resultaba un mejor desahogo que descargar su ira golpeando a alguien.

Ya era hora de volver a casa y sabía que esa noche se acostaría en la cama en vano. La imagen de la joven con el lazo azul permanecería fija en su mente, repasando una y otra vez las posibles razones que la habrían llevado a tal desenlace. Al final, siempre llegaba a la misma conclusión: por más que intentara aplicar la lógica, había momentos en los que simplemente se tenía que confrontar la maldad, sin más razón que su existencia. La lógica, y probablemente la empatía, hace que busquemos motivos para justificar actos atroces; pero Francisco, tras décadas de experiencia, había aprendido, a menudo desde la frustración, que en ocasiones sólo se pueden considerar las pruebas físicas de un crimen en lugar de buscar explicaciones que puedan mitigar un dilema moral. Veía al mundo como un enorme saco en el que, por diversión, una entidad suprema había combinado seres de distinta naturaleza, otorgándoles libre albedrío. Y este concepto habría sido aceptable, de no ser por la perturbadora realidad de que algunas personas están profundamente trastornadas.

La luz del apartamento estaba encendida. Había pensado que a esas horas su hijo ya estaría despierto, pero, en cambio, encontró a su esposa viendo la televisión mientras cosía. Acostumbrada a las apariciones donde su marido regresaba algo encorvado con el gesto serio, ella ni siquiera le preguntó qué tal le había ido el día. Intuyó que, para no variar, habría sufrido una jornada pésima, así que, señalándole la mesa, lo invitó a cenar creyendo que tal vez de esa forma podría ayudarlo a olvidar las terribles escenas que sabía que su profesión a menudo le dedicaba.

Después de lavarse las manos y de comprobar que Fernando había dejado de nuevo su toalla tirada por el suelo, salió hasta la sala con la necesidad de llamarle la atención.

—¿Dónde está el vago?

—No le llames así —reprochó su esposa—. Está durmiendo.

—¿Aún? ¿Acaso es un koala que precisa veinte horas de sueño?

—Por favor, Francisco. Tengamos la fiesta en paz, ¿vale?

—Está bien, pero quizá deberíamos llamarlo para que cene. A ver si es que el pobrecillo no sabe que para vivir debe comer.

Tras recibir una mirada cargada de furia por parte de su mujer, se levantó de la mesa y caminó hacia la puerta del dormitorio de Fernando. Desde allí podía oler el cigarrillo que estaba fumándose a sabiendas de que en el interior de la vivienda lo tenía terminantemente prohibido. Sobre una mesilla, el teléfono lucía descolgado. Gruñendo, Francisco corrigió la postura del aparato

haciendo un soberano ejercicio de paciencia. Tenía ganas de gritar, o más bien de abofetear a su hijo, pero lejos de dejarse llevar, aguantó el tipo.

—¡Fernando, a cenar! —dijo desde el pasillo.

—¡Ya voy! —gritó el chico.

—Y de paso apaga el cigarro si no quieres que tu madre te mate —susurró.

Nando apareció minutos después con ojeras y el pelo revuelto.

—¿Macarrones por la noche, mamá? Me voy a poner como un tonel.

—No digas tonterías. Llevas todo el día sin comer, ¿cómo vas a engordar?

Francisco encontró aquella conversación insípida y una tomadura de pelo. Aun así, se mantuvo en silencio mientras escuchaba a madre e hijo hablar sobre grasas, retención de líquidos y pantalones que no abrochaban.

—A propósito, mamá, no habrás visto los vaqueros nuevos, ¿verdad?

—¿Los rotos? No sé cómo puedes ponerte esa cosa...

—Sí, esos. ¿Los has planchado?

—Pues no lo sé. Echaré un vistazo en el cesto después de cenar.

—Me vendrían muy bien para mañana por la mañana.

—¿Y qué tal si levantas ese culo de la silla y los planchas tú mismo? —intervino Francisco—. Quizá con el vapor de la plancha pierdas algunos gramos.

—No me importa hacerlo en cuanto acabe de cenar... Es algo que me relaja —comentó la mujer.

—Cariño, no hablo contigo —espetó.

—Lo haría yo mismo, pero con lo torpe que soy seguro que acabaría estropeando los pantalones o quemando la casa —se excusó riendo.

—La disciplina suele ser un buen recurso contra la torpeza. ¿Sabías eso?

—¿Estás enfadado conmigo?

—No. Lo estoy conmigo mismo. Está claro que soy un cero educando.

—¿Queréis postre? He hecho flan —indicó la madre con intención de evitar una trifulca.

—¿Qué coño te pasa, viejo? —preguntó Fernando con chulería.

—¿Quién te ha dicho que puedes hablarme así? ¿Es que no te da miedo que te rompa la cara de un guantazo?

—¿Bromeas? Esta se divorciaría de ti —rio—. Vamos, escupe qué te sucede.

—Fernando, no puedes ser un despojo social toda tu vida.

¿Crees que viviré eternamente? ¿Crees que seguiré siendo igual de paciente dentro de unos años? No puedo tolerar que mi hijo sea un golfo y un egoísta que, después de pasarse el día en la cama, se permite el lujo de decirle a su madre que le planche un pantalón o lo que sea esa mierda agujereada. Y, por si fuera poco, no respetas mi trabajo. Esta mañana llamaron de la comisaría, pero como acababas de volver de fiesta no pensaste que darme un recado sería importante, ¿verdad? Para colmo, descuelgas el teléfono, no vaya a ser que alguien interrumpa tu sueño. Dime algo, Fernando, ¿esa conducta es propia de alguien maduro? ¿Has visto a tu madre o a mí alguna vez comportarnos de esa manera?

—¿Has acabado? —preguntó, limpiándose con la servilleta.

—Por supuesto que no —expresó, enfadado—. Dios mío, ¿quién carajos te crees que eres?

Fernando se levantó de la mesa y fue a su cuarto al tiempo que su padre seguía increpándole. El joven, agarrando una chaqueta y echando un último vistazo a su imagen en el espejo, salió de casa entre los improperios que Francisco le lanzaba.

Moreno se sentía impotente. La paternidad nunca había sido algo que anhelara y, aunque no se arrepentía de ser padre y quería a Fernando sobre todas las cosas, a menudo se cuestionaba cómo sería su vida si, en lugar de haber cedido a las expectativas de su mujer, hubiese seguido el camino que originalmente había planeado para sí mismo.

Mientras recogía la mesa junto a su esposa, Francisco murmuraba una retahíla apenas audible que resultaba más irritante que catártica. Al recoger el plato de Fernando, finalmente rompió el silencio y dijo:

—Es incapaz de recoger su propia basura, coño.

—Y tú sufres incontinencia verbal —añadió ella, enfadada—. Estarás contento.

—Mucho, cariño. Pletórico.

Esa noche estaba claro que dormiría en el sofá. Sintiéndose impotente y creyendo que algún dios cruel se burlaba de él, tendría que soportar nuevamente aquel silencio inmerecido. Para alguien como él, cuya autoridad nunca era cuestionada en su trabajo, aquella situación resultaba desconcertante y una falta de respeto imperdonable.

«Genial, justo lo que te faltaba. Ahora que necesitas paz para pensar, vas y te peleas con el niño mimado. Y lo peor es que nadie se pone nunca de tu parte. ¿Quién eres, Francisco? Pues un patán».

El teléfono sonó con una insistencia que le pareció casi ofensiva, algo que asoció de inmediato con un intento de interrumpir incluso sus pensamientos más íntimos. Enfadado y sintiéndose como si

hubiera sido aplastado por un elefante, contestó con tono brusco:

—Moreno, dígame.

—Señor, soy Gutiérrez.

—¿Qué pasa, Flavio?

—Hemos identificado a la víctima, se llama Sofía Estévanez.

Areté (Virtud)

Lo que más valoraba de sí misma era su habilidad para escuchar. Su timidez, que a veces bordeaba lo absurdo, solía ser una herramienta valiosa para descubrir información significativa, ayudándola a acercarse mucho a sus propósitos. Esa vez, su estrategia de parecer simplemente una espectadora aburrida mientras los demás conversaban había dado sus frutos. Sofía y una de las actrices del teatro intercambiaban información, planificando un encuentro para una clase privada. La dirección que la profesora mencionó habría pasado desapercibida para la mayoría, pero no para Hebe. Ella se aseguró de memorizarla, a base de repetirla en su mente. Ni siquiera sabía para qué le serviría ese dato; de hecho, contaba con borrarlo de su memoria cuando transcurrieran varios días. Pero allí estaba, allanando una casa sin medir las consecuencias de sus actos.

Las fotografías esparcidas por toda la casa narraban la vibrante vida de Sofía: sus viajes a destinos exóticos, encuentros sociales y, por supuesto, su paso por los escenarios. En lugar de ver a Sofía como un modelo a seguir y emular su actitud ante la vida, Hebe optó por dedicarle su envidia, considerándola una mujer mucho más interesante que ella misma. Ni siquiera la conocía, bastó una primera impresión para saber que jamás podría aceptarla en el círculo de Rubén. Así que, perturbada su paz por contemplar que tan sólo había bastado una velada para que Sofía se ganara la simpatía del actor, Hebe sintió cómo la ira intoxicaba su claridad mental.

Con las cosas yéndose de control, se vio en la necesidad de buscar algo a lo que aferrarse. Para ella, no había nada más firme y estable que la figura del hombre que la obsesionaba. Ya estaba hecho.

—Hebe, cálmate o no podré ayudarte. Respira hondo —dijo Rubén, armado de una paciencia que no dejaba de sorprenderle incluso a él mismo—. Voy a prepararte un té.

Llorando, Hebe trataba de luchar contra su disfemia, tan inoportuna como molesta. No poder expresarse en una situación así empeoraba la visión que tenía de sí misma, suficientemente dañada tras los últimos acontecimientos.

Rubén preparó el té y trajo consigo azúcar y leche. Mientras la chica alzaba sus manos temblorosas con la intención de sostener la taza, él limitó sus movimientos con una caricia en los hombros:

—Por Dios, ¿qué es lo que te preocupa tanto? ¿Qué es tan grave? —preguntó sonriendo.

—Pu-pues...

El teléfono sonó. Convencido de que lo de Hebe podía esperar,

atendió a la llamada. Uno de sus compañeros le preguntaba por Sofía, ya que Marta, otra de las actrices de la academia, había quedado con ella en su casa para recibir clases particulares. Debía preparar un papel importante y llevaba casi una hora esperando a la profesora en su portal.

—No tengo ni idea de dónde puede estar —respondió—. De todos modos, no os preocupéis. Seguro que ha salido un momento y vuelve enseguida.

Al colgar, Rubén permaneció callado. Decidió pelar una manzana, concentrado en las formas que adoptaba la cáscara al caer sobre el plato. Su mente era un hervidero de preguntas, pero no las verbalizó hasta que Hebe, inquieta, quiso saber si todo iba bien.

—Sí —respondió algo cortante—. Era Ramiro preguntando por Sofía. ¿Tienes idea de dónde está?

—Q-qué va. ¿P-por qué habría d-de saberlo?

—No lo sé, Hebe. Era sólo una pregunta.

La ciudad sonaba impertinente tras los cristales. El tráfico congestionado, el viento sacudiendo los árboles de la calle y la rigidez de los músculos de Rubén, no ayudaban a disipar la tensión de Hebe.

—T-te necesito —dijo ella. El cepo de su boca se sentía más doloroso que nunca—. N-no quiero perderte.

—¿Qué estás diciendo?

—Yo t-te quiero.

—No digas tonterías, Hebe. ¿Qué has hecho?

—Desde el pri-primer momento en q-que te vi...

—¡Responde a mi pregunta! ¿Nos estuviste espiando a Sofía y a mí?

El timbre sonó. Demasiados sobresaltos para iniciar una jornada después de haberse acostado tarde, por lo que, extremadamente incómodo, Rubén abrió la puerta con la necesidad de poner fin a tanto desorden.

Ramiro y Marta entraron sin saludar.

—A ver —indicó el chico—, sabemos que Sofía se fue del pub contigo. ¿Pasasteis la noche juntos? No se lo vamos a contar a nadie, seremos discretos.

—Chicos, sí que pasamos la noche juntos —respondió Rubén, tratando de no sonar alterado por aquella intromisión—. Pero ella se marchó. Sólo fue un contacto físico, por lo que nada la obligaba a quedarse.

—¿A qué hora se fue? —preguntó Marta.

—No lo sé. Me quedé dormido y al despertar ya no estaba.

—Tenemos que llamar a la policía —sentenció ella.

—Tal vez tuviera algo que hacer y se olvidara de su cita contigo —señaló Rubén.

—Lo dudo. La clase iba a ser corta porque luego tenía que ir al bautizo de su sobrino. Por lo que sé, no se ha presentado a la ceremonia. La familia está muy preocupada.

Rubén sentía que su intimidad había sido violada desde varios ángulos. No quería mostrarse insensible, pero no le apetecía hablar de Sofía, ni dedicar toda su paciencia a una visita no deseada. No obstante, trató de mostrarse educado y cordial.

Ramiro llamó varias veces al teléfono de Sofía. No obtener respuesta comenzaba a ser desquiciante. Mientras, Rubén se dedicaba a mirar por la ventana. El pedófilo que siempre vigilaba a los niños en los columpios comía pipas en un banco próximo, sin quitar ojo de una pequeña que iba sobre un adorable triciclo rosa.

Hebe permanecía callada, quizá temiendo que Rubén estallara contra ella. Quería sincerarse, pero no frente a Ramiro y Marta, cuya preocupación crecía exponencialmente. Considerando oportuno abandonar el sitio para regresar en un momento menos delicado y así poder charlar a solas con Rubén, se levantó y dijo:

—C-creo que he de irme. Ya me cont-contareis si Sofía ap-parece.

—No, Hebe —intervino Rubén—, quédate. ¿Qué tal si pedimos algo de comer mientras esperamos noticias?

Marta y Ramiro asintieron; Hebe regresó sobre sus pasos. Una extraña fuerza la condujo a continuar en la estancia pese a que precisaba tomar aire y aclarar sus ideas. Le preocupaba estar siendo analizada y, como acosadora avanzada, sabía qué suponía ser el centro de atención. No podía convertirse en la nota discordante si pretendía mantener su habitual perfil bajo. Aceptó la invitación de Rubén y, consciente de que sospechaba de ella, decidió mantener silencio, al menos hasta que Ramiro y Marta se marcharan y pudiera quedarse a solas con el actor. Le explicaría todo, hasta el último detalle.

Tras el paso de algunas horas y sin novedades respecto al paradero de Sofía, Marta y Ramiro decidieron regresar a casa. Ya casi oscurecía y, apesadumbrados, comprendieron que debían esperarse lo peor. Quedaron en trasladarse mutuamente cualquier novedad y se despidieron.

Rubén cerró la puerta con llave. Miró a Hebe con ojos salvajes, colmados de una furiosa necesidad de saber. Después de exhalar el aire con contundencia, ordenó:

—Tienes que contarme todo lo que ha pasado.

Hoplon (Escudo)

Dormir en el sofá empeoró las viejas contracturas de su espalda. Y el culpable de que no pudiera disfrutar del caro colchón de su dormitorio era Fernando. Se levantó como pudo y acudió al cuarto de su hijo. Aún no había vuelto. Supuso que andaría encamado con el muchacho de turno sin reparar en que su madre podría estar preocupada.

Ella dormía a pierna suelta, la escuchaba roncar desde el pasillo. El único en preguntarse dónde estaría el alocado de su hijo era él. Francisco, rehuyendo siempre la posibilidad de mostrarse vulnerable, jamás asumiría en voz alta que no le gustaba que el chico hiciera tantas salidas nocturnas. «De noche suceden siempre las peores tragedias», pensaba.

Llegó a comisaría pasadas las seis y cuarto. La máquina de café sonreía maliciosa al fondo de la sala. Podría escaparse unos minutos al bar de enfrente, pero no quería perder más tiempo, de modo que dio el primer sorbo a la asquerosa bebida. Luego masculló una lista de blasfemias que no viene al caso repetir.

Sentado en su escritorio, no dejó de repasar las palabras de su hijo. Pero había más. Sabía que su esposa se mantendría en silencio por un tiempo, y para resolver la situación lo antes posible, tendría que hablar con Fernando, aunque las entrañas le estallaran. Era un esfuerzo que se le antojaba difícil y además ridículo, porque él tenía razón. Pero había comprendido, a la fuerza, que eso no siempre es suficiente. A veces hay que saber identificar qué es necesario para uno mismo, aparcar el orgullo en pos de no perder a quienes más queremos.

—Señor, ¿tiene un minuto?

El chico, sudoroso, pero motivado, dio dos toques en la puerta cuando ya la había abierto.

—¿Qué quieres, Gómez? —respondió Francisco, sin apenas mirarle.

—Dos cosas. La primera es que ya sabemos dónde trabajaba la chica del lazo.

—Coño, eso ya es un comienzo. ¿Y la segunda? Por favor, no me digas que trabajaba en un negocio que misteriosamente se ha ido a la quiebra o algo así…

—No, señor. Verá, es sobre su hijo.

—¿Qué pasa? —preguntó con el corazón acelerado.

—Es que anoche se pasó de copas. Villanueva, que estaba de patrulla, vio que iba a meterse en líos con unos chavales y acabó sacándolo del entuerto.

—¿Se encuentra bien?

—Está abajo. Durmiendo en la sala cuatro.

Sus intenciones por mejorar las relaciones familiares se esfumaron de golpe. El consentido de Fernando dormía apoyado sobre una mesa y cubierto con la chaqueta de uno de los agentes. Babeando sobre las mangas de su camiseta, lucía como un vagabundo: despeinado, con los pantalones manchados de vómito y calzando un solo zapato.

El agente que lo encontró en tan mal estado se quedó con él, leyendo una revista y postergando su regreso a casa. Consideraba que cuidarlo era un deber que no debía asumir, pero aun así lo hacía.

—Gracias, Villanueva —dijo Francisco, avergonzado como nunca—. Siento mucho que hayas tenido que encargarte de esto.

—No ha sido nada, señor.

El chico se fue con la sensación de haber hecho lo correcto. Idolatraba a Moreno; todos lo hacían, aunque su propio hijo no mostrara el menor respeto hacia él.

Los ronquidos de Fernando sonaban como diablillos que se reían de su incompetencia. Casi los escuchaba jactarse de lo fácil que sería arrastrar a ese mequetrefe hasta el fondo del infierno. Negando con la cabeza y procurando hacer el menor ruido posible, se aproximó hasta el chico y lo observó unos instantes. Esta vez no se reprimió y le dedicó un soberano cogotazo, merecido desde hacía mucho tiempo.

—Dios, ¿qué pasa? —balbuceó, llevándose las manos a la nuca.

—Eso mismo me pregunto yo, Fernando. ¿Qué carajos pasa?

—Oh, joder. Tú no. ¿No puedes olvidarte de mí para variar?

—Mírame bien, enano mental —sentenció—. Soy tu jodido padre. Me debes un respeto, y creo que estoy demostrando tener una paciencia desorbitada contigo.

—¿Enano mental? ¿Ese insulto se te ha ocurrido a ti solo?

—Levántate. Hoy vas a trabajar.

—¿Qué?

Francisco no dio más explicaciones. Quería abofetear a su hijo, demostrarle que el mundo no giraba a su alrededor. Sin embargo, prefirió castigarlo mientras le durara la resaca.

La escuela de interpretación estaba cerca de la comisaría, pero Francisco insistió en ir en coche. Con un dolor de cabeza inminente y la impresión de que no progresaban en su trayecto, Fernando resoplaba, anhelando salir del vehículo y seguir el camino a pie.

—Puedes abrir la ventana y que te dé el aire, ¿eh? —dijo Francisco con sorna—. En tu estado es lo mejor.

—Papá, no me martillees más, ¿vale?

—Aquí no soy papá, sino Moreno.

—¿Estás de coña?

—Puedes llamarme señor, si lo prefieres.

—¿Por qué ese empeño en ir hasta el sitio en coche si andando ya habríamos llegado? ¿Acaso no conoces las retenciones que se producen por la zona a estas horas?

—Nunca sabes cuándo tendrás que correr. En este trabajo es importante adelantarse a los acontecimientos.

Fernando mantuvo silencio. Intentó dormir un par de veces, pero su padre, cada vez que lo veía cerrar los ojos, ponía la radio a todo volumen o le daba una palmada en el muslo. Iba a martirizarlo todo el día, ya lo tenía asumido.

Varios estudiantes se agrupaban en la entrada del edificio, aguardando el comienzo de sus cursos. El ambiente se sentía tenso, como si el rumor sobre la desaparición de la profesora ya hubiese llegado a los oídos de todo el mundo.

Y, en efecto, a pesar de las estrictas instrucciones de Francisco sobre la importancia de mantener la confidencialidad de la información del caso, los rumores ya circulaban entre la multitud, algo que le irritaba profundamente. Estaba exhausto de que, cada vez que surgía un suceso extraño o perturbador, alguien de su equipo filtrara la información. El boca a boca era así: una epidemia difícil de controlar.

El conserje de la escuela los recibió con amabilidad, dando la impresión de haber estado esperando la llegada de la policía, algo que quizás hubiera sido mejor evitar. No le preocupaba darle ventaja al asesino, ya que era evidente que este sabía que la investigación pronto cerraría el círculo alrededor de la víctima. La posibilidad de ser descubierto le excitaba, de ahí que firmara su crimen con un lazo azul. No era un complemento común en una mujer de esa edad y, si lo hubiera sido, estaría manchado de sangre o dañado por la lucha. El lazo había sido colocado post mortem, como la grotesca cereza en un pastel envenenado.

—Enseguida vendrá la directora, señores —comentó el conserje.

Fernando observaba los pósteres en la recepción, destacando principalmente bailarines de la compañía que dirigía la escuela. Las imágenes mostraban un rango de estilos desde flamenco sofisticado hasta bailes urbanos. Estaba admirando los glúteos de un joven vestido con mallas de *ballet*, cuando su padre, con una expresión de desaprobación, carraspeó y frunció el ceño.

Decenas de estudiantes entraban en sus aulas, pero no podían evitar fijarse en los dos hombres que esperaban en la sala. Uno se apoyaba en el mostrador, mientras el otro lanzaba miradas insinuantes a jovencitos tonificados.

—Buenos días —saludó la directora—, mi nombre es Inés, ¿en qué puedo ayudarles?

—Buenos días, Inés. Soy el detective Moreno y este es uno de mis agentes —mintió sin reparo—. Estamos investigando la desaparición de una trabajadora de su escuela, la señorita Sofía...

—Estévanez —le interrumpió—. Estamos consternados. Acabamos de verlo en las noticias. Es un asunto terrible.

El pecho le ardía. Debido a la indiscreción de alguien, ahora tendría que ser mucho más cauteloso en sus movimientos. Deseaba partirle la cara al irresponsable que había filtrado la causa.

—Sí, una desgracia, desde luego. Supongo que usted la conocería bien.

—Una gran profesora. El viernes haremos un acto en su homenaje.

—¿Sabe si tenía algún enemigo? ¿Una expareja molesta o tal vez un acosador?

—No que yo sepa. Rompió con su último novio hace tres años y no me la imagino teniendo problemas con nadie. Es, bueno, era una muchacha encantadora y con tendencia a hacer amigos.

—¿Podría entrevistarme con otros profesores de la escuela?

—Por supuesto.

—Y una cosa más, ¿sería posible obtener un listado con los nombres de sus alumnos?

—Desde luego. Permítame buscarlos en el ordenador para que pueda llevarse una lista impresa.

—Excelente. Gracias. Por cierto, ¿a qué hora es el homenaje?

—A las siete y media.

Francisco asintió y guardó el bloc de notas en el bolsillo de su abrigo.

—¿En serio vas a ir al homenaje ese? —preguntó Fernando.

—Obviamente.

—¿Vas a tragarte esa mierda? ¿De verdad?

—Me resbala el homenaje. Voy para analizar la conducta de quienes asistan.

—Ah, ya. El asesino siempre vuelve al lugar del crimen... Estás de guasa, ¿no?

—Y tú vendrás también.

—¿Qué? No.

—¿Por qué no?

—Porque no me sale de los huevos.

—¿De qué te quejas? Creí que te gustaban las mallas ajustaditas...

Avergonzado, se dedicó a mirar por el cristal. Su orientación sexual no era un secreto, pero que su padre le hablara desde esa

naturalidad le resultaba chocante, como si ese retintín al hablar formara parte de un plan para conseguir que al fin se independizara. Llevaba meses sopesando la idea, pero después de hacer un par de entrevistas de trabajo llegó a la conclusión de que no estaba preparado para valerse por sí mismo. Y asumirlo implicaba dar la razón a Francisco, el único individuo capaz de decirle a la cara todos y cada uno de sus defectos. Era un buen hombre, pero cuando su cerebro colapsaba no podía controlar la crudeza de sus palabras. Este hecho propiciaba que Fernando continuara escondido en el agujero en el que se sentía a salvo, aun consciente de que ese refugio no le duraría para siempre. Tras su egolatría, se ocultaba un niño inseguro que dependía de la admiración de los demás para sentirse bien consigo mismo, de modo que los conflictos con su padre seguirían produciéndose hasta que él no se desprendiera de sus miedos.

—Papá, ¿qué he de hacer para conseguir un puesto en la comisaría?

A simple vista, Francisco pareció no inmutarse, pero internamente celebraba que su hijo deseara hacer unos ajustes en su vida.

—Por lo pronto, bajar cinco kilos —respondió.

—Joder, muchas gracias. ¿Ves? Ese es el motivo por el que tú y yo nunca casaremos. Por más que me esfuerce, tú siempre vendrás a arrojarme encima ese jarro de agua fría para anularme.

—Coño, Fernando. Tendrás que pasar unas pruebas físicas y, si quieres tener una oportunidad, más vale que dejes de comer *Conguitos* por la noche. —Transcurridos unos segundos, añadió—: Si quisiera anularte, simplemente te diría que no estás capacitado para nada. Y si haces memoria, verás que mientras tu madre te besaba las pupas, yo te levantaba del suelo para que continuaras de pie. Quizá ahora consideres que soy un monstruo insensible o cualquier memez de esas, pero te aseguro que nadie tiene mejores intenciones contigo.

—¿Y es necesaria tanta crueldad?

—¿Crueldad? Vamos, no me jodas, Nando. Ya hallarás crueldad cuando salgas de la falda de tu madre. Te aseguro que el mundo no va a ser tan paciente como yo. Voy a parecerte un santo cuando eso suceda.

—¿Adónde vamos? —preguntó transcurridos unos minutos.

—Al laboratorio. Espero que Manolo tenga alguna cosa que decirme.

—¿No puedes llevarme a casa?

—Te dije que hoy sabrías lo que es trabajar.

—Papá, estoy destrozado.

—Lo siento, príncipe. ¿Quieres un *Conguito*?

Conforme llegaron, Fernando se dejó caer sobre una silla.

Estaba realmente cansado, así que tenía previsto echar una cabezada mientras su padre hablaba con el analista forense. No contaba con que el detective haría todo lo que estuviera en su mano para evitar que eso se produjera.

Abriendo y cerrando con fuerza los cajones de un escritorio, Francisco arrebataba el sueño a su hijo, quien, molesto, refunfuñaba con evidente agotamiento. Francisco no soportaba verlo con aquel aspecto deplorable que le recordaba a cada instante lo importante que era continuar en su línea de padre tocanarices si no quería que su único descendiente se convirtiera en un vago crónico.

Manuel, un hombre que superaba la barrera de los cuarenta, revisaba los documentos mientras se dirigía al encuentro con Moreno. Con la necesidad de compartir sus hallazgos, no tardó en dejarse ver:

—Buenas, señor —indicó portando una carpeta en las manos. Al ver a Fernando, comentó—: Oh, no sabía que estaba ocupado...

—Tranquilo. Es mi hijo Fernando, que está de visita.

—Hola, ¿qué tal? —saludó con un apretón de manos.

—Encantado de conocerte —expresó Fernando más despierto que nunca.

—¿Qué tenemos, Manolo?

—El cuerpo de la chica presenta serias laceraciones en pechos, ojos, labios… Pero las peores se produjeron en la zona anal. Estamos a la espera de los resultados del frotis, aunque por el fuerte olor a lejía que desprende el cuerpo, yo diría que la limpiaron bien. Lo que sí encontré fueron unas fibras en la boca…

—¿Fibras de qué?

—Podrían ser de una bufanda o algo así. El material se trata de lana de vicuña, un camélido de Sudamérica.

—O sea, que no tenemos nada.

—En realidad, no es un tejido muy común aquí. Normalmente, la lana que se usa en la industria al por mayor suele ser de ovejas normales y corrientes. A esta chica le taparon la boca con una prenda cuyo origen podría acercarnos al sospechoso.

—¿De qué color son las fibras?

—Verdes. Siento no poder ayudar más. Al menos por ahora.

—Gracias, Manolo.

—El parte de lesiones consta en el expediente. El instrumento que se usó para desfigurar la cara fue una lima.

—¿Una lima?

—Sí, de esas para dar forma al metal. Si echa un vistazo, aquí verá una muestra del relieve que presentaba.

—El más común de todos, intuyo.

—Me temo que sí.

—Está bien, Manolo. Gracias de nuevo.

Francisco se sentó y repartió las fotografías del cuerpo sobre la mesa. Algo asqueado, pero consciente de la importancia de ojearlas, Fernando se levantó y también echó un vistazo. Comparando el rostro de la víctima en las fotografías de su hallazgo y las que había proporcionado la familia cuando denunció su desaparición, era imposible reconocerla como la misma persona. Literalmente, habían limado cada rasgo, eliminando cejas y párpados, arrancando parte de la nariz y erosionando los labios en una carnicería repugnante.

—Dios mío, es asqueroso —dijo Fernando con el estómago revuelto.

—A falta de recibir los resultados de la autopsia, Germán me dijo que las heridas parecían haberse producido antes de la muerte.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? Nadie permite que le hagan eso sin oponer resistencia. ¿Estaba drogada?

—No lo sé. Esperaremos el análisis toxicológico.

—Pues ha de haber rastro de ADN bajo sus uñas. Debió defenderse.

—Mira las fotos. Tiene marcas de ligaduras en brazos y piernas. Fue inmovilizada.

—Oh, por Dios… ¿Quién haría algo así? —preguntó, consternado.

—Los monstruos que habitan el mundo.

Detestaba cuando las mujeres lloraban; no por empatía, sino porque sus sollozos se convertían en agujas perforando su cerebro. Su tolerancia se reducía rápidamente al escuchar lamentos, así que, anticipando que pronto perdería la paciencia, decidió abrir una cerveza y ofrecerle una a Hebe.

—Te ayudará a relajarte —dijo—. Tienes tal tensión que apenas te salen las palabras. No logro comprender nada de lo que dices.

—Y-yo... N-no he hecho n-nada.

—¿Y quién ha dicho tal cosa?

—Lo veo en t-tus oj-j-ojos.

—No sé qué has hecho, Hebe, pero cuando llegaste esta mañana te culpabas de algo terrible. Así que ahora no sé qué pensar... ¿Quieres contármelo?

—F-fui a casa de Sofía. No debí entrar p-pero lo hice. Ella no estaba y est-tu-tuve fisgando entre sus c-cosas.

—¿Y qué más?

—¿Te parece po-c-co?

Rubén paseó por el salón. La televisión estaba encendida, aunque silenciada. Y entonces, interrumpiendo lo que parecía el transcurso habitual de un *talk show*, apareció la imagen de Sofía en pantalla. Acto seguido, el actor subió el volumen y tanto él como su acompañante atendieron a la noticia que anunciaba su desaparición oficial.

—Hebe, ¿viniste a mi casa a espiarnos? Di la verdad, no voy a enfadarme.

—No, lo prometo. T-tienes que guardarme el secreto, Rubén.

—No creo que sea tan importante. Si alguien lo descubre, puedes decir que estabas preocupada por el paradero de Sofía. No es tan grave.

—T-tengo cuentas pendientes con la j-j-justicia.

—¿Qué es lo que dices? —cuestionó sorprendido.

La joven reveló cada detalle que había intentado ocultar. En ese momento, era crucial asegurarse de que Rubén mantendría su secreto. Si el juez se enteraba de que había vuelto a infringir la ley, su destino sería ingresar en un psiquiátrico. No le hacía gracia que Rubén conociera su pasado de acosadora, pero sintió que después de lo sucedido con Sofía, no tenía oportunidades reales de lograr sus objetivos románticos. Prefería dejarle claro que no había hecho nada malo con el fin de continuar gozando de libertad.

—¿Alguna vez le hiciste daño? A Héctor, me refiero... —preguntó Rubén.

—Nunc-c-ca.

—Le querías, ¿no es así?

Hebe asintió, percibiendo de repente que Rubén la entendía y, en lugar de juzgarla, le ofrecía su apoyo. No formuló más preguntas ni la etiquetó como alguien desquiciada, incapaz de aceptar el rechazo de un chico que había tenido la desdicha de cruzarse con ella.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó él mientras se levantaba del sofá.

—¿Me haces el f-favor?

—Claro. Así nos despejaremos, que buena falta nos hace.

Desde su ubicación actual, Hebe calculó que, en coche, tardarían unos diez minutos en llegar, siempre y cuando no encontraran tráfico. Al acercarse al cruce que llevaba a su casa, Rubén no giró a la derecha como debería. En cambio, continuó recto, ignorando las indicaciones que Hebe, con dificultad para hablar, intentaba darle.

—¿En serio? Discúlpame, estoy algo despistado hoy —se justificó.

No sentía la necesidad de disculparle; de hecho, disfrutaba la idea de pasar más tiempo juntos en el coche, incluso después de un día lleno de confusión e inquietud. La desaparición de Sofía parecía haber quedado en un segundo plano, o al menos eso pensó ella al notar los numerosos errores que Rubén cometía al intentar corregir la ruta para llegar al destino previsto.

Habían recorrido una buena distancia alejándose de la ciudad y, aunque Hebe se sentía cómoda, quería asegurarse de no estar malinterpretando la situación.

—¿Hacia d-dónde nos dirigimos? —preguntó.

—¿Qué te parece si damos un paseo? Hay una reserva natural magnífica a tan sólo un cuarto de hora. Se me ocurrió que tal vez te apetecería pasar más tiempo conmigo.

El corazón le iba a mil por hora. Rubén no solía ser tan espontáneo, pero en lugar de interpretar aquel cambio de actitud como una señal extraña, lo encontró un acto de fe. Se fiaba de él, más de lo que se había fiado de Héctor. A esas alturas, lo consideraba alguien imprescindible, y aunque el actor hubiera protagonizado un *affaire* con Sofía, sintió que eso no manchaba la admiración que le profesaba.

Al llegar, observaron la tenue luz de la luna bañando cada árbol a su alrededor. Era un espectáculo impresionante. Agradecida por haber sido llevada a uno de los rincones ocultos y encantadores de la ciudad, Hebe sonrió, sumergida en la belleza del entorno.

—Es una lástima que esté tan mal iluminado —señaló él—. Pero te juro que de día este sitio es un sueño. —Pasados unos segundos, prosiguió—: Hebe, te preguntarás por qué te he traído hasta

aquí... Sólo quería decirte que pasé la noche con Sofía, pero no sucedió nada.

—¿Por qué mentiste entonces a los ch-chicos?

—Yo también tengo un secreto. Ni siquiera sé por qué te estoy contando esto... Supongo que te he tomado cariño en este tiempo y, al ver que tú confiabas en mí, siento que puedo sincerarme.

—Claro. No te juzgaría nunca.

—¿De veras?

—Por su-p-puesto.

—Me siento intimidado por las mujeres. No sé por qué. Me gustan y me encantaría encontrar a la compañera ideal, aunque no acabo de comprenderlas. Quizá te parezca una locura, pero hasta que te conocí jamás me había sentido tan cómodo con una persona del sexo opuesto.

—¿Lo dices en serio?

—Pienso mucho en ti. Aunque, bueno, no quiero que consideres esto una declaración de amor, al menos por el momento. Sería muy poco honesto por mi parte decir que lo que siento es eso. Pero sí, me gusta tenerte cerca y saber que podríamos establecer algo más profundo... Si tú quisieras, claro.

Se quedó sin palabras. No era la disfemia lo que la obligaba a mantener silencio, sino la emoción. Rubén no le estaba prometiendo el cielo y, dadas sus experiencias con los hombres en el pasado, lo encontró una perfecta señal que demostraba su prudencia y lo importante que era para él la honestidad. Apreciaba profundamente la vulnerabilidad que Rubén estaba mostrando, especialmente considerando su habitual reserva con los demás. Aquella noche, estaba descubriendo un lado diferente del objeto de su deseo y, más que nunca, empezó a imaginarlo en sus planes futuros.

—Te cuento esto porque, si por casualidad me espiaste estando con Sofía y viste que fui incapaz de responder a sus peticiones, no es porque no me gusten las mujeres. Mi padre me tachaba a menudo de homosexual y sufrí mucho tiempo por ese motivo.

—No, no os espié. Pero de hab-berlo hecho me habría aleg-grado ver q-que no llegabais al final. Creía q-que ella te gustaba y me moría de celos.

Él acarició con mimo su brazo, deslizando las yemas de sus dedos en un ejercicio de sensualidad sutil. Después sujetó su mano y besó el dorso con delicadeza. Ese fue el único contacto que pudo ofrecerle en ese instante, algo que Hebe recibió como el impacto de un rayo; un evento sobrenatural que la conectaba de nuevo con la vida; la salida poética del ataúd imaginario en que se sentía atrapada.

La charla en el interior del vehículo se alargó hasta las dos de la madrugada, momento en que Rubén sugirió llevarla a casa. Era muy

tarde y al día siguiente debía acudir a clase.

—Me ha encantado esta noche, Hebe —expresó acariciando su mejilla.

—Y a mí.

—Ojalá mañana todo vuelva a la normalidad y Sofía haya regresado de una simple escapada. Pese a que se marchó muy frustrada de mi casa, deseo de corazón que todo esto quede en un episodio tonto después de una borrachera.

—S-seguro que aparece pronto —sonrió—. Buenas noches.

Rubén se despidió y partió de nuevo hacia su piso. Al llegar, con la sensación de haber corrido una maratón, estuvo tentado de ir directamente a la cama. Sin embargo, decidió descalzarse, abrir una botella de vino y mirar por la ventana un rato. La noche estaba clara y circulaban pocos vehículos. Miró al parque y el pedófilo no se encontraba en el banco de siempre. En su lugar, una pareja de adolescentes se magreaba con la ansiedad lógica de dos seres invadidos de hormonas.

Rubén fregó la copa y guardó la botella de vino. Luego fue al baño, se cepilló los dientes, aplicó la crema antiarrugas en su rostro y, antes de meterse en la cama, abrió la mesa de noche. Extrajo una prenda del primer cajón y la olió con fervor, casi desde el éxtasis. Después hundió la cara en ella en pleno episodio obsesivo y murmuró:

—El verde siempre ha sido mi color favorito.

Metaphor (Transferir)

Los estudiantes expresaban su profunda consternación ante la noticia del descubrimiento del cuerpo de Sofía. Mientras tanto, escuchó a algunos bailarines comentando la presencia de un par de agentes en la recepción. Al observar la avanzada edad de uno de ellos y el poco entusiasmo del otro, concluyó que no había peligro. No se le ocurrió pensar que podía estar subestimando sus habilidades; simplemente se abrió paso entre la multitud y se dirigió al aula.

Varios de sus compañeros conversaban, claramente angustiados. Ramiro estaba descompuesto. Con el rostro pálido y los ojos rojos de haber llorado durante toda la mañana, buscó apoyo en una pared antes de deslizarse lentamente hasta el suelo. Marta se abrazaba a él, tratando de darle consuelo. Era evidente que ambos querían a la profesora, pero Ramiro, además, estaba enamorado de ella. Siempre había mantenido sus sentimientos en estricto secreto, sin compartirlos siquiera con sus amigos más cercanos. Probablemente pensaba que no era adecuado mezclar emociones en una carrera que, debido a su naturaleza, ya implicaba desnudarse a demasiados niveles.

Sus miradas se encontraron y, de repente, Rubén se imaginó a sí mismo enfrentándose a Ramiro en un combate cuerpo a cuerpo, como si estuvieran en un ring de boxeo improvisado. El chico sospechaba, de modo que optó por mostrarse confundido y algo superado por la situación.

—¿Qué está pasando? —preguntó, agachándose a la altura de Ramiro.

—¿No has visto las noticias?

Tras negar con la cabeza, Marta añadió:

—La han hallado muerta, Rubén. A Sofía. Aún no puedo asimilarlo.

Permaneció callado unos minutos, tiempo suficiente para que un par de lágrimas brotaran de una aflicción que en realidad no sentía.

—¿Cómo es esto posible? —dijo, compungido.

—Lo sé, lo sé. Tranquilo —comentó ella, abrazándolo.

Ramiro, por su parte, permaneció inmóvil. Mientras los demás se apresuraban a consolar al aparentemente afectado, él no podía dejar de pensar que Rubén había sido el último en ver a Sofía con vida. No guardaba rencor hacia aquel hombre, excepto por el hecho de que éste se había relacionado con la mujer que le interesaba. Movido por la necesidad de esclarecer la situación, finalmente habló:

—Tío, tienes que hablar con los polis.

—¿Sobre qué?

—Pasaste la noche con ella. Toda información que puedas proporcionarles ayudará a dar con el asesino.

—No tengo ningún problema en decirles lo poco que sé —afirmó.

Ramiro abandonó el aula decidido a hablar con los agentes que estaban interrogando a varios profesores. Sin embargo, debido a la gran multitud reunida en la entrada, le resultó imposible localizarlos hasta que ya estaban saliendo del edificio.

Con la esperanza de todavía poder contribuir, Ramiro se acercó a la directora para explicarle su situación. La mujer le explicó que el detective había interrogado a los profesores de la escuela y que tenía en su poder un listado con los nombres de los alumnos. Algo más tranquilo y sabiendo que en breve serían convocados para aportar información sobre el trágico suceso, regresó al aula. Allí, él y el resto se enfocaron en preparar el homenaje que tenían planeado en memoria de la profesora, una muestra de respeto y cariño.

Rubén no se arrepentía de sus actos, pero sí del modo en que había hecho las cosas. Podría haber sido más pulcro y metódico, pero ver el cuerpo desnudo de Sofía sacudiéndose entre espasmos debido al pánico y al dolor fue demasiado excitante. Es difícil atender al cerebro cuando los deseos febriles se materializan.

Cuando volvió a casa limpió el trastero a fondo. Allí aún quedaban algunas salpicaduras de sangre, cabellos y medio pezón de la víctima. Sonrió al verlo retorcido y con la textura gomosa. Lo apretó un poco antes de arrojarlo al saco de basura junto a las bayetas, la fregona, los guantes y una de sus herramientas favoritas: la lima de media caña. Lamentaba tener que deshacerse de ella. Juntos habían vivido momentos de una intensidad deliciosa, casi como si fuera su juguete erótico favorito. Le encantaba pasarla primero lentamente sobre los rostros de las mujeres, atendiendo a sus ojos llorosos y llenos de incomprensión. Así las acariciaba, deslizando el áspero metal por las cejas, los pómulos, la nariz y los labios. Y ellas percibían el olor ferroso y el frío relieve, conscientes de que ese sería el contacto más suave de todos. Después llegaría el horror y el final se extendería en una tortura abominable.

Metió la bolsa de basura en una mochila y pidió un taxi en la calle. Pidió al conductor que lo llevara a una ciudad vecina y allí buscó un contenedor aislado donde arrojó los desechos. Luego paseó un rato por la zona, viendo escaparates, atendiendo al ir y venir de la gente. Fue una tarde agradable.

Tendría que preparar una coartada creíble, y la figura de Hebe sería fundamental para ello.

Llevaba la bufanda verde en el bolsillo. Memorizó la fragancia

de Sofía con la intención de no olvidar aquella noche. Quizá por eso le estaba costando desprenderse de lo que consideraba un trofeo. Cada vez que olía la prenda, rescataba el momento: primero el flirteo y la desnudez; luego la sangre y el orgasmo. Podría haberse conformado con una velada común entre dos adultos, una donde el sexo consensuado hubiera satisfecho un instinto completamente natural. Pero prefirió liberar de nuevo a la bestia y volver a depender de unas necesidades que creía olvidadas.

Entonces recordó a cada mujer agredida, como una proyección de terribles diapositivas que lo llenaban de un orgullo atroz: Pamela, la compañera de instituto a la que estranguló mientras mantenían relaciones en el coche; Lourdes, la mujer de un compañero de la fábrica; y Mina, la dulce muchacha que le había jurado amor eterno y a la que dedicó su despedida más sangrienta y sañuda.

«Lo de Sofía no debió haber ocurrido», se reprochaba. Sin embargo, había sido maravilloso destruirla poco a poco. En cierta medida, sintió que había compensado meses de críticas, de humillaciones y señalamientos en la academia. Los aires de grandeza se esfumaron en cuanto la sodomizó con un taladro. «Se lo merecía», zanjó.

Llamó a otro taxi y se desplazó hacia la casa de Hebe. Debía borrar aquella absurda sonrisa de su cara si pretendía sonar convincente. Se había acomodado a su nueva vida y una profesora estúpida no iba a estropearla, así que, si debía fingir un enamoramiento puntual, lo haría.

Hebe no esperaba su visita. Varios suéteres y unos zapatos desordenaban el salón ante un hombre al que siempre quiso dar su mejor imagen. Recogiendo la ropa y ofreciéndole un té, comprendió que él ya había visto las noticias:

—Si-siento mucho lo de Sof-f-fía —dijo.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —preguntó él.

Hebe negó con la cabeza. Odiaba no estar tan apenada como el resto, pero con Sofía fuera de juego, sentía que disponía de más oportunidades con Rubén. La sola idea de celebrar tal espanto le generó escalofríos y se vio a sí misma como una egoísta imperdonable.

—Perdona, debí haber avisado antes de venir —se disculpó Rubén.

—P-para nada. Sabes que aq-q-quí eres bien recibido.

—Ni siquiera sé por qué he acabado en tu casa. Salí a dar un paseo y cuando me quise dar cuenta andaba por tu barrio, como si mi cuerpo hubiera entrado en modo automático… La verdad es que, pensándolo bien, no se me ocurre mejor lugar donde estar.

Ella sonrió y hasta se ruborizó. Rubén encontraba encantadoras a las mujeres tímidas y cándidas; de hecho, ese era el mayor atractivo

que veía en Hebe y, pese a que nunca hubiera creído que estaba ante una acosadora de tal calibre, sintió que la inofensiva florecilla sería el perfecto salvavidas al que aferrarse si las cosas se torcían un poco.

—Hebe —dijo, aplicando un calor irresistible en su voz—, necesito besarte.

Petrificada, pero con evidente entusiasmo, no opuso resistencia a su arrebatador lenguaje corporal. Ni siquiera se planteó por qué aquel hombre, que aseguraba sentirse intimidado por las mujeres a unos niveles casi patológicos, de pronto manifestaba esos deseos con tanta facilidad. Sencillamente se limitó a disfrutar del instante, creyendo que al fin el universo le señalaba el camino.

El artista de la maldad volvía a tener todo bajo control. Aquella sensación era mucho más placentera que cualquier cosa que pudiera hacerle a Hebe, al menos sin usar una lima en el proceso. Aun así, se mostró afectivo. Acarició con suma delicadeza la espalda desnuda de la muchacha y besó su frente a ratos.

—¿Estás a gusto? —preguntó con fingido interés.

—Mucho —respondió, relajada.

—La noche de la obra tendría que haber pasado esto y no lo que ocurrió con Sofía.

—P-pero no sucedió n-nada, ¿no?

—No. Y aunque es la verdad, resultará poco convincente.

—¿Qué q-quieres decir?

—Oye, Hebe, quiero protegerte. Y para ello tengo que saber la verdad.

—¿Q-qué verdad?

—No voy a juzgarte por lo que has hecho. Actuaste por amor, yo lo comprendo. Pero la policía no, así que necesito conocer todos los detalles si quieres salir indemne de esto.

—¡Yo n-no he hecho nada!

—Escucha, sé que van a interrogar a los alumnos de la escuela, y cuando descubran que yo fui el último en ver a Sofía con vida, investigarán. Será entonces cuando descubran lo que hay entre nosotros y, con tus antecedentes penales, acabarán inculpándote.

—¿A mí? ¿P-por qué?

—Podrían considerar que actuaste desde los celos. Ahora que estamos juntos no voy a consentir que te aparten de mí.

—Ju-juro que n-no he matado a Sofía. Yo...

Antes de que siguiera hablando, recibió un beso en los labios. El gesto bastó para que volviera a serenarse. Lo normal habría sido interrumpir el contacto con vehemencia para intentar defenderse ante una acusación tan grave. Sin embargo, Hebe precisaba tanto el afecto de alguien que permitió que él la creyera capaz de matar con tal de no apartarse de su lado.

Rubén invirtió sus mejores maneras en la cama. Normalmente, prefería que ellas hicieran todo el esfuerzo, pero sabía que en esa ocasión debía aparcar sus preferencias. Cada caricia se le antojaba una línea más en el complejo mapa de perversiones que se gestaba en su mente. Mientras Hebe gemía con la cabeza hundida en la almohada, Rubén se adelantaba a los acontecimientos, pensando los pasos que tomaría en caso de tener que perseguirse a sí mismo. Repasó sus errores, sus debilidades humanas y estudió los distintos escenarios que estaban por venir. Después, mordió una de las nalgas de Hebe, pero ella no se quejó. Le encantó que no verbalizara su dolor; es más, parecía disfrutar aquel sometimiento. La chica acababa de convertirse en una novedad agradable entre tanta acomplejada que había pasado por sus brazos. La sujetó del cabello con fuerza y Hebe siguió sin quejarse. Haría todo cuanto él quisiera, estaba claro. Rubén le dio la vuelta y la penetró con una intensidad demoledora. Hebe aceptó desde su condición sumisa y complaciente. El orgasmo lo recorrió desde la pelvis hasta los ojos: un latigazo eléctrico y fugaz, como la caricia de un rayo alimentado por la paz que nos habita cuando se acaba el sexo.

Lo peor sería deshacerse de ella cuando llegara el momento. La araña había comenzado a tejer su laberinto de hilo invisible, una trampa letal en la que escondería para siempre a los muertos.

Logos (Palabra)

Hebe roncaba levemente. Rubén la contempló unos minutos, quería comprobar si dormía de verdad o si estaba fingiendo para evitar que él se marchara. Al cabo de un rato, comprendió que era mucho más confiada de lo que creía y que, lejos de mantenerse alerta con la presencia de casi un extraño en casa, ella descansaba ajena a cualquier cosa que él pudiera hacer a sus espaldas.

Tras vestirse, decidió echar un vistazo en la vivienda. Con cuidado, abrió los cajones de la mesilla de noche, los de la cómoda, el interior del armario y luego ojeó algunos álbumes de fotos que reposaban bajo la cama. Un cuaderno sobre el escritorio llamó su atención. Dedicó unos minutos a leerlo. Las rutinas de acoso de Hebe estaban diseñadas desde una obsesión terrorífica y fascinante. Ver las listas de sus propios horarios, tan pulcramente anotadas; sus gustos, sus frases en el teatro y las fantasías de aquella chica plasmadas sobre el papel con todo lujo de detalles, fue inquietante pero también un intenso desafío.

Hebe era una florecilla cuyo néctar prometía un beso de muerte. Le gustó que fuera peligrosa, tal vez no tanto como él, pero acababa de comprobar que era capaz de adoptar medidas extremas si la recompensa lo merecía.

Devolvió el cuaderno a su sitio, sonriendo. Nunca rechazaba un juego, mucho menos si éste se desarrollaba en el borde de un precipicio. Nada era tan estimulante como saberse en riesgo de vez en cuando.

«¿Hacemos el juego más interesante?», pensó.

Tomó su mochila y extrajo de ella la bufanda de Sofía. No le gustaba demasiado desprenderse de aquel trofeo, pero quizá podría rescatarlo si todo salía según lo previsto. Y si no, habría ganado el juego. Todo eran ventajas.

Pensó en varios escondites a lo largo de la casa, pero finalmente se decantó por la parte superior del armario. A juzgar por el polvo acumulado, Hebe no frecuentaba los altillos, así que olió por última vez la bufanda, la colocó en su nueva ubicación y salió de la casa sin hacer ruido.

Las calles a esa hora de la mañana lucían húmedas y algo azuladas. No parecía que el sol estuviese a punto de salir, sino más bien todo lo contrario. De no ser por las ventanas de los edificios, que comenzaban a apagarse como si se contagiaran unas a otras, hubiera creído que en breve sería la hora de cenar.

Pasó por delante del colegio, donde varios padres habían

aparcado sus vehículos instando a los niños, algunos aún dormidos, a que bajaran lo antes posible para así evitar la multa correspondiente.

Un chiquillo tropezó en la acera y vio cómo un hombre fue corriendo a levantarlo. El crío dio las gracias distraído, pendiente de subirse la capucha de la sudadera y encontrarse con sus amigos, que lo esperaban en la puerta.

Rubén reconoció al sujeto de inmediato. Iba vestido con un abrigo largo, levantadas las solapas del cuello y fingiendo esperar a alguien mientras observaba a los niños acezante, casi babeando tras su disfraz de buen hombre.

El pedófilo había dado un paso más en su rutina espíaniños. En el parque debía mantenerse a distancia, pero allí, entre el gentío que se aglomeraba a las puertas, podía establecer algún contacto físico, por leve que fuera, con los niños que cruzaban ajenos a sus repugnantes pensamientos.

Rubén decidió entonces hacer una parada y permaneció en una esquina de la calle, desde donde podía ver al tipo y seguir alimentando sus ganas de darle una paliza. Era tal la excitación del pedófilo, que sudaba como si hubiera corrido bajo el sol del mediodía. Rubén lo veía como el caimán abyecto que acecha en el pantano hasta que una presa fácil va directa a sus mandíbulas.

Cuando se cerraron las puertas del colegio, el asqueroso abandonó el lugar. Rubén lo siguió una hora aproximadamente. Visitó el quiosco, donde compró tabaco y un par de revistas de corte juvenil. Al parecer, no tenía suficiente con observar niños en la puerta de un colegio y quería extender su nefasta obsesión mirando a jovencitos sobre un papel. Tomó asiento en el banco de siempre, ubicado en el parque. Ese día el muy cerdo había llevado consigo una cámara de fotos. Una abuela columpiaba a su nieta de unos dos años mientras el degenerado fingía fotografiar el paisaje. Rubén tomó asiento a su lado y dijo:

—¿Sabe una cosa? Normalmente en mi casa se come marisco en Navidad. No es que me desagrade, pero este año me apetece algo nuevo… Quizá carne. ¿Qué opina usted?

—La carne está bien, supongo.

El pedófilo bajó la cámara, contrariado por la intrusión.

—Ya, pero no me negará que es una decisión difícil —añadió Rubén—. Mi mujer dice que unas chuletas de cerdo a la sidra podrían ser una buena alternativa; sin embargo, a mí me apetece más un lechón. Sí, un lechoncito tierno y jugoso. ¿Le gusta a usted el lechón?

—Sí, claro.

—¿Sabe usted cuánto viven los lechones antes de acabar en la bandeja de un horno?

—No, ¿cuánto?

—Meses. Creo que no llegan al año. ¿Se da usted cuenta? Una criatura nace y, sin apenas haber vivido, es separada de su madre para satisfacer el apetito de un insensible que prefiere la carne joven. ¿Me comprende?

—Lo cierto es que no, señor.

—Sé qué hace aquí. Probablemente no haya tocado jamás a un chiquillo, pero le gustan, ¿no es así?

—¿Qué? —preguntó, sorprendido.

—Siempre está o en el parque o en la puerta del colegio. Aun así, nunca le he visto interactuar con ningún niño, hasta hoy. Usted no es un abnegado padre que renuncia a su tiempo de ocio para que su hijo se divierta con otros chicos. Qué va. Viene a deleitarse, a dejar que su imaginación fluya en un cielo repleto de coloridas cometas con logotipos de cadenas infantiles.

—Oiga, ¿cómo se atreve? —espetó levantándose del banco.

—Escúcheme, pedazo de mierda —susurró sujetándolo del cuello del abrigo—, si le vuelvo a ver cerca de un chaval, será usted el que acabe en la bandeja de mi horno y no tendré que escoger la carne. ¿Me ha oído bien?

El pedófilo corrió calle abajo sin mirar atrás.

«Corre, rata infecta».

Después de dormir una siesta, Fernando acudió al salón, donde su madre reorganizaba un joyero y veía una película de bajo presupuesto.

—¿Cuántas veces haces eso? —preguntó, aún adormilado—. Esta es la segunda del mes.

—Me relaja —respondió ella, sin perder de vista un anillo.

—¿Todas esas cosas te las ha regalado papá?

—Bueno, las ha pagado él.

—Entiendo... Por cierto, ¿dónde está?

—Dijo que tenía que salir a hacer una cosa. Te dejó esos papeles para que los firmaras.

Echó un vistazo a los documentos. El viejo le había llevado la solicitud de admisión para las pruebas de ingreso al cuerpo. Aquel formulario podría significar un antes y un después en su vida; de modo que, tras rubricar los folios, se dio una ducha y anotó en un cuaderno su plan de entrenamiento. El primero de los puntos —enfrentarse a la báscula— fue sin duda el más deprimente. Su naturaleza era corpulenta desde siempre, pero nunca había rebasado los cien kilos. Recordando aquellos tiempos en los que era capaz de meterse en una talla 44, encajó la dura realidad de tener que dar la bienvenida a los vegetales y despedir a su adorado chocolate.

Celebró internamente abandonar aquel estilo de vida y trató de

localizar su chándal para salir a correr por la mañana. Después de ubicarlo justo al final del mueble —junto a otras prendas que llevaba años sin usar—, lo colocó sobre la cama y revisó los documentos firmados.

Quizá fueran los nervios, o el estrés de saberse muy bajo de forma, pero fue incapaz de dormir. El rostro mutilado de la señorita Estévanez se le grabó a modo de pesadilla. La sola idea de creer que alguien que había cometido semejante barbaridad andaba suelto por ahí, le ponía el vello de punta. En ese momento de su vida, habría dado un brazo con tal de tener superpoderes que le trasladaran de forma inmediata los oscuros secretos que pudiera albergar un individuo como aquel. Sin saberlo, se estaba contagiando de esa energía que se había apoderado de su padre décadas atrás, la misma que lo condujo a ser la clase de profesional que era.

El bullicio surgido de las charlas y aquellos actores que repasaban sus frases en voz alta no consiguió desconcentrarle. El homenaje consistía en interpretar escenas seleccionadas de las mejores obras dirigidas por la profesora. Los alumnos aventajados supieron escoger sus papeles y, como era de esperar, a Rubén le fue asignado el mejor de todos.

El evento prometía, y no porque el acto fuera emocionante o incluso necesario para no olvidar la figura de Sofía, sino por el morbo que suscitaba ver al entorno profesional de la chica siendo escrutado por los medios. Velas, carteles y flores adornaban la entrada de la escuela, y una vez se accedía al salón de actos, el silencio dejaba de manifiesto el respeto ante una pérdida tan inesperada.

Vio a su padre sentado al fondo de la sala, en una butaca aislada. Fingía leer un folletín con las obras que se llevarían a cabo en los próximos meses, pero Fernando sabía que los ojillos del viejo ya habían empezado a examinar a los presentes.

—Hola, papi —dijo, asustando levemente a Francisco.

—¿Qué coño haces? —susurró él, molesto.

—¿Tú qué crees?

Algunos de la fila que los precedía solicitaron silencio y ambos se quedaron callados unos minutos. Pero en cuanto los aplausos culminaron el monólogo de una de las actrices, Fernando inició nuevamente una charla:

—¿Tienes alguna sospecha? ¿Avances?

—¿Desde cuándo te importa?

—Desde que dejaste la solicitud en casa.

—¿Vas a firmar?

—¿Por qué crees que he llegado tarde?

Francisco no dejó de mirar al frente en ningún momento, pero

estaba conforme con aquella decisión. El chiquillo que consideraba torpe y hasta un egoísta, de pronto se mostraba dispuesto a realizar un cambio y eso ya era motivo de celebración. Claro que, insistiendo en seguir en aquella línea fría y poco condescendiente, se limitó a asentir y a esperar los resultados antes de expresar lo que sentía.

—Tienes previsto interrogar a los actores, supongo —comentó Fernando en voz muy baja.

—Pues claro.

Pese a que los alumnos de Sofía eran actores con grandes cualidades, muchos de ellos, afectados por lo sucedido, se vieron superados por el momento, así que las voces quebradas y más de un nudo en la garganta protagonizaron la función. El público no castigó sus errores. En su lugar, dedicó calurosos aplausos a quienes, embargados por la emoción, eran incapaces de finalizar sus intervenciones. Todo parecía desordenado y algo caótico, hasta que Rubén apareció en escena.

Francisco y su hijo no fueron los únicos que se percataron de la seguridad que demostraba. Ramiro se encontraba entre bambalinas haciendo un esfuerzo por no flaquear dadas las circunstancias. Refrenaba sus impulsos, los mismos que le pedían a gritos sacar a base de puñetazos la verdad al tipo que había compartido la noche con la mujer que él amaba. No saber jamás si hubiera sido capaz de expresar sus sentimientos a Sofía, o si ella le habría correspondido, se volvería una incógnita dolorosa.

Que Rubén era un excelente alumno no tomaba a nadie por sorpresa. Los compañeros sabían que era demasiado bueno para aquella academia, pero lejos de despertar envidias, generaba admiración. Un tipo como él tendría que estar haciendo pruebas para trabajar junto a los grandes, rodeado de profesionales del sector que pudieran ver las muchas cualidades que albergaba. Quizá por ello lo apreciaban aún más y, creyendo que permanecía allí por una extraordinaria humildad, le profesaban estima y respeto.

Francisco contempló cada gesto en escena: no había rigidez en los hombros, ningún titubeo a la hora de recitar sus versos. Era fácil evadirse mientras él actuaba.

—Joder, ¿ese tío estudia aquí? —preguntó Fernando, conmovido.

En silencio, el detective continuó analizando al actor. No era un hombre sensible que supiera apreciar el valor del arte; de hecho, de los presentes tal vez fuera el único en no saber identificarlo. Sin embargo, era capaz de reconocer la belleza cuando la veía. Además, podía escanear la cabeza de la gente, lo cual lo convertía en una máquina perfecta a la hora de «limpiar». Así veía su trabajo: un enorme escenario en el que debía actuar a modo de mopa y con sus

filamentos arrastrar consigo a cada espécimen putrefacto. «Eso eres, una mopa atrapamierda», pensó. «Claro que alguien tiene que limpiar, si no el mundo se vuelve un estercolero». Y aun asumiendo ese rol tan infravalorado que había aceptado más por torpeza que por convencimiento, enfrentaba cada día de trabajo con ánimo de hacer lo correcto.

Luego estaban los autorreproches, cuando no lograba «limpiar» a su gusto. La culpabilidad formaba parte de su particular forma de ser y, escondido tras una armadura aparentemente inexpugnable, era capaz de sufrir consecuencias en la salud con tal de resolver un enigma y así no cargar el resto de su vida con la sensación de no haber hecho suficiente.

Le había sucedido ya una vez. *El expediente Gus* —un caso que no había podido resolver—, lo atosigaba desde el cajón de su escritorio como un recuerdo de cuán incompetente podía llegar a ser. Su afán por resolver puzles no era una cuestión de ego, sino porque no podía permitirse agregar más nombres a su listado de fantasmas si pretendía recuperar el equilibrio emocional.

Gustavo Alabaina, más conocido en su entorno social como *Gus, el hurón,* llevaba años evadiendo la justicia. Se le buscaba por infinidad de delitos: tráfico de estupefacientes, proxenetismo, tenencia ilícita de armas… No eran pocos los cargos sobre su espalda, pero Francisco deseaba cazarlo por otra razón. La causa pendiente que le atormentaba cada noche era la desaparición de una niña: Nadia Novés. Por aquel entonces, tenía nueve años. Si todavía seguía con vida, ya sería una mujer, pero ahí se hallaba el dilema: «Todo el mundo piensa que estás muerta, Nadia. Y lo más probable es que así sea, pero hasta que no vea tus huesos, yo no me rendiré». Contaba con poco tiempo disponible después de sus extenuantes jornadas. Aun así, todos los días repasaba los informes intentando localizar la aguja en el pajar, la fórmula mágica que resolvería un enigma tan complejo como tortuoso. Se había propuesto trasladar paz a la madre de la pequeña, quien se culpaba por lo sucedido mientras su entorno se afanaba en no dejarla sola por temor a que acabara definitivamente con su vida. Lo había intentado en tres ocasiones, dos de ellas frustradas; sin embargo, la última vez decidió arrojarse de la azotea del edificio donde vivía con tan mala suerte que no murió en el impacto. Ahora, postrada en una cama y mermada su capacidad para hablar, dirigía sus ojos vacíos hacía él solicitando respuestas en un esfuerzo titánico. En aquellas visitas, Francisco no decía nada; tan sólo la miraba y compartía su dolor en silencio, avergonzado por no haber hallado aún ni una sola pista del paradero de Nadia. Se propuso no derramar una lágrima por aquello, no hasta tener la certeza de que estaba equivocado y que debía haber enterrado la figura de esa niña hacía mucho, mucho

tiempo.

Hurón no operaba solo. Cualquiera que estuviera al tanto de sus andanzas sabría que él en realidad era un obrero, un simple mandado. Semejante inútil acataba las órdenes de un grupo poderoso cuyos intereses eran protegidos por quienes supuestamente debían velar por el pueblo. Eso lo sabía Francisco, y como era incapaz de guardar a buen recaudo cada improperio que se le pasaba por la cabeza cuando alguien tocaba el tema, acabó ganándose el rechazo de muchos en el gremio, especialmente fiscales y algún que otro magistrado. Luis Hierro y Francisco siempre fueron agua y aceite. El juez lo encontraba un patético aspirante a rey tuerto entre los ciegos del departamento. Por su parte, Moreno lo veía como ese bastardo insoportable con aires de grandeza escondido tras la toga y sus ridículas puñetas. A menudo solía imaginarlo como un pitufo narigudo al que le costaba levantar el mazo al dictar las sentencias. «Enano borracho... Siempre mascando esos estúpidos chicles de menta y escondiendo la ginebra en el despacho. Vaya un gilipollas consagrado...», pensó, cabreado.

Los aplausos lo trajeron de vuelta al presente. Echó un vistazo alrededor y atendió al efecto que aquel actor generaba en el público. Entusiasmados, los asistentes le dedicaron una ovación enérgica que hizo vibrar cada pared y butaca del emplazamiento.

Rubén estaba orgulloso de sí mismo; sin embargo, su función personal aún no había finalizado. Ahora debía encarnar al tipo inofensivo y atormentado que reprimía una homosexualidad latente. No le hacía gracia tener que retroceder en el tiempo y rescatar los términos peyorativos que su padre empleaba para dirigirse a su persona, pero usaría esa vieja emoción para disfrazarse de tipo frágil y sumiso, dos defectos que ni en un millón de años se adecuarían a su verdadera personalidad.

Meteco (Extranjero)

—Papá, ¿no deberías haber venido acompañado esta noche? —preguntó Fernando.

—¿Qué insinúas?

—Nada, sólo digo que normalmente estos trabajos se hacen con más compañeros. Al menos en pareja… ¿O es que a ti no te molesta que en las pelis salga siempre el detective en modo *Llanero solitario?* ¿Acaso Gutiérrez está ocupado?

—Voy mejor por libre.

—Cuatro ojos ven más que dos —replicó.

—Y una sola boca hace menos ruido.

Fernando se echó a reír. Encontraba graciosas las respuestas de su padre cuando se sentía en un atolladero. Solía ser ingenioso y de sobra estaba capacitado para ganar cualquier debate, aunque su postura resultase a priori poco sólida y nada convincente. Así era Francisco, un hombre cuya imagen inspiraba tanta seguridad que nadie lo había visto tambalearse jamás. Los dos no mantenían una relación típica de padre e hijo, pero Fernando sentía que al otro extremo de una cuerda invisible amarrada a su muñeca se hallaba la mano de su padre.

Sonrió al recordar un evento del pasado. Tenía diecinueve años y varios amigos de la familia acudieron a casa a ver un partido de baloncesto en la televisión. Reunido, el grupo comentaba a voces las jugadas y las supuestas malas decisiones del árbitro. Pero entonces, un encolerizado Francisco echó a todo el mundo. En primera instancia, Fernando, que llevaba los auriculares puestos y se mantuvo al margen de lo ocurrido, pensó que aquellos tipos habían llevado un simple partido demasiado lejos; de hecho, se acostó pensando que a su viejo se le había calentado demasiado la sesera y que por culpa de esa vehemencia suya acababa de perder a los únicos amigos que tenía.

Al día siguiente, su madre le contó todos los detalles de lo sucedido. Semanas atrás se habían acumulado varias denuncias en el departamento por amenazas a un alumno del instituto. Al parecer, un grupo de chicos no dejaba de acosarlo por ser algo amanerado. Los amigos de Francisco, quizá amparados en el alcohol para dejar salir sus verdaderas identidades, iniciaron una ronda de comentarios jocosos en los que dejaban entrever que los chicos estaban empezando a enfermar por culpa de los cantantes melenudos y actores que habían empezado a salir del armario. Francisco les llamó la atención, aludiendo a que había cosas más interesantes de las que hablar. Fue entonces cuando uno de sus amigos dijo: «¿No has pensado que lo de Nandito se puede arreglar?». Francisco perdió el norte y, para no

extendernos demasiado, digamos que desde ese momento le tocó ver los partidos de baloncesto en silencio.

No felicitó a su padre por comportarse como un troglodita. Sin embargo, fue reconfortante descubrir que ese hombre, normalmente de pocas palabras y con tendencia a menospreciar los sentimientos ajenos, en realidad lo valoraba por encima de todo.

El gentío permaneció al menos media hora más en la puerta principal. En lugar de centrarse en la profesora y su trabajo con los estudiantes, las conversaciones giraban principalmente en torno a compartir impresiones sobre la actuación más sobresaliente en la obra.

Francisco aguardó a que el salón de actos se vaciara al completo y preguntó al responsable del sitio dónde podría encontrarse con el reparto. El amable empleado lo acompañó hasta la puerta que daba directamente a la zona de fumadores de la escuela. Allí, los actores, incluso los que no fumaban, mantenían silencio, abrumados por lo sucedido.

—Chicos —interrumpió el conserje—, este señor viene a haceros unas preguntas.

El grupo lo miró con ojos llorosos, luego los chicos apagaron sus cigarrillos y lo acompañaron hasta el salón de actos.

Sentados en la última fila, los alumnos aguardaban su turno mientras Francisco los iba entrevistando uno a uno en la otra punta del lugar.

—¿Qué estará diciéndole? —cuestionó Ramiro.

—¿Qué más dará? —intervino Marta—. Ya no van a traerla de vuelta.

—¡Pero descubrirán quién ha sido el cabrón que le ha hecho esa atrocidad! —espetó, molesto.

Rubén estuvo a punto de agregar que estaba en lo cierto, pero encontró interesante ver hasta dónde llegaban las sospechas de Ramiro. El chico no era discreto a la hora de demostrar su aversión y, sin quererlo, le proporcionaba mucha ventaja a un enemigo que no dudaría en usar aquello a su favor. Si su plan de inculpar a Hebe fallaba, Ramiro podría ser una baza interesante.

Fernando volvió al salón de actos y se llevó una sorpresa al ver a su padre al fondo realizando las preguntas sin contar con él. No es que le entusiasmara la idea de acompañarle, pero ya que estaba ahí quería sentirse útil. Cruzó miradas con Francisco y comprendió de inmediato que no debía acercarse al resto de alumnos sin su consentimiento, de manera que mantuvo una distancia prudente hasta que llegó el turno de charlar con un actor nuevo.

Ramiro se acercó hasta el detective y estrechó la mano a los dos hombres.

—Usted es Ramiro Ocampo, ¿cierto? —preguntó Francisco.

—Sí, señor —respondió algo nervioso.

—Soy Francisco Moreno y él es… —comentó señalando a su hijo— García, un agente en prácticas.

Ante la mentira, Fernando sólo asintió y procuró no reírse.

—Imagino que ya sabe por qué estamos aquí —agregó Francisco.

—Por la señorita Estévanez, ¿no?

—Exacto. ¿Conoce algún detalle que pueda ayudarnos con la investigación? Si Sofía tenía algún enemigo, deudas... ¿Un exnovio furioso, quizá?

A Fernando se le cayó la chaqueta y segundos después un bolígrafo. Su padre no tardó en mirarlo molesto, intentando disuadirlo para que no llamara más la atención.

—Un día me contó que tenía un ex que la llamaba con frecuencia, pero no mencionó que fuera violento ni nada por el estilo —respondió Ramiro tras titubear un poco.

—¿Sabe usted si habían vuelto a verse recientemente?

—Sé que quedaron hace mes y medio.

—¿Destacó alguna cosa de ese encuentro? ¿Discutieron?

—No. Que yo sepa, él quería volver con ella. No sé si la señorita Estévanez tenía la misma intención.

—¿Pero se veían con asiduidad o esa cita fue algo puntual?

—Se refiere a si eran amigos con derechos —intervino Fernando ganándose así una mirada furibunda de su padre.

—No lo sé con exactitud. Por cómo hablaba de él, yo diría que sí... Oigan, me siento algo incómodo hablando de alguien que ni siquiera conozco. No quisiera echar lodo encima del chico, ¿comprende? —comentó mordiéndose las uñas.

—Ahora mismo sólo estamos conociendo a la víctima —dijo Francisco—. No acusamos a nadie sin pruebas, ¿me he explicado con claridad?

—Perfectamente.

—¿Sabe usted cómo se llama ese hombre?

—Máximo, pero Sofía no comentó nunca su apellido.

—Entiendo... ¿Alguna otra cosa que quiera agregar? ¿Es posible que la señorita Estévanez tuviera algún problema con compañeros de profesión? Otros profesores, o tal vez algún crítico de teatro...

Sentía celos con frecuencia. No sólo de Máximo, sino de cualquier otro hombre que mostrara un mínimo interés en Sofía. Sin embargo, y aunque tenía la total intención de trasladar lo poco que se fiaba de Rubén, se planteó si sería ético dirigir la atención sobre alguien únicamente porque éste hubiera ocupado un puesto que él anhelaba ocupar. Así pues, ante la cuestión que le planteaba Moreno,

negó con la cabeza en un intento de controlar sus emociones y no alimentar a ese celoso empedernido que detestaba ser.

—Muy bien, señor Ocampo. Gracias por su tiempo —dijo Francisco—. ¿Sería tan amable de pedirle a otro de sus compañeros que se acerque?

Después de responder afirmativamente, le indicó a Rubén que era su turno.

El actor avanzó a paso firme hasta los dos hombres y al llegar estrechó su mano a modo de saludo.

—Déjeme felicitarlo por su actuación —indicó Fernando—. Ha estado magnífico.

—Muchísimas gracias.

—Ha valido la pena sólo por verlo a usted —agregó ignorando la mirada de reprensión de su padre.

—Gracias de nuevo. Es una lástima que hayamos tenido que encontrarnos por un motivo tan lamentable.

—Y volviendo al tema que nos ocupa, ¿su nombre es? —intervino Francisco.

—Rubén Torres, señor.

—¿Es usted uno de los alumnos de la señorita Estévanez?

—En efecto.

—¿Me dice su edad?

—Entiendo, soy un contraste entre tanta gente joven, ¿no es cierto?

—De hecho, pensé que usted era otro profesor con el que aún no me había entrevistado. Si la pregunta es incómoda...

—No, qué va. Cumpliré cuarenta y seis el mes que viene.

—¡Venga ya! ¿Está de guasa? —interrumpió Fernando—. ¿Cuarenta y seis? Ni de coña.

—¿Aparento más? —preguntó con una sonrisa.

—Vamos, no me fastidie... Tal vez no tenga veinte años como el resto de los chicos de la academia, pero ¿cuarenta y seis? Si eso es cierto, usted definitivamente ha hecho un pacto con el diablo.

—García —solicitó Francisco, tratando de mantener a raya sus nervios—, ¿por qué no va a la máquina de café que hay en la entrada y compra un par de capuchinos?

Fernando obedeció sabiendo que luego su viejo le dedicaría una charla. Una parte de su inmaduro cerebro le decía que alguien con semejante sensibilidad artística no sería capaz de cometer un crimen tan horrendo.

—¿Cuánto tiempo asistió a sus clases? —preguntó Francisco una vez rescató el control de la situación.

—Apenas año y medio. Durante mis primeros seis meses en la ciudad estuve aprendiendo por mi cuenta.

—¿Se mudó?

—Sí. Supongo que después de tanto tiempo en un pueblo sentí que debía probar suerte con lo que en realidad siempre quise hacer. Soy consciente de que he empezado muy tarde, pero al menos no me iré de este mundo sin haberlo intentado.

—Entonces la señorita Estévanez fue su primera profesora de interpretación, ¿no?

—Exacto. Todavía sigo sin creer lo que ha sucedido. Ayer por la mañana vine a clase y una parte de mí esperaba que apareciera por la puerta. Tardaré algún tiempo en adaptarme a su ausencia.

—¿Mantenía usted una relación estrecha con ella? ¿Un vínculo que fuera más allá de las clases?

Aquella no le pareció una pregunta que el detective realizara al azar y llegó erróneamente a la conclusión de que Ramiro le habría trasladado sus sospechas.

—¿Se refiere a si éramos amigos fuera de la escuela? —respondió relajado—. A veces quedábamos para tomar café y cosas por el estilo.

—¿Sólo quedaban como amigos?

—¿Disculpe? —dijo fingiendo sorpresa.

—Mi trabajo es hacer preguntas, señor Torres. Y, además, tampoco sería tan extraño, ¿no le parece?

—No voy a negar que la señorita Estévanez era atractiva, pero eso no significa que... Aparte que, de haber sido así, no estaría bien que yo fuera contándolo alegremente.

—Nadie ha pedido detalles. Pero huelga decir que cuanto más conozca a la víctima, más me aproximaré al asesino.

—Perdone, no pretendía ser maleducado, pero es que...

—No se preocupe. Dígame cualquier cosa que crea relevante para la investigación. Todo cuanto comparta conmigo será evaluado desde la mayor de las discreciones.

—Sofía guardaba celosamente cada fragmento de su vida íntima. Sin embargo, en una de tantas citas que tuvimos, sintió que podía sincerarse conmigo y, bueno, me trasladó que creía que uno de los alumnos estaba enamorado de ella.

—¿Puede decirme su nombre?

—No me lo dijo —respondió con rapidez—. Tampoco lo consideraba un asunto trascendente, sólo era una de esas cosas que se cuentan a modo anecdótico cuando se habla con un amigo, ¿comprende?

—¿Incluso a uno que le parecía atractivo?

—Oiga, yo... No sé qué le habrán dicho, pero entre Sofía y yo nunca sucedió nada.

—No estoy juzgando sus encuentros con la señorita Estévanez.

Las habladurías me resbalan por completo. Pero si mantuvo algo más que palabras con ella, es algo que le vendría bien dejar claro.

—No hubo nada entre nosotros.

—Pero usted la consideraba atractiva, ¿no es así? ¿Nunca pensó que ella le veía con otro tipo de intenciones?

Rubén se sintió en un atolladero, así que, creyendo oportuno exponerse vulnerable, susurró:

—Es posible que ella sí, pero no yo. No sé si lo capta.

De nuevo volvía a ser ese gay reprimido al que tantas veces había utilizado para esconder su verdadera cara. Sin apenas esforzarse, adivinó cuál era la línea de investigación alrededor del caso de Sofía. La policía lo consideraba un crimen pasional, y eso situaba como sospechoso a todo hombre del entorno de la profesora. Hablar de su supuesta homosexualidad desde la vergüenza lo ubicaba fuera de ese perímetro que el detective se había propuesto analizar. Y en el caso de que Ramiro hubiera contado que la noche antes de su desaparición Sofía y él habían estado juntos, el señor Moreno lo encontraría como un patético modo de evitar rumores acerca de esa homosexualidad que se empeñaba en ocultar.

—No encajaba en sus preferencias, ¿es eso? —expresó Francisco.

Rubén asintió mirando alrededor como si quisiera comprobar que nadie más escuchaba aquella conversación.

—De acuerdo. ¿Sopesará decirme en algún momento el nombre de ese alumno enamorado de la señorita Estévanez?

—¿Cree que alguien en mi situación encuentra justo soltar los secretos de otros?

—Piense que Sofía ya no puede defenderse —declaró con seriedad. Al ver que Rubén no parecía estar dispuesto a seguir hablando, dijo—: Bueno, señor Torres, gracias por su colaboración. He de seguir con el resto de actores. Cualquier cosa que recuerde y crea importante para arrojar luz sobre el tema, no dude en llamarme.

—Descuide.

—Una cosa más, señor Torres —comentó pasando a la siguiente página de su bloc de notas—. Ya no vive en el pueblo, así que libere esa carga.

Rubén sonrió y se despidió de Francisco. Luego caminó hasta sus compañeros, quienes parecían estar cerrando una quedada en la cafetería de la esquina una vez acabaran las entrevistas con la policía. No le apetecía escuchar las chorradas de unos chiquillos, pero comprendió que, dadas las circunstancias, debía hacer un esfuerzo por aparentar la misma consternación que el resto.

Doulos (Esclavo)

Me gustaron sus pies. Yo diría que lo primero en lo que me fijé fueron sus perfectos pies, visibles a través de las tiras de unas sandalias blancas. La pedicura era delicada y, pese a que sus piernas estaban escondidas bajo una falda larga, supe que eran bonitas. Unas piernas suaves y deliciosas, las que merecía tener. Nunca me gustaron las mujeres con el pelo corto, pero Pamela era sin duda una excepción. Sus ojos pequeños y alegres, esos ademanes elegantes al subir la escalera y la frescura de su voz la convertían en una preciosidad que me cautivó de inmediato. Aún quedaban dos meses para acabar el curso, el último que me faltaba para finalmente vegetar en el negocio de mi padre. Lo de estudiar Bellas Artes no le parecía buena idea, así que, haciendo gala de su extraordinaria empatía —léase el sarcasmo—, dijo que me olvidara de su apoyo económico para tal cosa.

En aquellos dos meses de libertad en los que todavía podía sentirme humano, Pamela se volvió un alimento tan prohibido como necesario. Al principio, sólo cruzábamos miradas en los pasillos, suficiente recurso para mí. Cada noche rescataba uno a uno esos contactos visuales y la imaginaba besándome. Yo la veía como una florecilla silvestre que se parece a las otras que están a su alrededor pero que sorprende con una fragancia distinta y penetrante.

Me obsesionaba. Reconozco que, si hubiera contado mis fantasías a algún amigo, éste me habría tachado de loco. Primero todo era romanticismo, ¿sabes? Besos, caricias, palabras amorosas, tierna desnudez… Pero a medida que pasaban las semanas, las escenas se volvían cada vez más confusas y violentas. No sé por qué. Cuando me quise dar cuenta, sólo quería hacerle daño. Y además tenía que ser un daño contundente, no una simple bofetada, ¿me explico? Casi lamento haberle dado a entender que yo era el típico chico respetuoso con intenciones serias de cara al futuro…

Era tan confiada. Sí, he dicho era. Después de invitarla a salir y contemplar de cerca su entusiasmo, supe que debía dar un paso más allá y permitirme un capricho. Nunca pensé demasiado en mí hasta ese instante y, bueno, es algo que le debo a Pamela, la chica de ojos alegres que se tiñeron de horror en nuestra única cita.

Todavía me acuerdo de su perfume. Tras asfixiarla —sin guantes, pues aún era un novato— su aroma permaneció aferrado a mis manos unas horas. Las olí hasta cansarme. No me importó su preciosa timidez mientras yo invertía esfuerzos en quitarle la ropa en el interior de ese coche que ni siquiera me pertenecía. No lo robé, si es lo que estás preguntándote. Era el coche de mi madre, quien tuvo a bien prestármelo. Nunca comenté que fuera a salir con una chica, quizá por ello decidió no hacer preguntas.

La pobre siempre pensó que me gustaban los tíos. ¿Es que acaso un hombre no puede ser sensible y al mismo tiempo desear a mujeres?

Pero volviendo al tema, sí, la estrangulé. Me impuse sobre su frágil cuerpo proyectando cada una de mis frustraciones hasta ver cómo se apagaban sus ojos. Fue una experiencia increíble. Falleció con esa expresión interrogante en el rostro, como si hallar a mi verdadero yo la hubiera tomado por sorpresa. Incluso me dio pena. La preciosa Pamela tuvo que morir porque miró al tipo equivocado por los pasillos.

Te preguntarás por qué permití que esos sucios impulsos se apoderaran de mí. La verdad es que hasta ese instante mi vida fue de lo más normal: tardes de domingo en casa, leer hasta que se me cerraran los ojos, siempre con la bicicleta a cuestas... No soy el resultado de una familia desestructurada o el chico que tuvo mala suerte y tropezó con un indeseable que le cambió de golpe a través de un abuso. Nada de eso ocurrió. Ni siquiera el hecho de que mi padre fuera un manipulador insoportable justifica mis actos. No hay explicación que me exonere. No la busques. Soy así y ya. Todos podemos ser terribles si se dan las condiciones oportunas, como si en la receta de lo malvado nos facilitaran los ingredientes necesarios. En mi opinión, la maldad está en cada uno de nosotros, al igual que los elementos orgánicos que nos conforman, solo que en la mayoría de los casos permanece silenciada y bajo control porque nos educan para respetar una moralidad ficticia. Pero no lo olvides, la maldad existe y no necesariamente tiene que ser tratada como una patología. Oh, diablos, ¿por qué lloras ahora?



—Una tila —pidió Ramiro.

—Si no tienes café italiano, una cerveza, gracias —dijo Rubén.

A Ramiro le pareció una elección poco acertada teniendo en cuenta que la policía acababa de estar haciéndoles preguntas. Claro que a esas alturas sabía que cualquier cosa que hiciera su compañero de tablas le sentaría mal.

—El señor Moreno es un personaje peculiar, ¿verdad? —declaró sorbiendo la infusión.

—Ni me ha mirado al hacerme las preguntas —indicó Marta.

—Eso es porque tienen claro que ha sido un tío —agregó otro de los actores.

—Diablos, viste cuatro capítulos de CSI Las Vegas y ya te crees criminólogo —dijo Ramiro.

El grupo rio levemente. Después el silencio se apoderó de la mesa y de inmediato quedó de manifiesto lo duro que estaba siendo aquel momento.

—Esto me pone los pelos de punta —añadió Ramiro al cabo de unos minutos—. Según la prensa, Sofía fue torturada. Torturada, tíos.

Joder, la policía está interrogando al círculo de Sofi. ¿De verdad hay alguien en la escuela capaz de hacer algo así y no nos hemos dado cuenta?

—Me estás asustando, coño —dijo Marta tras sentir un escalofrío.

—Deberías estarlo —intervino Ramiro de nuevo—. A ese criminal le va lo de arrancar párpados, ¿sabes? Quiero decir, no conforme con inmovilizar a una persona y someterla, encontró interesante limarle la jodida cara.

—Mierda, Ramiro —se quejó el otro chico—. Intento comerme estas aceitunas.

—¿Cómo puedes comer con todo lo que tenemos encima? —reprochó.

—¿Qué quieres? ¿Que no vuelva a fiarme de ningún compañero? ¿Es eso?

—¡Chicos, por favor! No vamos a empezar a desconfiar entre nosotros. ¡Lo que faltaba! —comentó Marta.

—Tiene razón —señaló Rubén—. La prensa es muy sensacionalista y lo mejor será que mantengamos la calma. Sólo así la investigación dará con ese asesino. No creo que Sofía quisiera vernos desconfiar los unos de los otros. Dejemos que la policía haga su trabajo y colaboremos cuanto podamos. Ya hemos trasladado cuanto sabíamos, suficiente aventura por hoy.

—¿Qué queréis que os diga? Yo hasta que no atrapen a ese cabrón no voy a dormir tranquilo —espetó Ramiro.

Rubén asintió y después dio un buen sorbo a su cerveza.



—¿Vamos directos a casa? —preguntó un Fernando martirizado por numerosas agujetas.

—¿Tienes planes mejores? —dijo Francisco, atendiendo a los gestos de dolor de su hijo.

—Igual te apetece ir a tomar algo.

—¿Qué te pasa en las piernas? Caminas como un perro apaleado.

No tenía previsto decirle a su padre que había iniciado un cambio de hábitos para ponerse en forma. Por muy convencido que estuviera esta vez, sentía que, de existir una posibilidad de fracaso, era preferible asumirlo en silencio antes que tener que escuchar la charla donde su viejo le diría por enésima vez que no tenía sentido del compromiso. Y era verdad. Nunca tuvo problemas para conseguir un empleo, estaba capacitado para desempeñar cualquier labor. Era la disciplina lo que sacaba lo peor de él. Estaba acostumbrado a que siempre hubiera alguien dispuesto a sacrificarse en su lugar, pero,

consciente de que eso no duraría hasta el fin de sus días, se implicó más que nunca en la tarea.

Al llegar a un bar próximo, Fernando se dejó caer sobre una silla. Francisco, en cambio, tomo asiento despacio. El sitio le parecía cutre, uno de esos antros donde si tocas una mesa las manos se te quedan pegadas por momentos. El partido de fútbol mantenía a los presentes atentos a una pantalla cuya falta de definición no se debía a un problema con la antena, sino a una consistente capa de grasa y polvo que requería el paso de una bayeta urgentemente. El volumen del televisor era tal, que los comentarios de los cronistas deportivos de la cadena se escuchaban saturados. Para Francisco, aquel ruido era insoportable, una amalgama de voces ininteligibles que pretendían informar sobre las jugadas en el campo de juego, pero que acababan confundiendo al personal.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Fernando, sabiendo que algo estaba disgustando a su padre.

—Esto es un tugurio. En breve me quedaré sordo.

—Ya verás cómo te olvidas de eso en cuanto pidamos una cerveza.

—¿Puedes beber alcohol haciendo dieta?

«¿Cómo diablos lo ha adivinado? A veces me olvido de que lo sabe todo, joder», pensó.

—La pediré *sin* —respondió finalmente.

—Eso es una mierda. Para tomarte una cerveza sin alcohol más vale que te pegues un tiro.

—Nadie dijo que fuera fácil.

Francisco sonrió con socarronería. Después de echar un par de tragos, rescató las caras de los actores con los que había hablado en la escuela de arte.

—¿En qué piensas? —solicitó su hijo.

—En Ramiro Ocampo.

—¿El rubito? ¿Crees que es el culpable?

—No, ese sólo tiene celos.

—A ver, papá, entiendo que al verme caminar como si mis articulaciones fueran de madera, pienses que intento perder peso. Eso hasta cierto punto tiene sentido. Pero es completamente imposible, y escúchame con atención, completamente imposible, que hayas deducido de una charla tan breve que ese hombre es un celoso.

—Está enamorado de la víctima —sentenció mirándose la palma de una mano—, y aunque se muestra prudente, cree saber quién podría estar detrás de esto.

—¿El exnovio?

—Por supuesto que no.

—¿Quién entonces?

—Al acabar las preguntas le dije que avisara a cualquiera de sus compañeros. Y eligió a uno, el tipo del que no se fía.

—¿Insinúas que ese tío es el asesino?

—Fernando, si pretendes dedicarte a esto primero tienes que aprender a escuchar y luego interpretar debidamente las palabras. Que Ocampo crea que Rubén Torres puede estar involucrado no significa que yo lo piense y mucho menos que esté en lo cierto.

—¿Y tú qué crees?

—Creo que, para empezar, el hombre que buscamos se siente atraído por las mujeres.

—¿Te refieres a mujeres como la señorita Estévanez o mujeres en general?

—En general.

—A ver si me ha quedado claro... ¿Dices que el actorazo es gay?

—No lo digo yo. Bueno, Fernando, que no. Que no se corresponde al perfil que estamos buscando.

—Pues creo que ese tío de gay tiene más bien poco. Y aunque tú seas el ser más observador del planeta, te aseguro que en ese terreno mi radar es infalible. —Acabándose la cerveza, añadió—: ¿Qué tal si volvemos ya a casa?

Francisco asintió y dio vueltas al asunto hasta que se acostó. Después de la charla con su hijo, sopesó la posibilidad de que Rubén Torres estuviera mintiendo. ¿Por qué habría de hacerlo? Encendió la lámpara de la mesilla de noche y buscó su bloc de notas con la necesidad de releer las líneas que correspondían a la declaración del actor. Aquellos garabatos que sólo él podía entender, no situaban a Rubén como alguien a quien incomodara su presencia. En todo momento, mantuvo el mismo tono al hablar, y las palabras, lejos de parecer estudiadas, salieron con total naturalidad de su boca. Tuvo en cuenta que no hablaba con un chiquillo impresionable, que para alguien que había dejado patentes sus capacidades interpretativas no sería tan complejo impostar la conducta. Sin embargo, Francisco no halló ningún elemento que le hiciera dudar de su testimonio. No había incoherencias en su relato, ni pausas que delataran nerviosismo. En cuanto a su sexualidad, el sujeto no parecía tener la intención de dejar constancia de ello; de hecho, más bien daba la impresión de no querer sacarlo a la luz. Una de dos: o bien el radar de Fernando estaba estropeado, o la relación entre Sofía y el tímido personaje no era tan inocente después de todo.

Agon (Lucha)

Silvia hablaba sin parar. Hebe no lo encontró un inconveniente sino más bien un modo de evadirse. Sólo tenía una amiga en este mundo, y decirle que se controlara al hablar, aparte de una grosería, le parecía ridículo viniendo de alguien con disfemia. Procurando no bostezar, asentía de vez en cuando al tiempo que acariciaba los dibujos irregulares que se extendían a lo largo de la mesa de madera. El olor a café y pan tostado otorgaba a la cafetería ese toque hogareño que tanto echaba de menos. A menudo se acordaba de sus padres, de la sorpresa con que recibieron la noticia. Jamás olvidaría sus caras al conocer lo sucedido con Héctor, el modo en que perdió la cabeza y agredió a la novia motivada por unos sentimientos que la situaban como la desquiciada de la familia. Lo lógico habría sido hallar decepción en los ojos de sus progenitores, incluso tristeza. Sin embargo, era horror lo que sentían. Le tenían miedo y, pese a que intentaban negar lo evidente, Hebe tomó distancia. Los extrañaba, pero no se arrepentía de su decisión.

—¿Estás escuchando lo que te digo? —preguntó Silvia mientras azucaraba su café.

—Sí, p-perdona.

—Generalmente no hablas mucho, pero hoy te estás pasando... ¿Va todo bien?

—Sí.

—Demasiado misterio. Ocultas algo.

—P-puede —sonrió.

Compartir lo sucedido junto a Rubén proporcionó a Hebe un protagonismo que ansiaba desde hacía mucho tiempo. Silvia escuchaba atentamente, sin mover ni un músculo, intentando procesar que su amiga y aquel actor tan fascinante que habían conocido semanas atrás compartían algo más que simples palabras.

—Pero ¿cómo es que estrechasteis lazos tan rápido? ¿Continuaste yendo al teatro sin mí? —rio con picardía.

—N-no. En realidad, c-coincidimos un día y n-nos caímos bien.

—Habrás comprobado que no tiene novia o mujer, ¿verdad?

—¿Qué? —preguntó riendo.

—En serio, ya sabes cómo son los actores: bohemios, infieles, volátiles...

—¿Tan dif-fícil es que se haya en-namorado de m-mí?

—No he querido decir eso, amiga. Me caes muy bien y sólo pretendo aconsejarte.

Hebe asintió, comprendiendo e incluso apreciando la observación de Silvia. Al reflexionar, se dio cuenta de que no conocía

tan profundamente a ese hombre, al igual que él a ella. No obstante, el simple hecho de que no hubiera salido corriendo al descubrir su pasado fue suficiente para hacerla sentir segura. Era tal su ceguera, que creyó a pie juntillas todo cuanto Rubén narraba, desde su sexo frustrado con Sofía hasta su pánico a estar a solas con una mujer. Cualquier otra chica en su lugar habría dudado de la veracidad de sus palabras porque, al fin y al cabo, Hebe no era de esas personas que destacaban por poseer un gran magnetismo. Tampoco tenía un sentido del humor deslumbrante ni una inteligencia que la ubicara en el centro de las conversaciones más cautivadoras. Las modestas habilidades de Hebe no eran suficientes para ignorar las limitaciones que el actor enfrentaba al intentar establecer una conexión íntima con una mujer. Claramente, Rubén la superaba a muchos niveles, no sólo por la ventaja que le confería la diferencia de edad, sino porque su capacidad intelectual lo situaba como líder en cualquier reunión social en la que se viera envuelto. Era metódico y extremadamente práctico, algo que la ingenua Hebe comprendería muy pronto.



—Podría ser un mensaje. Tal vez querría trasladar a algún enemigo una señal de proximidad. O la veía como un regalo que disfrutó. Yo qué sé. ¡Pueden ser mil cosas!

Gutiérrez se devanaba los sesos. Bajo su parecer, que la víctima fuera hallada con un lazo azul atado al cuello no era tan trascendente. Obcecado con la idea de analizar el resto de las pruebas, procuraba no perder la paciencia ante Francisco, quien sí daba extraordinaria importancia al hallazgo.

—El azul simboliza muchas cosas, Flavio —dijo, tras meditar un rato.

—¿Cómo qué? ¿El sexo de un bebé?

—¿Qué has dicho? —preguntó, confundido.

—Cuando ves a un crío en un carrito es difícil identificar su sexo a simple vista. Y, bueno, si lleva patucos azules, sabes que tiene colita; si son rosas, pues es una niña.

—Eso es ridículo. ¿Y si los patucos son amarillos?

—No lo sé, señor. Gente rara por el mundo hay mucha.

—¿Podría el asesino ser un machista rancio?

—Obvio que lo es. Mata a mujeres.

—Ha matado a una. Al menos por ahora. No sabemos si es un patrón, si aparecerán más jodidos lazos azules, rosas o amarillos…, así que, Gutiérrez, perdona que no pase por alto este nimio pero quizá importante detalle.

—No pretendía ahorrarme trabajo, señor. Me fastidia no sacar nada en claro y permitir que ese criminal siga planificando

atrocidades.

—No dejes que la impaciencia te joda el juicio —sentenció mirando de nuevo las fotografías.

Gutiérrez sugirió traer café del bar de la esquina. De sobra sabía que su superior detestaba el de la máquina, de modo que, aprovechando su debilidad con la cafeína, pausó un ejercicio mental que ya comenzaba a frustrarlo.

Mientras se dirigía al bar, notó la presencia de dos jóvenes charlando. Sus perros, entretenidos olisqueándose, enredaban las correas que evitaban un peligroso acercamiento a la carretera. Una de ellas llevaba unas mallas deportivas, ajustadas, «divinamente ajustadas», pensó. La fantasía se esfumó cuando la chica en cuestión le dedicó una mirada cargada de asco y rechazo.

Era un adicto. Y no sólo al sexo. Cualquier cosa que desatara su adrenalina era bienvenida, aunque durante los últimos meses estuviera viéndose un poco superado por sus adicciones. Al menos ya no pisaba el casino y, pese a que la tentación de jugar lo azotaba continuamente, había prometido a su esposa no volver a tocar los ahorros. Las mujeres en cambio eran otra historia. Ni siquiera tenía un criterio a la hora de escogerlas, se conformaba con cualquiera dispuesta a un encuentro sin contratos. No estaba orgulloso de sus deslealtades, pero así se aseguraba de poder pagar los estudios de su hijo en el futuro.

Tenía que concentrarse. La complicada relación con su jefe prometía jornadas de diálogos mordaces y sarcasmos insufribles. Se había esforzado mucho para obtener aquel ascenso, y ver que Moreno lo tenía atragantado desde el primer minuto estropeaba su momento. Procuraba contenerse, pero tarde o temprano su indisciplinada lengua acabaría gritando todo cuanto pensaba, y entonces ni las más cuidadas disculpas lo sacarían del entuerto. Así se había pasado la vida, creyendo que el mundo era insuficiente para alguien como él, un hombre que no entendía que los cincos raspados se celebraran con la misma efusividad que un merecido sobresaliente tras el debido esfuerzo. Flavio no era ningún ejemplo de sacrificio, pero sabía diferenciar a quienes sí se dejaban la piel de los que simplemente iban de puntillas por la vida para no hacer demasiado ruido.

Su hermano siempre lo consideró un fantasioso. Que un muchacho de barrio tuviera aspiraciones no era lo habitual; de hecho, ser uno de esos especímenes poco frecuentes lo ubicó en el mismo plano de aquellos altaneros incapaces de aceptar que eran igual de inútiles que el resto. De esa forma, Gutiérrez pasó de ser Flavio el flaco a Flavio el creído. Incluso su propia madre le reprochaba que no fuera despreocupado como los demás niños. La mujer hubiera preferido tener como descendiente a un obrero más, otro tipo que al

acabar su jornada se descalzara y bebiera cerveza frente al televisor, sin cuestionarse nada que no tuviera que ver con ese círculo diminuto que envuelve a la mayoría: hipoteca, facturas, matrimonio, hijos y fútbol. Todo lo demás era un extra que sólo unos pocos privilegiados tenían la suerte de plantearse. Para Gutiérrez, siempre fue una crueldad someterlo a aceptar una realidad tan ácida y poco estimulante. A lo mejor por eso hallaba un placer inmediato en el riesgo que suponían sus añoradas apuestas, o la satisfacción de seducir a una extraña gracias al uniforme.

Convertirse en agente de la ley, lejos de situarlo como un triunfador entre los suyos, hizo que lo vieran como el *madero* con el que debían medir sus palabras. Trapicheos y otros métodos para sacarse un dinero extra a fin de mes eran el pan de cada día entre sus conocidos de la infancia, así que no le extrañaba que al verlo aparecer en el barrio cuando acudía a visitar a su madre —impedida desde hacía un par de años tras una aparatosa caída por las escaleras—, los vecinos cesaran sus charlas y cualquier actividad que pudiera dejarlos al descubierto delante de Flavio el creído por temor a que «el muy canalla les impidiera seguir ganándose la vida».

Lo que no sabían es que el creído se sentía muy estafado con sus decisiones. Pocas veces creyó que el puesto le proporcionaría una situación ventajosa respecto a los demás. Aun así, procuraba transmitir lo contrario, permitiendo que su apariencia uniformada mintiera por él.

Apuró sus pasos hasta llegar a la comisaría con la intención de que los cafés no se enfriasen. Ya en el despacho, se esmeró en no hacer ruido mientras su superior hablaba por teléfono. Francisco parecía concentrado, atento a la exposición de quien se hallaba al otro lado de la línea.

Con cuidado, Flavio colocó el vaso de plástico sobre el escritorio esperando un gesto de agradecimiento que jamás llegó. Resignado, dio unos sorbos a su café y esperó a que la conversación terminase. Internamente se vio a sí mismo como ese niño que aguarda con paciencia fingida que los adultos dejen de hablar para soltar una de sus gracias.

—Tengo que irme —dijo Francisco al colgar.

—¿Ocurre algo, señor?

—Ocurre, Gutiérrez, que sólo he de dar explicaciones a la mujer con la que me casé. Cosas del sagrado matrimonio... Bueno, tú ya debes de saberlo, ¿o no?

Flavio agachó la cabeza y nuevamente se mordió la lengua. El episodio con la inspectora Garrido en el asiento trasero de un coche policial volvía en forma de reproche cada vez que su jefe tenía ocasión. A Francisco en realidad le daba igual que ambos tuvieran

diferentes puntos de vista respecto a las mujeres. Lo que le molestaba era ver a Gutiérrez desaprovechando sus aptitudes. De sobra conocía sus debilidades, y no sólo con las faldas. Se había percatado de su peligrosa relación con el juego el día que se hizo una redada en un local situado a varios metros del Gran Casino de la ciudad. Los ojos de Flavio atendieron enamorados al baile parpadeante de las letras que coronaban la entrada. Quizá eso fuera un evento fugaz para la mayoría, pero no para alguien tan obsesionado con los detalles como Francisco. Consciente de los defectos de Gutiérrez y a sabiendas del riesgo que suponía tener a alguien así en su equipo, quiso traerlo de vuelta a la realidad del único modo que sabía: a través de sus descuidadas maneras.



Hebe y su amiga pasaron el día visitando tiendas de ropa, librerías y varios establecimientos de accesorios para el hogar. Silvia buscaba un tapete para la nueva mesa del salón y Hebe únicamente pretendía entretenerse para no seguir dándole vueltas a una idea que le robaba el sueño.

Lo que omitió cuando habló del actor con Silvia, era que él se había distanciado. Una parte de Hebe quería pensar que el trabajo lo absorbía, que aquella no era otra de tantas sesiones de sexo que no conducían a nada serio. Sin embargo, su versión obsesiva y rencorosa, imaginaba a Rubén como un crápula que le había mentido para acostarse con ella. En su cabeza no encajaba ser un descarte. Las imágenes carnales poblaban el recuerdo, acosadoras y de un fuerte realismo. Necesitaba saber en qué situación se encontraba. No es que de pronto Hebe hubiera desarrollado la madurez suficiente para comprender que tal vez no podría aspirar a nada más con Rubén. Lo ocurrido con Héctor, lejos de sanar su monomanía, había acentuado la necesidad de pertenencia, y estaba dispuesta a hacer cosas atroces si el actor no reaccionaba como ella quería. ¿Sería capaz de retenerlo contra su voluntad? Por supuesto. Encontraría el modo de encerrarlo para siempre, si las cosas se torcían. ¿Y de hacerle daño? Si Rubén no aceptaba sus condiciones, ¿podría llegar a someterlo a través de actos inmorales?

Sí, Hebe era muy capaz, aunque no quisiera aceptarlo.

El mobiliario urbano y las aceras lucían una delicada capa de hielo, lo habitual de la época. A Hebe le pareció una bella estampa, trasladándola de golpe a su más tierna infancia. Pensó que, si Rubén estaba dispuesto, sería una buena idea visitar el mercado navideño que tanto le gustaba de pequeña. El olor a vino caliente y dulce de jengibre se extendía por el aire, permitiendo a los habituales de la

zona olvidarse por unas semanas de la pestilencia propia de la ciudad. Las preciosas casetas navideñas donde se vendían comestibles, libros y objetos de colección, otorgaban una imagen amable de la capital a turistas poseídos por el consumo.

«Rubén, Rubén, Rubén», era lo único en que podía pensar. Silvia hablaba de cosas divertidas, mostrándose encantadora y amable, como solía ser; sin embargo, Hebe, que llevaba un rato moviendo la lengua en el interior de la boca tratando de rescatar los últimos besos de Rubén, no soportaba más aquella presión y se despidió de forma abrupta, dejando a su amiga desconcertada.

Corrió sorteando a la gente por la calle. En ningún momento pensó que estaba a más de media hora de la casa de Rubén. Necesitaba verle para que las voces de su mente dejaran de atosigarla. «Él no te quiere», repetían sin cesar. «¿Quién va a quererte a ti, fea tartamuda?».

—¡Dejadme en p-p-paz! —gritaba, ante la atónita mirada de los viandantes que se cruzaban en su camino.

Las maltratadoras de su imaginación no eran más que versiones de sí misma, como si un multiverso de identidades se hubiera propuesto mostrarle la única realidad posible. Al fondo del barullo, escuchaba los gemidos y los jadeos de Rubén; la vibración de aquel recuerdo humedeció su sexo. Detuvo la carrera y lloró amargamente. Por peligrosa que fuera, Hebe sufría un mal de difícil tratamiento. Temía no poder controlar cada emoción atorada en el pecho, tanto las de ese amor obsesivo que invadía toda célula de su organismo, como las de esa Hebe perversa que no atendía a razones ni leyes.

Por fin llegó a su destino. Vio la luz en el piso de Rubén y subió las escaleras a toda marcha. Tras llamar a la puerta, pensó en la forma de saludarle. ¿Debía mostrarse afectiva o dejar que fuera él quien diera el primer paso? Al verlo, permitió a su timidez hablar por ella una vez más. Él no esperaba su visita y, de hecho, no limitó su confusión al verla. Después de un recibimiento algo frío, permitió que la chica entrara.

La casa olía ligeramente a desinfectante. Hebe lo encontró agradable, un punto más en el listado de cosas buenas que caracterizaban al actor. Ni por asomo se imaginaba el motivo de tal meticulosidad, pero aun así se permitió respirar profundamente, acaso tratando de evitar echarse a llorar de nuevo.

Sobre la mesa, un libreto titulado *Homenaje a Sofi* llamó su atención.

—¿Quieres tomar un zumo o una cerveza? —preguntó Rubén mientras se acercaba a la nevera.

—No —respondió con una ligera sonrisa—. ¿Q-qué es esto? —dijo, levantando el documento.

—Oh, ese es el guion del homenaje a Sofía.

—¿Cu-cuándo será?

—Fue ayer por la tarde —respondió ajeno a lo molesta que se encontraba.

—Si lo hub-biera sabido…

—No fue gran cosa. No estarás enfadada, ¿verdad?

Cayó en la cuenta de que para alguien como Hebe no haber sido invitada a una función, por pequeña que fuera, sería interpretado como un rechazo en toda regla. Tratando de arreglar su metedura de pata, se acercó y olió el cuello de la chica con estudiada calma.

—Qué bien hueles siempre.

Hebe se estremeció y de nuevo volvió a ser la chiquilla dependiente. Era fácil contentarla, bastaba el menor de los acercamientos para tenerla conforme; hasta el roce tímido de sus dedos hubiera sido suficiente. Pero Rubén sabía que cuanto más alimentara la ilusión, mayor sería el control sobre ella.

Había empezado a acariciarla; primero por encima de la ropa, luego buscando la calidez de su piel oculta bajo las prendas.

—Te extrañé, ¿sabes? —dijo.

—¿Y por qué no me llam-m-maste?

—Quería respetar tu espacio. ¿Vamos a la cama?

Antes de que Hebe pudiera responder un contundente sí, sonó el teléfono. Rubén se disculpó y atendió la llamada.

—Ramiro, ¿va todo bien?

—Tú ni siquiera la querías —comentó el chico en un evidente estado de ebriedad.

—¿A quién? —preguntó, sonriendo.

—A Sofía… Mi perfecta Sofi.

—Está súper borracho —dijo a Hebe cubriendo el auricular—. ¿Necesitas ayuda, amigo?

—¿Amigo? ¿Los psicópatas tienen amigos? Eso es nuevo —rio descontrolado.

La borrachera de Ramiro sólo había dejado en evidencia lo que Rubén ya sospechaba. Hasta ahora, todo parecía estar bajo control, pero si unas copas habían logrado darle el suficiente arrojo para declararle la guerra, podía significar que, o bien estaba dispuesto a señalarlo como culpable hasta conseguir su propósito, o Ramiro era más estúpido de lo que creía. La arrogancia de Rubén lo condujo a pensar que se trataba de la segunda opción. Aun así, decidió hacer algo al respecto.

Las cartas estaban sobre la mesa y, por ahora, él tenía la mejor mano.

Isegoría (Libertad de expresión)

Bajo un aguacero implacable, Francisco se arrepentía de no haber cogido el paraguas. La humedad había empezado a filtrarse en su chaqueta, calando hasta la camisa. Al alcanzar su destino, con los zapatos chorreando, se detuvo en la entrada, sacudiéndose meticulosamente para no ensuciar la alfombra de barro. Sin embargo, al recordar los urgentes motivos de su visita, comprendió que unas pocas gotas de agua en el suelo serían lo de menos.

En el salón, la familia Novés se reunía alrededor de una robusta mesa de madera. Mientras algunos miembros se sentaban con posturas tensas, otros paseaban a lo largo de la estancia, impacientes, murmurando y cuestionando la realidad de lo que reposaba frente a ellos. En el centro, un sobre amarillo, ligeramente arrugado tras abrirlo de forma descuidada, una nota escrita con trazos apresurados y un guante cubierto por una fina capa de tierra detuvieron el mundo.

Francisco atendió a los presentes. La mayoría de quienes se hallaban en la habitación eran mujeres, todas increíblemente parecidas a la madre de Nadia. Los cuatro hombres que las acompañaban eran de constitución fuerte, sin duda debido a las profesiones que habían ejercido a lo largo de los años. Los rudos personajes —a quienes se descartó como sospechosos desde el principio— se mostraron muy solícitos en las partidas de búsqueda programadas para localizar a la pequeña. La familia contaba con sólidos principios, algo que distaba mucho de lo que habitualmente encontraba en situaciones parecidas. Quizá por ello se sentía tan comprometido con su causa, o tal vez su ego no soportaba la idea de no haber resuelto el asunto como tenía por costumbre. En cualquier caso, no iba a cejar en su empeño, aunque el universo entero le gritase que todo esfuerzo desembocaría en fracaso.

—¿Quién lo ha traído? —preguntó acercándose a la mesa.

—No ha sido el servicio postal de siempre —contestó una de las mujeres.

Francisco se quitó la chaqueta y, con extremo cuidado, usó una de las mangas para evitar tocar los objetos con las manos. Comprobó que el sobre no tenía remitente y que el interior del guante estaba limpio.

—¿Quién lo encontró? —dijo, mirando a la mujer.

—Mi hijo, el mayor.

—¿El guante es de Nadia?

—No estamos seguros. Señor Moreno, ¿qué significa esto? —inquirió preocupada—. ¿Es una pista?

—Podría ser una broma de mal gusto —respondió serio—.

¿Alguien más lo ha tocado?

—Sólo mi hijo y yo. —Tras unos segundos de pausa, agregó—: ¿Quién va a enviar algo así sin un motivo?

—Necesito que alguien corrobore que el guante es de la niña.

—Han pasado doce años... Apenas recuerdo qué ropa tenía.

—Podemos sacar las cosas de la cría y ver si en alguna foto sale con los guantes —intervino uno de los hombres.

—¿Su madre no lo reconoce? —dijo Francisco.

—¿Quiere que le enseñe a mi hermana un guante lleno de tierra que supuestamente es de su hija? ¿Y después qué? ¿Le digo que no se haga ilusiones?

Dedicó una mirada fugaz a la mujer y luego asintió suavemente. Siempre que hablaba con la familia, sus ojos vagaban evasivamente, evitando el contacto visual directo. Era como si una ola de vergüenza lo inundara, sumergiéndolo en capas muy profundas de su alma que ni él mismo parecía comprender del todo. Este gesto, sutil pero revelador, dejaba entrever una tormenta interna oculta tras una fachada de calma aparente.

Comprobar que a pesar del tiempo transcurrido aquella herida seguiría sangrando hasta el punto de convertirse en una dolencia crónica, lo situaba como ese inútil que había perdido varias piezas de un puzle. Podía ofuscarse diciendo que en algún momento lo resolvería, pero sin las piezas faltantes jamás lo conseguiría.

Después de un silencio incómodo, solicitó una bolsa de plástico para llevarse el sobre y su contenido. Prometió compartir cualquier información que pudiera obtener tras el análisis pertinente.

Rechazó con amabilidad el café ofrecido y abandonó el lugar con la excusa de tener mucho trabajo. No era mentira; el caso de Sofía Estévanez suscitaba mucho interés y, por ende, una gran responsabilidad. Sin embargo, Nadia Novés seguía siendo su particular capítulo en pausa. Era muy consciente de que el asesinato de la profesora requería mayor atención por la presión mediática y también porque sabía que cuanto más tiempo pasara, menores serían las probabilidades de éxito. Pero aquel sobre amarillo se mostraba ante él como una luz rutilante en plena oscuridad. La voz lejana de una criatura inocente lo llamaba a gritos desde un foso de terribles imágenes que pretendía borrar de su mente. Francisco era un ser humano y, como tal, se equivocaría una vez más.



Un absoluto infierno. Allí todo era tan vacío y gris que apenas podía mantener la mente activa. Una existencia anodina me abrazaba con fuerza y ni siquiera intentaba sacudirla. Me convertí en la astilla más invisible que conforma un poste de madera. No sentía nada; no era nada.

Mi cuerpo actuaba como un mecanismo simple, casi tanto como las máquinas con las que trabajaba cada día. De casa al trabajo y del trabajo a casa. Así de insulsa era mi vida. Lo peor no era aquella aburrida imposición laboral a la que me sometía el viejo, sino lo incómodo que resultaba lidiar con él a todas horas. Claro que a un alma creativa no puedes encerrarla por más que te lo propongas. Al final, acaba encontrando una salida, aunque ello implique romper a cabezazos la jaula en la que vive recluida.

Siempre fui un enamorado de la inocencia. Suelo encontrar belleza en los actos cargados de candidez, por lo que no pude resistirme a la encantadora Lourdes. Tenía el pelo negro azabache, muy rizado y salvaje; los ojos azules, casi celestes, me perseguían en sueños, como hadas del bosque empeñadas en compartir su magia. Solía hablar en voz muy baja, exponiendo su personalidad tímida como último recurso si algún asunto escapaba a su comprensión. Tomás era su marido, un imbécil con la inteligencia justa para pasar el día y cuya ineptitud quedaba de manifiesto en cada encargo. Siempre me pareció un baboso insoportable que sólo pensaba en beber y ver partidos de fútbol. Cuando pasaba al lado de su mujer, le pellizcaba el culo en un patético ejercicio de dominación. A Lourdes tampoco le gustaba, pero mantenía silencio. A través de sus preciosos ojos yo advertía cuán infeliz le hacía aquel idiota y, como nunca he podido resistirme a las mujeres sufridas, comencé a interesarme por ella.

Al principio, sólo eran saludos y charlas insustanciales, la clase de conversaciones en las que el tema principal suele ser el mal tiempo o quejarse de lo aburrido que es el trabajo. Luego hicimos amistad. Eso no la benefició demasiado a la pobre.

Pasé semanas imaginándome su divorcio, igual que La Cenicienta debió de soñar con una familia menos egoísta, supongo. La idea de que Lourdes dejara a aquel botarate me resultaba excitante y muy necesaria. Casi estuve a punto de darle un empujoncito, no sé si me entiendes... ¿No? Bueno, en resumidas cuentas, el que tendría que haber palmado era él. Y no, no es que las cosas se torcieran ni nada por el estilo.

Lourdes y yo iniciamos algo que en su momento catalogué erróneamente de relación. Conforme pasaban los meses, me di cuenta de que ella no veía lo nuestro del mismo modo que yo. Creo que ahí su candidez se desvaneció y permitió que viera otras de sus facetas menos atractivas. Verás, Lourdes no quería un salvador, no buscaba a un tipo fuerte que la ayudara a zafarse de los brazos de aquel gorila con retraso mental. No. Ella quería aventuras. Y encontrarme con semejante cliché resultó una ácida decepción. Quiero decir…, eso lo podría haber conseguido con cualquier otro neandertal de la imprenta. Pero seducirme a mí, el único que alguna vez la vio como un ser humano y no como un artículo de colección, a sabiendas de que acabaría haciéndome daño se me antojó una falta de respeto brutal. Yo le abrí mi corazón; ella sólo quería

divertirse.

Nuestro último encuentro fue incómodo. Mantuvimos una de esas conversaciones en las que alguien queda como un triunfador y otro como el tonto ingenuo que se ha creído todas y cada una de las palabras de quien llevaba la batuta de la relación. Puta ingrata. En ese instante supe que estaba casada con el papanatas que se merecía.

Con Lourdes me di cuenta de lo peligroso que es cometer un crimen bajo los efectos del dolor. ¿Sabías que apuñalar a alguien deja innumerables rastros de ti en el suceso? Ya no me permito esa clase de lujos. Por un lado, sientes una gran satisfacción, como cuando horneas tus propias galletas en lugar de comprarlas en el supermercado; pero ahora esas pasiones están bajo control.

No te confundas. Quise a Lourdes, a mi modo, supongo. Era tanta sangre... Al sexto contacto con el cuchillo, me dedicó una mirada cargada de sorpresa, como si no esperara eso de mí. Primero se concentró en las heridas; luego, en quien se las provocaba. Su piel, llena de salpicaduras y cortes; la confusa expresión de su rostro, verbalizando un porqué cargado de horror; y los temblores que sacudían su pequeño cuerpo —nunca supe si se debía a las lesiones o al horror—, bien valieron el riesgo de llevarme parte de su sangre a casa. Tuve que quemar aquellos pantalones. No me hizo ninguna gracia, fundamentalmente porque mi madre en algún momento preguntaría por ellos al no verlos en la cesta de la ropa sucia en varios días. Pero bueno, son gajes del oficio.

Lourdes, la preciosa y desalmada calientapollas con más ganas de hacer cosas sucias que de encarrilar su vida, obtuvo lo que quería: aprovecharse del iluso que yo era por aquel entonces. Me odié a mí mismo durante mucho tiempo. Estaba acostumbrado a que todo el mundo me pisoteara en la fábrica, pero cuando ella decidió escoger al troglodita de su marido en vez de a mí, el mundo entero ardió en llamas.

No sé si los muertos son conscientes del dolor una vez dejan de respirar. Me encantaría saberlo, porque fui realmente creativo con el cuerpo de esa puta desgraciada.

Crimen pasional lo llamaron. Pasional. Es una forma muy curiosa de denominar a esta clase de incidentes, ¿no crees? Muchos de esos asesinatos se cometen cuando la pasión desaparece. Es entonces cuando el amor propio actúa, cuando los heridos saldan deudas. ¿Piensas que es a esa pasión a la que se refieren las autoridades?

Nunca fui sospechoso, y en parte se debe a que Lourdes fue muy discreta con lo nuestro, lo cual he de reconocer que dice mucho de ella. Tomás nunca estuvo vinculado al crimen de forma oficial, pero el pueblo entero lo señalaba como culpable. No voy a negar que me encantó borrar su estúpida sonrisa de forma permanente. Eso sería muy hipócrita por mi parte. No me mires así, el tío me caía fatal y, además, creo que no debes juzgar a la gente tan a la ligera.

Recordar a Lourdes implica necesariamente verla como un punto blanquecino sobre un océano sanguinolento. Hasta muerta estaba guapa, la verdad. Extendió sus brazos en un intento de hallar compasión en mí, pero cuando llego a ese extremo ya no hay vuelta atrás. Sería una deslealtad hacia mí mismo y, como ya has de saber, me amo demasiado para eso.

Algo muy curioso que extraño de aquella época era saberme peligroso y comprobar que absolutamente nadie se daba cuenta de ello. Aunque he de decir que a menudo me gustaría saber qué opinarían los demás si descubrieran lo que soy en realidad. Bueno, mi padre al parecer sabía qué clase de persona era yo, pero no quería aceptarlo, lo cual en lugar de sanar mi relación con él hizo que le aborreciera aún más.

¿Y tú? ¿Qué piensas ahora que lo sabes?



—Lee, Gutiérrez —dijo Francisco tras soltar un libro sobre la mesa.

—*Interpretando los colores*. ¿Qué coño es esto? —preguntó.

—El azul será tu asignatura, bombón.

Para alguien que detestaba leer, tener que empaparse de un tema que ni siquiera le parecía interesante era un castigo en toda regla. Francisco volvía a castigarle. Pretendía darle una lección, demostrarle que jamás debe poner en duda las indicaciones de un superior, algo que, si venía acompañado de una actividad tediosa, quedaría en su memoria como algo indeleble; un aprendizaje que le recordaría lo importante que es medir las palabras antes de pronunciarlas.

Después de fastidiarle el día a un tipo que sería más prudente de ahora en adelante, se dirigió a su despacho e hizo una llamada.

—Hola, Manolo —saludó sin dejar de mirar la bolsa de plástico —, ¿estás muy ocupado ahora? Tengo algo que me gustaría que analizaras... No, no es una urgencia... De acuerdo, pasaré en media hora o así, pero necesito pedirte que, aparte de meticuloso, seas discreto… Exacto, es extraoficial… Joder, Manolo, eso ya lo sé. No te quejes tanto, coño.

Tocaron a la puerta y se vio obligado a colgar antes de lo que hubiera querido.

—Señor, tiene una llamada. Es sobre Sofía Estévanez.

—Pásamela —respondió serio.

Después de unos segundos de silencio, una voz quebrada habló al otro lado:

—¿Hola? Por favor, ¿hay alguien ahí?

—Al habla Moreno, ¿quién llama?

—Ramiro Ocampo, ¿me recuerda? Soy uno de los actores que interrogó en el salón de actos de la escuela...

—Sí, le recuerdo. ¿En qué puedo ayudarle?
—Sé quién mató a Sofía. Estoy en peligro.

—¿Estás s-seguro de que no q-quieres que te acompañe? —dijo Hebe bajando del coche.

—Creo que cuando a Ramiro se le pase la borrachera preferirá no tener demasiado público a su alrededor —rio—. Que descanses, linda.

El trayecto hasta el bar se volvió eterno. Incluso después de aparcar, se imaginó a sí mismo volando hasta el sitio y arrastrando al chico hasta su domicilio. No temía ser visto; de hecho, quería dejar constancia de su encuentro con el muchacho, así que al entrar al bar se aseguró de saludar con una despampanante sonrisa al camarero y de preguntar cómo le había ido el día. Repasó el bar con la mirada y ahí estaba Ramiro, alcoholizado hasta el punto de no saber ni dónde se encontraba.

—Lleva aquí toda la tarde, ¿verdad? —preguntó al joven que atendía en la barra.

—Sí. Ahí lo tienes, todito para ti.

Rubén sonrió negando levemente con la cabeza. Luego se acercó a Ramiro, que dormía con los brazos colgando y la cara pegada a la superficie de la mesa. Después de apartar la copa vacía y llevarla hasta la barra para evitar que cayera al suelo, pagó la cuenta y cargó con Ramiro como pudo hasta la salida. Éste balbuceó varias cosas durante el recorrido hasta el coche. Rubén no atendió a sus palabras, decidió ignorarlo y continuar caminando. Temía que vomitara sobre los asientos y que la empresa de alquileres le cobrara un extra por ello, así que le quitó el abrigo y lo colocó a modo de funda protectora. No fue fácil sentar a Ramiro y ponerle el cinturón de seguridad, pero tras varios forcejeos, logró su cometido y lo llevó a casa.

Durante el trayecto, Ramiro permaneció en silencio. Toda su valentía desapareció de golpe, cuando en un momento de lucidez comprendió que Rubén era peligroso y que él le había puesto las cosas muy fáciles.

La casa estaba hecha un desastre: ropa sucia acumulada sobre el sofá, envases vacíos en la mesa de la cocina, el cenicero a rebosar de colillas, botellines de cerveza acumulados en varios rincones… Era tan caótico, que Rubén sintió repulsión casi de inmediato. Arrastró al chico hasta el dormitorio y, después de apartar una sudadera y varios zapatos ubicados sobre la colcha, lo acomodó entre las sábanas. Pensó en descalzarlo, pero la sola idea de imaginar unos calcetines mugrientos hizo que se lo replanteara.

Ramiro balbuceaba algo, una retahíla ininteligible y pastosa. Cuando vio que era ignorado, se echó a llorar.

—Supéralo ya —dijo Rubén, desde una frialdad demoledora— o te quedarás estancado en esta fase.

—¿Quién te has creído que eres? —agregó con dificultad.

—Por lo pronto, el tío que te ha sacado a rastras del bar. Debería darte vergüenza.

—A mí no me avergüenza lo que siento. Tú en cambio te desprecias a ti mismo. Y no hay nada más triste.

Pese a la turbia dicción del chico, Rubén entendió todas sus palabras. Con los ojos rojos y controlando sus impulsos una vez más, susurró:

—¿Y dónde estabas tú cuando la mataron?

—¿Qué? —preguntó, confundido.

—Sí, ya sabes. ¿Tú qué hacías mientras limaban la carita a tu dulce Sofi?

—¡Cállate!

—¿Has visto lo que dice la prensa? Menudo animal… Le arrancó los labios, le cortó los pezones y luego le metió un taladro por…

—Te lo suplico, no sigas —interrumpió Ramiro, llorando.

—Ahora mismo te estarás preguntando si, de haberte sincerado con ella, habría acabado de esta forma, ¿verdad?

Él asintió, roto de dolor.

—No debes pensar esas cosas, Ramiro. Sólo te harán más y más daño.

—No puedo evitarlo. Tal vez yo…

—Espabila. Sofía no era mujer de un solo hombre. Tarde o temprano habría acabado follando con el sujeto equivocado, o pegándote una venérea... Deberías sentirte aliviado de no haber cometido ese error.

—¿¡Cómo te atreves!? —gritó, perdiendo el equilibrio y cayendo de la cama—. ¡Sal de mi casa, saco de mierda!

—Cuidado con cómo me hablas, Ramiro —dijo, agarrándolo con fuerza del cuello de su camisa—. Tengo mucho autocontrol, pero no me pongas a prueba.

—¿Qué le hiciste? —se atrevió a decir.

—Nada en comparación con lo que te haré a ti si no dejas de joderme.

Horrorizado, Ramiro permaneció en el suelo, viendo cómo el asesino de Sofía se dirigía a la puerta. Rubén se echó a reír, consciente de que el juego se había vuelto mucho más interesante todavía. Antes de abandonar la casa, dijo:

—Y limpia esto, cretino. Vives en una pocilga.



Francisco estaba exhausto, pero la llamada del chico lo puso en alerta. Atendió al estado deplorable de la vivienda y eso le hizo dudar acerca de la veracidad de sus palabras. En apariencia, la actitud de Ramiro denotaba el enorme nerviosismo que lo invadía y, obviamente, ver la caótica forma en que vivía hizo que considerase la depresión como el detonante de aquella crisis.

Gutiérrez cargaba con el libro de los colores en el bolsillo, resoplando cada vez que recordaba que tendría que leerlo. Sin necesidad de hablar, trasladó a su jefe lo poco que le entusiasmaba estar allí. El olor de los envases de comida vacíos se mezclaba con el característico aroma de las casas que pasan algún tiempo sin ser ventiladas adecuadamente. «¿Quién amenaza a un tío *in situ* y luego se marcha tan tranquilo?», pensó. «Lo lógico sería matarlo o dejar que se pudriera aquí. Si tú fueras el asesino, ¿dejarías un cabo suelto como éste? Probablemente no, Flavio».

—Vamos —sugirió Francisco—, tómese la tila, le sentará bien.

—¿Por qué no va a buscar a ese criminal? —espetó nervioso—. ¿Por qué no va a detenerle? ¿Lo que le he contado no es suficiente?

—Señor Ocampo, en mi trabajo no se puede actuar por corazonadas o simpatías. ¿Me comprende?

—No, no le comprendo. Acabo de decirle que Rubén Torres me trajo a casa y cuando le acusé no hizo el menor esfuerzo por defenderse; al contrario, parecía estar jactándose de una proeza.

—Ramiro, ¿ha bebido? —intervino Gutiérrez.

—¿Está poniendo en duda lo que digo porque me he tomado unas copas?

—Oiga —medió Francisco—, no imagino por lo que está pasando, pero créame cuando le digo que las preguntas que realizamos tienen un fin concreto. Tal vez piense que Gutiérrez no está prestando la debida atención a su testimonio, pero es su trabajo tener en cuenta todos los elementos. ¿Lo comprende?

El chico asintió. Avergonzado, se dirigió a la cocina y, escoba en mano, se dedicó a adecentar el piso.

—Había bebido, sí. Y Rubén me trajo a casa porque yo le llamé. Sé que puede parecer que tengo celos por su encuentro con Sofía, pero no es así. Empleó su tono más amenazante para dejarme claro que es capaz de hacer daño. ¿Lo comprende, señor Moreno? —Tras ver que Francisco asentía, agregó—: Por favor, dígame al menos que lo vigilará.

Ante el silencio de su superior, Flavio se atrevió a decir:

—Sólo porque usted tenga un enfrentamiento con alguien no significa que sea culpable de asesinato, señor Ocampo. ¿Es consciente de la gravedad de sus acusaciones?

—Señor Moreno —dijo, ignorando deliberadamente a Gutiérrez

—, ¿va a hacer algo o no?

Francisco agarró la presilla de sus pantalones y, tras subirlos un poco, asintió. En apariencia, se encontraba allí, en medio de la suciedad y los reproches de un borracho rabioso; sin embargo, su mente había viajado a otra parte, un lugar del recuerdo que lo llenaba de frustración.

A veces escuchaba los gritos de la madre de Nadia Novés al enterarse de que José Ontiveros, Sito para los amigos, salía absuelto. Nunca olvidaría ese mes de visitas al juzgado, con sus respuestas torpes ante las cuestiones que planteaba la defensa. El acusado nunca mencionó a Gustavo Alabaina, el hurón, pero Francisco sabía que los dos estaban metidos hasta el cuello en el secuestro de la niña. Ninguna prueba fue suficiente para condenarlos a ambos, haciendo del juicio un auténtico circo de morbo y testimonios comprados. Francisco sentía vergüenza del sistema, del poder judicial y de sí mismo.

—¿Me oye, señor Moreno?

Era terrible no poder concentrarse en varias cosas a la vez, de modo que trató de trasladar tranquilidad a Ramiro y le dedicó una despedida sucinta.

Flavio siguió los pasos de su jefe esperando una aclaración de lo sucedido. Sin comprender demasiado por qué Francisco parecía tan distante, no limitó su curiosidad; incluso a sabiendas de que acabaría dedicándole una de sus habituales *borderías*:

—¿Qué va a hacer, señor?

—¿Respecto a qué? —preguntó, mirándose el reloj sin dejar de andar.

—Respecto a Rubén Torres. —Preocupado, sujetó su brazo y dijo—: Moreno, ¿estás bien?

—Perfectamente, Gutiérrez. Y tutea a tu padre.

—Disculpe, pero si tiene un problema personal debería apartarse del caso. Una chica ha sido asesinada y la locura parece estar desatándose entre quienes la conocían.

—¿Qué insinúas, imbécil?

—Con todo el respeto —agregó, molesto—, no puede hablarme de esa forma. Sé que cree que soy un botarate incapaz de realizar su trabajo, pero déjeme decirle que hoy quien no está atento es usted. No es momento para encerrarse en sí mismo prometiendo cosas que no puede cumplir. Máxime cuando la investigación continúa abierta y todavía no contamos con ningún sospechoso claro.

—¿Quién dice que no esté pensando ya en un sospechoso? ¿Cómo te atreves a ponerme en duda? Llevo unos cuantos años dedicándome a esto, así que cuando tú, Gutiérrez el ludópata mujeriego, llegues a mi nivel, podrás hablarme en ese tono. Yo nunca fallo, ¿te enteras? ¡Así me cueste la jodida salud!

—Yo seré un adicto, pero jamás iría jactándome de ser el mejor teniendo todavía un caso pendiente.

Francisco permaneció en silencio unos instantes. Le disgustaba asumir sus fracasos frente al espejo, así que recibir una llamada de atención de alguien a quien consideraba mediocre, consiguió sacarlo de quicio.

—A lo mejor las luces y todos esos soniditos agudos de tus máquinas tragaperras te han sorbido tanto el cerebro que no eres consciente de con quién pretendes pelearte. Soy tu superior, Gutiérrez. No me toques los cojones, te lo advierto.

—¡Francisco, coño! ¡Deja ya de joderme! ¡O mándame a tomar por saco si quieres! Pero o me cuentas qué diablos te pasa o no sólo tendrás dos casos sin resolver, sino que fallarás a una familia que espera respuestas. Esto no se trata de ti o de mí. Tu ego me la trae floja y el mío lo perdí hace tiempo. Así que decide de una puta vez: confía en mí o dame una patada. Y que sepas que este maldito libro —dijo, sacando el ejemplar de su chaqueta— es un tostón. ¿Me oyes? Un tostón de mierda.

—Pues vas a tener que leerlo quieras o no —rezongó mientras tomaba distancia.

Genos (Pariente)

Llevaba semanas sopesando un cambio de escuela, pero antes de tomar una decisión consideró oportuno esperar unos meses para evitar suspicacias. La muerte de Sofía seguía siendo un tema candente entre alumnos y otros profesores, así que día tras día mantenía sus nervios a raya cuando, por enésima vez, alguien mencionaba el nombre de la muerta y comenzaban los lloros y aquella retahíla insufrible que pretendía mostrar un cariño que en realidad nadie sentía por ella.

El único que tal vez la quería llevaba sin aparecer por la escuela desde el día de la amenaza. Rubén se preguntó el porqué de su ausencia. ¿Le tendría miedo? ¿Se había alejado del mundo con la intención de sanar su dolor debido a la pérdida? ¿Acaso recordaba la charla que habían mantenido?

Dos días atrás, decidió pasar por su calle y comprobar si había luz en el apartamento. Pudo ver que alguien se encontraba en el interior, por lo que al menos aquel bocazas beodo no se había quitado la vida. Pensó llamar al timbre, contemplar de cerca su expresión y así saber si su odio se había convertido en terror o si, por el contrario, no recordaba ni media. Prefirió dejarlo correr y no provocar más situaciones incómodas. Por ahora.

El frío abrazaba cada elemento de la calle. Bancos, árboles, semáforos y farolas lucían una capa blancuzca en cuanto el sol desaparecía del panorama. Le gustaba la estación. Encontraba agradable tener que usar ropa térmica, tomar bebidas calientes, cubrirse con una manta mientras leía tumbado sobre el sofá... No prefería el invierno por lo que suele motivar a la mayoría de quienes agradecen la bajada de temperaturas. Mientras unos se afanaban en loar la imagen que adquirían los establecimientos con las fiestas navideñas, él consideraba que no era más que un sistema para convertir a los consumidores en esclavos, marionetas inánimes dispuestas a soltar todo cuanto hubiera en sus billeteras obnubilados por las luces, los villancicos y el jolgorio de las reuniones familiares. En cambio, él hallaba cierta concordia interna cuando el clima se volvía gélido. Puede que se viera a sí mismo como un tramo de suelo congelado, uno en el que nadie repara, aunque éste pueda ser mortal. Cuanto peores eran las condiciones del clima, más sencillo se volvía vigilar a las personas. En verano, la gente es propensa a mirar alrededor, a establecer vínculos con otros y, por ende, no deja demasiado margen para que alguien los escudriñe. El frío reduce las posibilidades de interacción, vuelve a los viandantes más rápidos y concisos; nadie quiere perder el tiempo en la calle si el aire promete una bofetada de hielo.

Con motivo de las vacaciones invernales, muchos niños andaban hasta tarde en el parque situado frente a su vivienda. El Ayuntamiento había organizado actividades navideñas, con alumbrado de árboles en el paseo y hasta una pista de patinaje sobre hielo. El gentío se acumulaba en la zona y los murmullos hasta altas horas de la noche lo sacaban de sus casillas.

Extrajo las llaves del bolsillo con la intención de entrar cuanto antes, pero entonces se percató de algo al otro lado de la calle.

El pedófilo a quien había dejado claro lo que se jugaba en caso de continuar acercándose a los menores en el parque mantenía una charla con dos niñas. Rubén apuró sus pasos hasta llegar a él y, sin mediar palabra, lo agarró de las solapas con actitud muy agresiva. Las pequeñas, de unos siete u ocho años, lo miraron atónitas.

—Tenéis que aprender algo, niñas —dijo, tirando del tipo—: ningún hombre es bueno.

Ellas corrieron calle abajo hasta la concurrida pista de patinaje, donde unas madres parecían hablar entre sí ajenas a lo que sus respectivas hijas habían estado a punto de padecer. Lo bueno de su calle, aparte de no haber cámaras y de la escasez de aparcamiento, que obligaba a los conductores a dejar los coches en doble fila limitando la visibilidad, era que nadie se metía en los asuntos del resto. Aparte, el mercadillo y el Belén viviente al final de la manzana mantenían a los lugareños entretenidos. Por supuesto, la navaja que llevaba en el bolsillo y con la que había amenazado al pedófilo fue suficiente recurso para que éste obedeciera.

Cuando llegaron al ascensor, el muy cerdo tuvo la mala idea de gritar. Recordarle lo afilada que estaba la hoja que ahora brillaba bajo los fluorescentes del techo no logró convencerle de la necesidad de mantener silencio, así que, para que la carga se volviera mansa, Rubén tuvo que propinarle un buen puñetazo en la cara. Tendría que sujetarlo para que no cayera redondo, pero fue muy satisfactorio oírlo lloriquear con aquella vocecilla ahogada en pánico y confusión.

Cerró la puerta, empujó al pedófilo al interior y luego se lavó las manos. El tipo yacía en el suelo en una postura que se le antojó cómica y asquerosa a la vez. Gimoteaba como un cachorro ciego y asustado. De rodillas y sujetándose la nariz, quizá temiendo que se le cayera de entre los dedos, dejaba ver parte de su trasero, que sobresalía de un pantalón poco estético y sin estilo. Rubén lo encontró tan patético que le dio una patada y logró que se acostara en posición fetal. Efectivamente, le había roto la nariz: un rastro de sangre y mocos manchaba el piso.

El trastero era algo incómodo, pero si había servido para Sofía, también vendría bien para ese asqueroso.

—Por favor, deja que me vaya. No volveré a aparecer por aquí,

lo juro.

—Mírame —ordenó.

Cuando el hombre abrió los ojos, vio un polvo blanquecino salir disparado a su cara. Rubén le había soplado algo, aunque la víctima nunca supo de qué se trataba.

—¡Qué asco das! —dijo, mientras le señalaba una silla y empezaba a atarle manos y pies con bridas.

El teléfono sonó impaciente, exponiendo su tono como el niño que somete a sus padres a una retahíla insoportable de peticiones. Quiso ignorarlo, pero sabía que si la que llamaba era Hebe se plantaría en su casa preocupada o atenazada por el pánico a perderle. Así que, convencido de que hallaría su voz al otro lado del teléfono, contestó simulando estar adormilado:

—¿Sí? ¿Quién es?

—Rubén —dijo una voz femenina al otro lado—, ¿eres tú de verdad?

Hacía mucho tiempo que no escuchaba a su madre, pero lejos de alegrarse, se sintió en un atolladero.

—¿Cómo conseguiste mi número, mamá?

—La pobre Mina lo tenía apuntado en una agenda y su madre me lo proporcionó. —Suspiró y después de una ligera pausa, añadió—: ¿Dónde estará esa muchacha? Tú no la has vuelto a ver, ¿no, hijo?

—No, mamá. Hace ya más de tres años. Ella se fue y no dio explicaciones, así que de nada sirve que nos echemos a llorar. La vida sigue.

—Tienes razón. Si continúa viva, ojalá que esté bien. Y si no, pues que Dios la tenga en su gloria.

—Mamá, ¿qué quieres?

—Perdona, cariño. Sé que hablar de Mina no ha de ser fácil para ti. Tú la querías mucho.

—Sí —respondió molesto—. Mamá, no quiero hablar de ella. ¿Puedes decirme el motivo de tu llamada?

—Lo siento, lo siento —declaró apenada.

—Por Dios, que no soy el cabrón de tu marido. Conmigo puedes ahorrarte los «perdón», «sí, querido», «como tú quieras», «lo que tú digas», etc.

—Está muy enfermo.

—¿Quién?

—Tu padre. Lleva ingresado desde hace un mes y los médicos no le dan muchas esperanzas.

Aquella noticia y el resto de las aclaraciones que la mujer iba soltando entre sollozos no le produjo ninguna emoción. Creyó que cuando las leyes naturales situaran al viejo que le había hecho la vida imposible en el umbral de la muerte sentiría cierta satisfacción, pero

no. Estaba vacío y bloqueado, casi no pudo responder a su madre que, al otro lado del teléfono, solicitaba su presencia en pos de darle una despedida decente al enfermo. «No podía suceder esto en peor momento...», pensó su parte más dañina. Sin embargo, su ego tendría que aceptar que no todo estaba bajo su control y, considerando que debía estar junto a su madre en un momento tan delicado, le trasladó que en cuanto le fuera posible conduciría hasta el pueblo.

Los asuntos pendientes se acumulaban ahora en su cabeza: «Lo de Sofía puede estar en pausa. De su tumba no va a moverse y si no eres sospechoso, por qué no visitar a tu moribundo padre... En cambio, el hijo de puta que tienes en el trastero no puede quedarse sin vigilancia». Matarlo con rapidez no entraba en sus planes y, molesto porque lo más razonable era quitarse ese problema de encima cuanto antes si quería cumplir la promesa que acababa de hacer a su madre, se acercó al sujeto que, bajo los efectos de aquel polvillo tan caro lo miraba arrobado, como si le profesara el más profundo de los amores.

Echó un vistazo a su caja de herramientas y, al comprobar que la lima no estaba, esbozó una sonrisa. Debía encargarse de un asunto improvisado y eso no le gustaba; aun así, escogió su destornillador favorito y lo clavó sin miramientos en el pecho del pedófilo.

Quizá fuera el odio que sentía por gente como aquel asqueroso, o el hecho de que su madre le hubiera recordado a Mina, pero Rubén sintió que en cada herida que provocaba parte de su ira se desvanecía, como los pelillos de un diente de león mecidos por el viento. Sin duda, Mina había sido la mujer más importante de su historia, aunque eso no la libró de sentir el poder de su caja de herramientas.

Destrozó el pecho del hombre. Ni siquiera sabía su identidad, a qué se dedicaba o si tenía familia. Eso, sorprendentemente, le pareció estimulante. La rueda de incógnitas representaba en parte la intrascendencia de su persona y, echando un vistazo por la ventana, se percató de lo sencillo que era escoger a alguien al azar y poner punto y final a su mundo: «Es tan fácil que hasta a mí me da miedo».

El pedófilo no tuvo tiempo ni a gemir en el ataque. Los impactos con el destornillador fueron igual de contundentes que letales. Matarlo con tanta rapidez le pareció desperdiciar una preciosa oportunidad de entretenerse: «Tuviste suerte, mamón. Sofía sufrió más, mucho más. Lo mires por donde lo mires, es bastante injusto; bueno, injusto no, poco equitativo, tal vez. Si tuviéramos en cuenta los pecados a la hora de torturar, está claro que merecías otra muerte. En fin, la humillación no te la quita nadie».

El cadáver pesaba mucho y a esas horas de la noche debía moderar los ruidos para no molestar a los vecinos. Se le ocurrió que podría ser divertido de cara a los medios colocarle un lazo azul, tal y como hizo con Sofía. No había ninguna conexión entre víctimas salvo

el hecho de haber sido asesinadas por la misma persona, lo que supondría mayor confusión entre quienes investigaban el caso. Que los ciudadanos creyeran que un asesino en serie iba escogiendo víctimas sin un aparente código, sin nada que los hiciera diferentes o sin una explicación que pudiera haberlos puesto en el camino de un criminal, generaría tanta curiosidad como miedo. Se sintió un cazador impredecible, un animal con un instinto poderoso, como el cocodrilo que de buenas a primeras se come al cuidador que lleva alimentándolo durante años. Quienes atienden a la noticia lidian entre el estupor y la conciencia, pues un cocodrilo no deja de ser un bicho peligroso por mucho afecto que se le profese. Y la idea de ser igual que una fiera indómita le llenó de entusiasmo.

Aún quedaban dos horas para que la calle se quedara vacía. Tenía muy estudiados los alrededores, por lo que deshacerse del cuerpo sería tan sencillo como cuando trasladó hasta el campo a Sofía. Esta vez, sin embargo, haría algunos cambios.

Para empezar, no usaría la misma empresa de alquiler de coches, y tampoco dejaría al hombre en el mismo sitio. Tomó un taxi y a lo largo del trayecto solicitó hacer una parada en un 24/7 para comprar plástico, un rollo grande, de esos que se usan para cubrir el suelo o los muebles cuando se hacen reformas o se pinta una casa. El conductor no era nada hablador, cosa que agradeció internamente. Eso le ahorraba fingir de más.

En la empresa de coches de alquiler escogió un turismo sencillo, oscuro, y se aseguró de que tuviera un buen maletero. Sin mayores problemas, condujo hasta su casa y, tras esperar a que llegara la hora vacía de su calle, tal y como solía llamarla, cargó con el cuerpo envuelto en el plástico y lo llevó a unos cuarenta kilómetros, justo en un lodazal situado en la parte posterior de una parada de autobuses. Su intención no era ocultarlo del todo; quería que alguien, un viandante normal y corriente que madrugase para dirigirse al trabajo, lo encontrara semicubierto de barro y que, consternado, llamara a la policía. Le habría encantado ver la cara del detective Moreno acudiendo al llamado, pero tenía otros asuntos de los que encargarse.

Tyrannos (Déspota)

Condujo hasta el pueblo que tanto odiaba y confirmó que en tres años no había cambiado lo más mínimo: el mismo bar de carretera en la entrada, con el mismo letrero y la misma pintura desconchada; o la escultura histórica frente a la iglesia, igual de amarillenta y con los grafitis que en su momento causaron turbación en la comunidad al ver el único elemento artístico del lugar profanado por quienes consideraban unos vándalos sin escrúpulos.

El paisaje seguía antojándosele lamentable y deprimente. Pasó por delante de la imprenta y, pese al estado de salud de su padre, el negocio seguía activo: «Al fin el patán del encargado obtuvo su recompensa». Luego recapacitó. La culpa no era del patán sino del viejo. Todo el rencor y la carga de sentirse un inútil volvían de golpe con una sofocante marea de recuerdos dolorosos. Después de un episodio donde parecía que de un momento a otro perdería los papeles, recuperó su serenidad y se dispuso a encontrarse con su madre.

La fachada de la casa tenía infinidad de desperfectos. Cada grieta y pedazo sin pintar lo trasladaban a esa etapa de su vida en que continuamente obedecía órdenes. Su padre le enseñó todo cuanto sabía de bricolaje y electricidad. A menudo pensaba que la finalidad de esas enseñanzas era tener a un manitas en casa. Y Rubén era meticuloso, por lo que difícilmente aquel lugar hubiera lucido así siendo todavía uno de sus inquilinos. «No hay patán para esta casa, ¿eh, papá?», pensó atendiendo al desgastado felpudo de la entrada.

Tras un lacrimoso recibimiento por parte de su madre, echó un vistazo a su antiguo cuarto. Por lo que la mujer contaba, el viejo estaba empeñado en usarlo como lugar para su tiempo de ocio. Su intención era instalar un billar o quizá convertirlo en una sala con pantalla grande para así ver los partidos jarra de cerveza en mano. Pero ella se opuso desde la creencia de que algún día el *buñuelito* volvería a ocupar su sitio.

No supo cómo tomarse el comentario. Para Rubén era agradable que su madre quisiera que el pequeñín volviera al nido, pero al mismo tiempo ello hubiera implicado su fracaso. Y que ella creyese que su hijo —el artista cuyo ego andaba por las nubes— regresaría a casa después de pasar por lo que consideraban una fase caprichosa, le pareció irrespetuoso. Aun así, comprendió que la ignorancia no es óbice para amar a alguien, e incluso creyéndolo incapaz de sobrevivir por su cuenta, su cariño hacia él era real.

Al margen de que el cuarto necesitara una limpieza, todo estaba tal y como recordaba: sus añorados soldados de plástico seguían sobre

la maqueta que diseñó con el fin de simular un combate épico entre ejércitos; sobre el escritorio, varios discos de vinilo de Elvis lo llevaron a tararear levemente *Can´t help falling in love*, y las novelas de Asimov, que en su momento le sirvieron para escapar de su absurda realidad, acumulaban polvo en unos estantes cuyos tornillos debían apretarse.

Mientras barría —no por petición de su madre, sino porque detestaba ver pelos de gato por el suelo—, escuchó con paciencia el discurso de una mujer que requería soltar toda la tensión acumulada.

Después de una tarde ejerciendo de psicoterapeuta, condujo hasta el hospital para visitar al enfermo. Quería a su madre, pero habría agradecido que durante el trayecto ésta se hubiera mantenido en silencio. Escucharla hablar con tanto afecto de alguien que le había sometido tanto tiempo, se le antojó incómodo y desesperante. Aun así, mantuvo su boca cerrada para no acuciar su nerviosismo.

Nada más acceder al edificio, le abofeteó el olor a muerte. Ni el mejor detergente podría eliminarlo, menos para alguien tan familiarizado con esa particular fragancia.

Varios médicos y enfermeros parecían estar atendiendo una urgencia. A simple vista, parecía el resultado de un accidente de coche. En la camilla, una joven trataba de aguantarse las ganas de llorar pese a que llevaba una rodilla en muy mal estado.

Horrorizada, su madre evitó seguir mirando a la chica, quien no tardó en ser trasladada a una zona alejada del resto de los pacientes que aguardaban para ser atendidos. Rubén ni siquiera fingió una mínima impresión al ver tanta sangre. Estaba acostumbrado al dolor y, tal vez por ello, prefirió mantenerse al margen. Temía esbozar una leve sonrisa que pudiera delatar aquel instinto que circulaba furioso por sus venas.

Siguió los pasos de su madre hasta la habitación donde se encontraba el viejo. El cuarto necesitaba ventilación; la densidad del aire se volvía insoportable en cuanto se penetraba en el habitáculo. Asqueado, pero manteniendo las formas, permaneció en el interior a unos metros de la cama donde yacía el hombre. Desde que éste se percató de su presencia, frunció el ceño como tenía por costumbre.

—Mira, querido —comentó la mujer—, ha venido Rubén a verte.

—Hola, papá —saludó sin acercarse.

El viejo permaneció en silencio y, aun consciente de que lo correcto sería al menos responder al hijo que llevaba tres años sin ver, prefirió emitir un gruñido que derivó en una tos molesta.

Rubén deambuló por el cuarto mientras su madre procuraba que el enfermo bebiera agua a regañadientes. Se detuvo a observar cada detalle que lo rodeaba. Fue inevitable imaginar el suelo, liso y grisáceo, cubierto de la orina que casi colapsaba el recipiente, discreto

pero visible, situado en la cama. Dirigió sus ojos a las bolsas de alimento conectadas al brazo de su padre y también al murmullo del aparato que informaba de sus funciones vitales. En ese deplorable estado, no era ni la sombra de aquel jefe insufrible que años atrás lo atormentaba. Aun así, no era lástima lo que sintió por él. Lo visualizó como una planta marchita cuyos dueños se empeñan en seguir manteniendo en una maceta. Apenas perciben un atisbo de verde entre sus hojas, sienten que tanto esfuerzo merecerá la pena. Pero la realidad es que ese color no es más que la antesala de la muerte.

—¿De qué te estás riendo? —comentó el viejo con dificultad.

—¿Te refieres a mí, papá? —respondió, tranquilo—. ¿Cómo voy a reírme? Estás enfermo.

—Sí, muy enfermo —agregó apartando a su mujer con el brazo—, y por eso quiero que te largues.

—No dices eso en serio, querido —intervino ella.

—Tú cállate. Lo has traído para que me mate y así poder quedarte tranquila.

Rubén atendió al gesto de su madre y le dio dinero para que fuera a tomarse algo en la cafetería mientras él trataba de relajar los ánimos. Ella, que nunca fue amiga de contradecir a nadie, aceptó a sabiendas de que no era buena idea dejarlos a solas.

El viejo rezongaba en un idioma ininteligible. Como un felino acechando a su presa, Rubén se acercó esbozando una sonrisa incómoda, una que consiguió erizar el vello de su padre.

—Mamá está muy preocupada. Podrías al menos ser más amable cuando trata de confortarte, ¿no te parece? —dijo, posando sus manos sobre los pies de la cama.

—No quiero que estés con ella —replicó el anciano—. Eres venenoso.

—Es mi madre. ¿A qué vienen esos celos?

—Todas las mujeres que se acercan a ti acaban muertas —declaró fijando sus ojos en otro punto del cuarto.

—Conque me tienes miedo… —Se acercó lentamente hasta la cara de su padre y añadió—: Me gustaría decirte que no deberías, pero fuiste pésimo como hombre. Casi encuentro un hecho de justicia divina que, ahora que estás a un suspiro de ser abrazado por la muerte, sientas que debes tener cuidado conmigo.

El viejo, que minutos atrás se mostraba mezquino y desagradable en el trato, ahora mantenía sus labios sellados, escuchando con estupor todo cuanto la obscena boca de su hijo soltaba.

—¿Qué te pasa, papá? ¿Te supera este momento? Pero si siempre has sido un cerdo deslenguado conmigo… No te reprimas, sigue odiándome, aunque vayas a palmarla. —Pasaron unos segundos

hasta que volvió a hablar—: Así que las mujeres que se acercan a mí acaban muertas, ¿eh? ¿Es posible que me estés llamando asesino?

—Desde que eras un niño —tosió nervioso— he sabido de la maldad que reside en ti.

—Ni siquiera tú puedes imaginar lo que guardo dentro.

—No te quiero aquí. ¡Lárgate! Es mi última voluntad.

—Está bien, sólo diré una cosa: también mato a hombres —susurró.

Acto seguido, dejó a su tembloroso padre en pleno ataque de tos y acudió hasta la cafetería para despedirse de su madre. Pero antes de abandonar el pueblo, quiso permitirse una parada en la casa de los padres de Mina.

Quienes una vez fueron sus suegros le profesaban verdadero afecto. Era tal su cariño, que la pareja jamás sospechó de él. Quizá el hecho de no querer aceptar la desaparición de su hija como una señal de que ya no andaba en el mundo de los vivos hizo que creyeran a pie juntillas la versión del chico. Rubén pegó carteles con la foto de su novia por todo el pueblo, participó en las batidas de búsqueda, lloró ante la familia. Todavía guardaba algún póster de aquellos en el trastero, el lugar donde llevaba a cabo sus tropelías.

Su suegra —como ella misma aún seguía denominándose— preparó una infusión de salvia, la favorita de Rubén. Después de un recibimiento cálido y afectuoso, tanto ella como su marido se interesaron por el trabajo al que ahora se dedicaba y, entusiasmados, escucharon sus anécdotas desde una admiración que no había encontrado ni en su propia madre. Siempre se sintió querido y respetado en aquella casa, por lo que, en cierta medida, casi se arrepentía de lo que le había hecho a la hija de tan amables anfitriones.

—Nos alegramos mucho de tus triunfos, Rubén —dijo el hombre—. Dios sabe que después de tanto sufrir mereces algo bueno.

—Gracias. Vosotros también os lo merecéis.

—Todavía no logro comprender por qué nuestra hija se marchó así —expresó la mujer—, teniendo a un hombre tan atento y amoroso… ¿Dónde estará, Rubén?

—Me encantaría saberlo. De veras que sí. Ya no me importa si se fue porque no me quería. Sólo quiero saber que está bien. Todos los días la recuerdo. Todos sin excepción.

Y era verdad. Tal vez Rubén fuese un asesino, un ser despiadado sin corazón, pero Mina le importaba más que ningún otro ser humano. En ese aspecto no mentía. Tras compartir unas miradas vidriosas, quiso despedirse para no ahondar en un recuerdo doloroso y, sobre todo, para no derrumbarse y acabar confesando el crimen.

Isonomía (Igualdad ante la ley)

Se levantó muy pronto y quedó con Silvia para ir al gimnasio. Estar enamorada le proporcionaba energía de sobra para aguantar un par de horas ejercitándose, algo que no parecía sucederle al resto de los mortales con quienes compartía espacio.

—¿Cómo diablos puedes seguir este ritmo? —preguntó su amiga—. ¿Es que acaso te drogas?

Hebe rio. Tal era su felicidad que irradiaba energía positiva a raudales. Por supuesto, resultaba difícil librarse de las dudas, porque tanta dicha conllevaría un precio. Y aunque ni por asomo sospechaba de la verdadera esencia de Rubén, ella sabía que la buena racha no duraría para siempre. Pero ahora quería disfrutar del momento.

Decidió dar margen al actor, pues la sola idea de agobiarlo la aterrorizaba. Era consciente de que necesitaba tiempo a solas, que los artistas precisan momentos de introspección. Lo último que le había dicho era que se había presentado a varios castings y, pese a que ninguna compañía le dio un papel —no por falta de talento, sino por ser demasiado mayor—, tuvo la suerte de conocer al director de una agencia que, valorando sus aptitudes, se comprometió a buscarle un trabajo a su altura.

Por lo que Rubén le había contado, no albergaba ninguna esperanza de que el susodicho lo llamase ofreciéndole el proyecto de su vida, pero al mismo tiempo consideraba que era todo un logro que alguien acostumbrado a ver a tantos actores a diario mostrara interés en sus capacidades.

Hebe se mostraba prudente al respecto. No es que no se alegrara de que al fin alguien valorara el talento de Rubén, pero no dejaba de atosigarla la misma pregunta: ¿significará su éxito el fin de la relación?

Silvia y ella corrían en la cinta cuando echó la vista a un extremo de la sala y vio a Héctor. Hacía mucho que no pensaba en él y un reproche surgió ácido. Se había enamorado de otro hombre en tiempo récord. ¿Debía considerarse a sí misma como una traidora? ¿Estaba la deslealtad justificada en su caso?

¿Cómo era posible que hubiera pasado de una obsesión a otra en tan poco tiempo? Pensó en cada locura cometida sólo para lograr un contacto con Héctor y se estremeció. Los allanamientos en su piso —gracias a un duplicado de llaves que hizo sin que él lo supiera— fueron cita obligada durante casi dos años. Entraba a la vivienda mientras la pareja se encontraba trabajando y pasaba en ella horas, a menudo oliendo la almohada de su ex. También se probaba la ropa de Mamen, usaba sus cosméticos —cuando no los malgastaba arrojando

gran parte por el desagüe del baño—, se comía sus barritas de cereales, veía sus vídeos domésticos, entre los cuales había cumpleaños, encuentros familiares y también una grabación de la pareja en la cama. Hebe tomó la película, hizo una copia y luego devolvió la original a su sitio. Durante meses, visualizó el contenido una y otra vez. En sus fantasías, era ella la que montaba a Héctor y no aquella «putilla de tres al cuarto». Se desnudaba frente al espejo y trataba de imitar las mismas posturas que veía en la cinta, acaso comparándose con la mujer a la que tanto odiaba pero a la que sin duda quería parecerse. Conservaba la película, aunque llevaba tiempo sin verla.

—¿P-por qué no vamos a la sa-sauna? —dijo, agitada y con tono urgente.

Silvia se percató de la incomodidad de su amiga, pero no hizo preguntas al respecto y la siguió convencida de que algo no iba bien.



Qué decir de Mina… Esa sí que fue toda una pérdida. Creo que, si alguna vez realmente amé a alguien, fue a ella. La quería con todo mi ser. Si la hubieras visto… Tenía una melena castaña y lacia, suave al tacto y con un aroma inconfundible a azahar. Reconozco que en un principio la utilicé para cerrarle la boca a mi padre, quien no dejaba de decir que no había mayor vergüenza familiar que contar con un hijo «maricón». Me hubiera dado igual que siguiera creyéndolo, pero el día que conocí a Mina, algo que surgió de forma completamente improvisada y natural, supe que debía darle un sitio en mi vida. Y vaya si se lo di. No pude resistirme a su inocencia, a sus delicadas maneras. Y aquella voz… Me derretía al escucharla hablar. De veras que no he conocido mujer más dulce y encantadora. Me enamoré de ella hasta tal punto, que cuando decidí romper con el pueblo y en definitiva con todo cuanto conocía, le pedí que me acompañara, cosa que hizo al más puro estilo cinematográfico, ya sabes, como esas actrices americanas que se aferraban al brazo del galán con el que compartían película sonriendo ante la idea de ser la perfecta esposa. Yo siempre la comparé con Teresa Wright, ¿la conoces? No me digas que no has visto La señora Miniver. *¿No? Estaba fantástica en esa película. Mi querida Mina se parecía mucho a Teresa Wright, quizá fuera hasta más guapa. Para mí lo era, desde luego.*

Al principio estábamos muy bien. Nos instalamos en la ciudad y muchas veces me preguntaba cuándo acabaría semejante suerte. Pienso que tal vez llamé al mal tiempo.

Adoraba pasar las horas muertas a su lado, escuchándola mientras me contaba los detalles de su día o sencillamente viendo una película al tiempo que nuestras manos se entrelazaban con aquel tacto especial. Era una muñeca, mi niña frágil y sensible… Me tenía loco. Pero por aquel

entonces ninguno de los dos había encontrado trabajo y, obviamente, comenzaron a acumularse las facturas. En el oficio de actor no es que llueven las oportunidades y, bueno, ya sabemos cómo van estas cosas: un día te mueres de hambre y dos semanas después tienes cuatro papeles distintos. Aun así, yo era feliz. Pero, al parecer, Mina no.

Verla deprimida me quebraba por completo. Acabó consiguiendo un puesto de camarera en un bar del centro donde, aparte de cobrar una miseria, era tratada como un despojo. Me ponía de los nervios ver que mi ángel perfecto tenía que aguantar malas palabras de un jefe imbécil o esquivar los pellizcos de los garrulos asiduos al local.

Una noche regresó cabizbaja. Yo estaba repasando unas líneas para una prueba que tenía al día siguiente y no me percaté de su estado hasta que pasaron al menos veinte minutos. Mina solía ser habladora, pero llevaba meses comportándose de manera taciturna, así que no le di importancia al hecho de que se mostrara poco afectiva un día más.

Se me ocurrió besarla, aliviar parte de su tristeza a través del contacto físico, pero entonces ella se apartó de mí y confesó que había iniciado una relación con otro hombre. No se trataba únicamente de sexo: ella dijo con una claridad heladora que lo amaba.

Me había engañado. ¡A mí! ¡Al hombre al que juró amor eterno y lealtad plena! Me hervía la sangre como nunca, pero en ese instante mantuve la calma. Recogí mis cosas y viví en una pensión durante dos semanas. No tuve noticias suyas durante ese tiempo. Necesitaba alejarme y ver las cosas con perspectiva, aunque por mucho que quise justificar su actitud y perdonar semejante afrenta, al final llegué a la conclusión de que no quería que fuera feliz. Si yo no podía alcanzar la dicha después de ser atento y un compañero generoso, ella, que había roto mi corazón sin miramientos, tampoco.

Aun así, no permití que la ira se adueñara de mí. Tomé cada decisión desde una frialdad que, vista ahora, me parece sorprendente hasta para tratarse de un tipo como yo. Primero me ocupé de conseguir un piso y, como ves, no fue una tarea difícil. Luego, compré herramientas variadas, entre ellas un hacha, varias sierras con diferentes medidas, una lima de media caña y un taladro con el que jamás creí que me encariñaría tanto.

Estaba muy seguro de lo que quería hacer, punto por punto, por lo que la llamé y le pedí que trajera algunas de mis cosas.

Y como ya dije antes, era tan ingenua que no fue complicado conseguir que viniera a casa. Tampoco se trataba de una mujer corpulenta, toda una ventaja de cara a drogarla y situarla en el trastero. Te sorprendería lo fácil que es hacerse con tetrodotoxina... Un soplido de TTX directo a los ojos y ¡tachan! La bella durmiente ya estaba lista para su cambio radical. Qué sería de mí sin el bendito pez globo. Bendito sea el que tuvo la idea de hacerlo polvo.

Tras desnudarla, estuve a punto de volver a vestirla y no seguir

adelante con el plan, pero entonces vi la ropa interior que llevaba. Ella nunca había usado lencería negra de encaje. Siempre lo relacioné con el hecho de que era extremadamente tímida y cándida, pero resulta que todo eso que la había convertido en alguien especial para mí se esfumó por culpa de algún zafio que no tardó en sacar lo peor de su personalidad.

En aquella desnudez, amordazada y atada a una silla, supe que toda la luz que una vez la invadió había desaparecido para dar paso a una Mina sucia y degenerada. Ya no tenía el menor valor.

Fue la primera persona a la que descuarticé.

Oye, relájate. Ni que te estuviera cortando a ti en trocitos...



Los ánimos en comisaría estaban por los suelos. Desde su discusión, Gutiérrez y Francisco apenas se dirigían la palabra. Ambos pactaron dedicarse a tareas para resolver el caso de forma independiente, con la promesa de que, si alguno encontraba una pista significativa, la compartiría con el otro de inmediato. Sin embargo, en lugar de avanzar con sus respectivos deberes, se quedaron estancados, hartos de dar vueltas sobre lo mismo una y otra vez sin hallar avances de ningún tipo.

Gutiérrez acabó el libro de los colores y quiso pensar que aquella información valdría para algo, aunque su parte más tozuda le gritara que tanto esfuerzo caería en saco roto.

Tenía intención de ir a ver a Francisco a su despacho para preguntarle si había novedades, cuando se percató de la presencia de una mujer en la puerta. El detective hablaba con ella en voz muy baja, como si estuviera consolándola y al mismo tiempo despidiéndose desde la vergüenza. Una vez se marchó, Flavio esperó unos minutos antes de pedir permiso para entrar.

—Adelante —dijo Francisco sin dejar de mirar papeles sobre su mesa.

Gutiérrez reparó en su aspecto. Ciertamente parecía cansado, con ojeras marcadas y el pelo algo sucio. Concentrado en aquellos documentos, se mostraba inaccesible y tan reservado como siempre. La mente de Flavio, en cambio, bullía inquieta. De sobra sabía que Francisco jamás tendría una amante y que mucho menos le permitiría visitas a la comisaría. Lo que le sorprendió de su encuentro fue percibir un halo de sensibilidad en su superior. Incluso desconociendo el verdadero motivo que había conducido a la mujer hasta allí, supo identificar en los ojos de Francisco que se trataba de un tema delicado para él.

—¿Qué quieres, Gutiérrez? —intervino esta vez mirándole a los ojos.

—¿Alguna novedad?

—No —dijo tras exhalar el aire de un soplido—. ¿Tú tienes algo?

—He terminado el libro. Bueno, para ser sincero, sólo leí el apartado del azul.

—¿No has sido capaz de leerte un libro entero?

—¿Y para qué quiero yo saber qué significa el violeta?

—¿Y bien? ¿Por qué es azul el lazo?

—Según la autora, el azul representa la tranquilidad, la necesidad de controlar la situación. Pero también ahonda en otras cosas a la hora de interpretarlo. Es un tono que desde la antigüedad se asocia al agua y la luz, elementos importantes para la vida. Inspira confianza y credibilidad. Hay otras teorías que señalan la inocencia como una idea íntimamente ligada a este color. Puede que el asesino encontrara inocencia en la víctima, o que quizá fuera todo lo contrario, que la señorita Estévanez no se ajustara a su idea de pureza. En meditación se considera el azul como un color casi perfecto y su uso en estos casos mejora la oxigenación del cuerpo. Quienes prefieren los azules oscuros tienen tendencia a ser menos afectivos y controladores, mientras que aquellos que optan por azules claros suelen ser más familiares y conciliadores. En algunas religiones como la hindú, Krishna es de color azul. Para los judíos representa la santidad, y la Virgen de los cristianos suele llevar el manto azul también. Algunas tribus indígenas sienten un vínculo sagrado con este color porque el cielo es azul, y para los musulmanes evoca protección. Los coreanos en cambio lo ven como algo negativo, un tono para despedir a los muertos. Hace tiempo, los chinos se sentían incómodos con la gente que tenía los ojos azules, creyendo que daban mal fario por no abundar en la población…

—¿Y ya está? ¿Esa mierda es lo único que has sacado en claro? —comentó Francisco de mal humor.

—Eso es lo que dice el jodido libro. Sólo una tía podría escribir semejante estupidez.

—¿Nunca te han dicho que eres un sexista asqueroso?

—He hecho lo que me pidió. ¿Qué más quiere de mí?

—¿Es que no aprendes nada, Flavio?

—¿Quién era la mujer que ha venido a verle?

Moreno lo miró furibundo, interpretando aquella pregunta como un modo más de provocar otra disputa. Lejos de gritar, que era lo que en realidad quería hacer, extrajo del bolsillo de su chaqueta un pliego que había sido doblado una y otra vez. Al abrirlo, el papel mostraba una paleta de colores que a Flavio se le antojó abigarrada y poco atractiva a la vista.

—¿Podría usted, señor Gutiérrez, identificar cuál de estos tonos de azul se corresponde al del lazo de Sofía Estévanez? —señaló,

limitando el volumen de su voz.

Se sintió en un atolladero. Estar leyendo sobre colores le había nublado tanto el juicio que era incapaz de señalar el matiz exacto del lazo.

—No lo sé, señor. ¿Este quizás? —dijo, señalando uno al azar.

—¿Ves por qué me pones de los nervios?

—Moreno, es sólo un color de mierda. ¿Por qué no me pregunta por las heridas de la víctima, con qué fue mutilada o en qué posición fue encontrada? ¡Todo eso me lo sé de memoria porque, mientras usted atendía a una señora que nada tiene que ver con este caso, yo estaba rompiéndome la cabeza analizando las únicas putas pruebas que tenemos!

Francisco no pudo rebatirle. Nadia Novés se había adueñado de su mente y nada más parecía importarle. La visita de Marcela, tía de la niña desaparecida, había activado una cuenta atrás imaginaria en su caja de enigmas. Venía buscando unas respuestas que, de nuevo, él no podía proporcionarle. «¿Quién ha puesto el guante cubierto de barro en el buzón?», exigía la mujer. «Ojalá lo supiera», pensaba él.

—Vamos al bar, cabezón —dijo.

Flavio quiso preguntar a qué venía eso, pero incapaz de rechazar una invitación, acompañó a Francisco como un perro que persigue a su dueño a la espera de un hueso que nunca llega.

Era momento de poner orden y Francisco, un sujeto difícil y de atormentadas emociones, sólo sabía pedir disculpas de una manera: confesando el caos interno. La charla se dilató bastante; de hecho, Moreno sugirió comer algo. Para beber, pidió unas cervezas.

—¿No deberíamos pedirlas sin alcohol? —preguntó Flavio.

—Gutiérrez, tengo un mal día —le advirtió.

Flavio asintió, dispuesto a serenar los ánimos un poco. Una camarera trajo las cervezas y él, en su línea de mujeriego incorregible, sonrió de forma traviesa a la joven.

—Estás buscando que tu mujer pida el divorcio, ¿verdad?

—Joder, Francisco, si ni mirar puede uno, pégame un tiro ya.

—No soy nadie para decirte qué tienes que hacer. Pero a modo de consejo te diré que cierto orden en la vida ayuda mucho a desempeñar este trabajo. Dicho esto, ya no volveré a meterme en tus cosas. Eso sí, si te veo metiendo una triste moneda en una máquina tragaperras, te capo.

—Me va más la ruleta —rio—. Te prometo que no interferirá en el trabajo.

Francisco gruñó ligeramente y siguió comiendo. Se sentía más cómodo después de haber compartido algunas de sus preocupaciones. No era que de pronto la opinión que le merecía Gutiérrez hubiera cambiado, pero de alguna manera creyó oportuno generar un

acercamiento en pos de hacer mejor su trabajo. Pese a que siguiera creyendo que Flavio era un sinvergüenza desleal y que el juego finalmente lo llevaría a la ruina —por mucho que jurase lo contrario —, consideraba que era un tipo comprometido con las luchas sociales, y eso era algo que él valoraba.

La hora de la comida trajo infinidad de clientes y con ellos el consiguiente barullo. Lejos de querer abandonar el sitio, la pareja de investigadores continuó intercambiando impresiones, como si el hecho de regresar a la comisaría llevara implícito volver a un vórtice dañino y nada apetecible.

—¿Cuántos casos tienes sin resolver? ¿Uno? Mataría por tener un expediente tan perfecto —dijo Gutiérrez.

—En realidad, dos —agregó tras dar un sorbo a su cerveza—. Técnicamente, uno le correspondía a mi superior de aquel entonces; el otro, que sí estuvo bajo mi responsabilidad, se supone que está cerrado.

—¿Cómo? No entiendo.

—Un hombre fue condenado por ello y actualmente está en la cárcel. Por lo que sé, ha intentado suicidarse hace poco.

—O sea, que crees que es inocente y el verdadero culpable sigue en libertad.

—Es complicado, Gutiérrez.

—¿Por qué? Habla de una vez, coño.

—La alternativa me resulta una barbaridad… Y deja de tutearme.

—¿Acaso es un tema paranormal o algo así?

—Creo que el culpable fue un niño. Más concretamente el hijo del tipo. Pero el caso de Nadia me parece más importante. Fundamentalmente porque una cría sigue en paradero desconocido. Sin cadáver o evidencia alguna de su muerte, cabe aún la posibilidad, por remota que sea, de que siga viva. Y yo he de encontrarla. —Pasó las manos por sus castigados ojos intentando aclararse la vista y agregó—: En el otro murió una persona y, bueno, por desgracia ya no se puede hacer nada por ella.

—En teoría, si el crío es un criminal puede hacer daño a otros, ¿no?

—No lo sé. Supongo que mi mente ha querido aceptar que hice mi trabajo y que en ese momento aplicar el principio de la navaja de Ockham fue lo más idóneo.

—¿La navaja de qué?

—La navaja de Ockham. Seguro que has debido de oírlo alguna vez… Joder, Flavio, no sabes una mierda.

—Por favor, ilumíneme.

—Cuando dos hipótesis distintas ofrecen el mismo resultado, a

menudo, por no decir casi siempre, la más sencilla suele ser la acertada.

—Sigo sin entenderlo.

—Pues que, si una mujer aparece muerta, ¿quién es más probable que sea su asesino: su amante o el hijo de éste que solo tiene siete años?

—El amante. Moreno, hay que saber dar carpetazo a las cosas o si no la mesa del despacho jamás se vacía. Y eso es aplicable a la cabeza también.

—Cuando siento que la caja no me cuadra, vuelvo a contar las monedas y los billetes, ¿me explico?

—Vamos, que usted no descansa, ¿no?

Francisco asintió y luego percibió el movimiento de sus párpados pesados, como si unas entidades diminutas estuvieran echando un telón delante de sus ojos. Necesitaba descansar. Aunque una parte de sí mismo, siempre inquisitiva, exigía respuestas para el cúmulo de preguntas en su mente, cada célula de su cuerpo clamaba por un merecido descanso.

—El cuerpo del hombre, aún sin identificar, fue hallado en condiciones deplorables. Este descubrimiento plantea numerosas preguntas sobre las circunstancias que llevaron a este desenlace, y sigue siendo un misterio que requiere una investigación detallada. La condición en la que se encontraba el cadáver sugiere un posible suceso traumático o negligencia, lo que podría indicar un acto criminal. La falta de identificación añade una capa de dificultad al caso, ya que complica la tarea de entender las circunstancias y el contexto de lo ocurrido. Las autoridades pertinentes tendrán que llevar a cabo investigaciones exhaustivas para esclarecer estos hechos, pero uno de los datos que ha trascendido es que la víctima llevaba un lazo azul atado en la muñeca derecha, tal como ocurriera con el cuerpo de la profesora Sofía Estévanez. ¿Estamos ante un asesino en serie? Nos acompañan las jóvenes que dieron el aviso a la policía esta mañana. ¿Podéis contarnos qué ha pasado?

—A eso de las siete y media nos dirigíamos a clase y vimos unos cuervos tras los matorrales. Estaban alterados, dando picotazos y graznando. Creyendo que atacaban a un animal que aún vivía, me aproximé con el fin de espantarlos y entonces lo vi... —Intentando controlar sus emociones, en vano, agregó—: ¿Qué clase de monstruo hace semejante atrocidad a otro ser humano?

—Él no era ningún ser humano, linda —declaró bajando el volumen del televisor.

La reportera continuó hablando del asunto, aunque Rubén se dedicó a limpiar la casa. Jugar de aquella manera con el horror se le antojó todo un pasatiempo. La expresión de los rostros de aquellas chicas compensó, en parte, no haber podido torturar al pedófilo como le habría gustado. «¿Seguirán lloriqueando cuando sepan que ese degenerado quería acabar con la inocencia de unas niñas?», pensó. Poco después, entornando los ojos ante tantas lágrimas, apagó el televisor.



Los medios ya se habían hecho eco de la presencia del lazo azul en la muñeca de la víctima, alimentando el creciente pánico de los espectadores ante la idea de aceptar que, en efecto, un asesino en serie andaba suelto.

Un experto en el plató del matinal que acababa de dar la noticia hacía hincapié en la importancia de exigir resultados de inmediato a los responsables que estaban a cargo de la investigación. Pronto se echó la culpa del suceso a los «ineptos» que, después de tanto tiempo, no habían hallado conclusiones que pudieran ayudar a

atrapar a un asesino tan abominable. «Lo que está claro es que nuestra policía no ha estado a la altura. El hecho de que otro cadáver haya aparecido lo demuestra», determinó un caballero de cabello grisáceo en la pantalla.

—Estupendo, lo que nos faltaba —espetó Gutiérrez buscando su cajetilla de cigarros—. Genial, vacía. Eh, Villanueva, ¿tú fumas?

—Lo estoy dejando —respondió sin dejar de mirar la pantalla del ordenador.

—Mi puto día de suerte —musitó.

Varios agentes atendían al programa, aturdidos por el incómodo discurso de un conocido criminólogo que después de haberse retirado pasaba su tiempo libre criticando la labor de aquellos que seguían trabajando.

—¡Eh! —intervino Flavio de nuevo—. ¿Creéis que así ayudáis? Si os da vergüenza escuchar lo que dice ese gilipollas, haced algo al respecto. —En vista de que no podría fumarse un cigarro, se colocó la chaqueta y anunció—: Me voy, Moreno está esperándome en el sitio. Cualquier llamada o prueba que aparezca en relación con el puto lazo azul se convertirá en una prioridad para todos. ¿De acuerdo?

Los agentes asintieron y apagaron el monitor. Pese a lo frustrados que estaban todos en comisaría, debían continuar trabajando, ajenos en la medida de lo posible a todo cuanto la opinión pública les dedicara.

Flavio condujo hasta el lugar donde se hallaba el cuerpo. Apenas las jóvenes llamaron a la policía para notificar el macabro asunto, se encontraron con fotógrafos y algunos reporteros cual buitres hambrientos. Quizá en plena emboscada se vieron obligadas a hablar con los medios, o tal vez Francisco les había dado permiso para que lo hicieran. Al igual que Gutiérrez, Moreno odiaba a los periodistas, pero en este caso, consideró oportuno abrir la barrera. Era un hecho que el asesino se quería dejar oír y, aun a regañadientes, Francisco supo que ese grado de vanidad le proporcionaría información necesaria.

Flavio estudió la conducta de su superior y lo encontró especialmente molesto. Normalmente, pese a que solía responder airado y sin cuidar sus maneras, Francisco se mostraba sereno, con los hombros relajados y atendiendo a los detalles con interés. Ahora se encontraba aferrado a un vaso de plástico cuyo café humeante casi le servía de disfraz para esconderse.

—¿Sabía usted que el café es una sustancia tremendamente adictiva? —rio.

—Que te den por culo, Gutiérrez —respondió, malhumorado.

—¿Es él? ¿El loco del lazo?

Francisco asintió y resopló cansado. Estaba furioso. «Lo único

que tienes que hacer es resolver crímenes, carajo —pensó—. Es patético que andes tan lejos de ese asesino teniendo ya dos cuerpos en la lista. Espabila joder, que nadie va a comerse el marrón por ti».

—¿Podría ser un imitador? —intervino de nuevo Gutiérrez.

—No lo creo. Aunque esta vez las heridas en el tipo sean diferentes, el lazo es exacto al que se encontró en el cadáver de la señorita Estévanez. Incluso la forma de atarlo es la misma.

—Tendrá cuántos, ¿cincuenta años o así? —dijo, atendiendo a la lividez de la piel—. Habrá que averiguar si estaba en paradero desconocido. No lleva alianza ni tampoco identificación. Por no llevar no lleva ni… —Echó un vistazo al pubis del muerto y después de asquearse por la crudeza de sus heridas, agregó—: ¿Le cortaron las pelotas?

—Sí. Los testículos fueron cercenados *post mortem*.

—¿Por qué no lo torturó como a Sofía? La chica se encontraba completamente desfigurada. En cambio él, salvo lo de los huevos, las heridas del pecho y varios golpes, no parece haber sido tan maltratado.

Francisco se encogió de hombros. Pensaba en tantas posibilidades y tantos escenarios, que sentía su cabeza a punto de estallar.

—No tengo ni idea. Oye, Gutiérrez, ¿tienes una aspirina?

—Iré a por ellas, están en el coche.

Mientras esperaba el medicamento, Moreno se acercó con cuidado a las marcas de pisadas que el equipo forense se había esmerado en proteger. Eran claramente unos zapatos de hombre, pero probablemente estuvieran forrados con plástico grueso para evitar dejar marcas de suelas. Aun así, al menos contaban con una talla aproximada. El asesino calzaba un cuarenta y cuatro o cuarenta y cuatro y medio, un pie bastante común, después de todo.

—Aquí tiene —indicó Flavio acercando las pastillas.

—Gracias.

—Las pisadas no despejan demasiadas dudas, ¿no?

—No. Debió de venir en coche. Pero en esta zona de la calle no hay cámaras de seguridad. Tampoco establecimientos ni radares de tráfico. Nos pasamos la puta vida pagando multas por exceso de velocidad y un maldito asesino encuentra una de las pocas calles sin vigilancia de esta ciudad para seguir camuflado. Hace lo que le sale de los cojones mientras yo estudio unas jodidas pisadas de mierda.

—Al menos ya contamos con un radio de referencia; es decir, si ponemos en un mapa el punto en que fue hallado el cuerpo de la chica y trazamos una línea hasta donde estamos ahora, veremos que no hay más de treinta o cuarenta kilómetros de distancia. Sé que no es mucho, pero contando con la posibilidad de que el asesino conociera a

Sofía, puede que este hombre no viviera tan lejos de ella. Quizá hasta formaran parte de un mismo círculo.

—Creo que a este no lo conocía. Lo mató por algo que aún no logro entender, pero el hecho de que no se ensañara tanto como con la joven puede deberse a que no fuera tan importante para él. Tal vez se trataba de alguien molesto, pero sin duda no mantenía una relación tan estrecha como con Sofía.

—Lo cual significa…

—Que está empezando a matar indiscriminadamente. —Se detuvo un instante a mirar la cintura del cadáver y llamó a uno de los analistas—: ¡Germán, trae la cámara y una bolsa ahora mismo!

El hombre apareció de inmediato y, tras fotografiar lo que Francisco indicaba, embolsó un pedazo de plástico con extremo cuidado.

—Que no se pierda —ordenó Francisco.

—¿Estaría envuelto? —preguntó Gutiérrez.

—Eso parece. Quizá lo comprara en alguna tienda de la zona. Es una mierda de pista, pero igual el plástico tiene alguna particularidad que nos acerque. Quién sabe.



Con el cabello aún mojado, Rubén se dedicó a limpiar el baño hasta dejarlo tal y como estaba antes de ducharse. El suelo del apartamento mostraba ese brillo que tanto le gustaba y, satisfecho por ese y otros detalles de su vida que estaban saliendo a la perfección, se sentó en el sofá toalla en mano para secarse la cabeza. Sin tareas pendientes ni guiones que memorizar, creyó oportuno llamar a Hebe. Recordar a Mina durante las últimas jornadas hizo que afloraran nostalgias que se atribuyen a una pareja estable y, quizá no pretendiera compartir lo mismo con Hebe, pero, desde su última relación, ella había sido lo más parecido a estar saliendo con alguien. Consciente de que esperar sentir lo mismo por ella se trataba de un evento más bien improbable, por ahora le parecía un buen sucedáneo con el que conformarse.

Pasaron juntos la tarde tomando chocolate caliente en una cafetería próxima y después dieron un paseo aprovechando que la lluvia de los últimos días estaba dando una tregua.

—Ojalá nevara —dijo él—. Todos los años que llevo en esta ciudad espero que nieve y, cuando parece que caerán unos copos, el hielo dificulta pasear por las calles volviéndose un absoluto incordio.

—Aquí nieva a v-veces —respondió Hebe—. Pero es verdad que no suele durar mucho. Será p-por la polución.

—Has mejorado mucho de tu disfemia, ¿no es así? Casi no tartamudeas.

—Seguí tus recomendaciones —rio.

—Que conste que a mí no me molesta. Pero entiendo que a veces te sientas incómoda al intentar expresarte.

—Cuando estoy tranquila casi no me pasa. Y eso es p-por ti.

Rubén tomó su mano y continuaron el paseo sin decir nada más. El tacto de la muchacha era agradable, aunque tenía la piel fría. Se esmeró en aumentar la temperatura de sus dedos, delgados y pequeños. Tenía unas manos minúsculas en comparación a las suyas, por lo que imaginársela en aquel episodio violento donde agredió a la mujer del hombre que la obsesionaba le pareció algo difícil de creer. Hebe era menuda y apocada, daba la imagen de ser vulnerable e inofensiva, claro que, pensándolo mejor, esa era su mejor baza. Al igual que ella, Rubén parecía un hombre tranquilo, un personaje sosegado incapaz de hacer daño a nadie y sin embargo…

El viento empezó a soplar con fuerza y, debido a las bajas temperaturas, propuso a su cita resguardarse en casa. Al entrar al apartamento, apreciaron la agradable y tibia sensación de la calefacción y, tras quitarse el abrigo, Rubén dedicó sus maneras más delicadas para acariciar a la chica. Levantó su cabello y olió con mimo su nuca, pasando la nariz y los labios por el cuello y los hombros. Estremecida, Hebe se dejó llevar aceptando la propuesta sin necesidad de usar palabras, pero cuando parecía que continuarían su sesión afectiva en el dormitorio, alguien llamó a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Hebe.

Después de negar con la cabeza, Rubén se puso una camisa y se acercó hasta la puerta. Echó un vistazo por la mirilla y, suspirando, decidió abrir.

—¿Qué te hizo ese hombre? ¿Por qué has acabado con él también?

—Hola a ti también, Ramiro.

Hybris (Soberbia)

Llevaba días comiendo a duras penas, concentrado en la televisión por si se constataba la identidad del asesino que ahora copaba los informativos y cada página de la prensa especializada en sucesos. Ramiro mordía sus uñas desde una ansiedad irrefrenable. Los medios de comunicación se hicieron eco de las iniciales del muerto: A. M., cosa que no pudo ignorar. En su entorno, ningún A.M. había desaparecido y, tras hablar con Marta al respecto, tampoco ella ubicaba a ningún conocido que encajara en el perfil que los medios describían. Sin embargo, en lugar de disminuir sus sospechas respecto a Rubén, consiguió obcecarse aún más.

Su confianza en Francisco o cualquiera de los suyos había mermado considerablemente, sobre todo desde que se encontró con el anuncio de un nuevo crimen atribuido al asesino del lazo azul. Sintió que era su obligación moral descubrir qué secretos ocultaba su sospechoso número uno, el hombre al que odiaba desde lo más profundo. A la fuerza, había aprendido que de lo único que debía fiarse era de su instinto.

Obsesionado con la idea, aparcó de golpe la necesidad de mantenerse a salvo sintiendo que sólo así conseguiría hacerle pagar por su crimen e, ignorando a su yo más prudente, decidió presentarse en la casa del actor.

—¡Responde, asesino! —gritó furioso.

—Voy a pedirte con educación que te marches. No estoy solo.

—¿Tienes a otra chica aquí? ¿Vas a matarla a ella también? ¿¡Hola!? ¿¡HOLA!? ¡Grita si estás retenida contra tu voluntad!

Ramiro entró en el piso sin pedir permiso y se dirigió al dormitorio. Rubén no hizo nada por evitarlo. Hebe aún estaba descalza, colocándose un suéter con expresión incómoda.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó, sorprendido.

—Ella no tiene que darte explicaciones —intervino Rubén con seriedad.

—Hebe, ¿sabes acaso con qué clase de perturbado estás?

—Sal de mi casa —ordenó el actor.

—Escucha, guapa —continuó—, este tío no te conviene. Creo que no estás segura a su lado. Engañó a Sofía y estoy convencido de que también tiene que ver con la muerte de ese tal A.M. de las noticias.

—Voy a decírtelo una vez más: ¡márchate ahora mismo!

—Ramiro, estás c-confundido —intervino Hebe—. Echas de menos a Sof-fía, pero te equivocas con él.

Rubén se alejó del chico y se dirigió a la cocina echando un

vistazo por la ventana.

—Eso es lo que hace: engaña a la gente y luego los traiciona. La pobre Sofía no pudo verlo y quién sabe si no lo habrá hecho antes...

—Estás d-delirando, Ramiro.

—¿Es que no lo ves? Te ha lavado el cerebro para que creas que es inofensivo, pero corres peligro a su lado.

Hebe no tuvo tiempo a replicar. La sangre salió con rapidez y, aunque Ramiro intentó defenderse, el cuchillo había penetrado hasta el punto de prácticamente inmovilizarlo de cintura para abajo. Consternada, atendió al rostro de dolor del joven, que, asumiendo que no estaba en igualdad de condiciones, trató de taponar la herida para evitar que la sangre siguiera brotando a tal velocidad.

Rubén sostenía el cuchillo manchado en las manos, ignoró el llanto de Ramiro y regresó a la cocina para limpiar el objeto en el fregadero.

—Dios mío, ¿qué has hecho? No puedo moverme. ¡Llama a un médico, joder!

Intentando digerir aquello, la muchacha corrió hasta el teléfono y cuando se disponía a llamar a emergencias, Rubén lo desconectó.

—No —sentenció mirándola a los ojos.

—¡Me duele mucho! —gritó Ramiro—. ¡Voy a desangrarme! ¡Hebe, por favor!

Rubén fue al trastero y regresó con un rollo de cinta aislante que usó para cubrir la boca del herido. Después de forcejear un poco, al final consiguió su cometido.

—Te lo advertí, Ramiro —comentó mientras usaba la cinta para hacerle un torniquete—, te dije que no me jodieras. Deja de gimotear, no es tan grave, no hay órganos dañados. Tranquilízate. Hebe, princesa —expresó señalándole la puerta del trastero—, alcánzame otro rollo de cinta que este se está acabando. Y en el baño hay unos apósitos, tráelos también, ¿quieres?

La muchacha accedió y no tardó en llevarle todo cuanto había pedido. Temblorosa, se sentó en uno de los brazos del sofá mientras contemplaba los ojos de Ramiro. El llanto del chico, ahora ahogado por la cinta en sus labios, se incrustó en su mente con ferocidad. Hebe sabía que estaba colaborando en un acto deleznable, pero aun así se limitó a obedecer a un Rubén que se mostraba tranquilo y hasta de buen humor.

—¿Lo ves? Cada vez sale menos sangre. De nada por cortar tu hemorragia, amigo.

Echó un vistazo a su compañera y advirtió su angustia muda:

—¿Qué te pasa, linda?

—C-creo que d-d-debo irme a c-cas-casa.

Sin decir nada, Rubén cerró la puerta con llave y la guardó en

el bolsillo de su pantalón. Luego encendió el equipo de música y celebró que en la emisora que salía por defecto estuviera sonando *Show must go on.*

—*Outside the dawn is breaking but inside in the dark I´m aching to be free*[1] —cantó al unísono con Freddie Mercury—. Oh, adoro esta canción. Ese dolor que quiebra los sentidos… Hay una fractura emocional que rasga hasta al más duro. Y esa voz… Si tuviera que escoger una voz para ser cantante sería la de este genio. ¿Qué te pasa, Hebe? ¿Estás llorando? Es una maravilla de música, pero no creo que te hayas emocionado por eso.

—¿Q-qué has hecho? —preguntó asustada.

—¡Venga ya! ¿Te vas a poner de su parte? Viene aquí, entra sin permiso, grita como un auténtico malcriado y el malo soy yo, ¿no? ¿De parte de quién estás?

—Y-y-yo est-t-toy c-c-con…

—Cálmate, si te estresas ya sabes lo que pasa con tu disfemia. Tranquila.

Entre sus brazos y apreciando cada una de sus palabras conciliadoras, Hebe se olvidó unos segundos de lo que había sucedido. Una parte minúscula de su corazón aún seguía gritando que saliera de allí, que huyera del hombre que, desde una frialdad extrema, acababa de apuñalar a un amigo. Sin embargo, percibir el calor de su pecho y hasta su sosegado ritmo cardíaco, hizo que tomara la decisión equivocada.

Durante la siguiente hora, procuró no mirar a Ramiro a los ojos. El muchacho ya no sangraba tanto, pero era obvio que la postura, aparte de incómoda, se había vuelto dolorosa. Después de varios amagos comprendió que no podría darse la vuelta por sí solo y, Rubén, percatándose de ello, se aproximó hasta él para decir:

—¿Qué puedo hacer por ti?

Furibundo, Ramiro dedicó su mirada más agresiva siendo consciente de las limitaciones que su cuerpo padecía. Estaba enfadado consigo mismo, molesto con su patológica necesidad de hacerse oír. No saber acallar a su ego supondría su muerte, y no sería rápida ni piadosa, eso era lo más difícil de asimilar.

—Cuando quieras dialogar como seres civilizados, me avisas, ¿vale?



Bastaron unos pocos minutos para que el sudor empapara el cuello de su camisa. Sofocado y quitándose la chaqueta, intentó comprender por qué la temperatura del establecimiento era tan alta. Halló la respuesta en cuanto las puertas automáticas dejaron entrar a varios compradores. La corriente de aire externa era tan fría, que la

empleada en la caja llevaba guantes y gorro de lana.

—¿Cómo aguanta la calefacción? —preguntó Gutiérrez—. Apenas llevo aquí diez minutos y ya estoy sudando.

—Gente entra. Mucha. Y entonces aire dar frío —respondió mientras cobraba el precio de unos clavos a una cliente.

El local no estaba abarrotado, pero el flujo de visitantes era tal, que en menos de un cuarto de hora habían entrado varias decenas a comprar sus productos con extrema rapidez.

—Usted es muy rápida atendiendo —intervino Francisco.

—Gracias —rio ella—. Tú, enfermo sin chaqueta. Mucho frío tú aquí.

—¿Recuerda usted que alguien comprara un rollo grande de plástico recientemente?

—Oh, sí. Rollo grande ahí en pasillo ocho.

—No, no quiero comprar. Pregunto si alguien ha comprado alguno durante los últimos días.

—Abierto todos días, 24 horas. Yo no fijo en qué compra cliente.

—Entiendo.

La destreza de aquella joven para cobrar casi sin mirar la caja dejaba de manifiesto que no solía observar a los compradores. La máxima de la empresa era atender con rapidez, por lo que difícilmente se establecieran conversaciones con los usuarios. «Ese plástico es la única pista —pensó mirando los rollos de cerca—. Lo compraste aquí, coño. Seguro que sí».

Elevó la vista y vio una cámara de seguridad. Apartando a Gutiérrez, que tomaba notas frente a la joven, preguntó con cierta inquietud:

—Necesito las imágenes de esa cámara.

La chica no parecía comprender que aquellos hombres eran policías y no clientes potenciales. La paciencia de Gutiérrez estaba a punto de mermar cuando la dueña de la tienda —con un mejor español que su empleada— se dejó ver bajo el dintel de la puerta que prometía ser la entrada al almacén.

—Pasen, disculpen el desorden —comentó apartando algunas cajas del suelo—. Acaban de llegar estos encargos y aún no he tenido tiempo de organizar las cosas.

—Descuide —dijo Francisco—, soy el inspector Moreno y mi compañero es el agente Gutiérrez.

—Yuan Keon tiene la nacionalidad. Si quieren les puedo mostrar los papeles.

—No somos de inmigración, señora.

—Oh, ¿en qué puedo ayudarles entonces?

—Necesitamos las imágenes de la cámara de seguridad

captadas en el último mes.

—¿Por qué? No hemos sufrido ningún robo...

—He visto que la cámara está ligeramente enfocada a las puertas automáticas. Estamos buscando a un individuo que probablemente compró en su tienda. Con suerte, podremos identificarlo gracias a su colaboración.

—Por supuesto. No hay problema. Si me permiten, llamaré a la empresa que nos hizo la instalación para preguntarles cómo acceder a las grabaciones.



—Supongo que debes estar hecha un lío —señaló mientras le servía una copa de vino—. No quiero que te confundas conmigo. A ver, técnicamente Ramiro dice la verdad, sólo que no tiene ni idea de cómo transmitirla. Siendo actor, esperaba que lo hiciera desde una mayor creatividad. Aunque bueno, nunca se le dio demasiado bien improvisar —rio—. Hebe, siéntate a mi lado.

Ella, atendiendo a su exposición, hizo caso y escuchó atentamente.

—No te imaginas el nivel de confianza que has de tener con alguien para contarle lo que yo voy a decirte. Pero si no te sientes preparada, si consideras que no podrás guardarme el secreto, este es el momento de decirlo.

La disfemia volvía a atorar su mandíbula hasta el punto de sentir que unos seres diminutos la estaban cosiendo a toda velocidad. Cada músculo de la cara parecía contraerse como una prensadora implacable, víctima de una maquinaria con horarios eternos y un solo objetivo: enmudecerla. Opresión y vergüenza se instalaban con fuerza en su lengua, limitando su defensa, despojándola de toda libertad ante un individuo que, aparte de ser diabólico, la había encerrado. De pronto se vio a sí misma como una araña que se cree dañina e invencible, tejiendo trampas a su alrededor con la certeza de que, en algún momento, acabará atrapando a una jugosa víctima. Sin embargo, esa araña calculadora y mañosa no es consciente de que está perdida en el interior de un laberinto. Lleva tanto tiempo en él, que ha olvidado lo peligroso que es fiarse de un completo extraño. Hasta el peor de los monstruos es capaz de disfrazarse de humano.

—Sé que te mantienes callada por tu disfemia, pero después de todo lo que te he contado deberías pronunciarte. Al menos para saber si aún sigues queriéndome.

—¿Y Sof-f-fía? —preguntó.

—¿Crees que es ético contarte eso delante de su seguidor número uno? —dijo, señalando a Ramiro.

Hebe asintió comprendiendo que la verdad sería terrible para el chico, pero al mismo tiempo tenía la necesidad de descubrirlo todo, de extraer hasta la última gota secreta de su interlocutor.

—Bueno, tras dejarte en casa, la señorita Estévanez y yo estuvimos tonteando un rato. Pusimos música, hablamos de cosas no demasiado trascendentes y acabamos haciéndolo sobre el sofá. Tenía un buen cuerpo, tengo que reconocerlo, y fue muy generosa y desinhibida. Estábamos disfrutando, yo el primero, pero entonces recordé su soberbia y me puse nervioso. Durante meses, me trató como un maldito bufón en sus clases. Que si «Rubén, eso ha quedado muy artificial», o «a ver si espabilas», «por favor, no me hagas perder el tiempo», «quizá sea muy tarde para ti». Por muy buen rato que estuviéramos pasando en ese instante, no iba a olvidarme tan fácilmente de sus malas maneras en la escuela. Fue cuando perdí el norte. Sin embargo, no dejé que ella lo percibiera hasta estar seguro de que no tenía escapatoria. Le propuse mejorar la experiencia atándola a una silla y accedió diciendo que estaba gratamente sorprendida, pues no se imaginaba que yo fuera de esos. Llevaba una bufanda muy bonita, verde, llamativa. Cuando se desnudó le pedí que no se la quitara y eso pareció excitarla, así que aproveché la prenda. La introduje en su boca y saqué una lima de mi caja de herramientas. Creo que ahí fue cuando se dio cuenta del error que había cometido al confiar en mí. Sus ojos... estaban tan abiertos. Al principio gritó, mucho, tuve que introducir tanto la bufanda que acabó teniendo arcadas. Luego se fue calmando gracias a mi amigo el pez globo, pero yo apenas había comenzado.

Ramiro lloró con contundencia. Llevaba horas en silencio, sufriendo el dolor de su herida sin emitir sonido alguno, pero conocer los detalles de la muerte de Sofía removió sus entrañas. Quería gritar a pleno pulmón, anunciar al mundo que aquel hombre era un criminal perverso sin redención posible. En lugar de eso, tendría que asumir que moriría allí mismo.



Al menos una docena de hombres había comprado el plástico

en cuestión, pero sólo uno lo hizo en plena noche.

—¿Se sabe si ese hizo la compra con tarjeta de crédito? —preguntó Francisco, deseando que la respuesta fuera afirmativa.

—No —resopló cansado.

—Retrocede hasta el minuto treinta y cuatro —pidió después de probar otro de sus decepcionantes cafés.

Mientras Gutiérrez obedecía la orden, él atendió una llamada:

—Moreno al habla.

—Hola, Francisco, ¿te pillo en mal momento?

—No, Manuel. Dime, ¿has averiguado algo?

—El ADN encontrado en el guante coincide con el de Nadia Novés.

—¿Estás seguro?

—De pleno —suspiró—. En cuanto a la tierra adherida a la tela, hallé un PH típico de los suelos ácidos. Pero como no soy un experto, hablé con un amigo edafólogo y, atendiendo a los datos recabados en la muestra, constató mis sospechas: ambos creemos que procede de alguna margen de río o quizá de los alrededores de un pantano. No sé si esta información te sirve de algo, pero teniendo en cuenta que a la salida de la ciudad, cerca de la zona de los cultivos, se encuentra uno de los lagos más grandes del país, considero que sería interesante hacer una comparativa. Consígueme una muestra del terreno y sabremos si hay coincidencia.

Francisco no tenía intención de pedirle a nadie que le hiciera el favor de conseguirle una muestra de tierra. Él mismo se encargaría de la tarea. Le preocupaba reabrir el caso de forma oficial y luego enfrentarse a la familia de Nadia sin haber llegado a ninguna conclusión. No quería hurgar en las heridas sin disponer de pruebas serias, señales evidentes que lograran ubicar a la pequeña fuera cual fuera su estado.

—Señor —indicó Gutiérrez una vez Francisco colgó el teléfono—, ¿lo ha visto?

—¿A qué te refieres? —respondió, distraído.

—El tipo salió y se subió a un coche aparcado a unos pocos metros del establecimiento. ¿Lo ve?

—La matrícula no es visible, Flavio.

—Sí, pero si se fija bien, en la parte superior derecha de la luna delantera se puede apreciar una pegatina con el logo de la empresa de alquiler de coches.

—Eso es bueno, Gutiérrez. Jodidamente bueno.

«¿Están empezando a mejorar las cosas? —pensó—. El café sabía a rayos... ¿Será esta una excepción? Dios quiera que mis supersticiones no fastidien la única prueba que tenemos».

Juntos pusieron rumbo a la empresa de alquileres en silencio,

concentrados en las preguntas que debían realizar. Los servicios pertinentes echaban sal al asfalto debido a la crudeza de las heladas durante las últimas horas, así que, con paciencia, los dos hombres aprovechaban el trayecto para aclarar ideas, como un descanso que, aun impuesto, vendría de perlas.

Gutiérrez abrió su cajetilla de cigarros dispuesto a fumarse uno para hacer más llevadero el viaje cuando Francisco, negando con la cabeza, ordenó:

—Cierra eso.

—Pero si tú fumas más que yo.

—En el coche no. Y deja de tutearme.

—Perdone, es la costumbre. Aunque no creo que tutear a alguien implique tenerle menos respeto.

—Tu respeto me la trae floja, Gutiérrez. A vuestra generación le hace falta recordar qué es la disciplina.

—Moreno, eso se lo puedes decir a otro. No tienes ni idea de cómo imponía la disciplina mi padre. Perdón, no tiene ni idea, señor.

—¿Te tocó la carita o qué?

—Ojalá hubiera sido sólo eso.

Francisco supo que había metido la pata y, en lugar de disculparse continuó el recorrido, pero esta vez encendió la radio y compartió *Once upon a time in the west*, una de sus composiciones preferidas de Morricone.

Gutiérrez captó la indirecta rápidamente. Supo que aquella era la forma en que su superior suavizaba los momentos tensos. Hubiera aceptado una simple disculpa, sin darle demasiada importancia al instante, pero ahora, por culpa de no saber expresarse como seres adultos, asociaría para siempre a Ennio Morricone con un momento incómodo en el trabajo.

Al llegar a la oficina de alquileres, se toparon con una actividad frenética en la calle. La avenida donde se ubicaba el establecimiento contaba con innumerables negocios, por lo que viandantes y conductores se trasladaban raudos sin prestar demasiada atención a cuanto sucedía más allá de sus propias narices.

Tras dar varias vueltas, finalmente encontraron aparcamiento, aunque tendrían que andar unas cuantas calles hasta llegar al sitio. Malhumorado, Francisco procuraba no montar en cólera con cada contacto de los descuidados transeúntes, quienes en su afán de avanzar entre el gentío no medían la fuerza de sus gestos ni tampoco pedían perdón al chocar. Flavio sonrió al verlo morderse la lengua, casi se le antojaba uno de esos actores cómicos de los años 20 que en breve recibiría un tartazo.

Unos diez minutos más tarde ya podían advertir a cierta distancia el letrero rojo y plateado de la empresa de alquiler de

coches. Francisco calculó cuántas empresas de alquileres había desde el punto en que se encontraban y el hallazgo del segundo cadáver. En un radio de al menos quince kilómetros existían más opciones para hacerse con un vehículo, por lo que pensó que tal vez el personaje quería evitar proximidad. ¿Qué otro motivo podría llevar a alguien a trasladarse desde el centro en transporte público hasta las afueras para alquilar un vehículo que podría haber encontrado igualmente en cualquiera de los otros locales mejor situados? Quizá estuvieran equivocados respecto a la ubicación del asesino, pero a esas alturas casi podían asegurar que se trataba de un individuo que contaba con vivienda en la capital.

La empleada con la que trataron se mostró solícita y amable en todo momento. Ajustándose a la fecha que los agentes señalaban, proporcionó una hoja con las cuatro personas que habían alquilado un vehículo de iguales características esa noche.

—Eso sería todo —señaló la chica—. De los cuatro clientes, sólo uno aún no ha devuelto el coche. Tiene previsto hacerlo la semana que viene.

—¿Y los otros tres vehículos están ahora en el aparcamiento? —preguntó Gutiérrez.

—Me temo que no. Han vuelto a ser alquilados a lo largo del fin de semana.

Francisco leyó detenidamente las identidades y reparó en una de ellas: Ángel Rubén Delgado Torres: «El actor dijo que se llamaba Rubén Torres. Puede que ese sea su nombre artístico. Te encontré, malparido».



—Moreno, ¿vas a decirme ya por qué nos hemos ido tan abruptamente? ¿Qué coño piensas?

—Tú no estuviste en el interrogatorio de los actores de la escuela de artes escénicas. Uno de los alumnos de Sofía Estévanez se llama Rubén Torres y, según ese papelito, un tal Ángel Rubén Delgado Torres alquiló un vehículo…

—¿Insinúas que él es el responsable?

—Resulta cuando menos curioso que fuera alumno de la víctima número uno y que haya alquilado un coche la noche que compró un rollo de plástico idéntico al que se ha encontrado en la víctima dos. Yo diría que tiene mucho que explicar.

—¿Y no lo reconociste al verlo en la cinta?

—¿Cuál cinta? ¿La que mostró a un tipo que no se quitó la capucha en ningún momento?

—Ya… Bueno, ¿y cuál es el plan ahora? ¿Pedir una orden o qué?

—Exacto.

—¿Y has pensado ya cómo besarle el culo a Hierro para que te la dé?

Francisco y el juez Hierro eran agua y aceite. Jamás se entendieron y, pese a que ambos eran conscientes de su deber al margen de la mutua animosidad que se dedicaban, tenían tendencia a enfrentarse, especialmente cuando se trataba de favorecer la labor de Moreno.

Aquella enemistad venía de lejos, casi desde la adolescencia. Quienes una vez fueron amigos inseparables, ahora se despreciaban hasta el punto de haber llegado a las manos en más de una ocasión.

Francisco apenas había empezado a conducir cuando el juez Hierro, Luis para los más allegados, le propuso ir juntos a una fiesta en casa de la chica que le gustaba. Atendiendo a la petición de su amigo, Francisco accedió a acompañarle e incluso se propuso darle algunos consejos para ganarse a la muchacha, puesto que Luis siempre fue tímido y retraído, un incapacitado para expresarse ante el sexo opuesto. Atento, no perdió detalle de la charla de su amigo, a quien consideraba todo un ligón y, por ende, un experto en la materia. La confianza entre ambos era diamantina.

El lugar estaba atestado de gente. La hermana mayor de Graciela, el amor platónico de Luis, cumplía la mayoría de edad y sus padres permitieron que en su ausencia celebrasen una fiesta inocente, una donde el alcohol o subir a los dormitorios estaba terminantemente prohibido.

El peso del mediodía caía sobre aquellos maizales con su perfecto verde, brillantes bajo la luz solar que sólo el final de la primavera es capaz de ofrecer. En la parte trasera de la casa, un estanque prometía divertidos juegos acuáticos con los que echar risas y estrechar lazos. Los jóvenes retozaban ajenos al calor, compartiendo anécdotas y acercándose unos a otros sin la incómoda vigilancia de unos rígidos padres.

Música, sangría y una casa solariega con tantas estancias que era fácil perderse si no se iba de la mano de los dueños, se convirtió en el escenario de una fiesta desenfrenada. Pese a los tabúes de la época, algunos de los presentes se quisieron permitir el lujo de ser libres por una tarde, como si lo que fuera a suceder allí no perteneciera a la vida real.

Francisco no era un mojigato, pero la idea de esperar a que una de aquellas muchachas estuviera borracha para subir hasta una de las habitaciones del piso superior se le antojaba un acto sucio y deplorable. Había tenido alguna experiencia picante, aunque sus intereses se reducían a conseguir un empleo e independizarse lo antes posible. Vivir con sus padres se había vuelto un fastidio, sobre todo

desde que ambos discutían sin parar. Las peleas se producían por cosas absurdas y encerrarse en su habitación había dejado de surtir efecto. La pareja se enfadaba y reconciliaba en un bucle que, a ojos de su hijo menor, era ridículo y pesado. Estudiar tampoco era una de las actividades que más le entusiasmaran, pero conducir le hacía sentir libre. A menudo bajaba las ventanillas y, cigarrillo en boca, se visualizaba a sí mismo como James Dean en *Rebelde sin causa*. Esa interpretación de la libertad, tan sencilla y al alcance de la mano, le bastaba para seguir creyendo que muy pronto podría alejarse de su esencia de campesino y recorrer en un coche propio infinitos kilómetros en busca de aventura.

The Rolling Stones sonaban a todo volumen en el interior de la vivienda y algunas parejas bailaban en el salón completamente desinhibidas. Francisco llevaba al menos unos veinte minutos solo. Perdió de vista a Luis en un abrir y cerrar de ojos y, pese a que intentó localizarlo entre los presentes, tantas cabezas moviéndose a la vez imposibilitaron su propósito.

Se percató de la figura de tres chicos y una joven subiendo las escaleras. Ella, en un estado de ebriedad considerable, parecía negarse al ascenso mientras sus acompañantes insistían tomándola por debajo de los brazos.

Siempre pensó que echar la vista a un lado ante esa clase de cosas era una conducta propia de cobardes, casi tan aborrecible como ser artífice directo, de modo que después de dejar su copa sobre una mesa y ver que segundos más tarde alguien la derramaba por accidente sobre la moqueta, decidió seguir los pasos de aquellos sinvergüenzas.

Varias de las habitaciones del piso superior se encontraban cerradas. Supo de inmediato que algunas parejas habían aprovechado la ausencia de adultos para llevar a cabo sus fantasías. Por mucho que quisiera escuchar qué se producía tras cada puerta, la música del salón era ensordecedora. Armándose de valor y sabiendo que algún fortachón podría romperle la cara, abrió las puertas en busca de los tres cerdos a los que pretendía parar los pies.

Tras dos intentos fallidos, se topó con una escena terrible que hubiera preferido no ver: al menos media docena de chicos rodeaban una cama mientras uno de ellos se encontraba tumbado sobre una jovencita totalmente borracha. Apenas podía abrir los ojos, pero por su expresión parecía incómoda, intentando en vano zafarse de aquellos indeseables.

—¿¡Qué coño estáis haciendo!? —gritó, rabioso.

—¡Mierda, Francisco! ¡O entras o sales, pero cierra esa puerta!

Luis participaba. Su mejor amigo era uno de los monstruos que guardaba turno en esa actividad que le revolvía las entrañas.

Ignorando el hecho de que pretendía enfrentarse a seis chicos sin más ayuda que sus puños, dio un par de guantazos al primero que quiso interferir en su recorrido. Una vez alcanzó a Luis, tiró de sus solapas y lo empujó contra una pared. Entre golpes, profirió sus peores improperios intentando asimilar que era amigo de un malnacido.

—¡Saco de mierda! ¿¡Qué clase de educación te han dado tus padres!?

—¡Francisco! ¡Deja de golpearle! ¡Acabarás matándole! —gritó uno de los chicos.

El rostro prácticamente irreconocible de Luis lucía hinchado y cubierto de sangre, pero incluso tras aquellos párpados deformados, Francisco halló la identidad de alguien que no se arrepentía. Limitó su ira y lo soltó con desprecio no sin antes dedicarle una última patada. El muchacho se retorcía de dolor en el suelo y varios asistentes de la fiesta fueron testigos de la paliza. Alguien tuvo a bien apagar la música, momento en que Francisco dijo:

—¡Y ahora, todos los que estén en el piso inferior se van a ir cagando leches de aquí!

Era tal su furia que nadie le llevó la contraria. Mientras tanto, aquellos que intentaron escabullirse de la planta de arriba, se llevaron unos cuantos golpes, pero finalmente Francisco recibió demasiados puñetazos. Eran muchos, más de los que podía contar y, después de quedarse inconsciente al caer por las escaleras, los sucios personajes huyeron cual ratas cobardes.

Al despertar, Francisco hizo lo propio y llamó a la policía para denunciar lo que había pasado. Sin embargo, no mentó a Luis. Seguía arrepentido de no haberlo hecho. Pensaba que, aunque todo el mundo tenía derecho a redimirse, había una enorme diferencia entre errar y ser un demonio de tamaña dimensión. Luis y él jamás hablaron de aquel acontecimiento ni explicaron a los suyos por qué habían vuelto esa noche a casa repletos de golpes. Tampoco justificaron el hecho de no volver a quedar juntos, por lo que, encontrarse años más tarde cuando ambos ya se hallaban desarrollando sus funciones, uno como policía y el otro como juez, se le antojó una prueba del destino, una donde Francisco luchaba contra su lengua intentando autoconvencerse de que el tipo había dejado atrás su maldad en lugar de aprovecharse del poder que tenía a su alcance. Nunca volvió a pillarlo en un acto delictivo, pero siempre creyó que quienes atravesaban la linde de la moral no solían volver sobre sus pasos, sino que avanzaban veloces hacia un trayecto peligroso que no tenía redención ni vuelta posible.

Anthropos (Humano)

Aterido de frío, Ramiro apoyaba la cabeza sobre la pared estirando sus piernas con dificultad. Pese a sus pocas posibilidades de salir vivo de aquella trampa, albergaba esperanzas de superar el trance, de escapar de las garras del monstruo. «¿En qué diablos pensabas, joder? Ahora dependes de un maldito psicópata y de la loca que besa por donde él pisa. Tienes que escapar».

Era fácil decirlo, pero las posibilidades de huir en sus condiciones eran muy limitadas. Por no hablar de lo terrible que era permanecer allí mientras la pareja de tortolitos continuaba su cita escuchando música y bebiendo vino como si él no estuviera presente.

—¿Quieres tomar otra copa, linda? —preguntó Rubén al tiempo que se levantaba en dirección a la cocina.

—No, gracias —respondió Hebe—. He b-bebido demasiado.

Alguien llamó a la puerta. Rubén subió el volumen de la música mientras Hebe arrastraba a Ramiro hasta el dormitorio. Cuando el actor vio el rastro de sangre que dejaba tras de sí el maltrecho cuerpo de Ramiro, se apuró a cubrirlo con la alfombra.

Abrió la puerta y al ver a su anciana vecina, preguntó:

—Señora Flórez, ¿va todo bien?

—Perdona hijo, sé que es tarde y no quisiera molestarte.

—Usted no molesta, ¿qué necesita?

—Ha llamado tu madre, parecía muy angustiada. Dice que ha estado telefoneándote, pero al parecer tu línea no funciona.

—Oh, he debido desconectar sin querer el aparato al pasar la aspiradora. Gracias por decírmelo, ahora mismo la llamo.

Llamó a su madre y confirmó lo que imaginaba: había muerto el viejo.

—¿Cómo va a ser culpa tuya, mamá? —dijo, tratando de calmarla—. Escucha, llegaré lo antes posible, ¿de acuerdo? Voy para allá.

Al colgar, se dirigió a su habitación y, después de sortear al agonizante Ramiro, tomó una chaqueta del armario mientras Hebe trataba de preguntarle qué estaba pasando.

—Ru-ru-rubén, ¿q-q-q-q?

—Mi padre ha muerto —la interrumpió—. Y no, no me verás llorar por él porque me importaba una mierda. Pero mi madre me necesita. ¿Lo entiendes?

Hebe asintió. Aun así, las dudas la corroían:

—¿Q-qué vas a hac-c-cer?

—Iré a la estación de tren. Normalmente alquilo un coche, pero... —Advirtiendo su estrés, añadió—: Tranquila, estaré de vuelta

lo antes posible. Tú quédate y vigila.

—¡No! ¡No pu-puedo, Rubén! ¿Y si...? ¿Y si…?

—Sólo has de asegurarte de que no escapa.

—Está herido. ¿Q-qué pasará si mu-muere?

—Yo me encargaré cuando vuelva. Tú no hagas nada, ¿de acuerdo?

Se despidió con un beso y le recordó la necesidad de cerrar con llave. Ella obedeció, siendo consciente de que tenía dos opciones: hacer caso a la cordura y llamar a la policía, o complacer al hombre que amaba, por muy enfermizo y cruel que fuera lo que acababa de pedirle.

Ramiro sintió que su suerte había cambiado. Subestimaba la fortaleza de Hebe y, creyéndola un alma frágil y manipulable, se aferró a la idea de convencerla de hacer lo correcto.

—¡Agua, por favor! —pidió desde el cuarto.

Ella titubeó. Al cabo de unos segundos, decidió llevar agua al prisionero. Estaba pálido; a través de sus blancos labios dejó salir un agradecimiento débil.

—¿T-te duele? —se interesó ella.

—Ya casi nada, sólo cuando me muevo.

—Pu-pues será mej-j-jor que no te muevas enton-t-tonces.

—Sé que harás lo correcto, Hebe. Sé que tú eres buena.

—N-no me conoces. Hasta hace poc-c-co me llamabas Eva.

—¿Y por eso me merezco esto? ¿Te parece normal estar haciendo guardia para un psicópata de tal calibre?

—¡No es un psicópata! ¡Está c-c-confundido!

—Estás más ciega de lo que creía. Ese tío no te quiere, no quiere a nadie. No puede.

—Ya t-tomaste t-tu agua. Adiós.

Al escuchar una verdad tan profundamente dolorosa, emergió su peor carácter. La empatía que antes sentía por el joven que acababa de recibir una puñalada gratuita e inesperada, se esfumó abruptamente. Esa compasión que minutos antes lo inundaba se disipó, justificando de algún modo la conducta de Rubén. Su ira era tal que no se percató de las maquinaciones de Ramiro, que, a pesar de estar gravemente herido, planeaba escapar de aquella cárcel, dispuesto a matar si fuera necesario.



Cada peldaño hacia la entrada principal se convirtió en una auténtica agonía. El turno había sido demoledor y desgastante. Miró de reojo a Gutiérrez, quien, desoyendo la recomendación de irse a casa un par de horas, insistió en presenciar cómo su jefe se dirigía a pedir una orden al hombre que más le odiaba. Considerando la

conocida rigidez y el temperamento del inspector, Flavio no quiso perderse lo que prometía ser todo un espectáculo.

Se sintió minúsculo en aquel edificio donde todo parecía llevar consigo una velocidad feroz. Pasantes con documentos, abogados y sus maletines, taquígrafos, oficinistas, guardias de seguridad y civiles, parecían actuar a cámara rápida, como si supieran que más allá de esas puertas el mundo giraba imparable y, perdidos en aquellas salas repletas de mentiras y verdades, condenas y absoluciones, malvados y víctimas, ansiaban que el reloj marcara su hora de salida.

Mientras Francisco gestionaba la cita con el juez Hierro, Gutiérrez aprovechaba el momento para pedir el número de teléfono a una de las recepcionistas.

«No cambiará nunca», pensó. Sintió el impulso de chasquear los dedos y traer al agente de vuelta a la realidad. No obstante, se dio cuenta de que permitir que lo acompañara al despacho resultaría más un inconveniente que una ayuda. Así, optó por dejar que aquel torrente de testosterona continuara absorto en su empeño improductivo.

Avanzó hasta el lugar que había indicado la amable recepcionista, meditando sobre la estrategia más eficaz para lograr la orden. Sin embargo, una voz interna le recordaba lo obstinado y desagradable que podía ser Luis. El juez buscaría cualquier pretexto para contradecirle, con el único propósito de obstaculizar el progreso de su investigación.

Hierro actuaba como si los principios de justicia le importaran menos que el deseo de molestar al hombre que una vez había merecido su respeto. Todo parecía ser un juego calculado para empujarlo al límite y forzar esa conversación pendiente que llevaban postergando desde hacía décadas.

Para Francisco, la conducta de Luis era pueril, comparable a la de un niño en plena rabieta que patalea y grita para captar la atención de los adultos, sin tener una idea clara de qué espera lograr con ello. Cada encuentro con ese fantasma del pasado lo llevaba a contener sus palabras, temiendo que los viejos rencores interfirieran en su trabajo. Después de cada reunión, Luis se retiraba triunfante, erguido como si hubiese ganado un duelo de palabras. Pero, en realidad, Francisco no había entrado en la contienda por razones lógicas y pragmáticas.

No fueron sus suelas de goma las que delataron sus pasos hasta la puerta, sino los zapatos de su acompañante. Los tacones de la mujer resonaron hasta el punto de avisar al juez antes de que ésta pidiese permiso para entrar.

—¿A quién traes, Gema? —demandó Luis desde su asiento.

—Moreno —respondió Francisco con seriedad.

—Hombre, hola. Gema, ya me ocupo yo. Cierra la puerta al

salir.

Los dos hombres se miraron unos instantes, uno tras unas gafas gruesas y el otro acomodándose el pantalón con expresión incómoda.

—¿Qué necesitas? —preguntó el juez.

La exposición de Francisco fue breve y contundente; aun así, no obtuvo la respuesta que esperaba y, tras resoplar molesto, inquirió:

—Para mí está clarísimo. ¿Cuál es el problema?

—Ni testigos, ni móvil, ni ADN. No dudo de tu intuición, pero ya sabes que se precisan indicios de mayor peso. Tú traes la imagen de un tipo que compró un plástico común, uno de los más baratos.

—¡El mismo que se encontró en la víctima! ¿¡Para qué diablos iba a querer tal cantidad de plástico!?

—Hay gente que pinta en casa o barniza muebles. No te alteres, chicarrón.

—Chicarrón tu padre.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿¡A mí!? No, ¿¡qué te pasa a ti!? Te pido que me des acceso al domicilio de un sospechoso, uno que sí tenía un vínculo con la primera víctima, y te limitas a darme una negativa desde tu trono. ¡Soy yo el que se rompe el culo a base de trabajar lidiando con otras mierdas como tú, gentuza de primer nivel, así que sé cuándo tengo enfrente a un capullo! ¡No tengo un buen día, por lo que deja de hacerte el listo y firma la orden de una vez!

—¡Moreno, no eleves la voz! ¿¡Acaso olvidas con quién hablas!?

—Sí, sé con quién hablo. Debería darte vergüenza decir que eres juez. ¡Mancillas la profesión!

—¡Retíralo!

—¡Podría si quisiera! Pero tú… ¡Tú en cambio no puedes borrar lo que hiciste!

A Luis lo consumía la ira. La forma en que aquel hombre revelaba sin piedad un error de su pasado sacó a relucir lo peor de sí mismo. No dijo una palabra, simplemente se plantó a escasos centímetros de Francisco, con una postura retadora. Pero lejos de intimidarlo, Moreno respondió inclinando su frente hacia la suya, como dos animales en una confrontación por el territorio.

En ese instante, la furia nubló la razón de Francisco, un indicador del tumulto emocional que había estado conteniendo desde aquel evento en el campo. Se desató, liberando toda esa energía reprimida sobre Luis, quien intentaba resistir entre puñetazos y berridos.

Durante la pelea, varias estanterías y libros resultaron dañados. El conflicto, que escaló rápidamente, culminó con la necesaria intervención de Gutiérrez y varios guardias de seguridad.

—¡Moreno! ¿¡Qué diablos haces!? ¿¡Has perdido la cabeza!? —

gritó Flavio, tratando de separar a los dos hombres.

—¡Suéltame, carajo! ¡Quiero partirle la cara! —se quejó Francisco—. ¡Que me sueltes, Gutiérrez! ¡Me cago en toda tu estirpe!

El juez Hierro se incorporó llevándose las manos a la mandíbula. Luego hizo un gesto para indicar que estaba bien. Los guardias de seguridad agarraron a Francisco por los brazos y lo escoltaron fuera del despacho sin esperar una orden explícita de Luis. Este último, aunque reía y tenía el ego algo herido, simplemente se despidió negando con la cabeza.

Decenas de espectadores observaban atónitos la escena, sin poder creer el comportamiento de Francisco. Él, pataleando y resistiéndose, se había convertido en una carga casi insoportable para los guardias que intentaban llevárselo.

—Mierda, Moreno, ¿qué coño te pasa? —preguntó Gutiérrez.

—¡QUE DEJES DE TUTEARME!

Gutiérrez se detuvo y observó cómo se llevaban a su superior. La reacción extrema de Francisco lo dejó perplejo, aunque lo atribuyó al enorme estrés al que estaba sometido. Nunca imaginó que existiera un conflicto sin resolver entre su jefe y el juez; de hecho, la raíz de esa hostilidad era un misterio total dentro del departamento.

La familia de Francisco estaba igualmente ajena a lo ocurrido. Por ello, cuando Fernando recibió la llamada de Flavio informándole sobre el incidente, quedó completamente desconcertado. «¿Desde cuándo te has vuelto agresivo, papá?», se preguntó, incapaz de comprender la situación.

Tras debatir internamente la conveniencia de informar a su madre, Fernando optó por dirigirse al lugar donde retenían al viejo, utilizando una excusa que, aunque le causó un breve remordimiento, consideró necesaria. Por una vez, mantendría a la mujer al margen para darle un respiro a su padre. Lo conocía bien y, pese a que tenía fama de arisco y borde, lo de llegar a las manos no era algo habitual en él, mucho menos con un juez.

No le cuadraban las cosas, así que se propuso no sólo sacar a Francisco de aquel follón, sino averiguar qué estaba afectándole hasta el punto de haber perdido la cordura.



Sentía una presión abrumadora en su cabeza, como si estuviera a punto de estallar. Su mente no dejaba de revivir aquel episodio traumático donde el hombre al que amaba había herido gravemente a otro con un cuchillo. Aunque Ramiro estaba fuera de control, la violencia de esa acción le parecía desproporcionada y difícil de asimilar.

Sus yoes, uno de ellos frágil y fácilmente influenciable, y el otro

dominante y abusivo, estaban en un intenso conflicto. Se debatían entre obedecer lo que Rubén había pedido o huir, como era su costumbre en momentos difíciles. Descartó por completo la idea de llamar a los servicios de emergencia; incluso había considerado la opción de huir del lugar para evitar asumir cualquier responsabilidad. En ese momento, su promesa prevalecía sobre todo lo demás, y el haberse comprometido la mantenía atrapada, como una prisionera más en aquella mazmorra. La araña iba a comérsela y ella no se resistiría.

Habían transcurrido dos horas desde la partida de Rubén. Sintiéndose hambrienta, Hebe decidió ponerse manos a la obra y preparar algo de comer.

Echó un vistazo a la nevera y los armarios y comprendió que el actor era excéntrico incluso cuando se trataba de organizar lo que ingería. «Nada de comida basura —pensó—. ¿Por qué no me sorprende?».

En uno de los cajones del frigorífico encontró media calabaza y preparó un puré. Creyó conveniente alimentar al prisionero con algo nutritivo que no requiriese demasiada elaboración, y entonces recordó la despensa de Mamen, la esposa de Héctor. Eran las Mamen del mundo las que conseguían maridos como Héctor o Rubén, mujeres que cuidaban de sus familias con alimentos sanos y sin aditivos. Ella en cambio, guardaba en la nevera sólo porquerías y, aunque pensar en esto era absurdo e infantil, no podía dejar de dar vueltas a la despensa de la estúpida Mamen, la mujer que le había arrebatado todo cuanto quería.

Al menos Héctor llevaba una vida tranquila. Por mucho que ahora quisiera a Rubén —entiéndase querer como su nueva obsesión, único modo en que Hebe sabía amar—, se sentía tremendamente insegura con él. ¡Diablos, estaba custodiando a un prisionero! ¿Qué hacía allí? ¿Por qué debía complacer a un asesino? Todo era culpa de Mamen. «Zorra engreída robahombres».

Tardó más de lo previsto en encontrar un plato hondo, por lo que tuvo que calentar una vez más la comida. Ya con el recipiente humeante, se desplazó hasta la habitación y, consternada, comprobó que Ramiro había escapado por la ventana.

Echó un vistazo para ver si en su desesperación el chico había saltado con la idea de suicidarse, pero no halló indicios de ello. En su lugar encontró una huella de sangre en la cornisa. Cómo logró bajar sin hacer ruido o dejar más rastros, era todo un misterio.

Hebe entró en pánico y huyó.

Akrasia (Mala mezcla)

El viejo era querido en el pueblo, algo que él no podía comprender. Sin embargo, se sintió agradecido cuando numerosos vecinos y amigos asistieron al tanatorio para expresar sus condolencias. Su gratitud no era tanto por sí mismo, sino por su madre. Ella, acostumbrada a vivir bajo la sombra de un hombre dominante, tardaría en procesar la magnitud de su pérdida.

El ataúd abierto dejaba ver al hombre. Su rostro ceniciento reflejaba el declive que había sufrido a lo largo de las últimas semanas. Los médicos habían anticipado su muerte, pero Rubén sabía que para una esposa devota como era su madre, tal aceptación no sería fácil. La mujer, abrumada por el dolor, se encontraba demasiado afectada para hablar con quienes venían a mostrar sus respetos. En su lugar, el único hijo de la viuda tomaba la iniciativa, disculpándose por ella y agradeciendo a los presentes por su apoyo y compañía en unos momentos de profundo sufrimiento.

Era un maestro en el arte del engaño, un auténtico dios de las falacias. Incluso en presencia del cuerpo sin vida de su padre, se dio el lujo de asumir uno de sus roles más convincentes: el de hijo desolado luchando por mantener la serenidad. Al enfrentar el cadáver, sintió alivio; él era la parte favorecida en una especie de juicio divino, premiado por un jurado celestial. Para él, dar sepultura a un hombre que sólo le había procurado tiranía y crueldad marcaba el cierre de un capítulo amargo. El libro se acababa y toda una biblioteca de ejemplares fascinantes estaba a su disposición.

La mayoría de los presentes, personas que carecían de formación y propósitos de mejora, le causaban rechazo. Por un lado, sentía que esa gente no tenía la culpa de haber nacido en un lugar sin demasiadas posibilidades, pero luego pensaba en su propia situación y resultaba inevitable verlos como unos vagos conformistas, adoradores de la mediocridad.

—Cuánto lo sentimos, Rubén.

Si alguien merecía un trato cordial, esos eran sus exsuegros. De todos los que habían venido a darle el pésame, los padres de Mina eran los únicos a los que celebraba ver allí.

—Gracias por venir —respondió, dejándose abrazar por la mujer.

—Oh, cariño —dijo, dirigiéndose a su madre—. Te acompañamos en el sentimiento.

La viuda, completamente abstraída, se mantuvo callada y con la mirada fija en un punto de la sala.

—Discúlpala, no se encuentra bien —intervino Rubén—. Ella sabe que la queréis y, aunque no pueda manifestarlo ahora mismo, está muy agradecida de que estéis aquí. Y yo mucho más.

—Rubén, no tienes que agradecernos nada. Siempre estaremos a tu lado.

Las lágrimas brotaron, pero no por tristeza, sino por culpabilidad. Había matado a la hija de esas dos buenas personas sin pensar en que también los estaba matando a ellos. «La puta de Mina se lo merecía, pero vosotros no», pensaba.

—Cualquier cosa que necesitéis, por favor, llamadnos —se apresuró a decir la mujer.

—Lo haremos. Gracias.

Todavía no se había despedido de su padre. Logró la intimidad deseada al cabo de dos horas, cuando todo el mundo se había ido del tanatorio. Entonces se acercó al cuerpo a paso firme, apretando los puños y la mandíbula. Cuánto odio recorría su alma y, sin embargo, qué entereza demostraba.

Antes de apoyar las manos en el ataúd, echó un vistazo a su madre, quien seguía mirando al infinito, perdida en un mar de recuerdos que la atosigaban hasta el punto de dejarla paralizada.

Volvió a mirar al difunto y reparó en su expresión. Incluso muerto, su rictus era severo.

—Te vas de este mundo sin lograr tu propósito. Jamás olvidaré el episodio del coche, y me da igual si te arrepentiste en el último momento, la cuestión es que pensaste matarme, y ya sabes lo que dicen de los hombres con pensamientos homicidas: van directos al infierno. Atropellar a tu hijo mientras estaba jugando… ¿Qué clase de demonio piensa algo así? Luego te pusiste a llorar sobre el volante, se te descompuso el rostro y vi tu verdadera identidad. ¿Creíste que no me había dado cuenta? Saliste del coche y ya no volviste a mirarme a la cara hasta bien entrada mi madurez. ¿Dormías bien por las noches?

»Lo mejor de todo es que ni siquiera tuviste la dignidad de disculparte, de decir en voz alta los motivos que te condujeron a intentar matar a un niño. Tenía sólo cuatro años, mamón. ¿Tanto te afectó ver cómo le arrancaba las orejas a una rata viva? Te quejabas de ellas a todas horas y, para una vez que intentaba hacer algo por ti, vas y te llevas las manos a la cabeza. Sólo era una estúpida rata. Hay millones de ellas en el mundo. Nadie la iba a echar de menos.

»Se supone que el amor de los padres es incondicional, perdura en el tiempo a pesar de la naturaleza atroz de un hijo. Por cierto, no me arrepiento de nada. Destripé a la rata cuando te fuiste después de darme una paliza. Se ve que lo de llevarme por el buen camino no te salió bien, viejo. Rubén gana, papá pierde.

Se ajustó la corbata y dirigió sus pasos de nuevo hacia el lugar

donde su madre seguía sentada, ajena a la realidad y tan rota de dolor que parecía haber sufrido los efectos de una glaciación repentina.

Tal vez ahora no fuera consciente de lo que implicaba la muerte de su marido. Rubén lo veía como una manumisión que se había ganado a pulso, pero ella tardaría algún tiempo en darse cuenta de que aquella pérdida en realidad era un alivio. Por su parte, Rubén trataría de comportarse como un buen hijo. A pesar de todo, el amor de su madre sí había sido incondicional. Nunca volvió a ser la misma cuando se enteró del episodio de la rata, pero al menos ella no dejó de quererle.

No había olvidado el asunto que le esperaba en casa. Había cometido un error dejando a Hebe pendiente de un hombre que, aun herido, haría todo lo posible por defenderse. Tenía total consciencia de que, llegados a cierto punto, Ramiro sería capaz de matarla con tal de escapar y, visto desde una fina practicidad, quizá era lo mejor para todos. Hebe dejaría de ser un cabo suelto y Ramiro pasaría a ser un sospechoso de dos crímenes, incluido, claro está, el de la profesora a la que quería y que nunca le correspondió. Sin embargo, Rubén no deseaba que eso se produjera de tal forma. La muerte de Ramiro prometía ser altamente estimulante y, por mucho que quisiera quitarse de encima a Hebe, prefería dedicarle un final a la altura. A los dos, en realidad.

Desde que llegó al pueblo había estado encargándose de todo: contactar con la agencia funeraria y costear el proceso, conseguir el acta de defunción, poner un anuncio en el periódico y notificar del fallecimiento a algunos parientes y amigos... Su madre, en el estado en que se encontraba, hubiera sido incapaz de sostener un bolígrafo. La mujer invirtió las últimas fuerzas que le quedaban en trasladarle la noticia por teléfono. Cuando Rubén llegó, la encontró sentada en el sofá con el auricular del teléfono en la mano, la mirada perdida y esa expresión de cansancio tan típica de quienes cuidan a enfermos durante un largo período.

Al verla supo que debía tomar las riendas de la situación. No esperaba que su apocada madre estuviera en condiciones para realizar aquellas tareas, pero comprobar que su decaimiento llegaba hasta tal punto fue descorazonador.

«Y como a cualquier hombre bueno, Dios lo acogerá en su misericordia». Las palabras del pastor conmovieron a los presentes, incluidos los hermanos y otros parientes lejanos de su padre, quien hubiera preferido que se oficiara un funeral laico precisamente para evitar numeritos innecesarios. En cambio, su madre, que era profundamente religiosa, de haber podido expresarse habría elogiado su gusto para tal despedida.

Levantó varias veces la barbilla de la mujer para que no

perdiera detalle de los acontecimientos. Ella se aferró a su brazo con fuerza en cuanto vio que el ataúd de su marido era introducido en la tierra. El trabajo de los operarios fue limpio y sobrio, quizá algo aséptico; un depurado proceder que celebró en silencio.

Finalmente, y después de agradecer de nuevo a todos cuantos se personaron en el funeral, acompañó a su madre hasta la casa. Abatida, la mujer se dejó caer sobre la cama mientras su hijo le quitaba los zapatos y la cubría con una manta.

El reloj de pared ubicado en el hall sonaba contundente, como si su endemoniado tictac pretendiera advertirle de que algo aún peor que lo vivido ese día fuera a producirse en breve.



Ya comenzaba a notar los efectos del deporte en su cuerpo. Se había vuelto más enérgico y percibía importantes mejoras en su abdomen, punto crítico que solía obsesionarle. Incluso su rostro ya lucía algo más anguloso que semanas atrás, lo cual hizo que esbozara una ligera sonrisa al mirarse en el espejo retrovisor. Pero no era un momento para celebrar nada.

Al llegar, preguntó por su padre y esperó a que el abogado llegara antes de ir a verle. Tras ser liberado y pagar la multa, Francisco no intercambió palabras con Fernando, quien hizo un enorme ejercicio de paciencia para no interrogarle durante el trayecto a casa.

Moreno se miró los nudillos, dañados debido a la pelea con Hierro. Esbozó una leve sonrisa al recordarlo, pero se censuró rápidamente. Perder el control de esa forma era impropio de él. Tener el cerebro conectado a la lengua y soltar cualquier disparate a modo de descarga era una cosa, pequeñeces de su carácter que compensaba con virtudes maravillosas. Pero dejarse arrastrar por la ira hasta el punto de llegar a las manos no formaba parte de su naturaleza.

Fernando estuvo a punto de quebrar su mutismo, pero se aguantó. Selló sus labios hasta llegar a su destino y se limitó a asentir cuando su madre le mencionaba cualquier cosa en la mesa. Francisco justificó sus marcas con un «pequeño contratiempo en comisaría». No se rompió mucho la cabeza compartiendo el falso episodio donde un ladrón intentaba escabullirse en plena rueda de reconocimiento. Para su mujer fue suficiente, y Fernando, descolocado, aunque guardándole el secreto, dio las buenas noches rechazando el postre.

Llevaba ya al menos un par de horas en la cama y seguía sin poder conciliar el sueño. «¿Qué condujo al viejo a romperle la cara a un juez?», pensaba ajustándose la colcha cada dos por tres.

Cerca de las cuatro de la mañana, alguien abrió la puerta de su habitación y chocó con la cómoda al entrar.

—¿Qué es lo que haces, papá? —preguntó una vez hubo encendido la luz.

—Baja la voz —pidió Francisco, masajeándose la rodilla—. ¿Desde cuándo está ese mueble ahí?

—Desde 1994. Papá, ¿vas a decirme qué ha pasado?

Francisco se miró los nudillos y acto seguido se dejó caer sobre la cama de su hijo, cansado, con ganas de borrar lo acaecido esa jornada.

—Siempre he tenido problemas con ese imbécil —declaró finalmente.

—¿Hablas del juez?

—No, de Mary Poppins. Pues claro que hablo del juez.

—Creo que después de tu comportamiento de hoy no deberías seguir en esa línea de matón resabiado. —Ante el silencio de su padre, añadió—: Si necesitas hablar, hazlo. No eres menos hombre por confiar en alguien.

A punto de soltar una de sus malas contestaciones, Francisco se mostró abierto por primera vez. Aprovechó la circunstancia para hablar de sus casos en voz alta, quizá así alcanzara un modo de resolverlos. No contó qué lo había motivado realmente para atacar al juez Hierro, claro que Fernando estaba tan impactado por los hallazgos en el caso de Nadia Novés que no indagó en el asunto con el magistrado.

—¿Y dónde crees que está Hurón ahora? —preguntó encendiendo un cigarrillo.

—Gustavo Alabaina tiende a ser muy poco selectivo con sus amistades. Siempre fue un estúpido con un imán para meterse en problemas. Aquellos que creía sus amigos ya no quieren saber nada de él. Si esa gentuza cree que es un animal, no ha de ser lo que se dice un santo. Anduve no hace mucho en el barrio donde solía hacer sus torpes trapicheos, pero al parecer lleva mucho sin pasarse por allí.

—¿Fuiste solo al *Desguace*? ¿En qué diablos pensabas?

—¿Desde cuándo me controlas? ¿Y tú cómo conoces ese sitio? ¿Has estado alguna vez?

—No, pero conozco a mucha gente, ¿sabes? Todo el mundo habla de ese lugar como un agujero infecto que es mejor no conocer en primera persona.

—Escucha, Nandito, si alguna vez te veo allí soy capaz de pegarte un tiro. ¿Te queda claro?

—¿Y qué harás cuando ingrese en el cuerpo y tenga que acudir a la zona a poner orden?

Fue entonces consciente de que su hijo hablaba en serio cuando dijo que quería ser policía y también de los peligros a los que se quedaría expuesto una vez pasara las pruebas. Aún albergaba dudas

respecto a sus aptitudes, pero advirtió un ingrediente importante en sus ojos: curiosidad. Lamentó internamente que Fernando se pareciera tanto a él, sabiendo que por desgracia sufriría sus mismos altibajos y frustraciones. Ambos eran tozudos y arrogantes, ambos tenían agallas, pero una lengua impulsiva, un problema cuando se trata con un determinado sector de la sociedad.

—Es tarde. Debería irme a dormir —dijo, sin lograr aclarar sus ideas respecto a los casos.

—¿Y ya está? ¿Me cuentas todo esto y te largas? —soltó Fernando molesto.

Su padre no reaccionó, en su lugar apagó las luces y cerró la puerta, dejándole claro que también él tendría que pasar más de una noche en vela cuando un caso le removiera las entrañas.

Syssitias (Fiesta)

Actuó por instinto y saltó, consciente del inminente dolor y del riesgo de fracturarse las piernas al caer, pero la urgencia de sobrevivir eclipsó cualquier preocupación por sus huesos.

Apurado, su corazón le avisaba del peligro mientras el aire frío le tensaba los músculos de la cara. «Tienes que lanzarte. No hay otra alternativa», se dijo para mitigar el pánico.

Tal y como había vaticinado, la caída le costó un tobillo. Fue imposible reprimir un grito en medio de la noche, más solitaria que nunca debido a ese implacable invierno que mantenía a ciudadanos recluidos en sus cálidos hogares. Aun así, con la sensación de que se desmayaría en cualquier momento y que la brecha de su herida se abriría y volvería a liberar sangre, se abrió hueco entre la escarcha acumulada en el suelo y los vehículos aparcados, creyendo más que nunca en su propia fortaleza.



Condujo de regreso a casa, consciente de que dejar a su madre sola no era lo correcto. Pero cuando el instinto parpadea con la urgencia que lo hacía el suyo resulta imposible ignorarlo.

Pisó el acelerador y fijó los ojos en la carretera, ignorando el cansancio y anticipándose a lo que podría encontrar una vez llegara a su destino. ¿Habría sangre? ¿Ramiro estaría muerto? ¿La tartamuda habría sido capaz de mantener la situación a raya?

Cuando llegó y vio la puerta abierta y las luces encendidas, supo que algo mucho más grave había ocurrido.

Entró al dormitorio; el movimiento de las cortinas delataba un escape más o menos predecible. Sin embargo, la ausencia de Hebe lo llenó de inquietud. ¿Debía llamarla? Su mente analítica lo descartó de inmediato. Si bien sabía que ella bebía los vientos por él, no estaba seguro de que sus sentimientos fueran más poderosos que el pánico a acabar en una institución mental. Cuando le contó que había allanado la casa de Sofía y que ya cargaba en su espalda una orden de alejamiento por haber agredido a la mujer de su expareja, hizo enorme hincapié en el pavor que le producía la sola idea de ser ingresada en un centro. Rubén sonrió al recordar cómo gimoteaba al describir su idea de vivir en un manicomio. «Puta tarada. Ojalá te lobotomicen como a Rosemary Kennedy».

Se apresuró a hacer las maletas. Debía irse antes de que el estúpido de Ramiro diera parte a la policía, pero entonces sonó el teléfono y acudió a la cocina para contestar.

—¿Quién es?

Al otro lado de la línea, una Hebe con la boca completamente sellada debido al horror, trataba de expresarse, en vano. Los dientes, de apretados, impedían vocalizar nada que no fueran gemidos.

—Hebe, tienes que calmarte —dijo él—. ¿Estás en tu casa?

—N-n-no. T-t-t-t-t-t-t-tien-n-n-n-n-nes q-q-q-q-q-q…

—Respira hondo —la interrumpió—. Luego sacude los brazos y masajéate la cara.

Ella obedeció, podía escucharla respirar despacio, intentando eliminar la rigidez de los labios y el cuello.

—Eso es —añadió Rubén, su voz era suave, como la de esas meditaciones guiadas que tanto se emplean para tratar la ansiedad—. Vamos, linda. Tú puedes con todo.

—Gracias —respondió ella. Había tal paz al otro lado del teléfono, que sintió un alivio casi instantáneo.

—¿Qué ha pasado?

Hebe relató lo ocurrido, excusándose y sintiéndose genuinamente una traidora. Rubén la escuchaba, tranquilo, aunque lo que más le apetecía era cortarle la cabeza. Al cabo de un rato, ella se echó a llorar.

—¿Qué ocurre ahora?

—Es que he p-p-p-perdido el c-c-c-c-control.

Rubén tardó un rato en responder. ¿A qué se refería? Estuvo a punto de decirle que iría a verla, no porque realmente quisiera hacerlo, sino porque así lograría quitársela de encima y huir tal y como tenía previsto. Sin embargo, como la mente es un pozo de finitas motivaciones, Rubén sintió una curiosidad insana y dijo:

—¿Has hecho algo malo?

—Avenida Los Álamos, 36, c-cuarta p-p-p-planta, let-tra A. C-c-c-corre. N-n-necesito t-t-t-tu ayuda.

Permaneció en silencio, intentando comprender lo que decía. Aquella no era su dirección. ¿Qué diablos estaba pasando?

—R-R-R-R-Rubén. ¡VEN YA! —gritó, llorando y desesperada.

Él dijo que en media hora estaría allí, pero dudó si debía acudir al sitio. Había verdadero horror en la voz de Hebe, aunque si algo le había enseñado la vida era que no debía fiarse de ninguna mujer.

Continuó haciendo las maletas. Si aquello resultaba ser una trampa, al menos tendría una oportunidad de huir.

La Avenida de Los Álamos era un lugar concurrido. Como una de las calles más transitadas de la ciudad, sería difícil encontrar aparcamiento, así que, adelantándose a una desesperante búsqueda, dando vueltas y más vueltas, decidió dejar el coche a dos manzanas.

Despreocupado, caminó hasta el número 36 y, considerando oportuno guardarse las espaldas, llamó al timbre con los guantes puestos.

La «loca tartamuda» abrió enseguida. Él subió las escaleras hasta la cuarta planta y, al llegar, Hebe lo esperaba con la puerta abierta.

Rubén la observó unos segundos. Las ojeras pronunciadas y los labios blancos dejaban claro que se encontraba en un verdadero aprieto.

Entró a la vivienda y siguió los pasos de Hebe hasta el baño. Sobre el suelo rosa, una mujer sangraba profusamente por la cabeza. Respiraba a duras penas, pero no tardaría mucho en morir si no se hacía algo al respecto.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Ma-M-M-M-Mamen. ¿Crees que est-t-t-á viva?

Él se acercó a la víctima y la observó de cerca. A unos pocos centímetros de su rostro, entre la sangre, había cristales gruesos, como los de un jarrón estriado. Mamen lo miró, parpadeando muy despacio. Su cuerpo estaba a medio cubrir por una toalla; aún había restos de jabón en la piel.

—¿La toalla la has puesto tú? —dijo, apartándola un poco y mirando el abdomen de Mamen para comprobar si respiraba. Seguía viva, pero el daño era irreversible. El movimiento del vientre se producía cada vez con mayor dificultad.

—S-sí.

Rubén la apartó a un lado y se dedicó a mirar a la mujer. Un tatuaje en forma corazón con una H en el centro decoraba la parte superior de su sexo. La espuma sobre el vello púbico recibía la luz de la lámpara y mostraba algunos matices de color.

—Dej-j-j-j-ja de mirarla —escupió Hebe, molesta.

—¿Tienes celos de una muerta?

Ella salió del baño, enfadada.

—¿A dónde vas? —preguntó Rubén.

—Prefiero n-n-n-no ver c-c-c-c-cómo la devoras con la m-m-mirada.

Mamen dejó de respirar definitivamente. Rubén pensó que era una lástima no haber aprovechado esos últimos minutos haciendo cosas indecentes con su cuerpo. Retorció uno de los rosados pezones del cadáver y babeó levemente. Era su parte favorita de las mujeres cuando se trataba de chupar, morder y cortar.

—Descansa en paz, bonita.

Hebe se tumbó en la cama matrimonial. Cómo podía ser tan impertinente era algo que escapaba a la comprensión de Rubén. Pero al mismo tiempo lo encontraba fascinante y un punto a favor de la loca tartamuda, que había resultado ser casi tan descarada como él.

—Eso es. Sigue dejando tu ADN por toda la casa —dijo, logrando que ella se levantara como un resorte.

Rubén miró el tocador y vio una foto de Mamen junto a un hombre.

—¿Este es el tipo al que amas? —preguntó—. Tiene un gusto pésimo para vestir.

—Y para escoger m-m-m-m-mujeres.

—También te escogió a ti. Al menos hasta que se topó con doña pezoncitos rosas.

Hebe frunció los labios.

—No te enfades, linda. Es sólo una broma —añadió enseguida.

—¿Q-Q-Q-Qué vamos a hacer?

—¿Vamos?

Ella apretó los dientes, tratando de controlar lo que de verdad quería responder.

—Estoy de broma otra vez —dijo Rubén—. ¿Dónde está él? ¿A qué hora vuelve a casa?

—Están se-se-separados. Héctor fu-fue a c-c-c-casa de sus padres.

—Veo que sigues suscrita al boletín de noticias de tu ex.

—Pu-puedo explic-c-carlo.

—Prefiero que me expliques qué ha pasado para que hayas venido aquí a cargarte a la preciosa mujer del baño después de haber dejado que Ramiro huyera.

Hebe estuvo a punto de decirle que aquel crimen era culpa suya, que si había perdido el control era porque le creía responsable de todos sus males. La necesidad de ver a Mamen en un momento como el que estaba viviendo tenía que ver con saber en qué punto se encontraba el matrimonio, si la crisis tenía solución o si, para suerte de ella, el vínculo se había roto para siempre, en cuyo caso, buscaría a Héctor hasta reconquistarle. La visita no gustó a la mujer, que le ordenó abandonar su casa a gritos, amenazando con llamar a la policía y llamándola de todo menos bonita. Cuando la vio salir de la bañera dispuesta a destruir su vida, no lo pensó dos veces y la golpeó con el jarrón. Si Rubén no hubiera sido tan mal hombre, si hubiera sido un sujeto respetable, no estaría en aquella situación. No habría extrañado a Héctor, no habría atentado contra una persona que, aun odiándola como la odiaba, no merecía morir de tal forma.

Pero no dijo nada, y esta vez el silencio no se debía a su descontrolada disfemia, sino a la necesidad de salir indemne de aquello.

—Bueno, como tienes hoy la lengua cosida por los nervios, ¿qué tal si nos dejamos de charla y hacemos una buena limpieza?

—¡Moreno! —gritaba eufórico—. ¿¡Habéis visto a Moreno!?

Alguien, cansado de escuchar la voz estridente de Gutiérrez, señaló el pasillo que daba a la máquina de café.

—¡Moreno, coño! ¿¡Por qué no contestas!?

—¿Qué quieres? —dijo Francisco impasible, removiendo su cortado.

—Hemos hallado ADN en la casa de Sofía Estévanez. Y adivina...

—¡Mierda, Flavio! ¡Al grano, joder!

—Coincide con alguien registrado en el CODIS.

Francisco elevó sus ojos esbozando media sonrisa, atraído por el documento que sostenía Gutiérrez como si éste estuviera compartiendo la ruta hasta una mina de diamantes escondida.

—¿Y de quién se trata? ¿Algún criminal con causas pendientes? ¿Un delincuente sexual? —preguntó con sumo interés.

—Es una mujer, Moreno. Una tía con antecedentes por agresión. Consiguió un trato y se libró de la cárcel. Y si vieras la foto... ¡Parece una santa!

Ver el rostro de Hebe, aparte de poco agradable, resultó ligeramente confuso. ¿Qué vínculo tenía aquella chica delgaducha con la señorita Estévanez? No correspondían al mismo mundo y, desde luego, jamás la habría relacionado con los hechos. Sin embargo, de sobra era conocido su desequilibrio mental, y aunque hubiera llegado a empatizar con la joven, incluso a sentir lástima por ella, no podría permitir que siguiera haciendo esa clase de cosas. Aun así, no tenía ningún sentido. En el supuesto de que Sofía Estévanez y Héctor hubieran sido amantes —único motivo que se le ocurría para que la muchacha hubiera perdido definitivamente la razón—, había que contar con la otra víctima, un hombre que, a priori, no parecía tener que ver con el resto de implicados. La relación entre Hebe y esos crímenes tenía que deberse a otros motivos.

Con una coincidencia de ADN de por medio, el Juez Hierro no tendría problemas en darle una orden. Eso sí, no sería para registrar la casa de su sospechoso, sino de una muchacha que a sus ojos no había sido capaz de hacer tal cosa. No obstante, antes de agachar la cabeza y solicitar el permiso del magistrado, una inesperada noticia lo obligaría a posponer sus intenciones.

Un hombre que circulaba con sus hijos por una zona poco transitada llamó a emergencias para socorrer a un chico que yacía en la acera. Estaba gravemente herido; la sangre teñía una parte de la espesa capa de nieve que había caído horas atrás. El muchacho, que se

hallaba en condiciones deplorables bajo el asedio de la escarcha, pidió ayuda con un hilillo de voz que dejaba de manifiesto su preocupante estado. Al aproximarse, el padre y sus hijos notaron la palidez casi violácea y temblorosa del rostro, con mechones de cabello cubriendo los ojos, tan hinchados y rojos que contrastaban de manera espectacular con el blanco entorno.

Por desgracia, aunque llegó vivo al hospital, murió horas más tarde. Debido a los evidentes signos de apuñalamiento, el informe de la muerte de Ramiro pasó a disposición de la policía científica, concentrada en localizar señales que revelaran si se había defendido o si arrastraba consigo al menos material genético de sus atacantes.

Francisco y Gutiérrez se sintieron consternados al verle en ese estado. Aunque sus continuas llamadas denunciando al que ahora veían como sospechoso se habían convertido en un verdadero tormento, no merecía un final tan trágico. Intercambiando en voz alta las expresiones habituales de pesar ante la prematura muerte de un joven, examinaron las fotografías de las heridas y concluyeron que, efectivamente, el muchacho había muerto desangrado.

—Los del hospital dicen que tenía cinta por encima del corte —señaló Gutiérrez—, algo así como un torniquete improvisado.

—Parece que de nada sirvió —acotó Francisco.

—Por lo que cuentan, la cinta funcionó, al menos un tiempo. Ramiro llegó inconsciente, de manera que no pudo contar nada cuando fue ingresado.

—¿Dónde le encontraron? ¿Lo dice en alguna parte? —preguntó mirando el informe médico.

—A doscientos metros de su casa, parecía ir en esa dirección.

—Según esto —indicó señalando los documentos— la fractura se produjo después de la herida con el arma blanca, «se observan señales de un fuerte impacto», pone aquí.

—¿Huía de alguien y saltó desde cierta altura? —pensó Flavio en voz alta.

—En el supuesto de que así fuera, ¿por qué no solicitar ayuda en cualquier establecimiento? En su estado, ¿qué lo motivaría a continuar arrastrándose? Desarmado y herido, lo lógico habría sido gritar, pedir auxilio a voces.

—A lo mejor temía ser descubierto en su escape. El tío que llamó a emergencias se había levantado muy temprano para llevar a sus hijos a esquiar. Dijo que eran al menos las cinco y media de la mañana, por lo que quizá Ramiro no encontró un sitio abierto a las horas en que trataba de desplazarse. Además, está la fractura de su tobillo. Puede que debido al dolor no estuviera muy lúcido. ¿Quién sabe? La última vez que lo vimos no andaba bien de la azotea.

Dubitativo, Francisco oía las palabras de Flavio sin llegar a una

conclusión que le pareciera razonable. Dibujó entonces en una hoja de papel las posibles rutas del muerto, rescatando mentalmente la distancia que había entre sus lugares habituales y la casa en que vivía. La escuela de interpretación quedaba a tres manzanas en dirección opuesta a la que se dirigía; el bar que frecuentaban él y los demás actores se hallaba algo más cerca, aun así, de haber ocurrido un altercado allí, alguien habría llamado a la policía o a emergencias, cosa que no se produjo.

El procedimiento estándar los conduciría a investigar el entorno de la víctima, preguntando a sus conocidos si estaban al tanto de sus problemas, si tal vez contaba con enemigos. Francisco quería saltarse esa parte. Estaba convencido de que Rubén Torres era el responsable, pero por ahora no había pruebas que lo situaran como tal.

El teléfono del detective sonó imperioso, aunque él no parecía prestarle atención hasta que Gutiérrez sugirió que contestara. Moreno atendió la llamada, pero antes comentó:

—Ve al bar de los actores y pregunta si alguien vio a Ramiro la noche de los hechos.

—¿Quiere que haga de perro rastreador? ¿Yo solo?

—¿Te pongo una niñera o qué?

Gutiérrez asintió y se desplazó hasta el sitio creyendo que su superior le había puesto una tarea con el único propósito de perderlo de vista. Mientras tanto, Francisco atendía al teléfono:

—Papá, ¿sigues ahí? —dijo Fernando.

—Sí, coño, ¿qué pasa?

—¿Estás muy ocupado?

—Déjame ver… Ay, mira, tengo un hueco entre el partido de tenis y la cita con la masajista tailandesa.

—Perdona, pero es que ha llegado un hombre a casa y ha dejado un sobre para ti.

—Ese hombre por casualidad no será el cartero, ¿verdad? ¿No sabes que la correspondencia se puede dejar sobre una mesa hasta que llegue?

—No, no era el cartero. Su aspecto me pareció extraño, la verdad, tenía mala pinta, como se suele decir.

—¿A mí que me cuentas? Quéjate a Correos…

—Te digo que no era un cartero, joder. Dijo que te conocía, que debía dejarte algo muy importante. Me dio mala espina. Parecía nervioso y no sé si será relevante o no, pero tenía una cicatriz muy fea debajo de un ojo.

Francisco supo al instante que aquel individuo era Hurón, el principal sospechoso en el caso de Nadia Novés al que tanto tiempo llevaba buscando. Permaneció unos segundos callado, casi sin capacidad de reacción, hasta que su hijo inquirió:

—Papá, ¿estás ahí? ¿Papá?

—Fernando, escúchame bien. ¿Hace mucho que ha pasado ese tipo por ahí?

—Hará una media hora o así.

—Mierda. ¿Alguien más ha tocado el sobre?

—No, sólo yo.

—Que nadie más lo toque, voy para allá.



Sacudió del pantalón los restos de ceniza que probablemente habían llegado hasta allí tras fumarse su último cigarro. La máquina tragaperras del sitio se le antojaba una sirena cantándole en pleno Pacífico, seduciéndolo con afinadas y alegres tonadillas. Aparcó sus deseos de golpe, como si un Francisco en miniatura estuviera apretándole los testículos desde dentro, exigiéndole con una autoridad gigante que cumpliera su cometido en aquel lugar. «El viejo cree que puede mandarte al basurero mientras él se siente el ombligo del mundo —masculló molesto—. Ahora estará haciendo hueco en su estante de medallitas mientras tú, cual lacayo obediente, haces todo lo que te pide».

El gerente del local apareció rápidamente, vestido con una camisa de botones que, incluso de lejos, evidenciaba ser más una exigencia del trabajo que una elección personal.

—Disculpe la tardanza —indicó el chico con evidentes signos de fatiga—. Justo cuando ha llegado estaba recibiendo la mercancía de un proveedor ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Duerme usted bien? —preguntó sin titubeos.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Lo pregunto porque parece cansado.

—He tenido un hijo recientemente y, bueno —rio—, desde entonces no duermo mucho.

—Felicidades. Acaba de entrar al club de los preocupados. —Después de esbozar una ligera sonrisa, agregó—: No sé si me recordará de la última vez que estuve aquí. Vine con mi superior y estuvimos realizando algunas preguntas respecto a la desaparición de Sofía Estévanez.

—Sí, pobre Sofía. Todos lamentamos su pérdida.

—¿El grupo de alumnos con los que solía quedar aquí sigue viéndose en el local?

—Alguna vez, aunque a lo largo del último mes ha ido reduciéndose. Martita es la que más aparece por aquí. Ya ni Ramiro, ni Rubén, ni el otro chico vienen. Ah, ni la chiquita tartamuda.

—¿Tartamuda? Joder, ¿hay actrices tartamudas?

—Ella en verdad era una amiga del grupo, o al menos yo nunca

la había visto hasta que empezó a quedar con Rubén.

—¿Diría que eran pareja o amigos íntimos?

—La última vez vinieron ellos solos y se dedicaron un par de besos, pero no sabría decirle si era algo esporádico o más serio.

—Entiendo. ¿Qué apariencia tiene esa chica? ¿Podría describírmela?

—Morena, bajita... Parece una cría de pequeña que es. Muy pálida y con gafas de pasta negra. Tiene los ojos grandes, casi le ocupan toda la cara.

La descripción encajaba perfectamente con la imagen de Hebe Miralles, la muchacha enclenque a la que correspondía el ADN hallado en casa de la señorita Estévanez. Con nueva información que estudiar, decidió despedirse del chico.

—Gracias. Le dejo para que siga con su trabajo.

Encendió otro cigarro a la salida del local y trató de atar algunos cabos. Ya existía un móvil, que era lo que escamaba a su superior. «Hebe, la mujer de apariencia aniñada, sale con el actor y no le gusta el vínculo que existe entre éste y su profesora. ¿Y en un arrebato de celos la mata?». Echó un par de caladas al tiempo que esquivaba a varios viandantes en su recorrido descartando aquella posibilidad: «¿cuánto debe pesar esa enana? ¿40 kilos? Sofía Estévanez, que era un mujerón, podría haberse defendido. Y tampoco la drogó, según el informe de Manolo. ¿Tal vez tuvieras compañía aquella noche, Hebecita?».

Tenía claro que sería un día tedioso. Sabía que cuando su mente se saturaba así, la presión solía llevarlo a jugar al Black Jack o a terminar en la cama de Ariadna. Dadas las circunstancias actuales, esta última opción le parecía mucho más adecuada.

Ariadna se había convertido en una válvula de escape, un monumento de ojos verdes y cabello rubio que encontraba ingeniosos sus chistes malos y no juzgaba sus preferencias en el sexo. Ella no hacía preguntas incómodas ni se interesaba por su situación familiar. Era la compañía idónea para alguien inseguro, alguien cuya rutina resultaba insoportable y un absoluto tedio. Y ese alguien era Flavio.

Días atrás, la mujer le dijo que estaría de vacaciones pero que continuaría en la ciudad y que «si el insufrible de Moreno le daba un respiro» no dudara en llamarla. No hablaban demasiado en sus encuentros, pero Gutiérrez encontraba aquellas charlas muy especiales, pícaras y balsámicas, conversaciones sin filtros que demostraban comodidad y una confianza que, por desgracia, no había entre él y su esposa.

De nuevo atravesaría aquella puerta hacia el pecado, la linde que se había propuesto no volver a cruzar. Nunca fue capaz de respetarse a sí mismo, pero su mujer merecía otro trato. A esas alturas,

la expresión «ojos que no ven, corazón que no siente» ya no surtía el efecto deseado.

Ariadna lo esperaba desnuda. Ciertamente sabía cómo trasladarlo de esa realidad que encontraba anodina y vacía a un mundo repleto de trepidantes emociones, uno donde su figura no fuera vilipendiada por superiores o, en su defecto, por el más abusivo de sus críticos: él mismo.

Aitia (Causa para la guerra)

Héctor llevaba unos días sin poder conciliar el sueño. Cada mañana veía la luz filtrándose por las persianas de su antiguo dormitorio, que ahora volvía a ocupar por culpa de un fracaso matrimonial, y sentía todo el peso de la vida sobre los párpados. Volvía a la primera casilla del juego, pero ya no tenía el ánimo ni la energía del principio. Una versión estropeada de sí mismo tendría que superar todos los obstáculos de nuevo, y no sabía si estaba preparado; ni siquiera sabía si quería jugar otra vez.

Cuando Mamen sufrió el tercero de los abortos espontáneos, la pareja decidió no seguir intentando ser padres. Era una verdad muy dolorosa, máxime para un hombre como él, que llevaba soñando con la paternidad desde hacía muchos años. Al principio, quiso engañarse creyendo que el amor que ambos se profesaran sería lo suficientemente fuerte para seguir adelante, pero conforme transcurrían los meses se dio cuenta de que siempre vería a su mujer como el muro que lo separaba de una emoción antigua y necesaria, tan natural y arraigada en sus entrañas que sería imposible deshacerse de ella. La biología se impuso al amor. Héctor no pudo soportarlo y, aun enamorado, porque la quería, la quería muchísimo, decidió meditar las cosas en soledad.

Luego veía a sus propios padres, una pareja desunida por el desgaste del tiempo, y pensaba que ni siquiera él, fruto de la relación, había logrado mejorar las cosas entre ellos. Tal vez había sido injusto al dejar a Mamen, al situarla como el lastre en un matrimonio que había empezado siendo un paraíso emocional y desembocó en una playa asolada por un tsunami. Pero hasta los escenarios castigados por la rudeza de un fenómeno atroz vuelven al orden previo, se recomponen como la herida sangrante que acaba cicatrizando.

Sonó el teléfono. Tardó unos minutos en ser consciente de ello y, aunque llevaba semanas sin recibir las llamadas de su acosadora, supo que, de nuevo, Hebe volvía a estar al otro lado de la línea.

—Hola, Hebe —respondió de mala gana.

Ella permaneció unos segundos en silencio, atendiendo al timbre de la voz del chico mientras él insistía en llamarla:

—Hebe, ¿estás ahí?

—Sí —respondió finalmente.

—Ya sabes que no puedes llamar a este número.

Esta vez no pronunció las palabras como una sentencia, sino de forma conciliadora. Puede que en el fondo se alegrara de saber que aún seguía en los pensamientos de la chica.

—¿Qué te pasa? Pareces cansada —agregó después de unos

segundos.

—No, estoy bien —declaró secándose las lágrimas—. Sólo quería escuchar tu voz.

—Hacía mucho que no llamabas. ¿Qué te ha hecho volver a las andadas?

—¿Es que acaso importa?

—Claro que me importa, Hebe.

—¿Desde cuándo odiar a alguien es sinónimo de que te importe?

—No te odio. Nunca lo he hecho. —Tras exhalar el aire en un ejercicio de paciencia, agregó—: ¿Y qué ha pasado con tu disfemia? No has tartamudeado ni una sola sílaba.

Debatiéndose entre cambiar de tema o confesar todo lo ocurrido, Hebe tragó saliva y se decantó por lo primero:

—Acudí a un logopeda. A veces me sigue costando, pero ya casi no se me nota. ¿Cómo estás tú?

—Pues mentiría si dijera que bien. Mamen y yo lo hemos dejado, ¿sabes?

Hebe recibió la noticia como una flecha en el pecho. La imagen de Rubén descuartizando a Mamen y luego metiéndola en bolsas de basura la asaltó de golpe. La disfemia volvía en forma de mordaza, por lo que, incapaz de continuar la conversación, colgó.

El camino hacia la biblioteca de la Facultad estuvo impregnado de frío y palpitaciones aceleradas. Las voces de los transeúntes, el crujir de sus pasos sobre el hielo y hasta el canto de los pájaros se transformaron en un ensordecedor bullicio, como una ominosa banda sonora en su angustioso trayecto hacia lo que parecía ser el infierno. Atormentada por la idea de que en cualquier momento alguien la señalaría, acusándola de criminal, incrementó la velocidad de su paso, consumida por el pánico. A esas alturas, Ramiro ya habría informado a las autoridades sobre el horrendo incidente. «Es sólo cuestión de tiempo», se repetía. Pero Rubén le había asegurado que Ramiro debía de estar muerto, pues, de haber logrado su propósito, ya habrían sido detenidos. «Igualmente, no nos quedaremos aquí por mucho más tiempo», zanjó.

Mientras, debía simular que todo estaba bien, forzando una normalidad que le exigía un esfuerzo titánico. Al tomar asiento en el interior de la cabina y tocar el cristal que la separaba del mundo exterior, encontró una inesperada serenidad. Esa sensación de aislamiento le permitió recuperar la calma, imaginándose como un pequeño roedor en su jaula metálica, rodeada de gigantes que golpeaban su prisión. A pesar de estar al límite, sabía que eso no la detendría en su trabajo. Una vez más, se mantuvo inadvertida, oculta como un camaleón en medio de su proceso de camuflaje. En eso era

una verdadera maestra, capaz de hacerse invisible siempre que la situación lo exigiera.

Aún faltaban unos minutos para que los visitantes habituales de la mañana llegaran a la biblioteca. No había considerado que los exámenes estaban a sólo dos semanas de distancia, lo que significaba que pronto una multitud de estudiantes ansiosos irrumpiría en el lugar. Se reconocerían fácilmente por sus manos temblorosas, producto de demasiado café, y los inquietos movimientos de sus piernas, reflejo de su inseguridad ante las asignaturas que aún tenían que afrontar.

Pronto, varios jóvenes comenzaron a pedir libros con insistencia, como si estuvieran determinados a sacarla de quicio con una lista interminable de títulos de biología, ciencias de la salud, química y matemáticas aplicadas. Su confusión era tal que quedó inmóvil frente a la pantalla de su ordenador. Las letras, números y espacios parecían bailar ante sus ojos, saltando en un desorden caótico, como burlándose de ella desde el otro lado. «Esto no puede estar pasando», pensó, luchando por contener las lágrimas.

—Oye —insistió un chico—, no es por agobiarte, pero necesito *Fundamentos de Anatomía Humana: Un Enfoque Integral para Estudiantes de Segundo Año* cuanto antes.

Hebe permaneció en silencio, absorta frente a su ordenador, como si estuviera flotando en un trozo de madera en medio del Atlántico. Desorientada y sin saber cómo reaccionar, se quedó mirando al vacío.

Los murmullos de los alumnos rompieron el silencio del lugar, mostrando su intolerancia ante la aparente falta de atención de la muchacha. En lugar de considerar que ella podría estar bloqueada o atravesando una crisis personal, creían que evadía intencionadamente sus responsabilidades, ignorándolos con descaro.

—Chicos, ¿no os dais cuenta de que la señorita no se encuentra bien? Id a la cafetería unos minutos mientras me encargo de esto.

Jeremías, el guardia de seguridad con dos décadas de servicio en el lugar, observaba a menudo a Hebe, desde la intriga y también desde cierto deseo. La encontraba frágil y bonita, pero su conducta se le antojaba todo un misterio que lo ayudaba a olvidarse de sus agridulces problemas conyugales. Siempre que coincidían, ocultaba su alianza con la intención de mantener una charla agradable con ella.

—Hebe, ¿te encuentras bien? ¿Necesitas que llame al médico?

Ella atendió a sus cálidas palabras, percatándose entonces de la expectación surgida a su alrededor.

—No soporto que me estén mirando así —lloró.

—No te preocupes. Ven conmigo a un lugar más tranquilo.

Necesitaba dejar de ser observada y la propuesta del viejo

Jeremías le pareció una escapatoria aceptable. El almacén estaba frío. La luz del fluorescente parpadeó más tiempo del habitual y el guardia expresó:

—Parece que Román va a tener que arreglar esta luz. —Ante la mirada interrogante de la chica, agregó—: Ya sabes, el chico de mantenimiento.

Hebe asintió y empezó a temblar.

—Madre mía, estás temblando —dijo el hombre frotando sus hombros—. Aquí no parece llegar la calefacción.

Las manos de Jeremías frotaban con brío. La intención inicialmente era la de proporcionar calor, pero advirtiendo que quizá no volvería a tener una ocasión parecida, el personaje atravesó la frontera de lo políticamente correcto y acarició los senos de la chica.

Hebe se quedó petrificada, sin capacidad de reacción. Una parte de sí misma quería romperle la cara al cretino abusivo que tenía delante, pero otra se hallaba tan consternada por lo sucedido con Mamen, que tardó unos minutos en reaccionar.

—Te deseo —comentó él tras besarla en los labios—. Desde la primera vez que te vi.

Continuó tocándola por todo el cuerpo mientras ella permanecía impertérrita, como si de alguna extraña manera hubiera abandonado su cuerpo en pos de evitar seguir sintiendo el asqueroso tacto de aquel hombre. Consciente de que debía pararle los pies antes de que pasara a mayores, finalmente espetó:

—¡Aparta t-tus sucias manos de mí, per-p-pervertido!

Jeremías, arrepentido y considerándose un cerdo, trató de excusarse, pidiendo disculpas mientras apartaba sus manos de inmediato.

—Perdóname, Hebe, yo…

No se quedó a escucharle. Regresó a su puesto a toda velocidad, deseando no seguir viendo al sujeto que pretendía aprovecharse de su estado. «Lo único que faltaba era encima convertirte en pasto para sinvergüenzas», se reprochó.

—Hebe, estás aquí. Te he buscado por todas partes, menos mal que recordaba dónde trabajabas, linda.

La presencia de Rubén supuso un alivio, así que no limitó su dicha al verle. Hasta ese momento, se sentía completamente sola en el mundo y, pese a que un manto de opacidad se cernía sobre ambos, lo abrazó con fuerza.

—Lo sé —susurró él acariciando su cintura—. Tranquila…

—Hebe —intervino Jeremías, tratando de recuperar el aliento —, lo siento mucho. De verdad.

—La-lárgate —dijo sin separarse de Rubén.

—De acuerdo, ya me voy.

Esperó a que el tipo se marchase para preguntar qué estaba pasando. Hebe negó con la cabeza y siguió aferrada a sus brazos, como el niño que despierta de una pesadilla y siente las medicinales manos de su madre, meciéndolo, curándolo.

Rubén no indago más al respecto.

—Voy a casa a darme una ducha y con suerte dormir un poco. Estoy exhausto —declaró.

—P-pero ¿y Rami-mi…?

—No digas su nombre aquí —susurró—. Nos vemos en mi casa cuando acabes el turno, ¿de acuerdo?

Ella asintió luego de darle un beso. En cuanto el actor cruzó la puerta, Hebe se dejó caer sobre la silla y hasta logró olvidar lo acontecido con Jeremías minutos atrás. El control que Rubén ejercía sobre ella era tal, que nada, incluso la posibilidad de que Ramiro estuviera denunciándolos en ese preciso instante, podría empañar lo que sentía.

Por su parte, Rubén anduvo unos metros y localizó al tipo que se había disculpado con Hebe. Observó unos minutos su torpe andar y se preguntó cómo un individuo de tan precarias condiciones físicas era el responsable de la seguridad del sitio. Errante, paseaba en aparente calma, pero él sabía que algo le preocupaba, que el modo en que se había dirigido a Hebe sólo podía indicar que la había tratado de forma inapropiada. Aun así, se mostró prudente. No quería andar a golpes con un extraño ahora que las cosas estaban algo tensas, por lo que, guardando aquel rostro en su memoria para un futuro encuentro, continuó su recorrido.

La noche había sido larga. Deshacerse de las partes del cuerpo de Mamen fue todo un desafío. Hebe insistía en acompañarle, pero para realizar esa labor prefería estar solo. Recorrió cientos de kilómetros buscando diferentes localizaciones en las que ir arrojando bolsa a bolsa. En total, veintinueve montoncitos de carne y huesos habían encontrado un nuevo hogar entre diferentes contenedores de basura, escombros de zonas en obras y una montaña de estiércol en una granja avícola.

La muerte de Mamen había sido todo un hallazgo. Hebe era potencialmente peligrosa, bien lo demostraba la orden de alejamiento que había ignorado durante tanto tiempo, pero jamás la vio capaz de matar a alguien. La había subestimado, y eso significaba que era más astuta de lo que parecía. ¿Acaso se había perdido en el laberinto y la araña que lo regentaba era ella?

Sin embargo, que Hebe resultara ser una viuda negra le parecía excitante y, a su manera, un contrato de confidencialidad. A pesar de conocer sus secretos, ella permanecía a su lado. Fiarse de una mujer no entraba en sus planes, pero otra cosa era tener un cómplice. Entre

compartir cama o compartir crimen, Rubén creía mucho más interesante lo segundo. Así que la figura de Hebe, en la balanza de sus intereses, volvía a contar con un peso necesario.

Por otro lado, estaba la desaparición de Ramiro. En ningún momento pensó que ese pobre desgraciado hubiera tenido una mínima oportunidad de sobrevivir. Si por singularidades del destino hubiera logrado su propósito y contactara con la policía para acusarle, podían ocurrir dos cosas: que el inspector Moreno no hubiera creído la versión de un borracho paranoico o que, después de analizar debidamente las pruebas, considerase que cabía una posibilidad de que Ramiro no estuviera tan loco. En ese caso, el operativo policial no tardaría demasiado en darle caza, de modo que, frente a la ausencia de noticias, debía actuar con rapidez y firmeza.



Francisco agarró su abrigo y salió del despacho sin anunciar su destino. Al salir, tropezó torpemente al intentar esquivar a unos transeúntes. La repentina reaparición de Hurón lo había desequilibrado por completo. A estas alturas de su vida, no podía creer que aquel insensato se hubiese arriesgado de tal manera. Gustavo Alabaina había logrado escapar antes, así que debía de haber una razón importante para su regreso. O quizá, simplemente buscaba irritarlo.

Caminó hacia su casa, anhelando llegar lo más rápido posible. Infinidad de nuevas preguntas competían por ser la principal preocupación en su mente. Y, por una vez, decidió anteponer los sentimientos a la lógica.

Al llegar al portal, contempló la posibilidad de informar sobre sus descubrimientos y de oficializar la reapertura del caso. Sabía que su conducta estaba siendo imprudente e inapropiada. Sin embargo, en cuanto abrió la puerta de su casa y vio el sobre encima de la mesa del recibidor, se dejó llevar por su impulso de descubrir la verdad.

Fernando estaba calzándose las zapatillas de deporte cuando vio a su padre entrar y dirigirse hacia el misterioso sobre. Dejó sus zapatillas a medio atar y se levantó impulsado por la curiosidad, deseoso de descubrir qué motivo tan importante había hecho que Francisco abandonara su trabajo. Era raro que el inspector se apartara de sus deberes, así que Fernando se acercó a él sin reservas, ansioso por saber más.

—A ver qué diablos contiene esa cosa.

—No vuelvas a aparecer con tanto sigilo —dijo su padre, después de llevarse un ligero sobresalto.

—¡Ábrelo ya, coño!

Tras ponerse los guantes, extrajo una nota que decía:

Hay cosas que no sabe, viejo. Nos vemos esta noche a las diez en el Desguace*, junto al cartel que hay a la salida del pueblo. Si alguien me detiene, si aparece un triste madero que no sea usted, juro que la verdad se irá conmigo a la tumba*.

Luego echó un vistazo al interior del paquete constatando que, tal y como imaginaba, ahí estaba el otro guante de Nadia.

—No pensarás ir a ese sitio solo, ¿verdad? —inquirió Fernando.

—No te metas en mis asuntos —contestó, dando un portazo.



Envuelto en sudor, Gutiérrez suspiró y se levantó para ir a la ducha, pero su compañera dijo desde la cama:

—Ni hablar, que luego me dejas el baño lleno de pelos.

El sarcasmo le sacó una sonrisa. La calvicie era un asunto que le molestaba, pero cualquier cosa que saliera de los labios de Ariadna le hacía gracia.

Ya aseado y dispuesto a abrocharse la camisa, Ariadna le anunció que alguien había venido a verle.

Francisco no tenía cara de buenos amigos. Al volver a la comisaría y comprobar que Flavio no había vuelto, dedujo que estaría haciendo lo que mejor se le daba: estropear su vida.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó Gutiérrez, sorprendido.

—Menuda mierda de superior sería si no conociera tus secretos —comentó molesto.

—Hice lo que me pidió. Estoy simplemente haciendo una parada en el camino.

—Si quieres autodestruirte no seré yo quien lo impida. Vengo a pedirte que hagas tu trabajo. Estaré ausente un día.

—¿Va todo bien?

—No. ¿Podrás encargarte de las cosas durante veinticuatro horas sin meter monedas en una máquina o el pene en una vagina?

Flavio asintió, avergonzado de sí mismo. Una vez más.

Moreno abandonó la casa sin siquiera despedirse. Ahora mismo sentía que sólo existía una causa para él y, antes de que se cumpliera la hora para su cita con Hurón —de quien no se fiaba lo más mínimo —, dirigió sus pasos hacia el lago para recoger muestras del terreno que Manuel le había pedido. No podía dejar a un lado la investigación; no tenía cabeza para centrarse en nada más que no fuera Nadia. Y aunque varios asesinatos dependían de su implicación en ese instante, la figura de aquella pequeña le suplicaba a gritos que hiciera justicia.

—Moreno, de veras que no puedo.

El chico evitó mirar de frente al inspector, que, nervioso, pero guardando las formas, no dejaba de preguntar por qué no podía ayudarle como otras veces.

—Son recursos públicos, joder —respondió en un tono al que no acostumbraba—. No me obligues a dar parte, por favor.

—¿Cuántas veces me has hecho favores, Manolo? ¿Por qué esta vez es distinto? Sabes que es importante para mí.

—Me juego el puesto, Francisco —sentenció—. Trae un permiso y lo haré encantado.

—A ti nunca te han importado las normas. Siempre dices que hay cosas que están por encima de los protocolos y esta es una de ellas, coño.

—No puedo —repitió.

—¿Quién te ha metido miedo?

Manuel devolvió el bote con la muestra de tierra y susurró:

—No quiero problemas. No quiero volver a tener que desvelarme a las cuatro de la mañana por una llamada telefónica donde me advierten sobre lo terrible que es perder a un ser querido.

—¿Te han amenazado? ¿Quién ha sido? Dímelo y daré con él.

—Tú trae una orden del Juez Hierro y yo haré mi trabajo con mucho gusto.

—¿Tiene que ser de ese gilipollas? ¿No puede ser de Guerra o de Carrión?

—Trae una orden del Juez Hierro —dijo secándose una lágrima —. Sólo suya.

Francisco no necesitaba oír más. Ya tendría tiempo de analizar con calma la intervención de Hierro en aquel asunto. Primero, debía acudir a su cita con Hurón.

Sus pasos sonaban crepitantes sobre la escarcha. A medida que se acercaba a su destino, el ambiente se iba volviendo más oscuro, como si quienes habitaban el *Desguace* no merecieran la calidez que iluminaba la ciudad. Fue una buena idea aparcar a cierta distancia del pueblo y continuar el recorrido a pie. Los lugareños estaban deseando ver un coche nuevo para desvalijarlo con saña. Las piezas, mal vendidas, servirían para costear sus variados vicios, pero Francisco estaba ya curado de espanto.

El *Desguace* era un pueblo infecto. El amarillento cartel que daba la bienvenida se le antojó un modo jocoso de anunciar que el pueblo en realidad era un acceso al infierno. Las casas se caían a pedazos, algunas de hecho tenían más que la pintura de la fachada

sucia, con puertas y ventanas a veces parcheadas con cinta aislante. A esas horas sólo las cucarachas se dejaban ver, pero él, ya conocido en el sitio como «ese madero insufrible», empleaba su expresión más inquietante a quien osara mirarle incluso a distancia. Aun así, procuró tener la mano cerca del revólver, por si se topaba con algún maleante al que no había tenido el «honor» de conocer.

El final del pueblo era aún más lúgubre que la entrada. En el cartel que anunciaba el límite, pintarrajeado con palabras malsonantes, se alcanzaba a leer entre líneas soeces: «si sobreviviste, procura no volver».

Esperó diez minutos. Había olvidado que la gente como Gustavo Alabaina no era puntual. Llegó a pensar que se había arrepentido de aparecer cuando, entonces, un hombre enclenque surgió vestido con una sudadera y cubriendo parte de la cara con la capucha.

—¿Hurón? —preguntó Francisco.

—¡No me llame así, joder! —respondió, cabreado.

—¿Te ocultas en tu territorio? Sí que deben irte las cosas bien...

—No me toque los huevos, ¿vale?

Los tics en la ceja izquierda se habían acentuado. Ahora más que nunca, Gustavo parecía el adicto a las drogas que siempre fue, con los pómulos resaltados como dos bolas flotantes bajo la piel opaca y grisácea.

Durante los años transcurridos, Francisco lo mantenía en sus recuerdos sin reparar en que el paso del tiempo —y sobre todo el castigo de las adicciones— habrían distorsionado su imagen. En su momento, llegó a verlo como el pobre imbécil que, controlado a todos los niveles, esquivaba sus ojos el día que fue a su casa a hacerle unas simples preguntas. Deambulaba por el desordenado espacio cual pato asustadizo mientras torpemente trataba de encender una cerilla para fumarse un porro. Tenía a dos agentes de policía delante, por lo que no tardó en decir que aquello tan sólo se trataba de un cigarrillo liado por él mismo. «Qué estúpido era», pensó Francisco. Fue entonces cuando supo que cualquier delito que hubiera podido cometer era una nimiedad comparado con el caso de Nadia. Aun así, Gustavo sabía quiénes movían los hilos.

Después de su charla con Manuel, necesitaba que el drogadicto esmirriado que tenía delante le contara la verdad, que a través de sus labios secos y con herpes pronunciara el nombre que esperaba. Luis Hierro había sido capaz de muchas cosas, pero la idea de que estuviera involucrado en la desaparición de Nadia le removía las entrañas.

—¿Y bien? —se atrevió a preguntar— ¿Para qué me has citado en este pozo de mierda?

—Aquí no podemos hablar —dijo Hurón, temblando.

—¿Te burlas de mí? No me toques los cojones y suéltalo de una vez si no quieres que te pegue un tiro.

—Usted es policía, nunca me dispararía sin motivo.

—Pero tengo motivos, Gustavo. Muchos, en realidad.

Tragó saliva y, al cabo de un rato, el chico dijo:

—Le debo dinero a alguien y no quiero que me vea.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Seis días —respondió sorbiendo el aire por la nariz.

—¿Has comido algo o sólo has estado colocándote como un vikingo?

Tras rascarse la ceja un par de veces, asintió. Estaba avergonzado, como cuando su abuelo le exigía ser un hombre de provecho en lugar de andar todo el día drogado junto a esos amigos suyos en el parque. Ahora se arrepentía de haber maltratado al hombre que, en vano, se esforzaba en alejarlo de los horrores del mundo.

—¿Pretendes que me crea que has comido? —dijo Francisco. Resoplando, señaló en dirección opuesta al pueblo y agregó—: Hay una cafetería al lado de la gasolinera. En marcha.

—Podría haber alguien conocido ahí. ¿Es que no comprende que no quiero que me vean?

—Guepardo está en la cárcel. Ella no será un problema.

—¿Cogieron a Barbie?

—Sí. El que está sueltecito es Tritón. Pero se marchó a Suiza hace tres años. Tranquilo, sus secuaces están de vacaciones o muertos.

Volvió a rascarse nuevamente y, creyendo la palabra de Francisco, ambos echaron a andar.

—¿No trajo coche para venir hasta aquí? —preguntó, cansado.

—¿Es que a un búho como tú no le gusta sentir la brisa nocturna? No te quejes, ya casi hemos llegado.

El local, muy distinto a los bares que solía frecuentar, tenía el suelo y las ventanas limpias, invitando a pasar a aquellos viajeros que hubieran sufrido la mala fortuna de cruzar el *Desguace*. A Francisco le parecía estar presenciando dos masas heterogéneas que se niegan a una fusión casi obligada, como la unión entre dos océanos que parecen estar pegados, pero que dejan patentes sus diferencias a través del color de sus aguas.

—¿Qué desean tomar? —preguntó la mujer a cargo de la cafetería.

—Café solo —respondió el detective.

—¿Puedo pedir lo que quiera? —dijo tímidamente Gustavo.

—Menos un pico, lo que te dé la gana —susurró Francisco.

—Tarta de manzana y café con leche.

Con una sonrisa, la mujer tomó nota y los dejó a solas. Si algo seguía teniendo Hurón igual que en el pasado eran las manos. Huesudas y largas, las falanges resultaban casi hipnóticas en cada movimiento, tamborileando ligeramente la mesa. El sonido de los dedos sobre la superficie era apenas perceptible, pero para Francisco se había vuelto un ruido molesto.

—¿Antes tocabas algún instrumento? —se interesó, con la esperanza de que cesara la tarea.

—¿Antes?

—Sí, ya sabes, antes de que te jodieras la vida —aclaró con intención hiriente.

—La trompeta —respondió con voz suave—. Fui a la Escuela Superior de Música un tiempo.

—Hasta que la vendiste por cuatro duros, ¿verdad?

—Oiga, ¿quién se ha creído que es? ¿Cree que puede hacer un juicio de todo el mundo y quedarse tan ancho? ¿Acaso usted no comete errores nunca?

Francisco mantuvo silencio mientras la camarera colocaba con cuidado los cafés y la tarta sobre la mesa. En cuanto volvieron a quedarse solos, el inspector preguntó:

—¿Cómo un tipo que está en busca y captura consigue desaparecer tanto tiempo?

—Me las arreglo bien para ser invisible.

—Puede que antes de freírte el cerebro fueras capaz. Pero por esa época ya estabas fastidiadillo... ¿Quién te ayudó? ¿Quién fue?

—El italiano —respondió con la boca llena de tarta.

—¿Enrico? Venga ya, los honorarios de ese cafre son prohibitivos, y tú no tienes ni donde caerte muerto. ¿Pretendes que me crea eso sin más?

Hurón siguió comiendo sin inmutarse. No estaba allí para dar detalles de cómo había logrado escapar.

—No fue Enrico. Ni de coña —acotó Francisco.

—Tal vez sea un mindundi, pero tengo mis contactos.

—Entonces alguien lo pagó por ti. ¿Quién lo hizo y por qué?

—Señor Moreno, ¿cree que he venido después de tanto tiempo para confesarle mis secretos?

—¿Por qué coño estamos aquí entonces? ¿Para qué enviarme los putos guantes de la niña? ¿¡Es que quieres que te reviente a base de hostias!?

—Sea discreto, por favor —pidió sujetando una de sus mangas —, alguien podría estar vigilando.

—O empiezas a hablar o te llevo a comisaría —sentenció.

Antes de responder, Gustavo se tomó su tiempo. Saboreó el último trozo de tarta y sorbió con cuidado su café con leche. Después

de unos segundos de quedarse con la mirada perdida, comentó:

—Yo no le puse una mano encima.

Los ojos de Francisco se llenaron de lágrimas. No se debían a la tristeza o el cansancio, sino a la ira. Imaginó la cara de Nadia repleta de miedo, preguntándose qué estaba sucediendo y por qué le había tocado a ella vivir algo así. Debió de sentirse terriblemente sola y angustiada. Era un pensamiento cruel y muy deprimente.

—¿Qué pasó? —dijo Francisco conteniendo su rabia.

—Tritón era un tío difícil. Usted lo sabe y medio *Desguace* también. Por aquella época el padre de Sito lo echó de casa, así que la mayor parte del tiempo la pasábamos con el jefe. Haciendo recados, limpiándole el coche, bañándole a los perros, ya sabe, esa clase de cosas para ganarnos un dinero extra.

—O saldar deudas, ¿no? —intervino Moreno—. La carne es débil y vosotros manejabais droga todo el tiempo. Imagino que para unos adictos mantener las manos lejos de la mercancía era una tarea extremadamente difícil...

—Sí lo era —prosiguió—. Tritón conocía nuestras debilidades. Ese era un buen modo de tenernos cogidos por los huevos. Los adictos podemos ser peligrosos porque robamos y mentimos y esa clase de cosas, pero si vemos que quien consigue *las golosinas* está en riesgo, nos convertimos en los más leales del mundo.

—Gustavo, supongo que todo eso debió de ser difícil para ti, pero ¿qué tiene que ver con Nadia? Ya sé que tú y el gilipollas de Sito habrían dado un pulmón por Hipólito. Eso no es nuevo, y la verdad es que no me he ensuciado los zapatos pisando el *Desguace* para que me cuentes tus miserias de drogadicto.

—A Tritón no le gustaba que lo llamaran por su nombre.

—Me importa una mierda —espetó—. Como me hayas traído hasta aquí para no contar nada, lo vas a lamentar, Hurón.

—Él debía un favor a alguien. El tema consistía en conseguirle un crío. Daba igual si se trataba de un chico o una chica, la única condición era que no tuviera más de diez años.

El silencio de Francisco, que intentaba no perder los papeles ante semejante declaración, hizo que Gustavo se pusiera nervioso.

—Yo no quería hacerlo; de hecho, Sito me pegó varias veces en la cabeza para que me decidiera. Estuvimos horas en el coche mirando a los chiquillos tirándose bolas de nieve en la parte de atrás de la Iglesia. Eran muchos, la mayoría de ellos sin ser custodiados por un adulto, pero, aunque en un principio pareciera fácil coger a uno de ellos sin más, lo cierto fue que tanto Sito como yo nos dedicamos a observarlos como si esperásemos a que alguno hiciera algo malo que mereciera lo que iba a pasarle.

—¿A quién le debía el favor Tritón? —interrumpió Francisco,

ofreciéndole un cigarrillo.

—Eso no importa —respondió tras coger cinco de golpe.

—¿Cómo que no importa, saco de mierda? Es lo que más importa aquí, tarado. Dímelo o te rompo ese puto agujero negro que tienes por boca.

—Es mi única baza, señor —declaró casi llorando—. ¿Cree que no pienso en esa cría todas las noches? Fuimos nosotros quienes tuvimos que custodiarla durante dos semanas. Le cogí cariño, ¿sabe?

Francisco no se reprimió y lo tomó de las solapas con violencia, hasta el punto de captar la atención de algunos presentes en el local. Al cabo de un rato, tomó aire profundamente y dijo:

—Tú no sabes lo que es el cariño, hijo de puta —encendió un cigarro y después de dar dos caladas, finalmente se calmó y pidió que siguiera el relato.

—Teníamos a la cría dando patadas en el maletero, y Sito, quien nunca soportó los ruidos insistentes, salió dispuesto a darle una zurra para que se callara. Ahí me peleé por primera vez con él. Le dije: «valiente cabrón estás hecho. Tu padre te da palizas y tú pretendes hacer lo mismo con una chiquilla que ni tuya es». Yo le tenía miedo a Sito. Era igual de enclenque que yo, pero guardaba demasiado odio dentro, y eso puede hacer que te vuelvas un forzudo si la ocasión lo requiere.

Gustavo había empezado a temblar. Nunca pensó que rescatar aquellos acontecimientos en voz alta lo trasladarían a esa realidad ácida, que volvería a experimentar las mismas sensaciones de entonces. Aun así, y después de pedir fuego para encenderse un cigarro, añadió:

—Al llegar a la casa de Tritón, cosa que nos tenía completamente prohibida porque su novia y su hija no podían enterarse de los negocios que dirigía, nos dio las llaves de una cabaña. A Sito lo cogió de la coleta y, tirándole del pelo, juró que nos mataría si la cría no estaba intacta cuando la recogieran. Aparte de las llaves, también nos dio dinero para comprar comida, porque no sabía cuánto tiempo tendríamos que estar en el sitio hasta que se la llevaran.

—¿Adónde fuisteis?

—No puedo decir eso. La casa no era de Tritón. En las escrituras figurará el dueño legítimo, supongo.

Estuvo a punto de darle una cachetada, obligarlo a soltar cada verdad que escondía a base de golpes, pero Francisco sabía que debía contenerse una vez más. Asintió y permitió que siguiera hablando.

—El sitio era grande, aunque estaba en la quinta puñeta y tardamos en llegar más de lo previsto porque hacía un tiempo de mierda. En una de tantas paradas para limpiar los bajos del coche, que se llenaba de barro con una facilidad pasmosa, abrí el maletero para

darle agua a la chiquilla. Estaba asustada y con las mejillas rojas del frío. Ya no gritaba ni daba golpes; de hecho, me sorprendió que no pidiera auxilio en cuanto me vio. En ese momento ni siquiera le hablé, ella entendió que era mejor guardar silencio y beber con tranquilidad de la botella que le di. Decidí dejársela hasta que llegáramos a la casa y se recostó sin oponer resistencia para que pudiera encerrarla de nuevo. —Secó el sudor acumulado en su frente, y continuó—: Al llegar a la cabaña, nos repartimos las habitaciones. La chiquilla dormía en un cuarto y nosotros en otro, aunque apenas pegamos ojo el tiempo que permanecimos allí.

»Al cuarto día vinieron dos hombres. Echaron un vistazo en la habitación de ella y, después de sacarle unas fotos, se marcharon. Ni siquiera dijeron cuándo volverían o si tenían intención de hacerlo.

—¿Lo hicieron? —preguntó Francisco—. ¿Volvieron? ¿Cómo eran?

—Eran unos mandados, tipos duros que sirven de muro de contención, ¿comprende? Volvieron, pero cuando lo hicieron las cosas no fueron tal y como esperaban.

—Explícate, coño.

—El día número trece, Sito estaba muy nervioso. Cuatro días atrás se había acabado la comida, pero también la droga y, aunque yo también la necesitaba, no estaba tan enganchado como él. Se subía por las paredes, fuera de sí, gritando sin venir a cuento y rompiendo cosas. Me asustaba que cuando llegara el dueño viera los muebles machucados y nos pidiera explicaciones, así que le dije que se fuera a buscar algo y que yo me quedaría allí por si volvían los pavos aquellos. Supe entonces que Sito quizá no regresaría, o si lo hacía tardaría un par de días, los suficientes para colocarse y olvidarse de todo. Entré entonces al cuarto de la chiquilla y vi lo demacrada que estaba. Llevaba al menos cinco días sin bañarse. Tuve que convencer a Sito de que la dejara hacerlo, pero el día que lo permitió, la cría trató de escaparse por la ventana que había junto a la bañera. La pillamos por los pies cuando lo hacía. Desde entonces, Sito se había vuelto más rígido con ella. Nunca trató de ganársela o al menos ser amable; sin embargo, tras lo ocurrido en el baño se volvió un auténtico imbécil a la hora de tratarla.

—¿Qué le hicisteis? —dijo Francisco de nuevo limitando sus ganas de estamparle la cara contra la mesa.

—Nada. Sito le dio una bofetada ese día, pero no le hizo nada más. Un cachete, una reprimenda por ser tan estúpida.

—No fue estúpida, pedazo de mamón.

—¡Claro que lo fue! Le dije que si quería sobrevivir que dejara de buscarse la ruina, que obedeciera si pretendía conservar los dientes. Sito me ganaba en fuerza, no podría impedir que la golpeara

si se le metía en la cabeza. Una noche me quedé dormido media hora y cuando desperté, él estaba en la puerta del cuarto de la cría estático, mirándola como si quisiera hacerle algo. Le dije que era su turno para dormir y estuve despierto toda la noche, pendiente de que no se volviera a quedar solo con ella.

Moreno era un hombre fuerte, un tipo duro que no dejaba nunca en evidencia sus emociones, por bellas o tristes que fueran. Sin embargo, en ese instante no ocultó su dolor. Lloró frente al sujeto deleznable que tenía enfrente y ni siquiera hizo un gesto para evitar que las lágrimas le cubrieran el rostro.

—¿Quiere que pare? —preguntó Gustavo al ver la reacción de Francisco. Él negó con la cabeza y después de recomponerse un poco, ordenó que siguiera—: Estuvimos jugando un par de horas a un parchís que encontramos en uno de los armarios. Por momentos, parecía no ser consciente de que estaba recluida, ¿sabe? Quizá se deba a que una parte de sí misma la obligaba a aislarse mentalmente, a dejar de pensar en qué iba a suceder. Entonces, en plena noche, decidí abrir la puerta que daba a la calle y le dije que huyera.

Francisco abrió los ojos desde la estupefacción. No había contado con esa posibilidad. La idea de que Nadia pudiera estar viva no solía ir ligada al hecho de que la hubiesen dejado escapar, sino a que quizá la hubieran vendido como esclava sexual o algo parecido. Este dato abría sin duda una nueva línea de investigación.

—¿La dejaste ir? ¿Adónde? ¿¡Qué fue lo que pasó!?

—No sé qué pasó. Una hora más tarde llegó Sito y, al ver que la cría no estaba, tuve que mentirle. Le dije que me había quedado dormido y que se escapó por la ventana del baño. Se volvió loco. Entró en pánico. Estuvimos buscándola un par de horas por los alrededores, que debido a la abundante vegetación y el frío se había vuelto un verdadero problema para localizarla. Yo vi el camino que había tomado, así que lógicamente propuse buscarla en dirección opuesta. Eso le daría un margen de ventaja, supongo. Luego ya la cosa se torció y los tipos que le hicieron fotos vinieron a buscarla, justo al amanecer. Al contarles lo sucedido nos dieron una paliza y la buscaron por su cuenta.

—¿Y la encontraron?

—No lo sé. Tritón nos miró con desprecio cuando volvimos a verle, pero no nos castigó como creímos que haría. Se limitó a decirnos que le dábamos asco y que nos fuéramos a vender.

—¿De dónde sacaste los guantes? —preguntó, enfadado.

—Durante meses estuve buscándola por mi cuenta, ¿sabe? Una tarde, justo cuando pretendía dejar la búsqueda para otro día, me los encontré en el suelo. No había pisadas ni ningún rastro de sangre ni nada de eso. Pero quizá los capullos la encontraron. Puede que los

guantes se le cayeran de un bolsillo al intentar correr. No lo sé.

Gustavo Alabaina seguía resultándole un bicho, un ser deplorable que no merecía piedad, pero de ser cierta aquella confesión, las posibilidades de Nadia ahora eran mayores. Quizá estaba haciéndose unas ilusiones absurdas; aun así, las palabras de Hurón fueron lo mejor que había escuchado en mucho tiempo, de modo que pidió la cuenta con un gesto y dijo:

—Te quedarás aquí.

—No puedo —susurró—, como me pillen me matan.

—Gus, no es una sugerencia. Te estoy diciendo que te quedarás aquí. Si no me veré obligado a notificar tu ubicación en este preciso momento. Y no sé qué será peor, Hurón, si andar escondiéndote como una rata en la calle, o acabar apuñalado en la cárcel. Ahora mismo soy tu mejor opción, así que no me cabrees.

—¿Para qué quiere que me quede aquí? Ya le dije cuanto sé.

Estaba a punto de imprecarle a base de tacos y palabras malsonantes, cuando la camarera trajo la cuenta.

La mujer se llevó el dinero y entonces Gustavo expuso:

—Señor Moreno, yo no puedo volver a mi casa. Anoche alguien entró mientras dormía. Logré esconderme a tiempo, pero me consta que están buscándome. Aún me buscan.

—Te conseguiré un piso en otro pueblo. Pero tienes que jurarme que no te irás, Hurón.

—No tengo cómo pagarme un piso.

—No te preocupes por eso. En marcha.

Eusebeia (Piedad)

Los coches aparcados en la acera de su calle ya lucían una consistente capa de humedad sobre los cristales, presagio de la gélida noche que se avecinaba. Pedaleó al menos veinte minutos hasta llegar a su destino. Con los labios afectados por el aire invernal, bajó de la bici dispuesto a buscar un sitio para dejarla. Después de asegurarse de haber puesto debidamente el candado, vio que Hebe justo salía de su portal. Estaba nerviosa, con la mente más dispersa que de costumbre, hasta el punto de ignorar su presencia estando a tan sólo unos metros de distancia.

—¡Hebe! —la llamó, acelerando el paso hasta ella.

—¡Héc-c-c-c-tor! ¿T-tú qué haces aq-q-quí? —preguntó, sorprendida.

—Me preocupó tu tono al llamarme y quería saber si todo iba bien.

Llegaba tarde a su cita con Rubén y, aunque no le debía explicaciones al bueno de Héctor, se sintió realmente incómoda al tener que justificar sus prisas:

—T-todo est-tá bien. Llego tarde.

—¿Tienes una cita?

Se sintió en un atolladero. Por un lado, creía que Héctor, su Héctor, merecía mayor honestidad, pero por otro, sentía que era peligroso dejar que se acercara a la figura de Rubén.

—No c-creo q-que tenga que d-darte explic-c-aciones —dijo, creyendo que debía proteger al chico de la verdad.

—No, claro que no —se apresuró a añadir pese a que no esperaba una contestación así por su parte—. Hebe, me preocupas. ¿Hay algo que quieras decirme?

Lo miró a los ojos y, recordando el momento en que había matado a Mamen, dijo:

—Lo siento mucho.

Hebe echó a correr, sabiendo que esa sería la última vez que vería al hombre de su vida.

Héctor permaneció unos segundos parado en medio de la acera, confundido y con la horrible sensación de que el hermetismo de Hebe se debía a algo verdaderamente grave.

«Mamen», murmuró.

Pedaleó entonces a toda prisa, deseando llegar cuanto antes a la casa que hasta hacía poco compartía con su todavía mujer. Ya en la Avenida Los Álamos, soltó la bicicleta y corrió desesperado hasta el portal. Llamó varias veces al timbre, sin obtener respuesta. Luego, temblando, sacó las llaves de su bolsa, consciente de que aquella

intromisión podría considerarse un problema más para la pareja, pero prefería recibir su odio sabiendo que estaba bien a continuar en aquel estado de tensión tan doloroso y asfixiante.

Al abrir, llamó a Mamen a voces. El olor a lejía lo recibió como un golpe de aire caliente y seco. La buscó por todas partes. El baño, lugar que visitó en última instancia, desprendía un insoportable hedor metálico y sanitizante. Miró el estante de las toallas y vio que faltaba la de color turquesa, su preferida. Más arriba, en la balda donde debía reposar un jarrón de cristal, sólo encontró un vacío incómodo.

Decidió llamarla por teléfono y el primer tono evidenció que el aparato seguía en la vivienda, justo en la mesa de noche del dormitorio. Héctor buscó el bolso beige, el que más usaba su mujer para salir. En su interior, la cartera y sus pastillas para la tensión, además de algún que otro cosmético delataban que algo malo estaba pasando.

«¿Habrá ido a tirar la basura?».

Alterado, corrió a la cocina y vio que el cubo estaba lleno. Mamen no saldría de casa sin al menos llevar su cartera encima. Telefoneó a sus suegros, pensando que tal vez había sucedido una emergencia que la hubiera obligado a marcharse con lo puesto, pero al confirmar que no sabían nada de ella desde hacía dos días, recordó las palabras de Hebe: «Lo siento mucho».

Héctor llamó a la policía para trasladarles su preocupación y, cuando los agentes llegaron, hicieron hincapié en el fuerte olor a lejía que inundaba la casa. Sin poder soportar tamaño estrés, Héctor se desmayó.

—Chico, despierta —decía uno de los policías, dándole palmaditas en la cara—. Seguro que es una falsa alarma. ¿Me oyes? Tienes que estar tranquilo.

—Ha sido Hebe —balbuceó.

—¿Cómo dices?

—Hebe Miralles. Ha sido ella. LA HA MATADO, ¡LA HA MATADO!



De mala gana, Flavio esperó en la recepción hasta ser atendido. No le hacía gracia plantarse allí después del encontronazo entre su superior y el juez Hierro, pero debía continuar con el trabajo tal y como había prometido. Pese a que Francisco no le había dado detalles de por qué lo dejaba solo en una investigación de tal importancia, estaba completamente seguro de que tendría que ver con el asunto de la cría perdida. «Moreno, hay muchos enigmas que la humanidad no ha podido resolver. Y el mundo sigue girando», pensó.

La chica a la que había pedido una cita con el juez llevaba al

menos diez minutos leyendo unos documentos, ajena a cómo Gutiérrez la desnudaba mentalmente. De pronto, la imaginó tendida sobre la mesa, sin cuidado de arrugar los papeles y abriendo las piernas en un ejercicio de pornografía explícita.

—Señor —dijo ella, sacándolo de su ensimismamiento—, ya puede pasar al despacho del juez.

Después de un saludo frío y de explicar los motivos de su presencia allí, Luis Hierro firmó la petición, haciendo gala de esa arrogancia tan suya.

Resultaba cómico reparar en lo pobladas que eran sus cejas mientras que el pelo de la cabeza lucía pobre y casi imperceptible. «Apuesto a que más de una vez se ha planteado la posibilidad de pasar parte de las cejas a la calva», pensó con malicia. Luego acarició su propia cabeza y comprendió que no era nadie para reírse de otra persona con calvicie. A menudo olvidaba que él había perdido su mata de pelo, cosa que durante algún tiempo le supuso un trauma. Cuando ya desistió de andar haciendo malabares para cubrir unas entradas cada vez más visibles bajo el poco pelo que aún tenía, optó por raparse y presumir de ser uno de esos hombres a los que les quedaba bien la ausencia de cabello.

La mano pecosa del magistrado alzaba la orden con indiferencia, como si ésta fuera un objeto molesto a la espera de que un ser inferior lo apartara de su vista. Gutiérrez la cogió con rapidez y se despidió dando las gracias. Entonces recordó a Francisco, fuera de sí, golpeando a ese idiota, y no pudo evitar sonreír.

Rezaba para que ese documento le proporcionara nuevos datos que lo acercaran a la verdad sobre el caso. Hasta ahora, todas las pistas habían llevado a callejones sin salida: «¿qué tienen en común los dos muertos?», se preguntaba sin cesar. «El mamón que se los ha cargado no los escogió porque sí. Los conocía. Ahora hay que saber de qué».

Aquel día, junto a otro agente, se encaminó hacia el domicilio de Hebe. Con la autorización judicial en mano, podían obtener una muestra de ADN y luego compararla con el cabello encontrado en la casa de Sofía Estévanez.

Llamó al timbre. La limitada voz de Hebe al otro lado delataba su nerviosismo.

—¿Es usted la señorita Miralles? —preguntó Flavio.

Ella titubeó un poco antes de responder.

—¿Q-q-q-quién es usted?

—Me llamo Flavio Gutiérrez. Y me acompañan dos señores más. Tenemos una orden judicial para que nos dé una muestra de su ADN. Si quiere, puede leerla con detenimiento. Abra, por favor.

Tardó unos segundos en abrir. Gutiérrez le extendió la orden

mientras ella la miraba con el rostro desencajado. Sostenía la orden entre sus temblorosas manos, atenta a cada fragmento del texto mientras intentaba comprender por qué la policía necesitaba realizar aquella prueba.

—¿P-puedo cons-consultar c-con alguien primero? —preguntó, nerviosa.

—Como usted quiera, pero al tratarse de una orden judicial tendrá que acatarla en algún momento.

La respiración de Hebe era cada vez más agitada. Dudó unos segundos, pero finalmente hizo una llamada mientras Flavio y sus acompañantes esperaban en el salón. Extremadamente nerviosa, telefoneó a Rubén, deseando que él le dijera qué debía hacer.

El actor atendió al cuarto tono. Acababa de llegar de hacer deporte en el parque y, feliz por no haberse encontrado al pedófilo en la zona, contestó sin preocuparse de llenar el aparato de sudor.

Tras percatarse del estrés de Hebe, tomó asiento y procuró pensar con tranquilidad. Durante un rato, sopesó que tal vez la policía se había hecho eco de la relación que ambos mantenían. Lo cual lo llevó a considerar que Ramiro continuaba vivo. Pero aquello no tenía sentido. El tonto de Ramiro estuvo presente mientras él trasladaba a Hebe los detalles del crimen, por lo que, sin lugar a duda, el chico lo habría señalado a él como culpable. ¿Por qué entonces la policía investigaba a su compañera? Definitivamente, Ramiro no era el dedo acusador en este asunto, lo cual lo llevó de inmediato a la conclusión de que el allanamiento que Hebe hizo la noche de los hechos en casa de Sofía había dejado tras de sí material para inculparla. No tenían nada contra él, así que, sabiéndose lejos de sospecha, se limitó a trasladarle una falsa tranquilidad:

—No tienen nada contra ti. Negarse a la prueba les haría desconfiar, de modo que deja que se lleven la muestra y ya está.

—Pero y-yo estu-tuve en la c-casa —dijo en voz baja.

—¿Y qué? Eso no demostraría nada, linda. Formabas parte de nuestro círculo. Si la prueba demuestra que estuviste allí, puedes decir que os hicisteis amigas y que te invitó a tomar café. No es nada del otro mundo. Te lo digo yo.

Más tranquila, Hebe se despidió y se acercó a los agentes dispuesta a colaborar.



Esa mañana, Francisco no estaba de humor. Había trasnochado mucho y le pesaban los párpados. Demasiados datos, demasiadas emociones que ahora aparecían en forma de molestias musculares y tensión en la espalda. «Otra de esas malditas lumbalgias», musitó intentando levantarse de la cama.

Su mujer había dejado una nota. En ella decía que pasaría el día fuera porque era el cumpleaños de una de sus amigas. Con una mano apoyada a la altura de los riñones y la otra sosteniendo el papel, el detective esbozó una mueca de indiferencia poniéndola de nuevo sobre la mesa.

La cafetera estaba en el fregadero. Su única condición al despertar era que nadie le hablase hasta beberse un cortado, por lo que tener que limpiar la cafetera agregaba aún más inconvenientes al inicio de la jornada. «Fernando, eres un gandul», masculló mientras abría el grifo.

Ya algo más despejado y con el café listo, aprovechó el silencio presente en el hogar, cosa que no siempre se producía, para poner en orden su mente.

Después de su cita con Gustavo, lo llevó en coche hasta el apartamento que una vez compró creyendo que le sacaría partido en vacaciones. Pero el trabajo acabó obsesionándolo hasta tal punto que rara vez se tomaba un día libre, y si lo hacía sólo podía deberse a dos motivos: estar terriblemente enfermo o andar tras la pista de un asunto extraoficial. Lo de ahora era mucho más que eso. Para él, Nadia se había convertido en un enigma imposible, la loca creencia de que nunca se debía perder la esperanza. Durante años, lidió con la insoportable idea de ser el único en creer que seguía viva, cosa que avinagró considerablemente su carácter.

Rezaba porque su mujer no se enterase de que había metido a un toxicómano en su adorado pisito de la costa, y también porque Hurón no tuviera la disparatada idea de celebrar una fiesta allí.

«¿Por qué te quitaste los guantes, Nadia? —se preguntó—. Hacía frío, lo lógico hubiera sido dejártelos puestos. Todos dijeron que eras muy lista para tu edad, así que no, no creo que fuera una casualidad que los perdieras sin más. Quisiste dejar una señal, y eso sólo puede deberse a que alguien te sorprendió en tu huida».

—Qué raro se me hace verte en casa a estas horas —dijo Fernando consiguiendo que su padre diera un respingo.

—¡Joder! ¿¡Qué quieres, que me dé un infarto!?

—Perdona, no sabía que estabas en trance.

Apoyando las manos sobre el respaldo de una de las sillas, observó unos segundos a Francisco y preguntó:

—¿Cómo te fue anoche? Me sorprende que hayas vuelto vivo del *Desguace*.

—Por favor… Si me he pasado media carrera ahí.

—¿Encontraste tus respuestas?

—Ahora tengo más preguntas —respondió, cansado.

El chico se percató de que más que las dudas, lo que tenía en tensión a su padre era el sentimiento de culpa, así que, para no acusar

su estado con una discusión de las que normalmente se producían entre ambos, le dio unos toques en el hombro y se marchó dispuesto a realizar su entrenamiento matutino.

Fue cuando entonces el detective Moreno, ignorando su dolor de espalda, salió de casa en busca de respuestas.

El *Desguace* seguía siendo un pozo infecto, aunque la luz del día le estuviese dando por completo. En cuanto se dejaba atrás el cartel de bienvenida al sitio, el ambiente se volvía denso, sucio, como si cualquiera que no perteneciese a ese mundo fuera culpable de la fealdad que allí se vivía. Odio y furia flotaban en el ambiente, igual que polvo suspendido en una habitación sin limpiar.

Cuando Francisco se veía obligado a pisar el *Desguace*, solía hacerlo con la creencia de que, incluso estando armado, aquel viaje podía ser únicamente de ida. Sin embargo, desde la noche anterior había dejado de sentirse de ese modo, quizá motivado por la necesidad de saber la verdad acerca de lo ocurrido con Nadia de una vez por todas. Trataría de rescatar su prudencia si pretendía seguir vivo.

El único supermercado de la zona seguía luciendo la misma pátina grisácea sobre su fachada. Más que un local donde comprar alimentos, parecía un bloque de edificios abandonado, uno con decenas de drogadictos pululando en los alrededores mientras esperaban a su camello, intentando, en vano, mantener bajo control sus tics nerviosos.

La joven que les proporcionaba las particulares golosinas se llamaba Bárbara, una engreída que se creía la reina de las sustancias desde que el proveedor número uno se hallaba fuera de juego. Tritón y ella siempre fueron como agua y aceite, y es que el hecho de tener que repartirse el territorio no era algo con lo que la chica estuviera conforme. Así que, jugándose el pellejo, la peligrosa Guepardo —mote que se ganó el día que escapó a toda velocidad de una redada— se dedicó a provocar a la competencia vendiendo mercancía mucho mejor que la suya y robándole varios de sus compradores.

Era temprano para Bárbara; sin embargo, ya se encontraba en la parte trasera del establecimiento haciendo sus archiconocidos trapicheos mientras reía a todo volumen y contoneaba el trasero con descaro.

—Hola, Guepardo —dijo Francisco a su espalda—. Te ves igual que siempre… ¿Te acuerdas de mí?

Ella, que no esperaba una interrupción policial a esas horas, se limitó a mirarlo y a asentir.

—Tranquila, bonita. Sólo pasaba a saludar.

—Ya. Y yo voy y me lo creo —expuso con asco.

—¿Qué pasa? ¿No te caigo bien? —Ella miró hacia otro lado y

entonces agregó—: Entiendo. No te fías de mí. Es una lástima teniendo en cuenta la de favores que me debes.

—¿Qué favores, pitufo? —dijo frunciendo el ceño.

—Conque pitufo, ¿eh? Muy bien, si empezamos a llamarnos por lo que somos, entonces me dirigiré a ti como Bárbara, la niñita pija del Barrio Alto que encuentra divertido meterse de vez en cuando en el *Desguace*.

—Está bien, Moreno. Tú ganas, pero no vuelvas a decir eso estando aquí, ¿entendido?

—De acuerdo —rio.

A Guepardo le preocupaba mucho que alguien de su familia se enterase de las actividades que desarrollaba en un lugar de tan baja reputación. Llevaba años engañando a los suyos y, obviamente, siendo del Barrio Alto, no lo hacía por necesidades económicas. Su motivación era la adrenalina, no por el hecho de vender sustancias prohibidas en la calle, sino por andar provocando a un narco como Tritón. La idea de estar siempre a punto de escapar le parecía emocionante y atractiva, cosa que para Francisco era un absoluto disparate. En su momento, creyó que aquella conducta se debía a la rebeldía típica de la juventud, pero después de tantos años pensaba que la díscola muchacha habría madurado. Se equivocó, obviamente.

—¿Para qué estás aquí? ¿Se te perdió la placa o algo? —preguntó ella.

—En realidad, vine anoche.

—Suelta ya qué coño quieres.

—¿Dónde está Hipólito?

Ella lo miró confundida, echando un vistazo alrededor para comprobar que nadie los estuviera escuchando.

—¿No anda en Suiza con las vaquitas y esas cosas? —dijo en tono jocoso.

—Eso dicen, pero no pensarás que un hombre de mi edad va a creerse esa pamplina, ¿verdad?

—¿Qué quieres que te diga? Es lo último que supe de él.

—Guepardo, no juegues con mi paciencia. En serio te lo digo. Ya sé que Hipólito se fue a Suiza hace tres años, pero volvió. No me trates como a un imbécil y suéltalo ya.

—No tengo ni puta idea, Moreno. ¿Qué coño quieres que haga? ¿Que me invente su paradero?

—Chica, escúchame. Si alguien en este cuchitril conoce la ubicación exacta de esa mierda, eres tú. No me toques los huevos, que ya nos conocemos y sé perfectamente que sigues hablando con sus cucarachas. Conozco tus putas debilidades con esos criajos inútiles.

—No los llames así —espetó—. Además, ¿a qué debilidades te refieres?

—Me acuerdo de Lucho, el muchacho de cabello negro y dientes bonitos. Y ese no fue el único. Luego te volviste loca por ese… Diablos, ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Gustavito…

Barbie se quedó paralizada unos segundos, los suficientes para que sus ojos se llenaran de lágrimas. Intentando mantenerse firme y ocultar las emociones que surgían al escuchar aquel nombre, preguntó:

—¿Dónde está?

—En un lugar seguro —respondió, pidiendo un cigarro con un gesto—. Se supone que hace años que lo dejé, pero de vez en cuando me da por fumarme uno sin que mi mujer se entere.

—¿Qué le dijiste a Gus? ¿Sabe que estoy aquí?

Barbie era autodestructiva a muchos niveles, especialmente a la hora de escoger pareja. Gustavo fue, sin duda, uno de sus novios más especiales, por lo que tener noticias suyas después de tantos años hizo que le diera un vuelco el corazón.

—Le mentí. Le dije que estabas en la cárcel.

—¿Por qué?

—Porque tarde o temprano habría acudido a ti y yo no hubiera obtenido la información que finalmente me transmitió.

—¿Qué información?

—Oh, vamos, Guepardo. No creerás que voy a decírtelo, ¿verdad?

Ella agachó la cabeza y, después de encenderse un cigarrillo, preguntó:

—¿Está bien?

—Igual de flaco y de adicto.

Vio cómo se quitaba unas lágrimas de la mejilla y, entonces, quizá motivado por su versión más paternal, decidió suavizar el tono:

—Sigue vivo, que es lo importante.

—¿Me juras que está a salvo?

—Nadie sabe dónde está.

—Tritón no puede enterarse, Moreno. Ni de dónde está Hurón ni de que hemos mantenido esta charla.

—Pues dime rápido dónde está o de lo contrario alguna de sus ratas nos pillará hablando.

Bárbara no estaba segura de si debía contar lo que Francisco pedía, pero, creyendo oportuno salvar a Gustavo de un posible ajuste de cuentas, compartió todo cuanto sabía sin guardar ni un solo detalle.

Moreno se mantuvo atento. Conocía las señas que Guepardo acababa de decirle, pero todavía le asaltaba una última duda:

—¿Y qué hay de Sito? ¿Dónde está él?

—¿Es que no sabes que ese idiota es un esclavo de Hipólito? Josito era tan dependiente que dejó que ese bastardo le diera una

paliza. Y aun así quiso seguir trabajando para él como su matoncito de poca monta. No soporto a la gente que no tiene dignidad. Al menos Hurón acabó marchándose, pero Sito sigue ahí. Cuando no ejerce de chófer es el señor de la limpieza —esto último lo dijo haciendo el signo de las comillas con la mano que no sostenía el cigarro—, el recadero, la puta... Todo con tal de meterse lo que el jefe considere oportuno.

Francisco estuvo a punto de sentir lástima por aquel infeliz, pero luego pensó que él mismo se lo había buscado.

—Gustavo era un encanto hasta que se juntó con ese impresentable —agregó ella.

—¿Quién es el jefe de Hipólito?

—Esa información tiene un precio, guapo.

—¿Como ver a Gustavo, por ejemplo?

—Ni con esas, Moreno. Ese tío es el peor monstruo que he conocido.

«El monstruo que pagó por Nadia», pensó. Se quedó callado unos segundos y, después de darle las gracias a Barbie, echó a andar.

El lugar le pareció realmente curioso. Lo imaginaba muy distinto pese a que su amigo se lo había descrito bastantes veces y además de un modo fidedigno. Enrico no era un bocazas, al menos en ese sentido, así que, manteniendo una conversación escueta, aunque amable con él, Rubén fue muy discreto respecto al motivo que lo había llevado hasta allí.

Se había dejado crecer la barba, algo que le incomodaba pero que ahora, dadas las circunstancias, encontraba muy útil. Apenas con ese detalle y unas gafas, ya parecía un hombre completamente distinto.

—Está bien —dijo el italiano sosteniendo una cámara de fotos —, mira al frente.

El actor obedeció y minutos más tarde ya tenía en sus manos el documento que le ayudaría a cambiar de identidad.

—Cómo se nota que estás acostumbrado a los objetivos. Tienes una mirada muy poderosa —declaró Enrico.

—Gracias. ¿Será suficiente con eso? —dijo señalando un fajo de billetes que acababa de dejar sobre la mesa.

—Sí, amigo. Es un placer haber hecho negocios contigo. Vuelve cuando quieras.

—No creo que lo haga —agregó guiñando un ojo.

—Quizá no como Rubén Torres, pero sí como Axel Miranda.

Ambos se estrecharon la mano y, sin más dilación, Rubén regresó a casa.

Cuando Hebe lo llamó para comentarle que unos agentes habían ido a su casa con una orden que la obligaba a someterse a una prueba de ADN sintió que, aunque estuviera a salvo, era cuestión de tiempo que las señales lo situaran como un sospechoso evidente. Así que, obligado por las circunstancias, tendría que huir lo antes posible.

Estuvo con Hebe toda la tarde, escuchando sus aburridas preocupaciones y tratándola con la sensibilidad esperada. Hebe no era una mala chica, tan sólo sus obsesiones trastornaban su vida. En el fondo, le parecía digna de lástima, la clase de mujer dependiente capaz de sacar al monstruo interior por garantizarse una existencia idílica. Pero no podía dejarse llevar por aquellos sentimientos. Rubén debía tomar decisiones prácticas. Lo suyo con Hebe había sido un error, igual que sucedió con Mina. La única diferencia entre ambas era que, para premiar su lealtad, Hebe no acabaría sin ojos y sin piernas en una playa.

Esa decisión no era incompatible con el hecho de pasar unas últimas horas con ella, creyendo que tal vez así serían menos obvias

sus intenciones. Para cuando Hebe se diera cuenta, él ya estaría muy lejos.

Le gustaba imponerse en la cama. En aquella postura, se imaginaba estrangulando a la frágil chica que gemía con cada embate. En su fantasía, mientras ella intentaba zafarse del agarre para poder respirar, él le arrancaba los pezones a mordiscos. Puro gore.

Era la imagen de siempre, claro que nunca la llevaba a cabo, por temas higiénicos y porque no podía permitirse ir dejando material biológico por todas partes.

Una sesión de sexo convencional serviría esta vez, así que tiró con fuerza del pelo de Hebe y le susurró al oído:

—Te gusta que sea brusco, ¿verdad?

Ella asintió y Rubén, armado de un estímulo irracional, la mordió en el hombro. Que Hebe llegara al orgasmo en ese preciso momento fue profundamente liberador.

Al acabar, Rubén se levantó de la cama y sacó una cámara de fotos de su bolsa.

—Posa para mí, Hebe.

Como siempre, ella aceptó. Era la primera vez que permitía a un hombre sacarle fotos desnuda y en posturas de lo más indecentes. El hecho de que Rubén quisiera disponer de esas imágenes fue suficiente recurso como para no negarse.

La sesión fotográfica duró una hora. Cuando ya empezaban a tener frío, el actor sugirió ir a cenar. Ambos ya estaban vestidos, cuando Hebe, que no había tenido ocasión de hacer un comentario respecto al nuevo *look* del actor, dijo:

—¿Tienes algún p-papel nuevo?

—La verdad es que no —respondió él, ajustándose el reloj—. ¿Por qué lo preguntas?

—La barba. M-me gusta.

Riendo, el actor se acercó y la besó en los labios. Era un Judas siniestro, pero al mismo tiempo se veía a sí mismo como un dios impredecible. Que ella estuviera tan enamorada hizo que tragara saliva. La miró durante unos minutos a los ojos y contempló de cerca la honestidad en ello, desnudando cada emoción instalada en su ser.

Eso le hizo reflexionar. ¿Cuál de sus anteriores parejas, incluida Mina, le había dedicado un amor tan incondicional? Se dio cuenta entonces de que, incluso conociendo sus secretos más inconfesables, Hebe seguía a su lado. No fue corriendo a la policía para delatarlo, cosa que Mina sí habría hecho. ¿Se encontraba acaso ante una compañera adecuada y debido a su profundo egoísmo estaba a punto de perderla para siempre?

—Hebe, necesito que seas totalmente sincera conmigo —dijo.

Ella, mirándolo, asintió con curiosidad.

—¿Me tienes miedo?
—S-sólo a veces —respondió con franqueza.
—¿Me amas?
—Te amo más de lo q-que te t-temo.

La respuesta fue suficiente para que Rubén, un hombre extremadamente frío y calculador, de pronto se viera en la tesitura de cambiar unos planes que ya creía definidos y necesarios.

Convencido de que esta vez no hallaría una terrible traición, trasladó a Hebe sus planes de cambiar de identidad y labrarse un porvenir en otro sitio. Encontró una calidez reconfortante en el hecho de saber que a partir de ahora podría apoyarse en una pareja, que en caso de precisar ayuda tendría el apoyo de otro ser humano. Era la primera vez que consideraba una ventaja que alguien conociera a su verdadero yo.

Consternada, pero sintiendo que no habría otra ruta que tomar, Hebe declaró:

—Haría cualquier c-cosa por ti.

Mientras lo abrazaba, rescató la idea de que tal vez ella podría acabar como todas las demás; sin embargo, Rubén le estaba ofreciendo la vida que ella siempre soñó y eso era más poderoso que el propio instinto de supervivencia.

—Está bien, linda. Te contaré cuál es el plan.



Avanzó despacio. Tenía la sensación de ser una torpe luciérnaga danzando en pleno bosque de sombras, pero aun así continuó su recorrido. Procuró no mirar demasiado a los alrededores. Allí estaba mal visto husmear en asuntos ajenos; de hecho, no era extraño que algún paranoico confundiera la curiosidad con un intento de fastidiarle los planes y que, en un arrebato, acabara a tiros matando de forma indiscriminada. Unos cuantos minutos de estupor en el ambiente y luego de vuelta al silencio. Era la tónica del lugar: correr, sobrevivir y no meterse en la vida de los demás. Francisco lo sabía muy bien. Allí perdió a un compañero cinco años atrás. Murió de forma absurda, pues su asesino ni siquiera tenía que ver con el caso que estaban investigando. Aquel chiquillo apenas llegaba a la mayoría de edad y se asustó al ver a dos extraños demasiado cerca de su negocio clandestino. ¿Qué tesoro escondía el cuchitril al que se habían acercado? ¿Qué era tan importante como para matar a sangre fría a un sujeto que sólo pasaba por la zona? Un taller donde se falsificaban zapatillas de deporte. Francisco buscó algo más en el interior de aquel almacén, algo que justificara tamaña violencia. Pero únicamente encontró decenas de cajas de zapatos con el logotipo de una conocida marca.

Después del suceso, Moreno cambio su forma de proceder. Se había labrado un nombre en el cuerpo a base de ser un cretino impetuoso, el estúpido que se jugaba la vida a veces sin necesidad en un ejercicio de caprichosa egolatría. «Fran el intrépido te llamaban —recordó—. Menudo imbécil estabas hecho».

Quizá Barbie no fuera una mujer que gozara de su plena confianza, pero esa vez no mintió. Pudo ver por sí mismo que en la nave 80, la misma que llevaba años sin operar en la zona, había movimiento. Y no poco. En el rato que llevaba vigilando, al menos diez furgonetas habían entrado y salido del recinto. Era una fortaleza inexpugnable. Al contrario que otras naves del sitio, el acceso estaba restringido. Al menos una decena de hombres se encargaban de revisar a los conductores de los vehículos que entraban y salían con una fluidez digna de operaciones militares. Allí no se producían intercambios de saludos amables ni charlas escuetas. Se limitaban a echar un vistazo al interior de las furgonetas y, sin mediar palabra, levantaban la barrera para permitir el acceso.

Necesitaba acercarse más, pero antes de que pudiera dar un paso al frente, alguien lo sujetó con fuerza de la chaqueta para evitarlo. Fernando, quien había mentido cuando dijo que iría a realizar su entrenamiento, estuvo siguiendo a su padre toda la mañana y al verlo introducirse solo en aquel sitio decidió intervenir.

—¿Qué coño haces tú aquí? —espetó Francisco al verle—. Te dije que no vinieras al puto *Desguace*. ¿En qué diablos pensabas? Súbete de inmediato al coche y lárgate por donde has venido.

—¿Estás loco? ¿Qué haces espiando a esa gente? ¿Quieres que te maten? Esos hombres están armados. Eres un irresponsable.

—¿Irresponsable yo? ¿A quién se le ocurre entrar en este sitio sin tapar la matrícula?

—Sube ahora mismo —dijo, señalando la puerta del copiloto.

Francisco se vio obligado a obedecer, no porque temiera un destino fatal si seguía con sus planes, sino para proteger al estúpido de su hijo.

Ninguno de los dos habló mientras volvían a casa. Fernando estaba realmente enfadado, lo dejaba de manifiesto en cada frenazo, forzando al vehículo con acelerones bruscos y giros incómodos. Su padre, aferrado a cualquier cosa de la que pudiera agarrarse, decidió no intervenir con su habitual tono crítico por temor a acabar colisionando con otro coche.

Al llegar al domicilio, nada más cerrar la puerta, el chico inició su ronda de preguntas en tono reprensor:

—¿¡En qué pensabas, viejo!? ¡Ibas solo! ¿¡Qué hacías!? ¿¡En qué andas metido!?

—¿Ahora soy acusado de ser un delincuente?

—¡Papá, no estoy bromeando!

—Ni yo tampoco, cojones. No tengo que explicarte nada, Fernando. Hago lo que me da la gana que para eso soy adulto.

—Se lo diré a mamá.

—¿El qué? ¿Que estaba haciendo mi trabajo? —rio.

—No estabas haciendo tu trabajo. Hablé con Gutiérrez por teléfono y me dijo que ibas a tomarte un día de asuntos propios. ¡No me tomes por idiota! ¡Dime ya qué está pasando!

Maldijo a Flavio internamente, aunque ver a su hijo tan preocupado le pareció de lo más enternecedor. Sin embargo, era peligroso que el chico intentara averiguar por su cuenta qué motivos lo condujeron a visitar el *Desguace*, así que, después de decirle que tomara asiento, le contó todo cuanto quería saber.

Tardó unos minutos en asimilarlo todo, y en lugar de disiparse sus miedos, éstos cobraron mayor fuerza:

—Papá, no puedes hacer esto solo. Y, además, estás inmerso en otro caso. El asesino del lazo azul genera inseguridad en la gente. No hay día que no vea una nueva noticia en los medios al respecto.

—Ya lo sé, lo tengo todo bajo control, hijo.

—Lo siento, pero no es así. Tienes a un tío al mando que no goza de tu absoluta confianza. Sabes que cometerá algún fallo tarde o temprano. Por muy difícil que sea de asimilar, lo de esa cría ya no tiene solución. En cambio, un asesino anda suelto ahora mismo haciendo de las suyas. ¿No lo entiendes? Los vivos deben ser tu prioridad.

—¿¡Y si fuera de tu familia!? ¿Te gustaría que alguien te dijera que los vivos son una prioridad?

—Sólo sé que estás aparcando tus obligaciones, papá. Y como Gutiérrez abra la boca, podrían suspenderte.

—Hago mi trabajo —susurró—. Se trata de una niña desaparecida, por el amor de Dios.

—Ya sé que es importante para ti. Y me alegra tener un padre con principios tan sólidos, pero debes seguir adelante o esto te pudrirá el pecho, viejo.

Francisco fue incapaz de mirar a los ojos a su hijo. Intentaba conectar con ese yo controlador e imperturbable para seguir manteniendo la absurda imagen de hombre duro que lo caracterizaba. Dispuesto a continuar su tarea, bebió un poco de agua y condujo hasta la comisaría.



Aunque fuese pequeño, el apartamento le pareció acogedor. Para alguien como Gustavo, que había olvidado lo que se sentía al estar rodeado de tanto orden, era como visitar un palacio. Las

primeras horas en su interior se dedicó a contemplar las vistas de la playa, tan próxima que hasta percibía el salitre en la boca al aspirar el aire. Francisco le había dado permiso para comerse las pocas cosas que aún quedaban en la despensa y, después de realizar una ingesta compulsiva de frutos secos y galletas de mantequilla, recordó su condición de drogadicto.

Llevaba al menos un día y medio sin consumir. Era fuerte, capaz de controlar su ansiedad cuando el síndrome de abstinencia comenzaba a dar la lata. Procuraba respirar profundamente y mantenerse ocupado cuando eso sucedía, claro que esta vez no podría irse a dar un paseo o buscar algún sustituto válido para su adicción. A menudo bastaba con una buena dosis de alcohol, cosa que escaseaba en casa del inspector. Encontró una botella de anís y bebió de ella un par de veces pese a que le desagradaba el sabor. «Aguanta, Hurón —murmuraba rascándose la cabeza—, cuando venga Moreno te ayudará».

De poco sirvió creer que una especie de superhombre aparecería de la nada para traerle un poco de su veneno favorito. Después de intentar dormir sin éxito, se miró al espejo y le costó reconocerse. Estaba seguro de que aquella imagen era suya, pero no recordaba tal opacidad en su piel. Siempre fue delgado y de estética maltrecha; sin embargo, ahora que la edad se acumulaba en cada rasgo, mancha y cicatriz, se sentía completamente desubicado. Se acordó entonces de su apariencia juvenil, con los ojos grandes y el rostro tachonado por las molestas pecas. Él las encontraba horrorosas, pero la mayoría de las chicas de su historia las consideraban un elemento distintivo. «¿Qué le sucedió a ese muchacho? —se preguntó pasando la yema de los dedos por el castigado rostro—. Debe de estar en alguna parte aún. Quizá escondido en el *Desguace*, bajo una montaña inmensa de tiza[2]».

Soportó como pudo tres horas más hasta que, presa de un ataque de pánico, abandonó la casa para salir a buscar su dosis necesaria de tósigo.

Anduvo renqueante hasta la casa de un conocido. Iñaki, el vendedor al que llevaba años sin visitar, seguro que le regalaría una dosis. Siempre fue simpático y comprensivo, aunque llevaba mucho sin saber de él. «Tal vez se lo hayan cargado —se dijo—. La gente buena no dura mucho por aquí».

Al llegar a su destino, celebró haberse equivocado. El sujeto limpiaba un coche en el jardín de la casa. Había engordado unos kilos y ya no vestía la camiseta blanca de tirantes ni los jeans desgastados. Hasta el aspecto de la vivienda difería un poco de la que antaño presentaba. Pintada de amarillo, la fachada tenía un aire a las típicas residencias de verano que rodeaban la bahía, lugar de vacaciones que

junto a sus abuelos solía frecuentar. A su mente volvió el olor a protector solar y el ruido de los turistas chancleteando sobre el paseo marítimo mientras reían y pedían raciones de pescado frito. En las noches de verano, lo habitual era acudir a la feria, tomar helado y probar puntería en las casetas donde se practicaba el tiro al blanco.

Añoraba aquella época, por lo que, secando sus lágrimas en un intento por mantener la poca dignidad que aún conservaba, se aproximó a Iñaki y dijo:

—¡Hey, amigo! ¿Cómo te va todo? Bueno, por lo que veo muy bien.

—Hola —dijo—. No me quejo.

Era más que obvio que Iñaki no le recordaba. Estaba intentando quedar bien mientras trataba de ubicarlo en su memoria.

—¿Qué tal te va? —agregó después de estrecharle la mano.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Gustavo dijo esto riendo, pero con la sensación de estar completamente solo en el mundo.

—Perdona, tío. La verdad es que no —expuso el tipo con una sonrisa.

—Soy Gus, solía venir mucho con Sito. ¿De él te acuerdas?

—Vaya, Hurón, ahora sí que me acuerdo. Hacía mucho que no te veía.

—Es que he estado fuera.

Sus manos temblaban, algo que Iñaki no pasaría por alto.

—¿Estás bien, Gus?

—Sí, sólo es… Bueno, ya sabes…

Estaba avergonzado. La mitad de las veces que acudía al sitio para comprar drogas ofrecía su mejor versión, pues Iñaki solía ser desprendido si sus clientes le hacían reír. El camello era muy asiduo a los chistes cortos y Gustavo procuraba aprenderse unos cuantos cada vez que iba a verle. Si el joven se desternillaba de risa, acababa regalando alguna pastilla, o invitándolos a consumir en el patio de atrás. Sito no era nada gracioso, pero Gustavo sabía interpretar el papel de cómico a la perfección. Por lo que recordaba, Iñaki también tomaba drogas, un poco más sofisticadas que las que vendía, pero drogas, al fin y al cabo, así que sorprendía que después de años de consumo, ambos lucieran tan distintos. El camello tenía buena musculatura, pelo brillante y dientes cuidados. «Supongo que el dinero hace todo posible», pensó Gus.

—Oye, Hurón, ¿cómo era ese chiste tan bueno? El que me hizo llorar de la risa… Por favor, cuéntamelo de nuevo.

—¡Claro, hermano! Una mujer está observando al marido sentado en el sofá, abstraído, con una sonrisita boba en la cara, y le pregunta: «Manolo, ¿en qué estás pensando?». A lo que, sobresaltado,

el tipo responde: «En ninguna, cariño. En ninguna».

Iñaki se moría de la risa. No era por el chiste en sí, sino porque la primera vez que Gustavo se lo contó, iba hasta arriba de cocaína y lo encontró más gracioso de lo que en realidad era. De aquella estúpida anécdota surgió la fiesta más caótica que había montado nunca, con strippers, cócteles, algunos colegas del mundillo y drogas, montones de drogas. Todo porque un drogadicto le había contado un chiste, uno que sacó la parte más divertida del traficante.

Después de unos minutos de recordar algunas locuras acaecidas aquella noche, Iñaki recobró la normalidad y dijo:

—¿Necesitas ayuda, Gus?

—Me vendría bien, sí —respondió moviéndose de un lado a otro.

—Al final de la calle hay un sitio donde pueden echarte un cable. Justo al girar a la izquierda.

—¿Ahí me venderán? —preguntó, confundido.

—¡Papi! ¡Ya estamos listas!

Dos niñas salieron de casa vestidas con uniformes deportivos. A toda prisa, se metieron dentro del coche de Iñaki y, completamente entusiasmadas, solicitaban impacientes que su padre las llevara al campo de fútbol.

—¡Vamos, papi! ¡Lo prometiste! —vociferó una de ellas desde el asiento trasero.

—¡Voy! —Acercándose a Hurón, susurró—: Ya no soy el de antes, amigo. Mi familia no lo sabe, así que márchate. Espero que tengas suerte.

Una mujer salía de la vivienda cargando con una nevera portátil y una bolsa, cosa que hizo que su esposo acudiera de inmediato para ayudarla.

Hurón dirigió entonces sus pasos hacia el final de la calle, tal y como Iñaki le había sugerido, y a lo lejos logró escuchar:

—¿Quién era ese hombre, cariño?

—Nada, un sintecho.

Gustavo estuvo a punto de girarse y responderle que ambos formaban parte del mismo mundo, pero luego comprendió que, en efecto, Iñaki había evolucionado mientras que él, presa de sus adicciones, continuaba siendo el chico de pecas incapaz de olvidar el ayer.

Finalmente llegó al sitio y, contrario a lo que creía, vio por sí mismo que no se trataba de una vivienda ruinosa, sino de un edificio con puertas y ventanas pintadas en un rojo brillante que alternaba flores y artículos decorativos. El acceso hasta la puerta principal estaba definido por macetas con geranios, helechos, hortensias y manualidades hechas en madera que rezaban mensajes del tipo:

«nunca estarás solo», «el hogar está en el corazón», «nada está perdido». Este último hizo que sufriera un escalofrío. Durante años creyó que el tiempo que le quedase estaría marcado por sus actos pretéritos, los errores que lo habían convertido en un paria, el odioso discriminado que recordaba a los demás los peligros de jugar con drogas. Leer «nada está perdido» supuso una reconciliación consigo mismo, y entender que también él tenía derecho a creer en un futuro digno y sin sobresaltos hizo que acelerara sus pasos hasta la sala principal.

El olor a lavanda lo abrazó nada más abrir la puerta. Allí una mujer de pelo cano atendía al teléfono mientras con la mano le pedía que esperase un momento. Gustavo se dedicó entonces a mirar a su alrededor, buscando la mínima razón que lo condujera a dar media vuelta, a que su yo más terco y cruel lo dañara gritándole que aquello no estaba hecho para una rata de su categoría.

La voz de la mujer era dulce y paciente con quien se hallaba al otro lado de la línea. Hurón la encontraba relajante, como el murmullo del agua borbotando en una fuente. Tal era su estado de relajación, que tardó en percatarse de la presencia de otro sujeto muy cerca, casi pegado a su espalda. El tipo, que no elevó el tono en ningún momento, susurró:

—Ya te encontré.

Andreia (Valor)

—¡Hay coincidencia! ¡Hay coincidencia!

Flavio estaba pletórico. Tras semanas de espera, por fin tenía algo sobre lo que trabajar y, aunque Francisco había vuelto para dejar claro que el caso seguía bajo su supervisión, él se sintió feliz. Llevaba meses buscando ese elemento que lo salvara de continuar a la deriva en un asunto que preocupaba a la ciudad entera. Los medios se habían cebado con la labor policial, catalogando a los investigadores de incompetentes que parecían sacados de una película de *Austin Powers*. Su ego no toleraba esa clase de comparaciones, de modo que la noticia de que el ADN de Hebe y el hallado en casa de Sofía Estévanez casaban a la perfección significaron una victoria que necesitaba como agua de mayo.

—Moreno —dijo entrando al despacho—, mira lo que traigo.

Francisco ya conocía los resultados. Fue Manuel quien a las seis de la mañana de ese mismo día se los dio a conocer. Pero estaba tan preocupado por saber dónde se encontraba Gustavo y qué dirección debía tomar para seguir buscando a Nadia, que permitió a Flavio sentirse el protagonista de la historia por una vez.

Hurón había desaparecido sin dejar rastro, y cuando el inspector se detenía a pensar en ello se le ponía la piel de gallina. No dejaba de preguntarse qué habría sido del chico, si se había marchado por voluntad propia o si se trataba de algo mucho peor. Estaba pensando en volver al *Desguace* a preguntarle a Barbie cuando Flavio volvió a intervenir:

—Moreno, ¿me has escuchado?

—Sí, coño. Y no me tutees.

—Bueno, pues eso, que la tartamuda está metida en el tema —dijo, limitando un poco su entusiasmo.

—Conozco a Hebe —dijo al fin— y no sé hasta qué punto sería capaz de matar a alguien.

—Pero tiene antecedentes de agresión y, además, está el hecho de que la mujer a la que agredió ha desaparecido sin dejar rastro. El marido estaba histérico.

—Héctor y su esposa estaban en proceso de divorcio.

—¿Y qué?

—Por estadística, es más probable que Héctor haya tenido que ver en la desaparición y que esté usando a Hebe para desviar la atención. Si ya estaban viviendo vidas separadas, ¿qué conseguía Hebe al matarla? No tiene sentido. Aparte, creo que esa chica, por agresiva que pueda llegar a ser si se siente bajo estrés, no sería capaz de matar a nadie.

—Los acosadores escalan gradualmente sus acciones: empiezan meramente observando, luego establecen contacto, y a partir de ahí, suelen aspirar a más. Son individuos peligrosos porque en su obsesión, no establecen límites. No me diga que no sería capaz de asesinar a alguien.

—¿Por qué habría de matar a la señorita Estévanez? —preguntó molesto, como si el hecho de estar acusando a Hebe de algo tan grave le resultara obsceno, imposible de creer.

—Qué sé yo. A lo mejor Sofía se acostaba con Héctor. Puede que por eso Mamen y él se hubieran separado.

Francisco pensó unos instantes y luego dijo:

—Ve y pregúntale.

Tomó su chaqueta y salió del despacho sabiendo que Moreno volvía a mandarlo a realizar una tarea boba para perderlo de vista. Chasqueó la lengua para evitar que de su boca surgieran las palabras que, de ser pronunciadas, significarían un despido inmediato.

Sin embargo, no permitió que su mal humor empañara los progresos en el caso. A medida que se aproximaba a casa de Héctor, fue revisando mentalmente las preguntas que le plantearía. Luego se visualizó ocupando el puesto de Francisco. En su ilusión, imaginaba que ningún caso lo obsesionaría tanto como a su superior. Sabía perfectamente que andaba inmerso en la búsqueda de Nadia. También él tenía sus contactos en el *Desguace* y, después de que Moreno pasara por el sitio, su amigo Pedro, un agente de la brigada antidroga que debido a su aspecto solía ser elegido para realizar misiones en lugares tan infectos como aquel, le comentó que lo había visto por la zona. Al ver a Francisco, Pedro lo reconoció de inmediato y lo siguió hasta que llegó a las naves. El chico no sabía exactamente qué se cocía en ellas, pero la gente tenía muy claro que no era buena idea poner un pie allí si no era porque trabajaban para quienes dirigían cada recinto. Siete meses atrás conoció a una muchacha que le había contado su mala experiencia allí, en la nave 80. Estaba ejerciendo en el muelle cuando un par de tipos enormes y de aspecto impoluto le ofrecieron bastante dinero para un servicio en las afueras. Acostumbrada a ganar mucho menos por noche, aceptó creyendo que estaba cambiando su suerte. Pero se equivocaba.

Perdiguero —mote que se había ganado Pedro gracias a su instinto en el trabajo— contó la historia de la prostituta a Flavio, que, aunque creía estar curado de espanto, acabó llevándose las manos a la cabeza mientras su amigo relataba angustiado cuanto sabía. Lizzette, la muchacha que había tenido la oportunidad de acceder a la nave 80, dijo que el lugar era un pozo de depravación. Aparte de las ilegalidades típicas de las naves como tráfico de drogas o proxenetismo, allí se cocinaban asuntos mucho más inquietantes.

Venden niños —dijo ella llorando sin consuelo—. *Literalmente los venden al mejor postor... Había un puto letrero luminoso donde anunciaban los precios y para qué eran válidos. Un niño fue ofrecido como una preciosa urna de órganos, por Dios, ¡eso ponía el jodido letrero! Y mientras tanto, un par de críos iban sirviendo copas, soportando los sobeteos de los presentes. Un tipo dijo que quería comprar a la siguiente niña que sería subastada porque su jefe le había pedido un entretenimiento para «la habitación de juegos». ¡Quería torturarla! No puedo quitármelo de la cabeza. Llevo días sin dormir y preguntándome por qué me dejaron ir*.

La muchacha, que había sufrido una terrible paliza, en ningún momento relató qué le había pasado a ella. Fue tan traumático descubrir aquel mercado que su dolor se reducía a comprobar por sí misma que existía un mundo macabro donde reinaba la más abominable identidad humana. Una cosa era asumir que algunos de sus clientes tenían gustos particularmente turbadores, pero nada comparable a lo que había presenciado esa fatídica noche.

Desde entonces, Pedro mantenía sus ojos fijos sobre la nave 80, buscando elementos consistentes para iniciar una investigación oficial. Consternado, pero manteniendo el tipo, Gutiérrez le dijo que quizá se podría conseguir una orden para iniciar una operación, que sólo había que dar con el juez adecuado. La propuesta hizo que su amigo se desternillara de risa. Al preguntar qué le hacía tanta gracia, el muchacho dijo que resultaba muy tierno que aún creyera que los jueces que ambos conocían estuvieran dispuestos a atentar contra un negocio del que ellos mismos se llevaban una jugosa comisión.

Quizá Flavio fuese extremadamente ambicioso, pero lejos de compartir aquella información con Francisco, decidió guardársela para tratar de subir peldaños en su pobre y anodina trayectoria.

Tardó poco en llegar a la casa de Héctor. Alguien había pintado recientemente la fachada, y el patio, al contrario que otros de la zona, lucía limpio, con plantas y un coche de alta gama.

Fue su madre quien abrió la puerta. Pese al tiempo transcurrido y de no haber experimentado nuevos incidentes con Hebe, la mujer hallaba cierta tranquilidad cuando había policías cerca. Sin embargo, al encontrarse con la figura de Flavio después de la extraña desaparición de su nuera, sintió que quizá la acosadora de Hebe había vuelto a las andadas.

—¿Se encuentra el señor Cruz en casa? —dijo él tras presentarse.

—Sí, está en el piso de arriba. Iré a buscarle.

—Gracias.

—¿Es por esa loca? —preguntó, volviendo sobre sus pasos.

—¿Hebe Miralles?

—Sí. Yo la llamo la loca, ¿comprende?

—Comprendo —sonrió levemente.

—¿Está de nuevo molestando a mi hijo?

—¿Ha incumplido su orden? —se interesó, deseando que así fuera.

—No que yo sepa. Hace unos meses Héctor tuvo que llamar a la policía porque ella se había pasado varias horas sentada en ese parque que hay ahí enfrente.

—¿Sabe los motivos que crearon la crisis matrimonial de Héctor y Mamen?

—No. Él no me ha contado nada. Sólo dijo que iban a divorciarse.

—Mire, señora. A mí no me importan sus problemas personales, pero como investigador estoy obligado a indagar, ¿lo comprende?

Ella titubeó unos instantes, pero luego trasladó con cierta vergüenza que dudaba de que hubiera lealtad en la relación.

—¿Cree usted que su hijo pudo haber cometido un desliz? —preguntó Flavio tras un leve carraspeo.

—¿Se refiere a si creo que los hombres casados pueden perder la cabeza por una ración de sexo gratis? Naturalmente.

—¿Conoce usted a Sofía Estévanez?

—¿La víctima del asesino del lazo azul? ¿Qué tiene que ver ella con mi hijo?

—Buenos días —dijo Héctor—. ¿Se sabe algo de Mamen?

—¿Es usted Héctor Cruz?

—Sí, ¿se sabe algo de mi mujer? —insistió.

—Lo siento, no. He venido por otro motivo.

Héctor señaló el sofá aun sin comprender qué tendría que contarle aquel hombre si no tenía que ver con la desaparición de Mamen. La culpabilidad de haber visto a Hebe en secreto recorría sus entrañas como un circuito de incesante vibración. Esquivó a propósito la mirada de su madre, quien después de la breve charla con Gutiérrez constató que, en efecto, su hijo estaba ocultando algo.

—Mamá, ¿serías tan amable de preparar café?

Estuvo a punto de responder que no tenía intención de hacer nada, pero atendiendo al hecho de que un policía se encontraba sentado en su salón, prefirió mantenerse serena.

—¿Qué quiere saber? —dijo Héctor en cuanto la mujer se marchó.

—¿Sigue teniendo contacto con Hebe?

—Pedí una orden de alejamiento contra ella. Me llama de vez en cuando, pese a que sabe que no debe hacerlo. La última vez la noté preocupada, así que me dirigí a la biblioteca donde trabaja y la vi por la calle. Fue cuando cruzamos unas frases y me dijo que lo sentía

mucho.

—¿Y ya está? ¿Sólo eso?

—¿Le parece poco?

—¿Por qué le preocuparía el estado de una persona que agredió a su mujer?

Héctor atendió al tono de Gutiérrez. Algo le hizo comprender que era sospechoso de la desaparición de su esposa.

—¿Cree que yo habría dejado a Mamen por una mujer que nos ha hecho la vida imposible?

—No lo sé. Cuando un tipo lleva tiempo sin sexo comete muchas estupideces.

—Nunca le haría eso a Mamen. No soy un hombre perfecto, pero jamás he engañado a mi mujer.

Héctor decía la verdad. Aunque alguna vez había pensado en echar una cana al aire, jamás dio el paso precisamente porque encontraba injusto hacerle eso a una persona que había cuidado de él y que había soportado estoicamente años de acoso por parte de su exnovia. Lo más parecido a una deslealtad había sido acudir a ver a Hebe sin decírselo, así que, intentando comprender el tono de su interlocutor, fue franco:

—Señor Gutiérrez, dígame qué está pensando. Tengo suficiente con no saber dónde se encuentra mi mujer.

—¿Qué siente por la señora Miralles? ¿Aún la ama?

—Volvió mi vida un puto martirio y dañó a Mamen. Hasta hace unos días, yo no la creía capaz de hacer nada tan grave. Está mal de la cabeza y sus obsesiones la dominan por completo. Pero aquella expresión en su rostro… Yo… Sé que ha hecho daño a Mamen, y esta vez no se ha quedado en una simple agresión. ¿Lo comprende?

—¿Conocía usted a Sofía Estévanez?

—La conoce todo el mundo gracias a las noticias… Un momento, ¿qué está insinuando? ¿tiene Hebe algo que ver con todo esto?

—Si así fuera, ¿por qué Hebe podría haberle hecho daño?

—No tengo ni la más remota idea. Me… Me estoy mareando.

La madre de Héctor venía con los cafés y, al ver que su hijo se encontraba mal, se alteró.

—¿Qué le ha dicho? ¿Por qué interrogan a mi hijo en lugar de detener a ese demonio que nos ha estado jodiendo la vida?

Flavio pensó en Ramiro Ocampo, el enamorado de la señorita Estévanez. «Hay amores que matan», se dijo.

—¿Necesita que llame a un médico? —preguntó.

—Quiero que se marche —respondió la mujer.

De vuelta a la comisaría, Gutiérrez buscó a Francisco y le contó

lo que Héctor le había dicho. También le recordó la figura de Ramiro, su obcecación por señalar a Rubén Torres como el asesino de Sofía.

—Moreno, eso cuadraría —dijo, alterado—. La tartamuda tiene un idilio con el actor y como sabe que él y Sofía han pasado la noche juntos, va y la mata, por celos.

—¿Y por qué matar a Ramiro? —preguntó el inspector—. ¿Por qué acabar con Mamen si ya está con Rubén Torres?

—Lo de Mamen podría ser una simple casualidad. Tal vez se marchó para no aguantar al blandengue del marido.

—No se llevó absolutamente nada de la casa. No ha sido una desaparición voluntaria.

—Pero lo de Hebe y el actor sí encaja.

—El actor dijo que era gay. Ni estuvo con Sofía ni mantiene una relación con Hebe.

—Y eso lo sabes porque él te dijo que era un pobre marica encerrado en un armario, ¿verdad?

Francisco lo miró cabreado. No le gustaba nada la palabra marica, pero mucho menos que estuviera insinuando que un actor de pacotilla lo había engañado.

—Es mejor asumir el error, Moreno. Tú lo sabes y yo lo sé.

—Pide una orden de registro —zanjó, resoplando—. El juez no tendrá problemas en dártela.

—¿Te refieres a tu amigo el juez Hierro?

Moreno le dedicó una mirada repleta de furia.

—No me tutees.

Flavio asintió y antes de salir, añadió:

—Es bueno tener a un juez de tu parte, Francisco. Haz las paces con él.



—Muy bien, preciosa. Sólo una más. Perfecto.

Enrico tenía ya al menos tres fotos válidas para el pasaporte de Hebe, pero la encontraba tan tensa que quiso mostrarse simpático y hasta algo coqueto con tal de liberarla de sus nervios. Ella no acostumbraba a visitar sitios como aquel, de eso estaba seguro. Tampoco era el tipo de mujer con que imaginaba a Rubén iniciando una nueva vida, pero, limitándose a seguir con sus trapicheos, el falsificador trató de continuar con la sesión fotográfica e imprimir los documentos.

En cuanto abandonaran el país, ya no volverían a ser Hebe y Rubén, sino Axel Miranda y Alicia Carballo. En unos días dejarían atrás todo cuanto conocían para partir hacia un nuevo destino. Ya estaba decidido.

Rubén se encargó de pagar nuevamente al pesado de Enrico y

tomó de la mano a una Hebe que rumiaba decenas de futuros donde ningún final era feliz. Sin embargo, en lugar de poner en duda las decisiones de su compañero, se mostró abierta a la experiencia.

Celebraba de algún modo poder empezar de cero. Incluso aceptaba su nueva identidad con cierta ilusión. Alicia Carballo representaba un cambio de ruta, la clase de mujer que siempre había querido ser. Y entendiendo que ya no habría otro camino para ella, decidió que a partir de ese momento sólo contaría con Rubén como familia.

—¿Hago las m-maletas? —preguntó Hebe una vez subió al coche.

Su acompañante mantuvo silencio mientras conducía. Días atrás había comprado un coche de segunda mano pensando en la necesidad de llevarse algunas cosas consigo cuando abandonara el piso. El actor estaba pensando, y cuando eso pasaba su atención se reducía a mantenerse lo suficientemente activo para no dejar de respirar. Ella se dio cuenta y no repitió la pregunta, sabiendo que alguien debía controlar la situación. Nadie mejor que Rubén para reparar en cada posible laguna del plan que iban a ejecutar.

—No tardes —dijo, aparcando al final de la calle.

—¿No vi-vienes conmigo?

—Estoy algo cansado, linda. Te espero aquí mejor, ¿vale?

Ella asintió, sin saber que Rubén había declinado acompañarla por otros motivos.

Soterion (Salvación)

Tomó la bolsa marrón, la que quería estrenar cuando fuera de luna de miel con Héctor y que aún mantenía la etiqueta colgada del mango. Metió ropa y zapatos a toda velocidad y, cuando iba a coger su diario y una caja en la que guardaba sus «recuerdos secretos», alguien golpeó su puerta.

—¡POLICÍA! ¡ABRA!

Rubén los había visto en un extremo de la calle, justo cuando él aparcaba al otro lado. Estuvo a punto de seguir camino y proteger a Hebe, pero la posibilidad de que los siguieran hizo que la engañara. Sólo así tendría una opción para escapar. Apretó los dientes, furioso porque las cosas no estaban saliendo como había planeado.



Era la primera vez que tanta gente se concentraba en su casa, y eso la ponía nerviosa. Voces y pasos de extraños retumbaban en el salón generándole inseguridad y pánico. Aun así, no permitió que esas sensaciones la sobrepasaran; al fin y al cabo, no había nada que la relacionara con la muerte de Sofía. Sin embargo, poco tardó en recordar a Ramiro suplicándole que le dejara escapar. Enseguida rescató su mal aspecto: los labios blancos, la sangre y los ojos llorosos. «¿Y si están aquí por él? —se preguntó—. ¿Y si Ramiro sobrevivió?».

Custodiada por un agente en una esquina del salón, se percató de que el tipo no la miraba a la cara. No la encontraba una amenaza, era obvio. De nuevo, Hebe, una mujer que siempre se sintió aplastada por la sociedad, miró al resto como si se hallaran a kilómetros de distancia, tan alejados como lo habían estado siempre, procurando no acercarse demasiado a la tartamuda con problemas emocionales.

Gutiérrez, con serio semblante, fumaba un cigarrillo fuera. Estaba enfadado con Francisco, quien le había pedido que saliera para no entorpecer la labor de los agentes que realizaban el registro. Su versión más retorcida lo condujo a pensar que Moreno lo quería al margen de los hallazgos que pudieran hacerse en la casa de la sospechosa. De pronto, se vio a sí mismo como un estúpido que había estado realizando todo el trabajo aburrido, el que nadie quiere realizar, para que otro, desde la comodidad que implica estar sentado en un despacho, se llevara los méritos. Pero no se enfrentaría a Moreno en una batalla que, aparte de no ayudarle a lograr sus objetivos, lo convertiría en un envidioso para el resto de sus compañeros. Mantuvo la boca cerrada en una mueca que lo situaba como un personaje antipático y borde.

Francisco nunca hubiera caído tan bajo. Su motivación se debía

a la necesidad de constatar primero que Hebe estuviera implicada en los crímenes. Y para ello tenía unas cuantas preguntas previstas:

—Villanueva, déjanos a solas, ¿quieres?

—Claro, señor. Estaré en la puerta por si me necesita.

—Hola, Hebe —dijo, invitándola a tomar asiento en el sofá.

—M-Moreno, ¿q-qué está pas-s-sando?

—Eso mismo quisiera saber, niña. ¿Qué has hecho?

—N-no he hecho nada. Ni s-siquiera sé por qué están aq-quí.

—¿De qué conocías a Sofía Estévanez?

Tragó saliva y, sin saber muy bien cómo proceder, respondió:

—Era una amiga.

—¿De qué la conocías? ¿Desde cuándo formas parte de su mismo círculo?

—Me hice amiga de unos actores y ella era la p-profesora.

—¿Sabes cómo murió?

—Dicen en las noticias que fu-fue asesinada.

—¿Conoces al asesino del lazo azul?

—Só-sólo de la tele.

—¿Cuándo conociste a Rubén Torres?

Pese a que esperaba que le realizasen esa pregunta, Hebe se mostró nerviosa, incómoda, como si de pronto una corriente de aire violenta hubiera penetrado en la estancia.

—Fu-fui a la obra que usted me r-recomendó.

Francisco trató de hacer memoria. Había sido un gesto tan tonto que le costó recordarlo.

—¿Y a quién más conociste ese día?

—Ma-marta, Celso, Ru-Rubén…

—¿Y a Ramiro? ¿Llegaste a conocerle?

—Sí.

Desvió la mirada. Por un instante, quiso confesarlo todo, que Rubén le había contado su terrible historia, que había visto cómo apuñalaba a Ramiro y que ella lo retuvo en el piso a pesar de estar malherido. Y la muerte de Mamen, que se repetía una y otra vez en su cabeza como un recuerdo castigador. Sin embargo, permaneció en silencio.

—¿Sabes que el chico apareció muerto en la calle? —dijo Francisco.

Hebe negó con la cabeza. Se sorprendió a sí misma sintiendo alivio al conocer la noticia.

—¿Estás al tanto de que la esposa de Héctor ha desaparecido?

Volvió a negar y, al borde del llanto, pidió:

—¿Pu-puedo ir al baño?

—Claro —respondió Moreno—. Villanueva —dijo esta vez a su agente—, acompaña a la chica al servicio.

El muchacho obedeció y, cuando ella fue a cerrar la puerta, le indicó que no podía dejarla sola.

—Estaré de espaldas —agregó con rapidez—, pero comprenderá que no puedo dejar que cierre, ¿verdad?

—¿Pretende q-que haga pis co-con usted en la pu-puerta?

—¿Qué sucede, Jorge? —quiso saber Francisco.

—La señorita quiere cerrar y le estaba explicando que, aunque la puerta debe quedarse abierta, yo estaré de espaldas para darle intimidad.

El inspector la miró unos instantes y comentó:

—Deja que cierre. No pasa nada.

—Podría no ser buena idea. —Después de recibir una mirada de su superior, de esas que los oficiales consideraban heladoras, añadió—: Lo que usted diga, señor.

Ya al otro lado de la puerta, Hebe echó a llorar en silencio. Estaba desesperada y muerta de miedo. «Todo irá bien —se decía—. Tú sólo asegúrate de llegar a la hora».

El plan inicial era tomar un barco a las siete menos cuarto del día siguiente. Estaba claro que Rubén ya no se encontraría aparcado en la calle, pero no se lo tomó como un abandono, sino como la única alternativa de que las cosas salieran según lo previsto. La presencia de la policía no iba a interponerse en su camino. Zarparía en ese barco, o moriría en el intento.

—¡Señor, aquí hay algo!

Al escuchar a uno de los agentes decir tal cosa, se estremeció. Aguzando el oído, alcanzó a comprender que habían localizado una prenda que podría ser de la víctima. No había cogido su caja de recuerdos secretos, donde guardaba multitud de objetos que pertenecían a Héctor, pero en la que también almacenaba ropa de Mamen. La cinta de porno doméstico de la pareja también se encontraba allí. No había modo de explicar por qué tenía todo aquello en su poder, así que, consciente de que no le quedaba otra opción, escapó por la ventana.

Lo que habían encontrado los agentes, sin embargo, era la bufanda de Sofía —reconocida gracias a unas fotografías de la víctima—. Sobre el armario, lugar escogido por Rubén para esconderla, fue considerada una prueba manifiesta de que Hebe era culpable de asesinato. A Francisco no le cuadraba nada, pero, debiéndose a sus obligaciones, pidió que la prueba se embolsara.

Se dirigió al cuarto de baño para notificarle a Hebe que tendría que acompañarlos a comisaría. Tras dar unos toques en la puerta y no recibir respuesta, Villanueva la derribó constatando lo peor.

—¡Le dije que no era buena idea!

El dispositivo de búsqueda no se hizo esperar. Francisco, sintiendo que había cometido una estupidez flagrante, salió con urgencia a la calle, buscando a Hebe, pero también a Flavio.

—¡Jodido Gutiérrez! —tronó—. ¿¡Dónde coño estás!?

Después de pensar que de nuevo se encontraba intimando con una amiguita o gastándose el sueldo en apuestas, llegó a la conclusión de que el tipo al que había subestimado tantas veces supo de la ausencia de Hebe antes que nadie. Suspirando, el inspector se reprochó haber sido tan sumamente torpe. Trataría de enmendar sus errores buscando a los padres de la chica. Tal vez ellos supieran dónde podría esconderse.



Corrió con todas sus fuerzas, sintiendo que de un momento a otro sus piernas se desharían en plena carrera. Sus meses de entrenamiento en el gimnasio junto a Silvia no estaban dando los frutos que esperaba. No obstante, Hebe se desplazaba a una velocidad vertiginosa, ignorando el cansancio y movida por el deseo de salir indemne de aquello.

De vez en cuando echaba la vista atrás, tratando de localizar alguna figura de autoridad que estuviera persiguiéndola, pero las calles, salvo por algún que otro vehículo circulando a esas horas, lucían prácticamente vacías. Disminuyó entonces el ritmo y pensó cómo proceder. Ir a casa de Rubén sería peligroso y poco adecuado dadas las circunstancias. Entonces recordó que la casa de Sofía no estaba muy lejos.

La vivienda, que acumulaba correo en el buzón, estaba cerrada y sin inquilinos, al menos eso asumió después de mirar a través de las ventanas. Echó un vistazo alrededor y comprobó que nadie la observaba, así que, tal y como hizo la última vez, se coló por un ventanuco con el pestillo roto en el que nadie, salvo ella, había reparado.

Cajas y algunos rollos de cinta de embalar se repartían por el espacio, como si alguien hubiese iniciado el proceso de recoger las cosas de Sofía. El polvo sobre los muebles revelaba lo poco que se pisaba el domicilio, quizá lo justo y necesario para realizar la mudanza. Apenas quedaba ropa en los armarios, y la nevera estaba limpia, vacía y desenchufada.

Recordó la última vez que estuvo allí. Por entonces, no era más que una acosadora acostumbrada a vigilar a terceros cuando alguien le importaba demasiado. Aquel día, aparte de cotillear entre las pertenencias de Sofía, quiso ser ella. Se probó su ropa, comió algunas de las cosas que había en la despensa y echó un vistazo a sus fotografías, odiándola y al mismo tiempo deseando tener su aspecto.

Luego comprendió que la suerte se la labra uno mismo y que la culpa de no haber alcanzado las metas que se había propuesto a lo largo de los años no era de gente como la señorita Estévanez.

La casa que hasta hacía sólo unos meses estaba radiante de vida, se mostraba ahora como una crónica, el claro ejemplo de la efimeridad del ser.

Abrió el grifo y bebió con avidez. Consideró la idea de descansar unos minutos antes de partir, incluso sin un destino claro en mente, pero tras saciar su sed, tomó plena conciencia de los riesgos de exponerse. Decidió que lo más prudente era mantenerse oculta. Sin embargo, no había previsto que Gutiérrez estaría al acecho al otro lado de la calle.

Flavio sabía que lo mejor era esperar. Si esa mujer había participado en el crimen de Sofía, tarde o temprano aparecería su cómplice y, con suerte, así los capturaría a ambos. Estaba dispuesto a ser quien resolviera aquel caso, y si debía aguardar allí toda la noche, lo haría.

Trató de hacer tiempo en el coche. Por fortuna, le quedaba aún algo de café en el termo, cosa que mejoraría la espera considerablemente. Sorbió la bebida despacio, sin dejar de vigilar. Poco después, cuando pretendía devolver el termo a su sitio, atendió a algo metálico en una de las alfombrillas. En lugar de agacharse de inmediato quiso adivinar de qué se trataba a distancia, como si pretendiera ejercitar su cerebro ahora que todo estaba tranquilo y en silencio. «No parece una moneda —murmuró—, y tampoco una llave o un tornillo. ¿Qué es?».

Finalmente, invadido por la curiosidad, se aproximó al objeto y, tomándolo entre los dedos, suspiró. Era un pendiente, una argolla de plata, para ser exactos. No tardó en ubicar a su dueña. Guardando la joya en uno de sus bolsillos, pensó que no era de extrañar que Ariadna la hubiera perdido, teniendo en cuenta cómo se había movido la última vez dentro del vehículo. Luego reparó en que se merecía estar durmiendo en el sofá. Otra vez. Su mujer no estaba al tanto de la presencia de la señorita Garrido, pero lógicamente sabía que algo estaba pasando. Gutiérrez había cambiado; no se había vuelto un tipo insoportable en la convivencia, ni un marido totalmente ajeno a sus necesidades conyugales. Únicamente había pasado de ser Flavio a otro sujeto, un desconocido al que su esposa detestaba.

La mujer, que se encargaba de llevar las cuentas de la familia, se percató de la drástica bajada de dígitos en el banco. Los ahorros que juntos acordaron emplear en los estudios del único hijo que tenían habían sufrido una caída incomprensible. Después de discutir con su marido y de constatar que se hallaba ante un enfermo, decidió crear una nueva cuenta en la que él no pudiera meter sus zarpas. Harta de

batallar con un hombre que no quería poner solución a su grave problema y tras una discusión terrible, le pidió el divorcio. Pero Flavio, en lugar de comprender que, dadas las circunstancias, esa era la mejor opción, se arrodilló ante ella y le suplicó una oportunidad, cosa que al final logró.

Ahora se encontraban en un punto muerto. Sintiendo lástima por el tipo al que ya no amaba, pero que seguía siendo el padre de su hijo, la mujer accedió a que continuara en casa —no compartiendo dormitorio, pero sí el mismo techo—. Estaba dispuesta a perdonarle, pero debía ver una evolución en él, una mejora real, para volver a ser la familia que una vez fueron.

«Eres un putero —se dijo—. Y además un adicto al juego. A tu pobre mujer le tocó la lotería. Reza porque el crío no te tome como ejemplo. —Secándose unas lágrimas, agregó—: Estás en periodo de prueba, Flavio. No flaquees ahora».



Silvia vivía sola y, aunque ya había pasado la treintena, su piso lucía como la típica habitación de una adolescente, con pósteres de cantantes y actores más valorados por su aspecto que por su talento y colores alegres en las cortinas. Sentada en el sofá, escuchaba al inspector sin dar crédito a todo cuanto éste explicaba.

—Señor Moreno, yo… Estoy completamente consternada —expuso con sinceridad—. No sé dónde puede estar Hebe. La llamé hace un par de noches, pero, como le digo, se ha alejado mucho. No sé muy bien por qué.

—¿La notó distante en su último encuentro? —preguntó Francisco—. ¿Estaba enfadada o preocupada por algo?

—No; de hecho, parecía feliz. Me contó que salía con alguien. Se la veía contenta, ¿sabe?

—¿Llegó a decirle el nombre del tipo en cuestión?

—Sí, me habló de él, pero para ser sincera, no logro recordar su nombre. Lamento muchísimo no poder serle de más ayuda, de verdad.

—Está bien, no se preocupe. Si por casualidad le viene a la memoria la identidad del hombre con el que Hebe se ha estado viendo, si ella contacta con usted o si se le ocurre un lugar donde pueda estar, no dude en llamarme al número que sale en la tarjeta, ¿de acuerdo?

Silvia asintió. Acompañó hasta la puerta a Francisco y, preocupada, se atrevió a preguntar:

—¿Ha hecho Hebe algo malo?

—Eso tratamos de averiguar —dijo él esbozando una mueca que pretendía ser amable.

Silvia se dio cuenta entonces de que apenas conocía a Hebe. Le

había abierto las puertas de su vida a una completa extraña, y no se trataba de una mujer normal, sino de alguien con un pasado complejo a la que ahora la policía trataba de encontrar. Echó el cerrojo con la esperanza de que la chica fuera capturada antes de que pudiera arremeter contra ella, precisando apartarla de sus pensamientos con inmediatez.

Tuvo que prepararse una tila y ni aun así consiguió quitarse de encima la sensación de estar en peligro. Pensó que era ridículo hallarse en aquel estado, puesto que, si Hebe hubiera querido hacerle daño, ya lo habría hecho. «No parece mala chica —se dijo—. Tal vez se hayan equivocado de persona».

Después de dar muchas vueltas al asunto, finalmente se quedó dormida. No reparó en la presencia de un intruso en la vivienda. Al menos hasta que éste la despertó.

Un sujeto vestido de negro la observó durante unos minutos desde el otro extremo de la habitación. Echó un vistazo en el resto de la vivienda, buscando a alguien que claramente no se hallaba allí.

Destapó con cuidado a la chica y la observó en su medio desnudez, tan vulnerable y ajena a su presencia, que la sola idea de seguir espiándola le parecía obscena. De modo que, armado con un cuchillo, encendió la lámpara y la zarandeó para que se despertara.

—¿¡Quién es usted!? —preguntó Silvia, cubriéndose con la colcha.

—No monte un escándalo. No le conviene. ¿Lo comprende?

—Está bien, ¿qué quiere? No guardo mucho dinero en casa, pero estoy dispuesta a dárselo con tal de que no me haga daño.

—¿Me toma por un ladrón? Si así fuera, ¿por qué habría de despertarla?

La muchacha tragó saliva, temiéndose lo peor. Lejos de disimular su miedo, echó a llorar suplicando clemencia.

—Tienes que calmarte. Perdona, ¿te molesta que te tutee?

Ella no reaccionó al comentario, por lo que Rubén decidió hacerlo.

—En fin, Silvia —dijo mientras arrancaba el cable del teléfono que había sobre la mesilla de noche—, te preguntarás qué hago aquí. Bueno, es evidente que no vengo a tomar té y galletas. Aunque seguro que de esas dos cosas sólo tienes el té, ¿verdad? Una chica con esas piernas no come dulces, seguro.

Celebró ver el terror en los ojos de la joven, así que, sonriendo, continuó hablando:

—Tenemos amigos comunes, ¿sabes? Un señor con manos grandes que se apellida Moreno. Estuvo esta tarde aquí, ¿le recuerdas?

Silvia sólo le miraba, intentando comprender qué quería aquel individuo de ella.

—¡Que contestes! —gritó tras agarrarla del cuello.

—Sí, sé quién es —dijo al fin.

—Bien, Silvia, empezamos a dialogar. El diálogo es vital entre personas, ¿no crees?

—Por favor, no me haga daño. Haré lo que quiera, pero no me torture —rogó aterrada.

—Para empezar, concéntrate. No me gusta repetirme, ¿vale? —Ella asintió y, entonces, Rubén le acarició la cara para poco después sentarse en un extremo de la cama—: ¿Qué quería el señor Moreno?

—Saber dónde se encuentra una mujer a la que están buscando.

—Baja de la cama y arrodíllate frente a mí —ordenó apuntándola con el cuchillo.

—¡Pero yo no sé dónde está! ¡Lo juro!

Al ver que Silvia no atendía a su petición, la tomó del cabello y la bajó a la fuerza.

—Acabo de decirte que no me gusta repetirme. Has de estar atenta, cielo —tras esbozar una sonrisa terrorífica, utilizó el cuchillo y rasgó uno de los tirantes de la blusa de la chica—. ¿Qué más preguntó el señor Moreno?

—Nada más —susurró con la voz ahogada por el pánico.

—Silvia… Qué pena que creas que soy imbécil —declaró cortando el otro tirante y dejándola desnuda de cintura para arriba. Ella trató de cubrirse con los brazos, pero a través de un gesto, Rubén le dejó claro que no era buena idea—. Bonitas. Yo las prefiero más pequeñas, pero sería un mentiroso si dijera que no son agradables a la vista. En fin, ¿por dónde iba? Ah, sí. ¿Qué más preguntó Moreno? Y de paso, quítate la última prenda que queda. Pero sé delicada, ¿vale? Quiero ver cómo te la quitas, despacio. Vamos, estoy acezante.

Temblando, la muchacha se levantó para acatar la orden.

—El inspector sólo quería saber si mi amiga tenía novio.

—¿Y qué le respondiste? —preguntó acariciándose la entrepierna—. Más despacio, linda.

—Hebe nunca me contó la identidad de esa persona —sollozó.

—Oh, vaya, al fin dices el nombre de tu amiga. Hasta ahora creía que te avergonzabas de ella, como si relacionarte con alguien así fuera pecaminoso o algo parecido. A ver, date la vuelta.

De nuevo, Silvia obedeció. Estuvo tentada a usar una de las lámparas situadas sobre la mesa del escritorio para golpear a aquel extraño, pero consideró tomarse su tiempo y preparar el ataque para cuando se hallara de frente y no de espaldas.

—Quizá no sepas cómo me llamo, pero sí dónde nos conocimos. ¿Me equivoco? ¿Qué sabes de mí?

—Eres actor —respondió atendiendo al sonido que hizo el colchón mientras él se levantaba.

—Bien. En eso no te equivocaste. Apóyate en el quicio de la ventana con ambas manos.

—Por favor, se lo suplico, quiero vivir —gimió desesperada.

—Abre las piernas.

Pasó entonces la hoja del cuchillo lentamente por la espalda de la joven, celebrando que ella no se estuviera resistiendo y que al fin se hubiese colocado tal como había indicado.

—Apuesto a que de pequeña eras una consentida. La niña mimada de papá, ¿es así?

Sujetando su cuello, ahora pasaba el cuchillo por delante, subiéndolo despacio desde el sexo hasta la boca.

—Haga lo que tenga que hacer y márchese.

—No seas insolente. Hasta ahora he sido muy considerado, ¿no crees?

Se pegó a la joven con violencia, embistiéndola contra la ventana sin separar el cuchillo de su rostro.

—¡Hágalo ya! —lloró de rabia.

—Oh, Silvia. Yo soy un hombre fiel. ¿Creías que íbamos a tener sexo? Vaya, me siento halagado, pero he de declinar tu oferta. ¿Qué pensaría Hebe si se enterase de que su mejor amiga anda insinuándose a su compañero?

Aterrada y deseando que aquel sujeto se fuera o la matase de una vez, se limitó a llorar.

—Está bien, tranquila. Nunca lo sabrá.

Pasó entonces la mano que le quedaba disponible por el interior de los muslos de la chica y, después de masturbarla unos minutos, declaró:

—Reconozco que habría estado muy bien, Silvia. En fin, he de irme.

Y soltándola con brusquedad, abandonó la habitación sin prisa ni remordimientos. Relajado, bajó las escaleras e incluso cedió espacio para que una pareja que volvía de una fiesta pudiera subir con comodidad. No le importaba ser reconocido; de hecho, la idea de que el inspector supiera que él había estado allí sintiendo que podía hacer lo que le viniera en gana sin ser capturado, le reportó una satisfacción aun mayor que la que le hubiera proporcionado violar y matar a Silvia.

Sabiendo que la policía ya estaría tratando de localizarle, subió al coche en dirección al muelle, donde en pocas horas huiría de la ciudad, con o sin Hebe.

La mujer de recepción seguía ocupada al teléfono, cosa que aprovechó para llevarse a Gustavo consigo.

El hombre, que vestía una camiseta de marca y blanquísimas zapatillas de deporte, sujetaba con fuerza a un Gustavo confundido y demasiado asustado como para oponer resistencia.

Estaba inquieto, escudriñando el entorno como si buscara alejar a cualquier testigo potencial. A pesar de que Gustavo no hizo amago alguno de intentar escapar, él seguía aplicando fuerza sobre su brazo, clavando los dedos en la carne mientras lo guiaba por un camino tortuoso a través de las calles más angostas y sombrías, esquivando cualquier mirada curiosa.

«Cómo has cambiado, Sito —pensó Hurón atendiendo a las cicatrices de sus manos—. En algunas cosas sigues igual, pero físicamente pareces otro».

Rescató fragmentos perdidos de su extraña amistad con aquel hombre, a quien siempre había visto como un delincuente de poca monta. Recordaba especialmente sus densas cejas, formando una línea recta cuando se enfrentaba a situaciones confusas o extraordinarias.

Sudorosos, los dos hombres llegaron a un callejón perdido, uno que casi no recibía la luz solar. Gustavo no desaprovechó la oportunidad para preguntar qué estaba pasando:

—¿Adónde me llevas?

—Cállate —escupió mirando al otro lado de la calle—. Todavía no sabemos si estamos en un sitio seguro.

—¿No ves que no hay nadie?

Esto último lo dijo conteniendo una arcada. Los estragos del síndrome de abstinencia no estaban tardando en llegar. Aun así, cansado y precisando la droga urgentemente, procuró mantenerse erguido y controló su respiración, que se agitaba por momentos.

—Eso que llevas encima no es un mono, es un gorila, macho —comentó Sito—. Aguanta sin potar hasta que lleguemos a mi casa, ¿podrás?

Gustavo asintió no muy convencido. Sabía que en cuanto llegara a su destino, aquel amigo de juventud le proporcionaría la medicina que necesitaba, recurso suficiente para continuar caminando, aunque su cuerpo estuviera al límite.

A menos de una hora, la pareja logró llegar a un barrio muy distinto al que se hallaba antes. No era el *Desguace*, pero compartía con éste infinidad de elementos. Una capa marronácea cubría carteles publicitarios y señales de tráfico, delatando el paso de la lluvia de barro que semanas atrás había sido un auténtico fastidio para los

vecinos de la zona. Algunos de ellos, jóvenes en su mayoría, subsistían a duras penas gracias a las ayudas del gobierno. Quizá por eso se antojaba todo un misterio que, en plena tormenta de tierra, muchos de ellos corrieran despavoridos a cubrir las carrocerías de sus *Mercedes, BMW, Audi* y *Lexus*, temiendo que éstos sufrieran algún daño.

Era un lugar de contrastes, uno donde la pobreza quedaba definida por el paso obligado de los abuelos entre contenedores de basura y las risas de varios chicos presumiendo de colgantes de oro y negocios en alza. Las casas de sus padres se caían a cachos, pero ellos se paseaban por las calles agitando fajos de billetes al son de las canciones que salían de sus reproductores de música. «La necesidad —pensó Gus— puede convertirte en un imbécil. Es fácil acostumbrarse al dinero y cometer estupideces».

Pero eso sólo pasaba con los camellos insignificantes, los que la policía capturaba enseguida. Los grandes, los que llevaban décadas liderando mercados, eran discretos y nada ostentosos. Así pasaban inadvertidos, conduciendo un utilitario de lo más común, vistiendo ropa de saldo y comprando artículos en oferta a la hora de ir al súper. Gente normal que en realidad almacenaba millones y millones en una pared falsa ubicada en el dormitorio de sus inocentes hijos.

Estaba exhausto, deseando llegar de una vez al sitio que imaginaba como un foco nauseabundo y sucio, tal como era la antigua vivienda de Sito. Sin embargo, en vez de toparse con el tabuco que esperaba, encontró un piso de lo más amplio y agradable.

Hubiera elogiado la decoración, pero su tembloroso cuerpo lo obligó a tumbarse sobre el sofá. Su amigo no tardó en sacar de un estuche las herramientas necesarias para calmarle.

—¿Dónde lo haces? —preguntó para saber el punto en que debía pincharle.

—No tengo dinero —respondió Gustavo con apenas un hilillo de voz.

—Cállate, anda.

Hurón entonces señaló sus pies, haciendo un esfuerzo sobrehumano para poder quitarse los zapatos, cosa que acabó haciendo Sito por él. Estaban repletos de llagas y zonas ennegrecidas, el aspecto habitual en adictos de su categoría.

—Mierda, Hurón —dijo inyectando la sustancia al fin.

Gustavo había dejado de revolverse. Ahora esbozaba una sonrisa de satisfacción, celebrando haber acabado con aquel martirio insoportable. Sabía que cuando se le pasara el efecto volvería a sentirse como el esclavo infeliz que era, pero en ese instante sólo cabía en él un estado de relajación que ninguna otra cosa en el mundo podía proporcionarle.

Sito le observó unos minutos, negando con la cabeza y

sintiendo lástima por aquel despojo que una vez fue mejor hombre que él. Echó un vistazo a su alrededor y agradeció haberse desenganchado a tiempo. Todavía le quedaba algún tiempo para llevar a cabo sus planes de independencia, pero estaba convencido de que en algún momento emprendería la vida que siempre quiso.

Hipólito no le dejaba respirar. Años de servidumbre para ajustar cuentas por la metedura de pata con Nadia lo habían convertido en un hombre multiusos que ya estaba harto de hacer lo mismo. Sin embargo, cuando conoció al verdadero jefe de la organización descubrió qué quería hacer en el futuro. No estaba de acuerdo con sus métodos, pero contemplar por sí mismo lo cómoda que era la vida cuando se posee dinero, independientemente de dónde procede, supuso un despertar en él.

Desintoxicarse no fue fácil. Era igual de dependiente que Gustavo, sólo que él sí era capaz de cualquier cosa con tal de conseguir su dosis. En ese sentido, Hurón comprendía los límites, respetando las pocas cosas que tenían sus abuelos en casa, o alejándose de la tentación de robar a los turistas despistados que paseaban por el centro con los bolsos abiertos. Sito no medía sus impulsos, de manera que su padre, harto de lidiar con un crío irreverente que empeñaba objetos de la familia para costearse sus nocivos caprichos, acabó echándole de casa cuando contaba con diecinueve años. Sito y su progenitor llegaron más de una vez a las manos, así que el joven, cansado de aguantar una situación insostenible, aceptó la decisión aun sin tener adónde ir.

Tritón le acogió sin hacer preguntas, sin objetar nada o imponerle normas. Era normal que el chico le rindiese fidelidad; incluso sabiendo que aquel camello se estaba aprovechando de él, que prefería tener a un adicto trabajando bajo sus órdenes para así controlarlo a su antojo, él besaba el suelo que Hipólito pisaba.

Con el tiempo, comprendió la importancia de limpiar su organismo y, sin ayuda de nadie, logró su cometido. En su narcisismo, se veía como un ser extraordinario, creyéndose por encima de quienes continuaban aferrados a sus vicios, como el pobre Gustavo.

Guardó el estuche con las drogas y encendió el televisor. Un reportaje de pesca en mar abierto lo mantuvo entretenido varios minutos, mientras sobre la mesa de la cocina pretendía organizar unos documentos. Luego extrajo de una carpeta varios fajos de billetes y los colocó en función del valor de cada uno. Ya casi había alcanzado la cantidad suficiente para llevar a cabo sus planes, así que, sonriendo, guardó el dinero de nuevo.

Hecho un ovillo y ajeno a cuanto sucedía a su alrededor, Gustavo continuaba sobre el sofá, dominado por la sustancia que minutos atrás le había administrado su amigo, quien, desde la cocina,

lo contemplaba con lástima al tiempo que bebía una cerveza.

Al despertar, advirtió olor a comida, más específicamente a pasta con salsa y, pese a tener hambre y querer levantarse, sus articulaciones aún dormidas no parecían estar por la labor. Se dedicó entonces a escuchar los movimientos de Sito, sacudiendo la olla para que los ingredientes se fusionaran del todo. Hurón, que se hallaba de espaldas, se lo imaginó como uno de esos bailarines de claqué que aparecían en las películas antiguas, desplazándose con destreza sobre las baldosas, casi flotando y moviendo los pies en una danza agradable a la vista. Al incorporarse, no vio a Fred Astaire entre fogones, pero sí a un chico relajado, absorto con la actividad que estaba desarrollando.

Intentó acercarse con sigilo, pero sus deteriorados pies trastabillaron y acabó cayendo al suelo. Sito entornó los ojos para segundos después acercarse, tendiéndole la mano:

—¿Es que aún no sabes que necesitas un tiempo antes de moverte? —expuso con voz firme.

—Yo no tengo la culpa de que tu comida levante a los muertos.

Sito soltó una carcajada. Siempre supo que Gustavo empleaba el humor para suavizar el miedo que sentía estando a su lado. No comprendía por qué le temía tanto, pero en cierta medida lo consideraba una ventaja en la relación. Tomar las decisiones sin tener en cuenta la opinión del otro le proporcionaba un poder que no poseía en ningún otro aspecto de su vida. Ahora las cosas eran distintas, aunque la presencia de Hurón hizo que algunas de sus inseguridades afloraran de nuevo.

Repartió la pasta en dos platos y contempló el modo en que comía su compañero. Aun teniendo dificultades para tragar, Gustavo devoraba con ansiedad la comida, igual que un animal que lleva días sin llevarse nada a la boca. Y así lo veía Sito, como un perro ansioso lleno de parásitos que nadie acaricia por prudencia y repulsión. Una parte de sí mismo le decía que ese no era su problema, que Gus ya era mayorcito y que debía ser responsable de sus propias decisiones. Sin embargo, una voz lejana, pero convincente, le gritaba que esta vez no debía mirar a otro lado. A la vez sentía que eran muchos los asuntos pendientes entre ambos, así que, sin preámbulo alguno, declaró:

—No sabía que también le ibas a la heroína. Antaño sólo te metías tiza.

Hurón simuló no haberle oído. Avergonzado, se limitó a seguir comiendo como si aquel comentario no fuera con él.

—Por cierto, de nada por el chute —intervino Sito de nuevo—. Tendré que ponerlo de mi sueldo, pero no importa. Para eso están los amigos, ¿no? —Hizo una pausa y después agregó—: Casi me empapelan por tu culpa, ¿lo sabías?

El chico ralentizó entonces su frenético modo de comer. Bebió

un poco de agua y después de unos minutos en silencio, dijo:

—¿Mi culpa?

—Joder, teníamos una puta tarea que hacer. Una sola. Pero te pusiste en modo paternal con aquella cría y metiste la pata hasta el fondo. Luego te piraste como una comadreja, justo en el momento más oportuno, cuando teníamos a los pitufos dando por culo.

—Sacrifiqué mucho yéndome, ¿sabes? No fuiste el único en salir perjudicado.

De un golpe, Sito apartó la mesa causando un estruendo incómodo, fruto de los platos y vasos estallando contra el suelo. Se posicionó de pie frente al muchacho y, agarrándolo de las solapas, susurró:

—Yo fui a un juicio, hijo de puta. ¿Tú qué perdiste? ¿Te parece mucho alejarte de la guarra de Barbie?

—¡No la llames así! —gritó.

—Ay, que sigues colado por ella —riéndose, tomó distancia en un intento de no darle un guantazo—. Mientras tú lloras por las esquinas, agazapado como un ratoncillo apestoso, ella se ha tirado a medio *Desguace*, Gustavo. No te guarda luto ni nada parecido, que lo sepas.

—No me importa —dijo, a punto de llorar—. Al irme sin avisar tampoco es que esperase eso por su parte.

—¡Eras mi amigo, joder! ¡Me dejaste solo! ¡Pringado hasta los dientes! ¿Sabes que me escapé por los pelos de la cárcel? De no ser por quien tú ya sabes aún seguiría encerrado.

—Quien tú ya sabes… —repitió—. Estás tan cagado que eres incapaz de decir su nombre por temor a que te quiten tus absurdos privilegios.

—¿¡Qué privilegios, mamón!? ¡Tú no sabes nada! ¡Ni te imaginas lo que he tenido que hacer para sobrevivir!

—¿¡Y qué coño quieres que haga yo!?

—¡Demostrar un poco de gratitud, al menos!

—¿¡Gratitud!? —preguntó de pie, encarándole—. ¿Cuándo te pedí que te arrodillaras a chupársela?

—¿¡De quién hablas, desgraciado!?

—¡De Boutros, gilipollas!

Los golpes no se hicieron esperar. Sito estaba fuera de sí, propinando puñetazos a un debilitado Hurón que, encogido en el suelo, alcanzó a coger un tenedor para clavarlo en el brazo de su rival.

El dolor fue tan agudo, que Sito acabó alejándose. Extrajo el cubierto y la sangre brotó con contundencia.

—¿Qué has hecho, inútil? —dijo Gustavo aún dolorido en el suelo—. Tienes que ir a un médico.

Pero Sito no perdió la compostura y, dejando que el agua del

grifo de la cocina cayera sobre la herida, respondió:

—¿Es que te apetece acompañarme a urgencias? Sería genial. Y también podríamos ir a tomarnos una copa al *Desguace*. ¿Qué me dices? ¿Llamamos a Tritón y nos bebemos unas birras?

Gustavo mantuvo silencio. Cuando Sito se ponía en aquel plan era capaz de cumplir sus amenazas, por lo que consideró oportuno no rebatirle nada ni llevarle la contraria.

—Meterte en ese centro… —musitó secándose el brazo. Negó con la cabeza mientras soltaba una risa jocosa y luego agregó—: Hay cosas que no cambian, Hurón. Tú te metes en líos, yo los resuelvo. ¿Qué habría pasado si alguien del clan de Hipólito te hubiera visto? ¿Quieres explicarme por qué coño estabas ahí?

—Iñaki me dijo que ya no pasa y, como necesitaba ayuda, me dio las señas del sitio —respondió tímidamente.

—¡Ay, qué risa! Que ya no pasa, dice. Menudo trolero de mierda. Hace dos semanas andaba pidiéndole trabajo al jefe.

—Boutros ya no es mi jefe —sentenció.

—Yo creo que te conviene trabajar para él. De lo contrario, estás muerto, Gus.

—Ni siquiera le conozco. ¿Por qué he de rendirle pleitesía?

Sito se dirigió al baño en busca de vendas y apósitos para cubrir la herida. Al ver que su amigo le seguía, abrió el armario con fuerza, como si quisiera romper la puerta. Estaba tratando de no volver a golpearle, pero las palabras de Gustavo le parecían una provocación en toda regla.

—¿Me estás escuchando? —insistió Hurón.

—Lo que no comprendo, pedazo de imbécil, es por qué te empeñas en morir. Con lo fácil que es lo contrario, coño.

—¿Y qué se supone que he de hacer? ¿Pedir perdón? Era una cría, ¡por el amor de Dios!

—¡No era asunto nuestro, joder! ¡Tú sólo tenías que cuidar de ella, maldita sea!

—Sito, escúchame —solicitó tratando de relajarse—, ¿por qué lo hacíamos? ¿Tienes idea? ¿Te parece normal no saber por qué jodida razón secuestramos y recluimos a una chiquilla?

—Hipólito nos mandó. Y punto. Yo no tenía que saber nada más. Así es como sobrevive la gente, Gus. Los que saben mucho a menudo acaban con un tiro en la cabeza, pudriéndose bajo tierra. Y yo quiero vivir, ¿te enteras?

Hurón no escondió sus ojos vidriosos, no de miedo sino de rabia. Llevaba años lidiando con esa parte oscura de sí mismo y estaba harto de ocultarse, de renunciar a su propia vida por algo que había sucedido doce años atrás.

—Deberías asearte —dijo Sito, señalando la ducha—. En el

armario hay toallas. Iré a buscarte ropa limpia.

Llevaba semanas buscando al chico. Según el jefe, alguien le había visto deambulando por las afueras. Había tenido la desfachatez de regresar al *Desguace* después de tanto tiempo, riéndose de él con total descaro. Pero Sito sabía que no era por eso. Si Gustavo se exponía de tal forma era por algo importante. Y antes de llevarlo ante Boutros, debía averiguarlo.

La idea de entregar a su amigo, a quien había sido como un hermano en el pasado, le encogía las entrañas, pero, tal y como había dicho minutos atrás, «así es como sobrevive la gente».

Localizó unos vaqueros, una camiseta de algodón y unos calzoncillos sin estrenar. Dio unos toques en la puerta del baño y, advirtiendo el vapor que salía tras la cortina de la ducha, anunció su presencia:

—Hurón, te dejo la ropa aquí.

No recibió respuesta. Primero pensó que al adicto de su amigo le habría dado un infarto en la bañera, pero al correr la cortina comprobó por sí mismo que la gente no cambia.

La estrechez de aquella ventana no disuadió al joven, que, aprovechando su apariencia cenceña, huyó a través de ésta igual que la pobre Nadia en la cabaña. Para Sito, era imperdonable haber cometido el mismo error dos veces. Exaltado, cerró el grifo y salió a buscarle.

Apenas media hora más tarde y bajo una tímida llovizna que acabó convirtiéndose en una tormenta, Hurón se vio en una calle sin salida, asediado por un Sito nervioso y con ganas de desquitarse. Sin embargo, al ver a su amigo de rodillas en el suelo y suplicando clemencia, limitó sus ganas de partirle la cara.

—No me lleves con él —sollozó en el suelo—. No quiero morir, Sito. Por Dios, sólo tengo treinta y dos años…

—Parece que tengas cincuenta —dijo extendiendo la mano para ayudarlo a ponerse de pie.

Empapados, los dos caminaron sin prisas hasta el coche, aparcado a dos manzanas de distancia. Sito llevaba una navaja en el bolsillo, y no la usaría a menos que Gustavo le volviera a poner las cosas difíciles.

La actividad no cesaba en la nave 80. El mal tiempo no disuadía a sus guardias de seguridad que, a la intemperie, continuaban custodiando la entrada, como sólidos muros de piedra.

Al ver a Sito, abrieron la verja. Gustavo vio tras los cristales mojados la fachada del lugar. Era igual de grisácea que el resto, con emborronadas letras azules que una vez fueron pintadas a mano. En su momento fue una fábrica textil, destinada específicamente a la

manufacturación de uniformes escolares. También realizaban monos de mecánico y chalecos reflectantes, por lo que no era de extrañar que, una vez en el interior, varias mesas de corte, máquinas tendedoras de tela y prensadoras de balas textiles se apelotonaran en la recepción. A ojos de Gus, estaban colocadas ahí como barrera protectora, igual que un arrecife de coral tras el que aguarda un vasto océano, tan espectacular como incierto.

Sito apartó unas cajas apiladas de una esquina y la luz de unos fluorescentes indicó el sendero a seguir.

Un leve olor a humedad delataba la falta de mantenimiento del sitio, aunque cualquiera que tuviera acceso al mismo no andaría pensando en nada parecido. Para Gustavo, todo cambió cuando, en una habitación aislada, tres hombres mantenían una charla, animados, tomando copas. Al ver a Sito, uno de ellos se levantó de su asiento:

—Josito, ¡qué alegría verte! ¿A quién me traes? —dijo mirando fijamente a Gustavo—. Yo te conozco, y mucho… ¡Vaya! Esto sí que es una sorpresa… ¡El señor Alabaina nos complace con su presencia! Siempre me han gustado los hurones, son animales estupendos: grandes cazadores y escurridizos como mantequilla derretida. Así eres tú. No te puse el mote a la ligera.

Gus mantuvo silencio. Por experiencia, sabía que Hipólito no reaccionaría bien si hablaba en ese instante. Así pues, en actitud aparentemente tranquila, continuó atendiendo a sus palabras.

—Tengo unas cuantas postales de Navidad con tu nombre, ¿sabes? Pero como te fuiste sin dejar ni una triste dirección, no pude enviártelas. ¿Qué haces en el *Desguace*? ¿Estás de visita? ¿A quién viniste a ver? No sé si sabes que tu abuela murió. Lo siento. Parecía una mujer razonable cuando fui a visitarla. Fue una anfitriona encantadora, ofreciendo mantecados y café… Sí, una mujer maravillosa, la verdad. Asistí a su funeral. No debí presentarme allí, porque no sé si sabes que la pasma me busca, pero, aun así, me planté para darle las condolencias a tu abuelo. Eres su único nieto y, joder, no te dignaste a aparecer en el funeral de la mujer que te crio. Hasta la puta de tu madre se presentó. Sigue sin hablarse con el viejo, pero asistió. Por respeto y supongo que también por saber algo de ti. No creo que lo hiciera por intentar recuperar tu afecto ni nada por el estilo. Es más probable que quisiera saber si la difunta había dejado alguna herencia a su único nieto. ¿Qué quieres que te diga? Soy de los que piensa que la gente no cambia —cesó su discurso para encender un cigarrillo y, tras darle unas caladas, preguntó—: ¿No tienes nada que decirme, Gustavito?

—Hazlo ya —dijo él en un susurro.

Sito lo miró, rezando para que Hipólito no hubiera escuchado sus palabras. Los demás presentes atendían sin intervenir, expectantes

y deseando saber cómo se desarrollarían los acontecimientos.

—Gus… —sonrió Tritón—. No soy un salvaje. Suelo arreglar mis cosas de un modo civilizado. Además, no me gusta la sangre. Aunque tú eso ya lo sabes —sujetándole de un brazo, lo llevó consigo hasta la mesa donde se hallaba el resto de los presentes—. Siéntate a tomar algo con nosotros. ¿Conoces a mis invitados?

Echó un vistazo a los dos hombres. Uno de ellos medía alrededor de dos metros, casi no cabía en el asiento que ocupaba. De complexión ancha y ojos muy oscuros, fumaba sin esbozar una mueca que manifestara sus pensamientos. El otro, un hombre de mediana edad, era delgado y algo enjuto, con el rostro ajado y ceniciento. A ojos de Hurón, parecían un dúo cómico en el que el menor de los hombres tendría como cometido huir constantemente del otro en un *show* desternillante y algo rancio.

Hipólito le apretaba el brazo con fuerza, casi desde la ira, pero lejos de demostrarle cuánto tiempo llevaba esperando saldar sus cuentas pendientes con el joven, se limitó a realizar las presentaciones en un ambiente que rezumaba tensión y mala energía.

—Togado es uno de mis más fieles amigos. Lo de togado es un apelativo, ya sabes que no puedo resistirme a poner motes. Su verdadero nombre es Hierro, un magistrado al que has de temer.

—¿Qué tal, chico? —saludó el juez sin levantarse del asiento.

—Saluda, coño —increpó Tritón—. Perdónale, Luis, es tímido —y arrastrando a Gus hasta el otro hombre, declaró—: Él es King. Seguramente habrás oído hablar de él, sólo que me juego el cuello a que tú lo conoces como el jefe.

—Sé quién es —espetó.

El sujeto apagó el cigarrillo en el cenicero y, en un gesto que pretendía ser intimidante, se levantó de la silla, dejando patente su innegable superioridad física.

—Me llamo Boutros —dijo, extendiendo la mano para saludarle —. Me han hablado bien de ti.

Hipólito soltó una carcajada, creyendo que el comentario estaba cargado de sarcasmo.

—Estás demacrado. ¿No comes?

—No mantengo buenos hábitos, me temo —respondió mirándole el cuello. Estaba hinchado y venoso, una clara evidencia de las horas que invertía en el gimnasio.

—¿Sabes por qué Tritón me llama King?

Gustavo negó con la cabeza.

—El muy cabrón me ve como a King Kong. ¡Como si yo fuera un gorila! Al principio, me molestó mucho el comentario, pero luego lo pensé detenidamente y acabó gustándome. Al fin y al cabo, King Kong no es un gorila cualquiera. Es el rey de los lomos plateados.

—Yo pensaba que era por Stephen King —intervino Hierro en tono burlón—. Ya sabes, por el terror…

El pulso de Hurón se aceleró de golpe. La taquicardia fue tan fuerte, que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Tienes que comer más proteínas, amigo —señaló Boutros sin inmutarse—. Sienta al chaval, Tritón. ¿No ves que no puede ni con su alma?

Hipólito obedeció de inmediato. «Nada como tener claro quién manda», pensó Gus. Durante años, Sito y él fueron para Tritón lo que él era para King, y poder verlo con tanta claridad resultaba irónico.

Sentado y con aspecto mortecino, en parte por sus graves problemas de salud, en parte por la artificial iluminación, observó las bebidas de los hombres. El juez Hierro tomaba *whisky* en un vaso con motivos geométricos. Tritón por su parte, bebía directamente del botellín de cerveza y, sobre un posavasos negro, Boutros situaba con cuidado su agua mineral. Percatándose de la expresión interrogante del chico, se atrevió a decir:

—¿Te llama la atención que beba sólo agua? No es que deteste el alcohol, pero a veces un hombre de dios tiene que hacer ciertos sacrificios.

—*Al-ḥamdu lillāh* [3]—dijo Hurón.

—*Allahu akbar*[4] —agregó King con sorpresa.

—¿Podéis hablar como personas, por favor? —intervino Tritón —. Algunos no hablamos *moro*.

Boutros miró a Gustavo fijamente, intentando adivinar qué unión tenía aquel muchacho, pálido y de costumbres claramente occidentales, con sus orígenes.

—Conque hablas árabe… Te falla un poco la pronunciación, pero se te entiende —dijo sonriendo.

—Sólo conozco algunas expresiones.

—¿Quién te las enseñó?

—¿Eso importa?

Hipólito le dio un puñetazo. King jamás le habría pedido una reacción tan desmedida, pero tenía la certeza de que, llegado el caso, su hombre de confianza pondría las cosas en orden por él.

Invadido por el dolor, Gustavo se agarró la nariz, que ahora sangraba a causa del golpe. No preguntó el motivo de tal arrebato. Había olvidado algunas de las costumbres entre bestias, por lo que aquella hemorragia le recordó que debía estar más atento.

—¿Quién te enseñó eso? —insistió Tritón.

—Un amigo llamado Hassan. Me hospedé en su casa durante diez meses.

—Te escondiste bien, la verdad. Me pasé los tres primeros años buscándote, obsesionado con darte una paliza de muerte cuando te

encontrara. Luego pensé que probablemente ya andarías pudriéndote en alguna parte con alguna aguja clavada en el brazo y decenas de cucarachas poniendo huevos en cada orificio de tu cuerpo. He de reconocer que la idea de creerte muerto me proporcionaba cierto alivio. Pero no estaba seguro. Y esa mierda se incrustó en mi cerebro como un palillo de dientes en medio de una aceituna. —Apoyado sobre sus rodillas, pegó su cabeza a la del chico y continuó—: Entiéndeme, no puedo ir dejando cabos sueltos por ahí. Supone un riesgo enorme… Apuesto a que me has echado de menos, sobre todo cuando comprabas golosinas a otros camellos, ¿a que sí? Sí, ahí seguro que te acordabas de mí. Las drogas unen mucho.

—Teníamos el asunto bajo control —comentó el juez—. Tal vez te habrían caído un par de años en la cárcel, puede que menos. Sin embargo, al marcharte encendiste todas las alarmas.

—Sí —retomó la conversación Hipólito—. Ese chico de ahí —dijo, señalando a Sito— fue más hombre que tú. Mucho más.

Una muchacha entró con un carrito de bebidas y sirvió más *whisky* a Luis. Ofreció otra cerveza a Tritón, pero éste, que seguía concentrado en la figura de Gustavo, la ignoró por completo. Fue entonces cuando la joven se sentó sobre las rodillas del jefe, mientras él la sujetaba de la cintura con una mano y con la otra jugaba con su cabello.

—¿Cómo te hiciste la cicatriz que tienes bajo el ojo? —preguntó King, ajeno al nerviosismo de Hipólito.

—Un accidente de pequeño —declaró con vergüenza.

—¿Qué ocurrió? Siento curiosidad por las cicatrices de la gente.

No había sido un accidente. Antes de que sus abuelos consiguieran la custodia, Gustavo vivía con su madre. De su padre jamás supo nada, fue uno de tantos de la historia de la mujer que, debido a sus adicciones, a menudo solía acabar en la cama con hombres que luego ni recordaba. Probablemente su progenitor ni siquiera supiese de su existencia, pero ese era un asunto en el que prefería no ahondar demasiado. Odiaba a su madre, y no por haberle dado una infancia precaria a muchos niveles, sino por ser exacto a ella. Era un calco de la mujer, incluso las manos las tenían iguales. La forma del rostro, la boca, el color del pelo, la delgadez… Eso unido al hecho de haber sucumbido a adicciones muy parecidas y, en definitiva, haber padecido vidas de idéntica miseria, era el resultado de innegable herencia.

En cualquier caso, hablar de su cicatriz implicaba una apertura emocional extremadamente profunda, por lo que cuando alguien le preguntaba al respecto se limitaba a contar una mentira.

—Estaba ayudando a mi abuelo en el jardín y acabé cayéndome sobre su caja de herramientas.

Esperaba ver en él una mueca de repulsión o aprensión; anhelaba descubrir aunque fuera un destello de humanidad en aquel individuo que le infundía pánico, aunque no pudiera explicar el motivo. Sin embargo, no recibió ninguna emoción por su parte. King continuaba acariciando a la chica, quien se mantenía en un estricto silencio y sólo sonreía si el jefe le sujetaba el mentón para obligarla a mirarle a la cara.

—¿Te crees esa historia, cielo? —preguntó a la muchacha.

Ella se encogió de hombros, pero luego negó con la cabeza.

—Si una puta tonta como ella no se traga tu cuento, imagínate yo —bebió un poco de agua y puso a la chica sobre la mesa, sin esfuerzo, como si pesara lo mismo que un gatito—. Siéntate frente a Hierro —le indicó.

El juez apartó su copa para que ella pudiera obedecer. La muchacha se desplazó por la mesa con cuidado de no derramar ninguna de las bebidas y, finalmente, se posicionó frente a Luis mientras él le acariciaba las piernas.

—Inténtalo de nuevo —pidió Boutros a Hurón.

Gustavo tragó saliva y le llegó rápidamente el sabor a metal tan característico de la sangre.

—Esa es la historia —se atrevió a decir—. Lamento que no sea más interesante.

—Oh, por Dios —intervino Sito—. Cuenta la jodida historia de una vez.

Los dos amigos se miraron unos instantes. En silencio, se reclamaron respectivas explicaciones; uno cuestionaba por qué lo había entregado a sus futuros asesinos, y el otro, reprochaba su abandono.

—Mi madre se llama Fedra. Era y sigue siendo una drogadicta —expuso Hurón al fin—. Entre chute y chute se encargó de mí hasta que cumplí los cinco años. Desde que nací, mis abuelos lucharon para quedarse conmigo. Supongo que sabían la clase de vida que llevaba su hija y querían evitar a toda costa que acabara como ella —rio, ácido —. Una tarde, mientras yo jugaba apilando bloques de letras, llegó acompañada de tres tíos. No los conocía de nada, era la primera vez que traía gente a casa, pero como uno trajo galletas, me quedé tranquilo. Llevaba desde el día anterior sin comer nada, así que me lancé a las galletas como un perro callejero. Les hizo gracia verme tragando desesperadamente. En fin, me acabé el paquete yo solo y luego, mientras uno de esos hombres se sentaba conmigo en el suelo a seguir jugando con los bloques, encendimos la tele. Vimos dibujos animados y recuerdo que el tipo imitaba las voces de los personajes, lo cual a mis ojos resultaba gracioso y hasta tranquilizador. Mi madre nunca jugó conmigo, mucho menos trataba de hacerme reír. Recuerdo

que en ese instante yo quería que aquel tipo se quedara allí para siempre… —intentó sorber por la nariz y el dolor le trajo de vuelta al presente, así que se quejó levemente y siguió con la historia—: Mi madre se había ido al cuarto con los otros dos. No sabía qué estaban haciendo, pero mi madre gritó y, como un resorte, me levanté del suelo rumbo a la habitación. Allí vi cómo un tío tiraba de su pelo mientras el otro andaba entre sus piernas, embistiendo con fuerza. Yo tenía cuatro años y, debido a mi inocencia infantil, no comprendía qué estaban haciendo. Ella decía «me haces daño, cabrón» y, aunque no recuerdo muy bien qué respondieron los otros, el que me caía bien me cogió del suelo y soltó: «¿no quieres pagar, perra?». Entonces cogió una navaja y se la colocó en el cuello. A Fedra le dio igual que su hijo de cuatro putos años estuviera viendo como dos desconocidos se la follaban con vehemencia; ni siquiera tuvo la decencia de cubrirse las tetas. Lo único que decía era que por favor no la mataran. En ningún momento dijo que no me hicieran daño a mí. Es que, de verdad, no sé por qué coño no quiso entregarme a un convento. Hasta en un jodido contenedor de basura hubiera estado mejor que en esa casa.

»El tipo, que se percató de cómo me tapaba los ojos, aterrado y confundido por una escena tan violenta, me obligó a mirar. Apartó mis manos con fuerza y, como yo seguía apretando los párpados, cogió la navaja y me hizo un corte. Me dolió cosa mala, la verdad. Él gritaba «vas a mirar, quieras o no». Y como me eché a llorar, volvió a repetirlo, pero la segunda vez lo hizo imitando al personaje de dibujos animados con que me había hecho reír en el salón —apartó furioso algunas lágrimas que resbalaban por sus mejillas—. Mi madre no dijo basta. Ni siquiera pidió un poco de clemencia para su hijo. Se limitó a seguir con su actividad, con mayor brío que al principio.

—La verdad es siempre más interesante —declaró King—. ¿Verdad, princesa? —preguntó a la chica.

Ella asintió mientras el juez la manoseaba por debajo de la blusa.

—Eres la más guapa de esta nave —susurró Hierro, besándola.

—Vale ya —ordenó Boutros—. Si quieres, Ángela o Noelia están disponibles.

La chica se apartó y obedeció al gesto de manos de su jefe, quien la instaba a volver a su lado.

El juez se levantó de su asiento y, aceptando la sugerencia de King, se dirigió al final del pasillo, donde solían realizar los servicios las demás prostitutas.

Después, y en medio de un silencio lacerante, Boutros extrajo un pañuelo de su chaqueta, lo entregó a la joven y le dijo:

—Ve y límpiale la cara, cariño.

Con extremo cuidado, la muchacha apartó los restos de sangre.

Para Hurón, fue grato recibir el tacto de alguien que lo trataba con delicadeza, así que sonrió levemente como signo de gratitud. Ella, que arrastraba un pesar mucho peor que el suyo, le respondió con otra sonrisa, infinitamente más lánguida de lo que esperaba.

—Bueno, ¿qué coño hacemos con él? —preguntó un Tritón impaciente—. ¿Le ponemos una almohadita o algo?

Boutros se sentó y, tras pensarlo unos minutos, dijo:

—Hay un cuarto libre, ¿no?

—Me dijiste que podría vengarme —demandó Hipólito.

—Mi madre decía que era el más caprichoso de mis hermanos —expuso riendo—. No te lo tomes a mal, amigo. Primero deja que le saque un poco de partido, ¿quieres?

A Tritón sólo le quedaba aceptar el trato. Deseaba pegarle un tiro a Gustavo de una vez por todas, acabar con aquella inseguridad que le agobiaba desde hacía años. Sin embargo, sólo pudo asentir sabiendo que llevarle la contraria a Boutros significaba acabar bajo tierra.

—Mi amor —dijo a la chica—, ¿por qué no le enseñas la habitación a Hurón? Ayúdale a lavarse la cara y avisa a Fidel si necesita puntos.

Sujetó a Gustavo de un brazo con suavidad y, cuando estaban a punto de abrir la puerta, King solicitó:

—Cielo, primero deberías presentarte a nuestro invitado, ¿no?

—Me llamo Nadia.

Cronos (Tiempo)

Ni la música de Ennio Morricone conseguiría atemperar sus nervios. Francisco se reprochaba no haber estado atento. Las palabras de Fernando y, peor aún, las de Flavio, se encadenaban unas tras otras en su mente, saturada debido a tantas complicaciones.

Había tardado treinta minutos en encontrar la dirección de los padres de Hebe, así que, enfadado, no midió la presión que ejercía sobre el acelerador. Eran las dos de la madrugada. Sintió vergüenza y culpabilidad ante la idea de despertar a aquella pareja tan encantadora para decirles que su hija volvía a tener problemas con las autoridades.

Recordó a la madre en el juicio, aferrada al brazo de su marido y tratando de contener las emociones lógicas en un momento así. Como padre, Francisco pensaba en lo difícil que habría sido para ellos aceptar que los hijos no siempre ponen en práctica la educación recibida en casa. Con frecuencia, se suele pensar que los orígenes de una persona determinan su futuro. Es lo habitual. No todos los niños nacen en hogares correctos con progenitores que dan ejemplo. Hay criaturas que crecen sin una guía adecuada, sin seguir las directrices de alguien responsable que señale la importancia de saber discernir entre lo que está bien y lo que no. El caso de Hebe era una de las excepciones que confirmaban la regla. Desde el primer momento, Moreno comprendió que el señor Miralles era un hombre respetable, de los que asumen las consecuencias de sus actos y creen que el mundo sería un lugar mejor si la humanidad se lo propusiera.

«Estoy consternado —decía, reprimiendo las lágrimas—. Mi hija nunca había hecho nada malo. Señor Moreno, por favor, ayúdela. Ella sólo necesita que un especialista la trate. Si ingresa en la cárcel no sobrevivirá. Estoy seguro de ello. Nosotros cuidaremos de ella y la mantendremos vigilada. Dígaselo al juez. Por favor, se lo ruego».

Francisco hizo cuanto pudo; de hecho, gracias a sus sugerencias en el juicio se determinó que Hebe no estaba en sus cabales cuando atacó a Mamen. El trato tranquilizó a los padres y, aunque Mamen no estaba muy satisfecha con la decisión del magistrado, Héctor la convenció de que la orden de alejamiento y la amenaza de acabar en una institución mental sería suficiente recurso para mantener a la loca de Hebe lejos de ellos. Se equivocó de pleno, por supuesto.

La pareja vivía a las afueras, en una finca muy coqueta. Aparcó justo enfrente de la casa y caminó hasta la verja, lamentando de antemano quebrar el descanso de personas tan encantadoras. Llamó varias veces al timbre, pero no obtuvo respuesta.

Se impulsó lo suficiente para comprobar que el coche estuviera

en su sitio, y así era. Después de insistir repetidas veces con el timbre, decidió saltar. Sus piernas temblaron levemente al posarlas de nuevo en el suelo y, consciente de que debía ejercitarse, se acercó al buzón, que escupía decenas de cartas y panfletos de publicidad.

Se dirigió a la puerta. Recordó que la familia tenía un perro, pero no lo encontró en el jardín delantero. Dio un silbido, a ver si el animal venía desde otro punto de la finca.

La caseta del animal estaba a unos metros de la puerta. Estaba vacía. Cuando se acercó a la vivienda, dispuesto a llamar de nuevo, vio al perro, o lo que quedaba de él. Tumbado sobre la alfombra de la entrada, el cuerpo desprendía un leve olor a podrido. Por el aspecto seco que presentaba, debía de haber muerto hacía tiempo, al menos un mes.

Francisco, en vista de que nadie respondía, decidió romper una ventana, consciente de que se estaba metiendo en un lío y de que, por mucho que quisiera, los dueños de la vivienda no podrían abrirle.

Avanzó como pudo entre los muebles del salón, buscando la pared en la que estuviera el interruptor de la luz. Durante el proceso, el olor a descomposición le inundó la nariz, la boca y los pulmones.

Al iluminar la estancia, pudo orientarse mejor. Echó un vistazo en el dormitorio y allí estaba la madre, boca abajo y con serias heridas en la parte posterior del cráneo. Las salpicaduras de sangre negra y reseca se repartían por el cabecero de la cama y la mesa de noche. El cuerpo estaba semicubierto por el edredón, parecía haber sido puesto con cuidado, casi como en un acto de respeto.

Luego buscó al padre. Al llegar a la cocina, vio la cabeza del hombre, pero no el cuerpo. Los ojos habían sido extraídos con saña, desfigurando la parte superior del rostro como en una de esas películas sangrientas que tanto le disgustaban.

Moreno pidió por la radio la presencia de efectivos. La noche sería larga y desagradable.



Flavio procuraba cambiar de postura de vez en cuando, levantando levemente las piernas del suelo y moviendo los hombros con la necesidad de desentumecer los músculos. Sus contracturas, debidas en parte a la adrenalina del momento, estaban convirtiéndose en un inconveniente. «Puto Torres —masculló—, ¿a qué esperas para recoger a tu amiguita?».

De pronto, una tímida luz alumbró el interior del piso de Sofía Estévanez, dejándose ver por entre las cortinas. No provenía de una lámpara, Gutiérrez estaba casi seguro de que aquel vaivén lumínico se debía a la actividad de una vela.

La paciencia no era su mejor baza, así que se pasó al menos dos

horas mordiéndose las uñas. Habría tomado más café, pero su termo se había vaciado en menos de lo que esperaba. «Vamos, aparece ya, cabrón…», murmuró.

El salón volvió a la penumbra. Eran ya casi las cinco de la mañana, por lo que el rocío se repartía en forma de gotas a lo largo del vehículo y el resto del mobiliario urbano. Hebe salió con sigilo por el mismo ventanuco que le sirvió de acceso. No se había dado cuenta de la presencia de Flavio en la misma calle.

Avanzó a pie varias manzanas, con el corazón bombeando a toda marcha, sabiendo que no estaría a salvo a menos que llegara a tiempo al punto de encuentro con Rubén.

Por su parte, Flavio esperó a que ella hubiera cruzado la primera esquina para salir del coche y seguir sus pasos. Debía ser cauteloso y, aunque todo indicaba que lograría su cometido, procuró no confiarse para no echar a perder la única oportunidad de ascender que tenía a su alcance.

A lo largo del recorrido, Gutiérrez recordó cada una de las veces que Francisco lo había ninguneado. Deseaba con todas sus fuerzas acorralar a «la tartamuda y al actorcito» para así ganarse el respeto que tanto creía merecer. De aquel modo, dejaría a Moreno totalmente al margen, hiriendo de muerte a su versión más arrogante.

Las capacidades de su superior habían quedado de manifiesto a través de merecidos logros profesionales, pero de sobra eran conocidos sus modos en el cuerpo. Ninguno de los agentes hablaría mal de Francisco, aunque en el fondo detestasen su sistema a la hora de trabajar. Un tipo sin aparentes secretos, sin trapos sucios, despertaba envidias inevitablemente, sobre todo si sus resultados laborales lo situaban como un oficial intachable. El hecho de que su superior no comentara nada respecto a su vida personal, que no se quejara de su esposa alguna vez, que no alabara las curvas de alguna chica como hacía la mayoría del gremio, o que criticara los horarios, las condiciones de trabajo y otros asuntos por el estilo, extrajo lo peor de Flavio, un hombre con tendencia a hablar más de la cuenta y a demostrar sus debilidades a la primera de cambio. «¿De qué sirve el respeto si no puedes permitirte ser humano?», se dijo.

Hebe anduvo a buen ritmo hasta llegar al muelle. Casi seis kilómetros la separaban del sitio, pero alcanzó su destino en menos de lo esperado. La marea, oscura y con visos violetas debido al impacto de la luz crepuscular, estaba en calma, chocando levemente con el rompeolas que impedía ver la playa a lo lejos. Varios hombres descargaban uno de los barcos atracados en el puerto, voceando indicaciones para no perjudicar una entrega que ya debía haber salido a su destino.

Echó un vistazo alrededor. Trató de localizar a Rubén entre los

vehículos que aguardaban la salida de su buque, creyendo que quizá el actor habría alquilado un coche para trasladar sus pertenencias. Sin embargo, no se encontraba entre los presentes.

Sentada en la acera, procuró serenarse. Ahora no podía permitir que los nervios interfiriesen en sus planes: «Rubén aparecerá —pensaba—. Y todo irá bien, Hebe. No debes perder la fe».



Estaba cabreado como nunca, hecho que quedó más que manifiesto al golpear el capó del coche mientras Villanueva le contaba la charla mantenida con Silvia.

La policía científica llegaría en breve a la casa. Francisco los visualizaba con sus guantes blancos y los trajes protectores moviéndose por el escenario con la precisión y el respeto pertinentes. Y comenzaría su trabajo con la meticulosidad habitual, buscando huellas dactilares, fibras y cualquier otro indicio que pudiera hablar en lugar de las víctimas silenciadas.

Las cámaras fotográficas capturarían cada detalle, cada marca en las paredes, cada objeto desplazado. Mientras tanto, los forenses examinarían los cuerpos, buscando determinar la causa de la muerte y cualquier signo de lucha o defensa. Dirían cosas como que la composición de la escena sugería un acto deliberado, un escenario cuidadosamente orquestado por una mente perturbada.

Francisco ya sabía todo eso.

Afuera, la cinta policial ondeaba con el viento, un recordatorio sombrío de que, dentro de esas paredes, se había desplegado una tragedia humana.

—¿Eso es todo? —preguntó a Villanueva, que, asqueado, miraba el cadáver del perro—. Esa chica, Silvia, ¿ha pedido un parte de lesiones?

—Le sugerí que lo hiciera, pero dijo que sería inútil, puesto que el intruso la había tocado con guantes.

Moreno asintió, gruñendo.

—Jorge, ¿me darías un cigarrillo? —preguntó, apoyando el trasero en el coche.

—Lo siento, señor. Estoy dejando de fumar.

—Mierda.

—¿Quiere que enviemos una patrulla a la casa de Torres?

—¿Para qué? No está ahí. Todo este circo ha sido para mearse sobre nosotros.

—Aun así, hay que hacerlo. Es nuestro trabajo.

—No, Villanueva. Tu trabajo es seguir las huellas como un perrito. El mío es atrapar a la escoria. Y no lo estoy haciendo nada bien últimamente.

—¿Puedo elegir al menos la raza de perro? —rio. Al ver que su superior no apreció el gesto como un modo de suavizar las cosas, agregó—: ¿Sabe el mote con que se refieren a usted en comisaría?

Francisco lo miró expectante, imaginando que su equipo le habría adjudicado toda clase de adjetivos ruines: insoportable, borde, odioso, inadaptado… Sin embargo, se sorprendió al escuchar la respuesta.

—*Cojonesman.* Y debo decir que fui yo quien le apodó así. No he admirado a nadie como a usted, señor. Ahora dígame: ¿cree que *Cojonesman* se quedaría aquí, mirando a la nada, mientras un psicópata anda colgando lazos azules por ahí?

En ese instante preciso, llegaban los de la policía científica. Francisco sonrió y dijo:

—Como sigas en el cuerpo, te van a comer vivo.

Dio unas palmaditas en su hombro y subió al coche.

La música de Ennio Morricone no le ayudaría a pensar, así que en esa ocasión escogió a Bach, otro de los secretos que sólo compartía con la carretera. Aquel concierto de violín se diluía entre las oscurecidas nubes en el horizonte, mancilladas por las obscenas luces procedentes de la ciudad.

Fuera del vehículo podían desatarse tormentas, vendavales, derrumbes, maremotos… Para Francisco ahora sólo existía Bach y su conflicto interno. Llevaba dos días sin pasar por casa. Aun así, su mujer era capaz de ver en su rostro si merecía una reprimenda o si, para variar, la ocasión requería paciencia por su parte. Varios coches policiales lo seguían a lo lejos, con las luces encendidas, aunque sin hacer sonar las sirenas. Hubiera preferido discreción por parte de sus agentes, pero a esas alturas ya todo le daba igual.

Apenas a media manzana de su destino, tuvo la necesidad de girar en dirección al muelle. Rubén no escogería el tren o el avión como vías de escape. Sin embargo, sabía que los controles en el muelle eran algo más laxos, por lo que no le sería complicado tomar un barco gracias a un documento de identidad alterado.

Jorge siguió a su superior celebrando que hubiera despertado de su letargo. Sólo esperaba que aún estuvieran a tiempo de atrapar al culpable.



Camuflado entre unas furgonetas, Flavio no perdía detalle. Era evidente que Hebe esperaba a alguien, y de allí no se movería hasta que el canalla de Rubén Torres apareciera.

La humedad ambiental se aferró a sus huesos, brusca, casi insoportable. Prefería un millón de veces el verano sofocante tan típico de la zona. Los demás solían quejarse de las jornadas cálidas,

aduciendo que el uniforme se volvía una auténtica pesadilla estando de servicio. Pero Gutiérrez no soportaba la tensión de los músculos entumecidos y los reflejos mermados por el frío.

El barco atracó y decenas de pasajeros se ubicaron cerca de las escaleras de acceso hasta que alguien de la tripulación les diera permiso para subir. La aglomeración no era demasiado espesa, pero resultaría un problema seguir vigilando a Hebe si ésta se mezclaba entre los sujetos. Así que, ignorando el frío y la proximidad a las oscuras aguas —Flavio encontraba el mar todo un misterio al que había que temer—, se mezcló entre la gente y, a corta distancia, continuó su cometido.

No fue consciente entonces de que él también estaba siendo vigilado, y de cerca.

La salinidad del ambiente comenzaba a adherirse al abrigo, molesta, pegajosa. Rubén estaba tranquilo. Había identificado de inmediato a Gutiérrez como uno de los hombres del inspector Moreno. No fue difícil, dado que éste iba tras Hebe como un zorro a punto de cazar.

La escena se le antojó una burda estrategia del cuerpo de policía para atraparle. Supuso que Hebe no tuvo otra opción más que venderlo de aquel modo y, pese a que la quería, sintió que le había defraudado a niveles extremos. No había tiempo para vengarse como hizo en su momento con las otras chicas, por lo que estudió el modo de salir indemne de aquella encerrona.

A esas alturas, tenía la certeza de estar siendo buscado en todos los puntos de salida que ofrecía la ciudad, por lo que ir al aeropuerto o a la estación de trenes sería igual que entregarse a las autoridades. Al mismo tiempo, era consciente de que permanecer en la ciudad significaba ser capturado en breve, así que, descartando el buque para el que tenía pasajes comprados, fue a las cabinas expendedoras de billetes y escogió otro destino, esta vez sin compañía.

Se acercó a Flavio, tanto que fue capaz de percibir su aroma, una mezcla entre *after shave*, tabaco y nerviosismo. El último de ellos era un olor que conocía a la perfección. A menudo, sus víctimas solían emanar esa sustancia, ligeramente afrutada, dulzona, producto del estrés que experimentaban cuando él las sometía a sus particulares calvarios. Resultó estimulante percibirla, aun cuando las circunstancias eran tan distintas. De algún modo lo asumió como una señal, el pistoletazo de salida que marcaba el inicio de la carrera más intensa y excitante que debía recorrer.

Estaba listo para erigirse como un vencedor haciendo historia, el personaje invicto al que muchos odiarían y otros admirarían. Estar a un palmo de Flavio se tradujo en el modo más efectivo de hacer daño y, aunque podría haberse subido a ese barco sin apenas

pestañear, decidió dirigirse a la embarcación cuyos pasajeros se hallaban ocupando la barandilla de estribor, echando un último vistazo al muelle antes de zarpar.

A su llegada, Francisco tomó aire y se mantuvo a distancia de Gutiérrez. «Tarado de mierda —se dijo—. Se te ve temblando desde lejos».

Echó un vistazo alrededor, buscando al actor de discurso pusilánime, el homosexual reprimido que usaba un trauma para vender una imagen de sí mismo debilitada, vulnerable, incluso ligeramente pueril. Enfadado consigo mismo, Moreno se reprochaba haber caído en la manipulación de aquel hombre que fingía fragilidad, quizá percibiendo algo de su hijo en él. Descubrir que estaba completamente equivocado, hizo que se avergonzara de haber padecido tal ingenuidad.

—¿Cuál es la orden, señor?

La voz de Jorge le hizo dar un respingo. No esperaba la presencia de su agente tan cerca, de manera que, alterado, ordenó silencio.

El chico obedeció y ambos permanecieron en su posición, atentos. Después de unos minutos, Francisco se dirigió a la cola donde se encontraba Flavio y, con voz ronca, preguntó:

—¿Sabes lo que es un teléfono?

—Lo importante es que no la pierda de vista —susurró, contrariado.

—¿Ha aparecido ya? —dijo, refiriéndose al actor.

—No. Se retrasa. Como no aparezca pronto ella tendrá que decidir si subir sola o esperarle para tomar luego otro barco.

—Yo juraría que ya ha estado aquí.

Moreno le indicó que mirase en el bolsillo trasero de su pantalón. Un lazo azul surgía de éste con impertinencia, en un claro ejercicio de provocación.

—¡Hijo de puta! —exclamó Flavio—. ¡No, Francisco! Es imposible, yo… ¡Yo me habría dado cuenta!

—Pues sólo hay dos opciones: que seas el asesino que estoy buscando o que ese tipo haya estado tan cerca, que hasta te la ha metido sin que te des cuenta. Joder, Gutiérrez…

Humillado y sintiéndose más inútil que nunca, Flavio no quiso asumir la evidencia, por lo que insistió varias veces en la necesidad de permanecer a la espera de cuál sería el siguiente movimiento de Hebe. Estaba convencido de que tarde o temprano Rubén Torres aparecería, que el episodio del lazo en su bolsillo pasaría de largo si lograba detener al culpable. Pero tal cosa no sucedió.

Mientras tanto, el actor contemplaba desde su posición en la cubierta cada uno de los eventos que se producían en el muelle. El

barco zarparía en cuestión de minutos y, respirando con calma, se limitó a observar a Hebe. Pese a que en un principio la imaginó participando en aquel desastroso plan para capturarle, luego comprendió que ella no estaba involucrada. Ajena a cuanto sucedía a su alrededor, la chica seguía esperando; Hebe estaba esperándolo a él.

Comprendió entonces que la chica no le había traicionado y, lamentando tener que huir de aquella manera, la miró una última vez y se dirigió a la calidez que ofrecían las instalaciones del buque.

Francisco esperó un tiempo prudente antes de dar la orden de detener a Hebe, la chiquilla asustadiza a la que tanto afecto le tenía sin saber muy bien por qué. Quería encararse a Gutiérrez y demostrarle quién mandaba; sin embargo, al ver en su rostro el peso que conllevaba aceptar una derrota, decidió darle margen.

Hebe ya estaba esposada y en el interior del coche de Villanueva.

Moreno se acercó y, sentado en el asiento del copiloto, echó un vistazo a la chica. Estaba temblando y con la cabeza gacha, probablemente pensando por qué su compañero la había dejado en la estacada, asumiendo su abandono como una condena que tendría que cumplir ella sola.

—¿Cómo has llegado a esto, Hebe? —preguntó Francisco—. ¿Esperabas a Torres? ¿Al actor?

Ella no reaccionó. En su lugar, dejó que las lágrimas rodaran ágiles por sus mejillas, cayendo sobre los asientos y las esposas.

—Dinos dónde pretende ir. Sólo así podrás ahorrarte unos cuantos años. Vamos, niña. Habla. Tienes antecedentes y eso no te va a librar del encierro. ¿Es que no lo comprendes?

De nuevo se encontró con el silencio como única respuesta. Flavio se dirigió hacia su superior notificando que sería buena idea registrar el barco antes de dejarlo zarpar, a lo que Francisco asintió, incluso siendo consciente de que la tarea no serviría de nada. Sabía que Gutiérrez necesitaría invertir la mayor cantidad de tiempo posible en intentar olvidar lo acontecido, sentir que al menos había hecho todo cuanto estaba en su mano para compensar sus errores, aunque fuera ya demasiado tarde para ello.

El sol se hacía hueco en medio del encapotado cielo y sus rayos se agradecían en un ambiente tan húmedo. Era casi la hora del almuerzo y los agentes aún registraban el barco, cuyos pasajeros perdían la paciencia debido a estar retrasando cada vez más su viaje.

—Mierda, Flavio —se lamentó Francisco.

—Podría estar escondido en cualquier parte… Sólo hay que seguir buscando.

—Llevamos cuatro horas registrando el puto barco. ¿¡Es que no ves que se coló en otro!? ¡Lo hemos perdido, maldita sea!

—Sólo hay que mirar cuántos barcos han salido a lo largo de la mañana. Quizá alguien de sus respectivas tripulaciones recuerde al tipo si enseñamos su fotografía.

—Gutiérrez, lo hemos perdido, coño —espetó Moreno.

—¿Y ya está? ¿Vas a dejar que se marche sin más? Joder, Francisco, ese tío ha torturado y matado a dos personas.

—Que sepamos —intervino el detective—. Es muy posible que lo haya hecho antes, así que el siguiente paso es revisar otros crímenes que compartan las características de los que ya conocemos.

Gutiérrez asintió con los hombros pesados. La sensación de estar cargando piedras atadas al cuello lo invadió sin remedio; piedras enormes y húmedas, repletas de cangrejos y plásticos que corrompían la marea.

Volvió al coche arrastrando los pies. Francisco, desde la distancia, dijo:

—¡Hoy dejo que me tutees, pero no te acostumbres!

Después de maldecir al inspector entre dientes, Flavio procuró que no se le notara el soberano ataque de nervios que le estaba reventando el pecho. Anduvo lo más recto posible hasta llegar al vehículo y ahí, una vez giró la llave en el contacto, largó una serie de improperios en voz alta, casi gritando, odiándose por haber metido la pata tan catastróficamente.

Ethos (Costumbre)

Después del papeleo, Francisco llegó a casa a eso de las siete de la tarde, cansado, distante. Se pasó al menos cuarenta minutos bajo el agua de la ducha, intentando desconectar de sus pensamientos con urgencia.

Fernando, consciente de que su padre había tenido un mal día, decidió respetar su espacio en vez de avasallarlo a base de preguntas. O al menos, eso se había propuesto.

Sacó dos botellines de cerveza de la nevera y ofreció una de ellas al desinflado personaje.

—¿No estabas a dieta? —preguntó Francisco con sorna.

—Ya adelgacé los siete kilos que me sobraban. Salud, por cierto.

Moreno dio un sorbo a la bebida tras mirarlo con incredulidad. Fernando sólo había adelgazado cuatro kilos, pero era capaz de mentir al respecto si el resultado hacía callar a su padre.

Después de unos minutos de abstracción, el chico se atrevió a preguntar:

—¿Atrapaste al malo esta vez?

Francisco se removió incómodo en el asiento, intentando encontrar una nueva postura para su perjudicada espalda. Asumió que no lograría su propósito —como muchos otros a lo largo de los últimos meses— y, tomándose su tiempo para responder, dijo:

—Aún no. Trato de engañarme a mí mismo pensando que tal vez pueda hacerlo más adelante, buscando otras pruebas, tratando de estudiarle en profundidad. Hasta hace una hora creía que algún día el tipo en cuestión cometería un error, ¿sabes? Uno que me daría la clave para compensar la enorme lista de cagadas que se han producido a lo largo del proceso. Pero acabo de comprender que eso es muy poco probable.

—¿El tal Gutiérrez volvió a irse de putas mientras las cosas se torcían o qué?

—Aunque él siempre esté pensando en tetas, esta vez la fastidié yo.

—Bueno, papá, tú no vas matando a nadie por ahí. Quiero decir, que no es culpa de nadie que un desquiciado ande cometiendo semejantes atrocidades.

—No, pero sí soy responsable de permitir que siga haciéndolo —declaró restregándose los ojos.

Fernando se fijó en los hombros caídos de su padre, algunas marcas en los brazos —una de ellas se produjo mientras trataba de poner orden en una pelea de bar y varios de los implicados usaban

cuchillos—, las pronunciadas ojeras, las canas invadiendo los laterales de la cabeza… Francisco había envejecido considerablemente en poco tiempo, como si seguir acumulando asuntos en su listado de cosas pendientes le estuviera pasando una factura extrema.

—¿Sabes que me examino en un mes? —intervino de nuevo el chico, con la esperanza de despejar la mente de su padre.

—Estupendo, bienvenido al club de los deprimidos crónicos —dijo, elevando el botellín de cerveza a modo de brindis.

—Dime eso cuando haya aprobado —rio.

Llevaba un rato pensando cómo trasladarle al temperamental Francisco algo que había descubierto casi por accidente. Suponía que era un tema delicado, uno que además no debía ocultarle, de modo que, tras un leve carraspeo que indicaba su pavor a un nuevo enfrentamiento, comentó:

—Papá, desconozco qué andas tramando en el *Desguace*, pero…

—¿¡Otra vez esa mierda!? —interrumpió Moreno—. No debo explicaciones al respecto, ¿te enteras?

—¿Ni siquiera a mamá?

—¿Qué? —preguntó totalmente descolocado.

—La casa de verano también es suya —sentenció—. ¿Tienes algo que decir sobre eso?

Francisco se quedó pensativo unos segundos. Luego recordó al yonqui que había dejado a su suerte en una casa donde sólo había anís, pan tostado, frutos secos y una caja de galletas de mantequilla.

—Tengo que irme —dijo, dirigiéndose a la puerta.

—Ya no está allí —anunció Fernando.

—Te dije que no te metieras en mis cosas, chiquillo insolente —replicó en voz baja por miedo a que su mujer se enterase.

—Fui a entrenar por la zona. Quería correr en la playa y luego había quedado con un… Bueno, con un amigo. —Al ver que su padre entornaba los ojos, continuó—: Pasé por delante de la casa y vi que un chico salía de ella. Juro que iba a partirle la cabeza, pues creía que era un ladrón. Luego me apiadé de él porque llevaba un mono bestial. No paraba de temblar y caminaba como un zombi, tan esmirriado y flacucho… Lo seguí hasta que vi que entró en un centro de desintoxicación que hay en la esquina que da al parque. Por un lado, me alegré por el pobre desgraciado, pero el muy imbécil no duró dentro ni tres minutos. Salió acompañado de otro tío que no parecía muy simpático que digamos.

—¿Cómo era ese hombre? —se interesó Francisco.

—El típico chulo que lleva ropa de marca y anda como si hubiera pasado su infancia en el Bronx… Era moreno y delgado. ¿Te sirve de algo?

—¿Tenía las cejas negras y pobladas, como si una oruga peluda

se le hubiera posado en la frente?

—Ya sabes quién se lo ha llevado, ¿no es así?

—José Ontiveros.

—Papá, ¿en qué diablos andas metido?

—Tengo que irme.

—¿Vas a ir de nuevo al *Desguace*? ¿Es que no tienes miedo? Por el amor de Dios, ¡eres un inconsciente!

—¡Y tú una patada en los santos huevos!

—¿¡Qué está pasando aquí!? —intervino la mujer de Francisco —. ¿Ya andáis discutiendo de nuevo?

El inspector enmudeció al instante. Fernando, mucho más acostumbrado a salir de situaciones similares, aprovechó la coyuntura para evitar que su padre acudiera solo al *Desguace*:

—La verdad es que estábamos peleándonos por una tontería.

—¿Qué tontería? —insistió ella.

—Yo quería ir a comprar el pan y él se empeña en querer llevarme en coche. Le he dicho que no hace falta, pero no deja de repetir lo mismo.

—Id de una vez y dejad de gritar, que parecéis *los Roper*[5].

Bajando las escaleras, Francisco se preguntaba cómo demonios su mujer podría haberse tragado tamaña estupidez. Luego recordó las debilidades femeninas, las que convierten a los hijos en nerones malcriados justificadas con la creencia de que sólo una madre ama de forma incondicional a sus hijos. «Como si los padres fuéramos un cero a la izquierda», pensó.

Condujo hasta el *Desguace* sin atender a las advertencias de su Fernando. Tenía demasiadas cosas azotándole la cabeza en ese momento. Necesitaba sentir que al menos tenía el control sobre una de ellas, así que, desoyendo al chico, avanzó hasta el sitio sin pensar en las consecuencias.

El alumbrado local apenas estaba activo en la entrada, junto al cartel que anunciaba el ingreso al pueblo. El resto de la vía presentaba una lobreguez heladora. Para los visitantes, se antojaba una invitación a dar media vuelta, pero sus residentes ya estaban acostumbrados y hasta preferían aquella oscuridad a contemplar la inmundicia que les rodeaba día tras día.

Francisco abrió la guantera del coche y sacó una caja de cigarros con la intención de sosegarse.

—¿Estás fumando? —preguntó su hijo—. ¿Es que no te preocupa tu puñetera salud?

—Pero si tú también fumas, *criajo* de mierda…

—Fumaba. Lo he dejado. ¿Qué clase de resultados obtendría en el test físico si siguiera fumando?

—Ya fumarás de nuevo cuando entres al cuerpo —vaticinó

mientras encendía un pitillo.

—¿Por qué das por sentado que voy a pasar las pruebas? ¿No te das cuenta de que darme esperanzas es contraproducente? ¿De qué sirve crearme esas expectativas si luego me llevo un chasco?

—Coño, aclárate. «Oh, papá, nunca me apoyas en nada —dijo, imitando la voz de su hijo—. Por una vez, podrías dejar de ser tan estirado».

—Lo capto, lo capto —le interrumpió Fernando—. Y no tengo la voz tan nasal.

Francisco detuvo el coche en un *parking* al aire libre, o al menos eso era antes del temporal que anegó de agua y barro la zona el año anterior. Ahora lucía como un vertedero lleno de bolsas de basura, colchones, neveras, neumáticos viejos… Toda clase de desechos acababa en aquel espacio infecto y plagado de ratas.

El inspector solía escoger lugares parecidos para dejar el coche si debía adentrarse en el *Desguace*. Corría igualmente el riesgo de no encontrar el vehículo al regresar, pero por experiencia sabía que dejarlo en la zona comercial del pueblo era mucho más peligroso.

—¿Qué estamos haciendo? ¿Adónde vamos? Joder, papá, este sitio me da escalofríos…

—Tienes que callarte. A partir de ahora vas a mantener silencio, ¿estamos? —ordenó Francisco.

Juntos anduvieron hasta el punto neurálgico de los famosos trapicheos que se producían en la zona. El mayor mercado de cosas prohibidas de la ciudad se encontraba allí, liderado por traficantes que vendían desde las drogas más sofisticadas, hasta armas e incluso órganos.

El sitio se masificaba al llegar la noche, como *Carnaby Street* en plena campaña navideña, o *Times Square* horas antes de que llegue el fin de año. Fernando, quien procuraba no delatar su terror a través de un temblor de piernas insoportable, caminaba con la vista baja. Atenazado, evitó mirar a otros viandantes por miedo a recibir un navajazo o cosas peores. Sin embargo, Francisco deambulaba relajado, como si no temiera una interacción con los lugareños. Admiraba aquella faceta de su padre, tan decidido y extremo si la situación lo requería. El motivo que los había llevado hasta allí, fuera el que fuera, debía de ser muy relevante para estar exponiéndose a ese nivel.

Un sujeto se acercó a ambos y les susurró si querían divertirse un poco. Fernando se hallaba a punto de negarse con estudiada amabilidad, cuando escuchó que su padre respondía afirmativamente a la propuesta.

—Papá —susurró preocupado—, ¿qué estamos haciendo?

Francisco, que seguía caminando tras el tipo, negó con la cabeza y no detuvo su andar.

Al llegar a una esquina ligeramente apartada del núcleo de negocios, el chico se quitó la capucha y se dejó ver, aunque primero confirmó que los tres se encontraban solos.

—Moreno, ¿qué haces aquí? ¿Quieres meterme en un follón o qué?

Pedro, el agente infiltrado que llevaba más de un año tratando de desarticular una mafia china que se dedicaba al éxtasis, apreciaba profundamente a Francisco, uno de sus mentores antes de asumir su papel de «perro perdiguero», como empezaron a llamarle tras sus primeros éxitos en el cargo.

—Tranquilo, vengo a menudo. Muchos ya creen que soy un comprador asiduo.

—¿Y este quién es? —preguntó, señalando a Fernando.

—Un poli en prácticas —dijo con rapidez—. Perdiguero, ¿qué sabes de Sito?

—¿Ontiveros? Hace mucho tiempo que no se le ve por aquí. Al menos a este punto en concreto no viene. Creo que subió de rango, por así decirlo.

—¿Sabes qué se cuece en la nave 80?

—Francisco, olvídate de ese lugar. Tenéis que darme tiempo… Joder, ¿es que lo que le conté a Gutiérrez no ha servido de nada?

Callado y atando cabos, el inspector se limitó a asentir. Flavio le ocultaba información y, aunque comprendía qué lo motivaba a hacer tal cosa, sintió unas irrefrenables ganas de romperle los dientes.

—En serio, Fran. Te aprecio demasiado para permitir que te metas solo en ese tema. Déjame avanzar un poco y ya os contaré. Gutiérrez dijo que podría conseguir la orden, pero, aparte de poco realista, porque ya sabemos lo que hay con gente como Hierro, es muy precipitado.

—¿Hierro? ¿Hablas de Luis? —preguntó, imaginando la respuesta.

—Ya sabes que él y King son íntimos, ¿no?

Francisco asintió de nuevo, comprendiendo que el que fuera una vez su amigo estaba metido en asuntos mucho más oscuros de lo que imaginaba.

—Es lo que hay —se aventuró a decir—, mierda y mosca van de la mano.

Pedro rio. Abrazó a su mentor y, después de darle una palmadita en el hombro a Fernando, dijo:

—No hay mejor ejemplo a seguir que este hombre. Tienes suerte, colega. Lo dicho —se dirigió a Moreno—, dame unos meses y te daré más detalles de la nave 80, ¿vale? No conviene adelantarse. Es muy gordo el tema.

—Está bien —aceptó Francisco—. Mantén los ojos abiertos,

Pedrito.

—Ya me conoces, astuto como un perro perdiguero —sonrió antes de marcharse.

Padre e hijo regresaron al coche sin mediar palabra, únicamente atentos a sus pasos sobre la acera. La cabeza de Francisco tenía un destino muy claro.

Celebró que el coche siguiera en su sitio y de una pieza. Condujo tranquilo, aunque de vez en cuando apretaba el volante y se le tensaba la mandíbula.

Llegaron a una casa que tenía la luz del porche encendida. Sin apagar el motor, se dirigió hasta la puerta.

—Papá, ¿quién vive ahí?

Su padre no respondió. Llamó al timbre y una mujer lo saludó con simpatía.

—Hola, Francisco. Cuánto tiempo sin verle, ¿qué se le ofrece?

—Sí, es cierto, hace mucho —dijo con amabilidad—. Venía a ver a Flavio.

—Me dijo que estaría hasta tarde en la comisaría —dijo decepcionada. Había vuelto a creer en su marido y éste le había contado otra mentira.

—Oh, pues iré allí. Hoy no he tenido tiempo de pasarme por el despacho. Seguro que lo encuentro cuando llegue. No te preocupes, querida.

Ya en el coche, Fernando se atrevió a preguntar:

—¿Adónde vamos ahora?

—Al verdadero sitio donde está ese malnacido.

Esta vez se personó en la casa de Ariadna Garrido, pero ella andaba en compañía de otro hombre. Descartada la amante, Flavio sólo podía encontrarse en el casino.

Fernando y su padre lo encontraron sentado frente a la ruleta. En un alto estado de embriaguez, Gutiérrez se aferraba a la cintura de una chica a la que sacaba al menos quince años y apostaba sobre el tablero fichas sin control.

—Qué buena estás —balbuceaba—. Cuando vayamos al hotel te vas a enterar…

La muchacha, claramente aguantando semejante majadería para ganar dinero, reía dejando que él la tocara con ansiedad sin reparar en que ambos tenían público. Tal era la borrachera de Flavio, que una camarera le robó dos fichas y ni se inmutó.

Estaba a punto de realizar una nueva apuesta, cuando Francisco le sujetó el brazo, obligándolo a recoger lo poco que aún le quedaba.

—¡Eh! ¡No lo trate de esa manera! —se quejó la chica.

—Deberías ir a casa. Seguramente tu madre estará preguntándose dónde estás —declaró Francisco ayudando al agente a

salir del local.

—¡No puede llevárselo! ¡Me debe dinero! —gritó ella ante la atónita mirada de los presentes.

Uno de los guardias de seguridad se acercó a la joven y le pidió amablemente que lo acompañara hasta la salida.

—¡En lugar de echarme a mí, debería protegerme de esos bárbaros, que se llevan mi dinero!

Fernando se acercó con rapidez, intentando evitar un escándalo mayor que el ya vivido y, sacando algunos billetes de su cartera, los entregó preguntando si era suficiente para sellar la paz.

Ella tomó el dinero y los metió en su bolso. Pasó al lado de Gutiérrez, que aún intentaba comprender qué hacía allí su superior y, al verle, dijo:

—Adiós. Un placer haber hecho negocios contigo.

—Princesa, ¡no te vayas! ¿¡Es que no vas a dejarme ver esas tetitas tuyas!?

Francisco no pudo contenerse y, tras apurar los pasos hasta la entrada, comenzó a golpearle.

—¡Papá! ¡Detente! —gritaba Fernando, intentando evitar la pelea.

Gutiérrez, tirado en el suelo, decía cosas ininteligibles, lamentos sin sentido que delataban lo terriblemente perjudicado que estaba.

—¡Quítate de en medio, coño! —bramó Francisco—. ¡Lárgate y déjame en paz!

—¡Estás comportándote como un imbécil, papá!

Finalmente, Fernando logró su objetivo y consiguió que su padre se relajara. Los tres se hallaban en la calle, bajo un aguacero repentino que los empapó de inmediato.

—¿Por qué…? —preguntó a duras penas Flavio.

—Sé lo de la nave 80, hijo de puta —increpó Francisco—. Eres capaz de cualquier cosa por un estúpido ascenso. ¿Para qué quieres mi puesto? ¡No tienes los huevos necesarios! ¿¡Dónde está tu jodida hombría!? ¿¡Acaso la tuviste alguna vez!? Gilipollas desagradecido… Tu mujer cree que estás trabajando. ¡Eres un saco de mierda que no merece las decenas de oportunidades que te dan!

Decidido a marcharse, Francisco se giró dejando al tipo allí, rezongando en voz alta para no pasar desapercibido.

—¿¡Por qué me odia!? —gritó Gutiérrez desde el suelo—. ¡Trabajo como un perro! ¡Día tras día! ¿¡Y qué recibo de su parte!? ¡Indiferencia! Siempre creo que acabaré ganándome su respeto, pero ese momento nunca llega. Nunca llega, ¿me oye? ¡NUNCA! ¡Inspector Moreno, el rey de las incógnitas! ¡El *cojonesman* de la puta comisaría! ¡Conteste! ¿¡Por qué me odia!?

Moreno dio la vuelta y regresó sobre sus pasos. Su hijo se interpuso entre el borracho y él para evitar que se produjeran nuevos golpes, pero esa no era la intención de Francisco. Él sólo se limitó a decir:

—Pregúntate mejor por qué eres tú el que se odia tanto a sí mismo.

Flavio siguió llorando desde el suelo, sintiéndose un fracaso con piernas y el peor hombre del mundo. Las palabras de Francisco le dolían porque eran verdades absolutas. Tenía razón cada vez que le decía que era un putero ludópata. Se había ganado con creces aquellos adjetivos y también el odio de cualquiera que creyera sagrados conceptos como el matrimonio o la paternidad. Él no sólo había fallado a su familia, se había fallado a sí mismo. Y para alguien con una personalidad tan ambiciosa, era todo un desengaño.

—Soy un desastre… Soy un desastre —repetía sin poder levantarse.

Moreno, aún cabreado por la sucia, aunque brillante estrategia de su agente, le extendió la mano para ayudarlo a levantarse del suelo. Así era Francisco, el hombre que, comprometido con sus ideales, era capaz de darle la mano a un rival, por muchas y variadas formas que éste hubiera planeado en su contra.

Con la ayuda de su hijo, el detective logró llevar a Gutiérrez hasta una cafetería cercana. Nada como un buen expreso para disipar los efectos del alcohol.

Los tres hombres, sentados en una de las mesas más apartadas del establecimiento, mantuvieron las formas mientras bebían café, tranquilos, hablando lo justo y mirándose de vez en cuando, como si a través de los ojos expresaran cada pensamiento que les invadía sin temor a nuevas represalias.

Francisco no tardó en hablar del tema de la nave 80. Acababa de convertirse para él en una prioridad urgente, por lo que, aprovechando la mejoría de Gutiérrez, no limitó su curiosidad. El agente, sabiendo que su superior no estaba para juegos, acabó trasladando todo cuanto sabía.

La historia de la prostituta de la que hablaba Perdiguero era escalofriante, o así lo percibió el inspector que, para variar, se mostró poco afectado cuando en realidad aquel testimonio le horrorizaba. Sin embargo, su cabeza no se dejó paralizar por la crudeza de los hechos. Pasó horas planeando fórmulas que pudieran acercarle a la verdad que ocultaba el supuesto «edificio de las subastas», como lo llamaría de ahora en adelante.

Tenía un objetivo en mente y cuando eso sucedía, nada podía detenerle.

Los meses transcurrieron y nadie pudo dar con Rubén Torres. Todo apuntaba a que, o bien se había vuelto invisible, o había cambiado de imagen e identidad, algo que, pese a la descripción que ofreció Silvia del hombre que la había agredido en su piso, fue difícil de averiguar. La única que podría revelar información crucial respecto a su nuevo paradero era Hebe.

Francisco la visitó innumerables veces. A la espera de juicio, Hebe tuvo que permanecer en una unidad psiquiátrica forense. Apenas había hablado desde su encierro, como si la disfemia hubiera causado estragos en su ya precaria capacidad de expresión.

Moreno procuraba mantener una conversación amable con ella, interesándose por su estado emocional al margen de no obtener los datos que esperaba. Le parecía una pobre niña perdida que sólo pretendía encajar en la sociedad, algo que ya veía imposible, dadas las circunstancias. Demasiados desengaños, demasiada sensación de abandono. Aun así, albergaba la esperanza de que el dolor un día la convenciera de hacer lo mejor para sí misma, mostrarse sensata y hasta egoísta. «¿Qué le deberá a ese infeliz?», se preguntaba.

—¿Otra vez por aquí? —preguntó sonriendo la joven de la recepción.

—Ya sabes que me va el masoquismo —respondió él.

—Si consigues que te cuente dónde está ese criminal, te invito a comer, Moreno.

La mujer le dio acceso y después de caminar a través del pasillo cargado de tonos grises y amarillentos llegó a la sala de visitas.

Allí estaba Hebe con la cabeza apoyada sobre la mesa, exhausta, como si no durmiera las horas necesarias.

Francisco tragó saliva al verla. Había adelgazado mucho, y la piel del rostro se veía apagada, triste, sin un atisbo de vida.

—¿Qué tal estás, Hebe? ¿Te adaptas? —preguntó mientras se sentaba frente a ella.

La joven asintió, aunque su gesto delataba todo lo contrario. Apartándose el pelo de la cara, dibujó una sonrisa carente de cualquier alegría, una de esas expresiones que se esbozan con la intención de no acabar llorando como realmente se desea.

—¿Quieres que compre café? ¿Unos aperitivos?

Ella negó con la cabeza y dijo:

—¿Pod-d-demos dejar la entrevista p-para otro día?

—No —sentenció Moreno.

Acudió a una de las máquinas expendedoras y compró un paquete de almendras. Luego, tras depositarlas sobre la mesa, se dirigió a por dos cafés y, tranquilamente, regresó.

Abrió el paquete de frutos secos y removió las bebidas con la intención de que la chica se relajase un poco.

—La primera persona a la que detuve era una chica. Mirta, se llamaba. Había arrojado algo más que basura a través de la ventana de su casa.

—¿Dro-drogas? —preguntó sorbiendo el café con cuidado de no quemarse.

—No. Tiró a su hijo de un año desde un décimo. El niño murió en el acto.

El silencio se impuso entre ambos, lamentando un suceso tan penoso.

—Nunca supe el motivo de semejante barbarie —continuó—, pero me tocó esposarla y traerla a esta misma institución. Vine a preguntarle muchas veces por qué había hecho algo tan lamentable. Tenía sólo diecinueve años, y supongo que aquel crío era un impedimento para cuales fueran sus planes.

—Tal vez tu-tuviera un problema m-mental —se apuró a decir —. No t-t-t-todos los criminales esc-c-ogen serlo.

—Interesante reflexión, Hebe. ¿Es lo que le sucede a Rubén?

De nuevo silencio, algo que sacó a la fuerza el carácter de Francisco.

—No importa por qué lo hizo, importa la vida que truncó. Y así sobrevivo en este trabajo, ¿sabes? A veces me toca pensar como lo haría un asesino, un violador, un filicida… Y en ocasiones es tal la mierda que se acumula en mi cerebro, que me siento tan criminal como aquellos a los que pretendo capturar. Rubén Torres se ha escapado porque yo me negué a pensar como él. Temía sentir semejante aberración. Pero me equivoqué al no hacerlo, claramente.

Tomó un puñado de almendras y las comió tranquilo, aunque tuviera el corazón a toda marcha. No mentía al compartir aquellas emociones con Hebe, quien lo miraba fijamente, conocedora de cuán difícil resultaba hacer ese esfuerzo.

—¿Por qué no aceptas el trato, niña? —intervino de nuevo—. No es lo mismo estar aquí dos años y medio que diez. Ya estás viendo por ti misma lo que implica soportar esto… ¿Dónde está? —Después de comprobar que la chica continuaría callada dijera lo que dijera, agregó—: Eres una estúpida si crees que ese psicópata te quiere. ¿Piensas que estará esperando a que salgas para fundirse en un abrazo contigo?

Hebe no dejó de mirarle. Normalmente ante un comentario similar hubiera agachado la cabeza, avergonzada de haber actuado de aquel modo.

—Usted no lo comprende —respondió al fin—. Só-sólo me ve como esa p-pobre tartamuda sin autoestima. Él, en cambio, supo ver más allá.

—¿Y por eso debemos obviar el hecho de que es un asesino?

—También es una víctima.

—Oh, por favor —declaró al borde de perder los nervios—. ¿Cómo puedes decir algo así? ¿¡Viste acaso lo que le hizo a Sofía!? ¡La desfiguró, Hebe! Y cuando lo hizo, ¡ella estaba viva! ¡La torturó sin perder el pulso! ¡La víctima es ella, no él!

—Usted tiene fa-familia, ¿verdad? Una muj-jer que le quiere. Un hijo… Nadie le ha excluido nunc-c-a. No s-sabe qué se siente. Acaba de decir que no hizo el esfuerzo de p-pensar c-cómo él. ¿C-cómo se atreve entonces a ju-juzgarle?

—Mató a tus padres, Hebe. ¿Es que eso no te importa?

Ella permaneció en silencio. Tomó un par de almendras y las masticó despacio, como si le costara realizar aquel proceso tan sencillo. Al cabo de un rato, dijo:

—¿Por qué da p-por sentado que fue él q-quien los mató?

Francisco enmudeció. Pálido como la luna, fue incapaz de decir nada, a lo que ella añadió:

—Porque ust-t-ted me ha ju-juzgado sin detenerse a pensar como yo. Siempre me ha c-c-c-considerado una inf-fe-feliz. Todos subestiman a la tar-tar-tartaja.

—¿Por qué? —logró articular. De repente se le había secado la boca, horrorizado al recordar el estado de los cuerpos—. Ellos te querían, Hebe.

La joven tomó más almendras y soltó una carcajada.

—Sólo q-q-querían controlarme. Q-q-qué vergüenza sent-t-tían. Mi pa-padre pensaba que podría impedir-r-rme ver a Héctor. ¿No ti-tienes dignidad?, me decía. ¿Qué sabrá él de dig-g-gnidad, si llevaba años enga-ga-ga-ñando a mi madre?

—Eres igual que Rubén —dijo, con los ojos rojos—. ¿Acaso no debería estar pagando por sus crímenes, como tú?

Ella se limitó a sonreír, como si la respuesta fuera más que evidente, por mucho que el inspector no pudiera percibirla.

—Hebe, deja de reír y contéstame. ¿Dónde está?

—Rubén ya no existe. Igual q-que Hebe. Ella está mu-muerta. Ru-Rubén y Hebe están muy lej-j-jos de aquí.

Esa fue la última vez que la visitó.

Un año más tarde, Francisco veía un partido en casa, botella de cerveza en mano y gritándole a la pantalla cada vez que su equipo ejecutaba mal una jugada.

Fernando, que había aprobado las pruebas para ingresar al cuerpo, hacía abdominales en el suelo del salón, situado a tan sólo un par de metros de su padre. Le encantaba ver cómo éste perdía los estribos año tras año, siguiendo al mismo equipo desde que era un niño pese a que nunca le daban una alegría.

—El delantero que acaba de marcaros un gol tiene el mejor culo de la historia —dijo, levantándose del suelo.

—Mierda, Fernando… —se quejó su padre, asqueado—. No me jodas el fútbol, haz el favor.

Riéndose, el chico le dio una palmada en el muslo y se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha. Tenía una cita esa noche, así que se dio toda la prisa que pudo para no llegar tarde.

Ya vestido y dispuesto a salir de casa, se percató de que no se había puesto perfume, de modo que regresó sobre sus pasos hasta la habitación. Después de echarse un último vistazo en el espejo y de celebrar estar en su mejor momento físico, advirtió que la luz del cuarto más apartado de la casa estaba encendida. El habitáculo se utilizaba sobre todo como cuarto de la plancha, la típica sección de una casa en la que se guardan los trastos que se van acumulando y que nunca se organizan debidamente por falta de tiempo —o más bien por falta de ganas—.

A menudo, Francisco se encerraba allí para leer a solas y estudiar algunos expedientes en busca de elementos que tal vez se le hubieran pasado por alto. Fernando los llamaba «los puzles del viejo» y nunca comprendió cómo era capaz de concentrarse entre tanto desorden. Pero, de algún modo, él encontraba sosiego en aquel caos de cajas y artículos de limpieza.

El chico se acercó con sigilo para averiguar qué tenía tan concentrado a su padre.

—¿Qué estás haciendo?

—¿No te ibas a golfear? —declaró molesto por la interrupción.

—En breve, sí. Uno de los dos debe seguir manteniendo una vida sexual sana. Por el bien de la familia.

Francisco ignoró el comentario. Estaba acostumbrado a las impertinencias de su único hijo. Extrajo unas hojas de la carpeta que sostenía entre las manos y las observó con detalle, inmerso en la lectura.

—Bueno, me marcho —añadió Fernando—. No te acuestes muy tarde, viejo.

—Y tú ponte condón.

Advirtió las risas del chico y entonces se sentó en su butaca favorita, aquella cuya tapicería estaba deteriorada, pero que continuaba ofreciendo la misma comodidad de antaño.

«Expediente Gus» leyó en el primero de los documentos. Se dejó llevar durante algunos minutos viajando a través de su contenido, repleto de notas y correcciones que impedían realizar un estudio limpio del asunto. Nadia Novés era y seguiría siendo toda una obsesión para su persona.

Luego, apretando los dientes, agregó otros papeles. En la

portada del librillo en cuestión se podía leer: «Expediente Lazo Azul», uno de los errores que menos se perdonaría a lo largo de su vida.

Para finalizar, extrajo de una carpeta unos folios que tenía apartados desde hacía mucho tiempo. «Blanca Marcoval —se dijo a sí mismo—, Jesús Hidalgo cumple condena por tu asesinato. Las pruebas lo inculpaban a él. Entonces, ¿por qué no puedo quitarme a ese mocoso de la cabeza?».

Francisco ordenó meticulosamente los casos por fecha, enfrentando la verdad con una resignación inesperada: no era infalible. Un dolor penetrante le recorrió la garganta, anidando un pesar profundo en el centro de su pecho. Al reconocer que, a pesar de sus esfuerzos, tres casos permanecían sin resolver, se despojó de su arrogancia, esa capa de invencibilidad que había vestido como un héroe de fábula. En ese momento, aceptó que era humano, un hombre común, uno más entre muchos. Y para un hombre de su condición, que había asumido el rol de resolver todos los problemas a su alrededor, era una verdad ácida y terriblemente dolorosa.

Sin embargo, esas tres incógnitas seguían latiendo, cuentas pendientes en el libro de su vida. Eran desafíos que, incluso con sus carencias, debía enfrentar. Y así, Francisco Moreno, ese enigma de hombre que batallaba contra sus propios demonios y se mostraba al mundo como una figura áspera y distante, aceptó que siempre sería imperfecto. Francisco nunca comprendería que la verdadera heroicidad yace en los seres vulnerables que enfrentan sus límites, armados de un coraje en el que nadie confía. Tan extraordinariamente humano era, que no se dio cuenta de que su verdadero poder residía en esa perseverancia suya, en el profundo compromiso que asumió con su cargo.

Francisco Moreno era, sin que él lo supiese, un héroe perfecto.

Khaos (desorden)

—Los hombres temen los imprevistos y pierden la cabeza cuando una situación los sobrepasa. Yo los veo como un barco sometido a los embates de un océano cargado de furia, con olas de una altura impredecible y vientos que sacuden las almas de los marineros. En mi inmortalidad, cada evento inesperado supone una reconciliación con la existencia. Antes de convertirme, jamás pensé en lo aburrido que podría ser una vida tan larga e indolora. Sufrir nos vuelve fuertes y ágiles, nos completa como individuos. Cuando dejas de sentir dolor, cuando las cosas ya no tienen importancia, nos volvemos fríos y asépticos, un armazón de huesos en el que no cabe la tibieza, ni las cálidas artes del rencor o los sinsabores. Así pues, encomiendo mi alma al infortunio; tal vez así alcance mi ansiada paz.

Eran pocos en la sala, pero los aplausos sonaron con contundencia. La líder de la productora, sentada en el centro de la mesa y acompañada de otros cuatro sujetos, había decidido que el hombre que se encontraba en la tarima sería el protagonista de su nueva obra.

—Excelente, señor Miranda. Me ha dejado impresionada. Creo que mis compañeros estarán de acuerdo conmigo en que usted ha hecho la mejor audición de todas.

—Se lo agradezco, señora Ramos.

—Llámame Eva.

—Sólo si usted me llama Axel. Lo de señor Miranda me añade muchos años, ¿no cree?

El grupo entero rio. Rubén seguía siendo encantador y magnético, y usaría su energía para conseguir cualquier cosa que quisiera.

Cualquier cosa.

Nota de la autora: ¡Alto, no disparen!

Quienes me conocen saben que antes de sacar un libro le doy vueltas, vueltas y más vueltas. Me compadezco de mis familiares y amigos, ya que doy la tabarra cosa mala cuando se trata de publicar. Es poner el último punto de la novela y comenzar la retahíla de dudas, cambios, correcciones, relecturas, reescrituras, borrados y síndromes varios que me señalan como una osada con ínfulas de escritora. El caso de “El laberinto de la araña” no ha sido distinto; hasta podría decir que este es, de lejos, mi libro más difícil.

Mis tendencias hogareñas y un poco asociales no son un secreto para nadie. ¿El motivo? Ni idea. Quizá se deba a que he tenido multitud de pesadillas en las que tropiezo con sujetos como los descritos en esta novela. Aquí no se atiende a las exigencias de la compostura moral, ni siquiera se cuestiona si las consecuencias de los actos pueden suponer heridas profundas en otras personas. Y no hablo de las víctimas directas, pobres criaturas, sino de aquellos que se quedan con un costurón más en esa masa que tiempo atrás solía ser un corazón. En el fondo, me gusta pensar que la mayoría somos como Francisco, hormigas con buenas intenciones, pero hormigas al fin y al cabo. Supongo que seres tan ínfimos, aun siendo espectaculares en el propósito, no pueden luchar contra una marabunta de elefantes furiosos.

Como ya se figurarán, esta novela tiene continuación. Era imposible darle un final a la usanza: demasiados cruces de caminos, demasiadas emociones bullendo al mismo tiempo. Además, tenía una cuenta pendiente con Francisco —los lectores de El escudo de Hugo sabrán a qué me refiero— y, de alguna manera, sentí necesario darle voz de nuevo, puede que para explicar, en parte, el porqué de su manera de proceder ante cada bache en el camino: frunciendo el ceño y esperando siempre lo peor de los demás. Le debía otra historia al inspector Moreno, sin duda. Es posible que, de existir en la vida real, él no estuviera muy de acuerdo con el devenir de los acontecimientos, pero así soy yo de pérfida y puñetera. Cuánto lo siento.

No quisiera despedirme sin dar las gracias a los muchos amigos que han leído esta novela antes de su publicación oficial. Siempre lo digo: quien tiene un lector beta, tiene un tesoro.

Cristina, mi Ratita de biblio, gracias por tu mano desinteresada y por ayudarme a depurar erratas y locuras varias en esta novela. Tu “algodoncito” ha sido indispensable. Qué belleza la de tu corazón, amiga. Te adoro y doy gracias por tenerte en mi vida.

María Ponce, tu entusiasmo y pasión son contagiosos y han alimentado mi espíritu creativo. Gracias por tu energía y por ser un impulso constante en mi escritura. Cada día estoy más feliz de haberte

encontrado en el camino. ¡Te quiero y admiro, artista bella!

Belinda Durán, tu paciencia y meticulosidad leyendo cada línea han sido cruciales en el proceso de correcciones. Admiro tu dedicación y agradezco ese ojito de águila infalible para detectar las letras traviesas. Te has hecho con un hueco importante de mi alma, guapérrima. ¿Lo celebramos cantando un poco?

Naviru Shorno, gracias por estar siempre ahí, apoyando mis batallas literarias y sumando con tu gran calidad humana. Cada libro que he publicado guarda un poco de tu sabiduría, ¡pura magia *Shornolletil*! ¡Un beso grande, nigromante mío! Qué bueno que sigamos compartiendo letras. Y ya sabes, lee mucho, pero sobre todo, sé feliz.

Pablo Cabrera, tu gentileza y generosidad han sido un regalo de incalculable valor. Gracias por ser parte esencial de mi mundo creativo y personal; gracias por tu humor y cariño; gracias por tenderme la mano sin exigir nada a cambio. Tu amistad es un tesoro, corazón.

Beatriz Tatay, el tiempo y cariño que has dedicado a leer esta obra son un honor para mí. Gracias por tu paciencia. ¡Cuida de nuestro Kike y pídele que siga escribiendo!

David Micha, saber que a un lector de tu talla le gustan mis historias me da la suficiente confianza para seguir adelante. Gracias por tu tiempo en estos momentos tan ajetreados y también por tu preciosa amistad. ¡Besos, bombón de licor!

Jota Donate, querido *Fantasma de la plancha*, son muchos años compartiendo locuras, así que no creo que te haya escandalizado esta historia. Gracias por tu falta de cordura, tan necesaria en nuestra amistad.

Rubén Basstiles, el jefazo, gracias por tu crítica constructiva y exigente, un lector beta como tú es una herramienta perfecta para cualquier autor. Un beso de parte de tu *hermana la chica*.

Carlos Martínez, tu apoyo incondicional y tu sentido del humor han sido fundamentales para mantener viva esta adicción mía de escribir a todas horas. Definitivamente, te debo mucho, amigo.

Faybel, mi querida hermana y víctima directa de mis dislates. Sigo sin comprender cómo no me has mandado a la porra después de hacerte leer mis novelas varias veces. ¡Cuánta paciencia hace falta para aguantar a hermanas que escriben locuras! Te quiero mucho.

Óscar, gracias por tu amor, por tus maravillosos diseños, por ser mi soporte moral cuando el cielo se pone negro y protestón. Tú eres mi hogar.

Y, cómo no, también quiero tomarme un minuto para expresar mi más sincero agradecimiento a todos y cada uno de ustedes, mis queridos lectores. Su apoyo y cariño me llegó justo en un momento crítico y complejo, y cuando “El pozo de Granados” recibió tanto amor

sentí que todo el esfuerzo invertido años atrás no había sido en vano. Cada mensaje, cada comentario y cada muestra de aprecio hacia esa o cualquiera de mis otras historias no han pasado desapercibidos; al contrario, han sido el combustible que ha mantenido viva la llama de la niña artística que reside en mí bajo este disfraz de cuarentona que no quiere saber en qué año estamos.

Llevaré siempre en mi corazón las palabras de aliento, las críticas constructivas y, sobre todo, el cariño recibido. Son ustedes, con su inagotable generosidad, quienes dan sentido a cada garabato que suelto en los papeles. Gracias por acompañarme en este viaje literario, por creer en mis historias y por ser parte esencial de este sueño que, día a día, se hace realidad.

Espero que continuemos mucho tiempo juntos, descubriendo nuevos mundos, enfrentando miedos y compartiendo emociones a través de las páginas de cada libro que venga. ¡Este viaje literario también les pertenece!

ÍNDICE

El LABERINTO de la ARAÑA

[1] Trad. *Afuera está amaneciendo, pero dentro, en la oscuridad, anhelo ser libre.*

[2] *Tiza: argot de la calle para llamar a la Metanfetamina.

[3] En árabe: Alabado sea Dios.
[4] En árabe: Dios es grande.
[5] *Los Roper: Sitcom británica famosa de los años 70 que contaba el día a día de un matrimonio mal avenido.